

ANDES PATAGÓNICOS.

VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA CORDILLERA
PATAGÓNICA AUSTRAL

TOMO II

Alberto M. de Agostini



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN

DISEÑO DE PORTADA

TXOMIN ARRIETA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO

DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

AGOSTINI, ALBERTO MARÍA DE, 1883-1960

918.3 ANDES PATAGÓNICOS: VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL/ ALBERTO MARÍA DE AGOSTINI; EDITOR GENERAL RAFAEL SAGREDO BAEZA. -[1ª ED].- SANTIAGO DE CHILE: CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN: PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE: DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS ARCHIVOS Y MUSEOS, c2010.

D278a

2010

2 v.: IL.; FACSIMS., MAPAS; 28 CM. (BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE)

ISBN 9789568306083 (OBRA COMPLETA) – ISBN 9789568306427 (v. 94)

INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

1.- DE AGOSTINI, ALBERTO M., 1883-1960- VIAJES. 2. PATAGONIA (ARGENTINA Y CHILE) - DESCRIPCIONES Y VIAJES. 3.- PATAGONIA (ARGENTINA Y CHILE) - DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACIONES. I.- SAGREDO BAEZA, RAFAEL, 1959- ED.

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2010
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 193.930
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-42-7 (TOMO XCIV)

IMAGEN DE LA PORTADA
CÁMARA FOTOGRÁFICA KODAK EASTMAN N° 1

TRANSCRIPCIÓN DEL ORIGINAL
PATRICIO ÁLVAREZ RABIÉ

RECOPIACIÓN FOTOGRÁFICA
IVÁN ROJEL FIGUEROA - JORGE BAEZA MUÑOZ

NOTAS EXPLICATIVAS
MATEO MARTINIC BEROS - PATRICIO ÁLVAREZ RABIÉ

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO XCIV DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN JULIO DE 2010

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ALBERTO MARÍA DE AGOSTINI

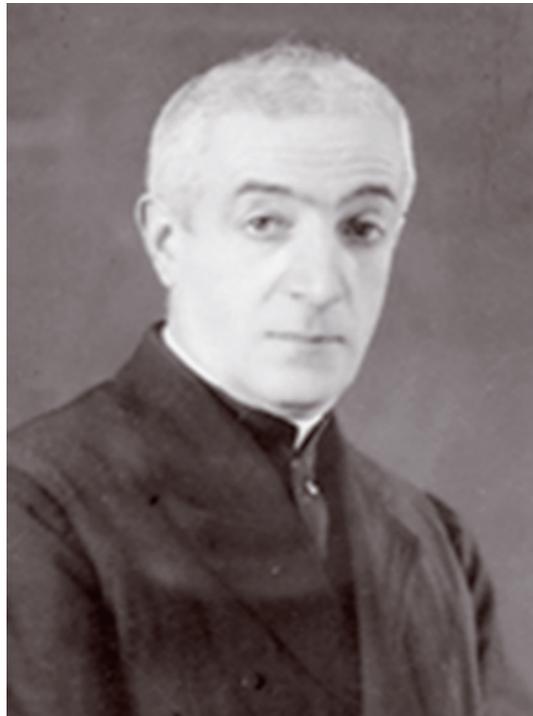
ANDES
PATAGÓNICOS

VIAJES DE EXPLORACIÓN
A LA
CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

TOMO II



SANTIAGO DE CHILE
2010



Alberto María de Agostini S.D.B.
(1883-1960)

ALBERTO M. DE AGOSTINI.
CENTENARIO DE SU LLEGADA
A MAGALLANES

Mateo Martinic B.

Lo vi por primera y única vez en mi vida a principios de 1944 –no recuerdo bien si era enero o febrero– en el corredor vecino al gran patio del antiguo y querido liceo “San José”. Alguien que me acompañaba me dijo “ese es el padre De Agostini” (que para mí fue como si mencionara a Cristóbal Colón) y observé con más atención su figura: un salesiano de aspecto serio y reservado, con sotana y cubierto con una boina negra, se veía delgado y ligeramente encorvado. Lo contemplé un momento con la sorpresa y admiración de un adolescente que sabía de su merecida fama, por haber oído hablar de él a los maestros y superiores salesianos, por serme muy familiares sus conocidas fotografías panorámicas de paisajes magallánicos que adornaban con profusión las paredes del colegio, y por haber visto algunos de sus libros. Fue una visión breve, pero tan intensa como para que permaneciera grabada en mi memoria. El gran explorador se hallaba de paso por la casa salesiana, que había sido su primer destino magallánico, de regreso de su memorable viaje por la región del río Baker (Aysén), que había culminado con el ascenso al monte San Lorenzo, la segunda cumbre en altura de los Andes Patagónicos.

Su vocación religiosa y su origen piamontés lo habían llevado a ingresar a la Sociedad de San Francisco de Sales, por otro nombre Congregación Salesiana, fundada por el padre Juan Bosco –Don Bosco– como una orden religiosa especializada en la educación de la juventud, que culminó con su ordenación sacerdotal en 1909, tras lo cual fue destinado a Sudamérica, a la lejana Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes, formando parte de quizá uno de los últimos grupos de misioneros enviados por el rector mayor de la Congregación a esa austral región para apoyar la labor evangelizadora y educacional, toda una empresa apostólica iniciada casi un cuarto de siglo antes por monseñor José Fagnano. La ciudad chilena, capital del entonces Territorio de Magallanes, lo era al propio tiempo de toda la

Patagonia meridional y la Tierra del Fuego, a uno y otro lados de la frontera internacional, porque allí se había originado y dinamizado el proceso progresista de colonización territorial, y porque allí en consecuencia se domiciliaban las gerencias y administraciones generales de las empresas que lo animaban y sostenían tanto en la región chilena como en la argentina de la parte austral del continente americano, fenómeno que había conllevado el poblamiento civilizador. Punta Arenas, así, había sido elegida naturalmente para ser la sede matriz de la actividad salesiana en los territorios de una y otra jurisdicciones nacionales, la Inspectoría de San Miguel Arcángel, regida desde su fundación por el pensamiento inspirador y la celosa conducción de monseñor Fagnano. En Punta Arenas, precisamente, radicaba el establecimiento original, el colegio “San José”, al que el joven sacerdote Alberto De Agostini se incorporó para servir en labores docentes y funciones religiosas a contar de febrero de 1910.

Esa tarea desarrollada a partir de entonces con la dedicación que imponía la fuerza de su vocación y su juventud, no obstante lo absorbente que pudo ser, debió permitir tiempos de algún descanso durante los meses del verano, que en el meridión americano se corresponden con el período de receso escolar o vacaciones. Fue entonces cuando –se nos antoja–, como había acontecido antes y sucedería después con otros de sus hermanos de congregación, en alguno de sus momentos libres debió realizar excursiones de conocimiento por los alrededores de Punta Arenas, principalmente por el valle del río de las Minas, paraje siempre atractivo para los lugareños y que convocaba el interés de cuanto visitante arribaba al puerto del estrecho por sus características geológicas. Allí, amén de disfrutar en plenitud de la naturaleza, pudo tener, desde la cima de sus laderas, una visión amplia del panorama hacia el oriente y el sur, rumbo este que remata en un horizonte de montañas entre las que se destaca en los momentos de claridad diáfana la airosa cumbre blanca del monte Sarmiento, el monarca de los Andes Fueguinos –cuya conquista devendría la obsesión de De Agostini–. Originario como era de Pollone, en la zona prealpina del Piamonte, pudo complacerse una y otra vez con esa perspectiva y despertarse y nutrirse la que sería su otra vocación vital: el conocimiento de las montañas australes. Esas excursiones comarcales iniciales debieron complementarse con largas charlas con gente conocedora del territorio, con la lectura de las todavía escasas obras disponibles que informaban sobre la historia y la geografía magallánicas, y con las noticias escritas y verbales de los misioneros salesianos que habían viajado por diferentes lugares del inmenso entorno. Así se enriqueció su conocimiento y se acrecentó su interés por alcanzar hasta los parajes más recónditos de esa geografía enloquecida que se le iba metiendo poco a poco en el alma. Él, al fin y al cabo, era un hijo de las montañas, ellas eran parte de su ser esencial y en ellas radicaba una de las fuentes inspiradoras de su existencia, en tanto que veía en las mismas de manera patente el portento de la mano admirable del Creador. Motivado así, él podía llegar a ser un instrumento eficaz de acción misionera *sui generis* al servicio de la verdad.

Fue la Providencia la que, apenas llegado a Puntas Arenas, le brindó una oportunidad para conocer, en una primera aproximación, lo que sería el territorio de sus futuras andanzas exploratorias, al permitirle embarcar en un vapor que par-

tía hacia la isla Dawson para seguir después hasta Ushuaia y retornar a la capital magallánica. Pudo así conocer la célebre Misión de San Rafael que vivía su época final y contornear la península Brecknock, siguiendo los pasos marítimos que la flanquean. Aquello, doblemente valioso por lo inesperado quizá, hubo de despertar su interés por ese mundo natural pristino y singularmente hermoso. No debió ser ése el único viaje que por entonces le ofreció la posibilidad de acercarse más todavía a la formidable y colosal fortaleza andina fueguina, por lo que de seguro más adelante pudo hacer alguna otra incursión de conocimiento. Oportunidades pudo tenerlas, y varias, habida cuenta de las relaciones que mantenían los salesianos con la comunidad local, pues como centro portuario de comunicaciones intraterritoriales que era Punta Arenas en la época, su movimiento cotidiano registraba ingresos desde y salidas hacia diferentes lugares de los ámbitos patagónico y fueguino, tanto de naves mercantes (veleros y vapores) como de buques de la Armada de Chile.

Para 1912 ya tenemos al futuro explorador, con alguna experiencia previa, programando su primera empresa del género y alguna envergadura a desarrollarse en la cordillera fueguina, con el monte Sarmiento como primer objetivo de conocimiento. También para entonces, vista la fuerza de su vocación montañera, los superiores salesianos pudieron, comprensivamente, facilitar sus aspiraciones y propósitos. No debió ser ello, convengamos, algo fácil ni sencillo. La obediencia religiosa había traído a Alberto M. de Agostini hasta el sur de América en el cumplimiento de una doble misión específica ineludible, como eran las labores evangelizadora y educadora que conformaban la razón de la presencia salesiana. De manera que aquella tarea montañera pudo ser aceptada y aun alentada, únicamente en tanto que la misma no fuera en desmedro de la que debía ser su preocupación principal ya mencionada.

Pero, inevitablemente, las cosas se fueron dando de manera diferente. Los trabajos exploratorios y andinísticos del padre De Agostini, en la medida que sus resultados se vieron cada vez más interesantes e importantes, condujeron a los superiores salesianos tanto a una mayor comprensión y aceptación de los mismos, como a una consecuente liberación de sus deberes propios, para facilitar lo que tempranamente pudo intuirse como una verdadera empresa característica de la genialidad salesiana, según lo había puesto y ponía en evidencia la historia de un cuarto de siglo a contar de 1887. En efecto, ese lapso trascendente mostraba tanto los admirables resultados espirituales y sociales de una labor cristianizadora, educacional y civilizadora, como los de significado científico. Allí estaban a la vista, como suficiente evidencia acerca de lo que había sido y era la labor complementaria de los misioneros en el campo de las ciencias naturales y humanas, el Observatorio Meteorológico Salesiano y el Museo Territorial Salesiano, en funcionamiento desde 1888 y 1893 respectivamente, uno y otro en el colegio “San José”, donde se desempeñaba el padre De Agostini.

Incrementar el conocimiento científico es evidentemente una forma de servicio a la verdad, en tanto que ésta refleja la obra inconmensurable del Creador, y bien se podía, como se puede, realizar una labor igualmente evangelizadora y educadora privilegiando esa faceta cuando se dispone de capacidad y de talento para

desarrollarla a la mayor gloria de Dios. Así, la Congregación Salesiana no sólo era fiel a su compromiso fundacional con la Iglesia Católica sino que lo reafirmaba con eficacia.

Fue así como –reiteramos– los deberes privativos religiosos del padre De Agostini se ampliaron paulatinamente con la inclusión de aquel otro aspecto de su interés, en una progresión que acabó por ser virtualmente una dedicación exclusiva. La comprensión, aceptación y respaldo de la congregación que recibió la obra exploratoria geográfica del padre De Agostini, permite a la posteridad entender el éxito de lo que fue en la realidad una gigantesca empresa de adelanto del conocimiento científico.

Explicadas somera y satisfactoriamente las circunstancias y el contexto del comienzo de las tareas exploratoria y difusora de sus resultados del padre Alberto María de Agostini, cabe dar cuenta de su desarrollo y de su significado para el adelanto de la ciencia geográfica y el progreso general de la cultura en lo referido a los territorios de la Patagonia meridional y la Tierra del Fuego.

Fue en Tierra del Fuego, cuya fascinación misteriosa lo subyugó durante muchos años, según su propia declaración, donde comenzó su obra.

Allí realizó varias exploraciones entre 1912 y 1918, que tuvieron por objetivo el estudio de las montañas que se extienden entre el fiordo del Almirantazgo y los canales adyacentes, por el norte, y el canal Beagle, por el sur. Además, exploró detenidamente los cordones cordilleranos situados al suroeste y al sur del lago Fagnano, en el sector comprendido entre este depósito y el Beagle. En 1913, mientras exploraba la sección occidental de la gran península Brecknock, descubrió dos grandiosos fiordos, tal vez los más hermosos entre los fueguinos, y los denominó Contraalmirante Martínez y Pigafetta, nombre este último reemplazado posteriormente y con justicia por el de “De Agostini”, por oficiales de la Marina de Chile en homenaje a su descubridor. El reconocimiento abarcó el extenso distrito de fiordos y glaciares que se halla en la sección occidental de Tierra del Fuego y que en especial se desarrollan sobre la vertiente boreal de la península mencionada, descubriendo numerosas corrientes glaciares y otros accidentes geográficos. Esta labor de estudio oro y glaciográfico fue proseguida entre los años 1923-24 y 1928-29, extendiéndose luego hasta 1932, con lo que consiguió explorar de manera sistemática el interior antes desconocido de la zona cordillerana fueguina, descubriéndose muchos lugares que permanecían ignotos para la geografía, entre ellos el gran valle Carvajal al norte de Ushuaia. El padre De Agostini completó estas exploraciones con viajes por las llanuras orientales de la Isla Grande, con lo que pudo presentar al fin un cuadro satisfactorio para el mejor conocimiento de los variados aspectos geo-orográficos del gran archipiélago fueguino. Simultáneamente durante aquellos años realizó viajes extensos por los canales australes hasta el cabo de Hornos, la isla de los Estados y a peñones solitarios del borde del océano Pacífico, tales como la famosa isla Negra.

Tocante a la Patagonia, un reconocimiento previo durante el cual observó glaciares más imponentes y montañas más elevadas y espectaculares que las conocidas en Tierra del Fuego, llevó a Alberto de Agostini a extender a ella su actividad, iniciando

hacia 1916 las primeras exploraciones en las cordilleras de Última Esperanza, en los macizos del Paine y Balmaceda. Retornó en 1917 a este último monte, reconociéndolo íntegramente, estudiando además el campo de hielo que circunda al macizo por el noroeste. Entre 1917 y 1929, alternando con sus exploraciones fueguinas, recorrió el amplio valle del río Serrano, las cuencas de los lagos Toro o Maravilla y Nordenskjöld, y, en particular, el grande y atractivo macizo del Paine, que con sus cumbres y torres lo impresionó en tal forma que no resistió en calificarlos como “el más soberbio y característico grupo de picachos que posee la cordillera patagónica austral”. En 1929 conoció y estudió parte de la sierra Baguales mientras pasaba desde el distrito del Paine al de los Andes que enfrentan el lago Argentino. Todos estos viajes de exploración los complementó De Agostini con un reconocimiento aéreo que hizo en 1937 acompañando a Franco Bianco, pionero de la aeronavegación patagónica, en un vuelo que cubrió la región cordillerana de Última Esperanza desde el cerro Balmaceda, pasando por el Paine y llegando hasta el distrito andino interior del lago Argentino. Finalmente, en 1943 amplió todavía más el conocimiento de este atractivo distrito de Última Esperanza, con la exploración de la sección septentrional del macizo del Paine y las cuencas lacustres vecinas, entre ellas la del Dickson.



El padre De Agostini con el macizo del Paine como objetivo fílmico.
Posiblemente ésta fue la última fotografía que se hizo del explorador en la Patagonia (hacia 1957).

Entretanto, a fines de 1928 había realizado un viaje por los canales occidentales de la Patagonia, recorriendo entre otros los fiordos Falcón y Eyre, explorando particularmente la zona adyacente al gran glaciar que se vierte en este último fiordo y que bautizó con el nombre de Pío XI. Obtuvo en esta excursión una nueva visión desde la zona occidental sobre el extenso campo de hielo que cubre la sección más austral de los Andes patagónicos.

En aquel mismo año el padre De Agostini llegó por primera vez a la zona del lago Argentino, realizando una primera excursión de carácter informativo preliminar. Regresó en los años 1930-1931 en compañía del geólogo Egidio Feruglio, dando comienzo así a la exploración sistemática de los cordones montañosos del sector limítrofe próximos a los lagos Argentino y su vecino Viedma, recorriendo los fiordos interiores del primer lago y los glaciares que caen al mismo, en modo particular el glaciar Upsala, el más extenso de la vertiente andina oriental, descubriendo y bautizando numerosos lugares y accidentes geográficos.

Su trabajo más notable en este distrito fue el reconocimiento de la zona interior alto andina que efectuó en 1931, recorriendo parte del extenso *plateau* que conforma al gran Campo de Hielo Patagónico Sur¹, descubriendo y nominando el Altiplano Italia y realizando de paso la primera travesía de la cordillera patagónica de este a oeste. Por la misma época el explorador extendió su actividad al distrito interior del lago Viedma, recorriendo el cordón de montañas que bordea el glaciar Upsala y reconociendo los montes inexplorados del interior del campo de hielo. En los años 1935-36 regresó a la zona del Viedma, esta vez para explorar el macizo del Fitz Roy, que le impresionó por su belleza y la soberbia audacia de sus formas. Exploró además los valles alto andinos inmediatos y la región del gran campo de hielo hasta el paso de los Cinco Glaciares. En 1937-1938 Alberto de Agostini realizó una nueva expedición destinada a completar el conocimiento del glaciar Upsala y el sector entre el lago Viedma y el fiordo Eyre, descubriendo y bautizando nuevos montes en el interior. Siguiendo un plan sistemático de trabajos, durante el verano de 1937 inició, y prosiguió durante 1940, la exploración del distrito situado entre el lago Viedma y el lago O'Higgins-San Martín, que le brindó un conocimiento complementario de la situación alto andina septentrional, con su conjunto de cerros y corrientes glaciares. El año 1944, en el que sería su último viaje a esa región, retornó a la zona occidental del lago Argentino para efectuar nuevos estudios y reconocimientos en el sector del seno Mayo, incluyendo el glaciar que se vacía en él, que denominó Ameghino.

Pero su interés incluía desde hacía tiempo el conocimiento de la sección septentrional de los Andes Patagónicos, señoreada hacia el oriente por el imponente monte San Lorenzo, la segunda en altura de las cumbres de aquella cadena. Una primera expedición de reconocimiento fue realizada en 1937 y completada en 1940, comprendiendo la zona inmediata al San Lorenzo y a la imponente cordillera Cochrane. En los años 1940-41 el padre De Agostini hizo una expedición en el distrito dominado por el río Baker, cuyo valle superior exploró, conjuntamente con los vecinos de los ríos del Salto y Chacabuco. Retornó a esas comarcas nuevamente en 1942, conociendo esta vez el sector occidental de la cuenca fluvial del Baker, en especial el valle de su afluente, el río Colonia, que le brindó una visión de lo que seguía hacia el occidente, ya en pleno Campo de Hielo Patagónico Norte.

¹ La toponimia popular y con fines de divulgación turística y científica se refiere a Campo de Hielo Patagónico Sur y Norte (CHPS y CHPN). No obstante, oficialmente Chile emplea los términos Campo de Hielo Sur y Campo de Hielo Norte.

Finalmente, al concluir el año 1943, realizó una expedición a la cadena Cochrane y al monte San Lorenzo, oportunidad en que consiguió escalar su cumbre².

Luego de un corto viaje a Punta Arenas, a manera de necesario descanso por las fatigas acumuladas durante aquella expedición, siguió una corta excursión al fiordo Mayo del lago Argentino, ya mencionada, cumplida la cual el padre De Agostini, ya sexagenario, decidió poner término a sus exploraciones andinas al cabo de tres y media décadas de iniciadas. Se imponía, prudentemente, el retiro. El montañismo es exigente y bien saben sus cultores que la fase activa es más corta que larga en su vigencia, y como tal hubo de asumirla el salesiano de Pollone. Entonces pudo sentirse satisfecho con lo realizado en tan prolongado lapso. Ninguno de cuantos lo habían precedido en los trabajos del género a contar del siglo XVI había logrado lo que él, esto es, dedicar una vida activa entera a la faena exploratoria geográfica con resultados científicos condignos para ese esfuerzo prolongado y sistemático.

Sin embargo, restaba algo por concluir de una vez por todas. De sus viajes por Tierra del Fuego, Alberto de Agostini conservaba por años una espina: el monte Sarmiento, que permanecía invicto desde el intento de ascensión de 1913. De allí que su pensamiento recurrente fuera el de lograr su escalamiento. No pudiendo intervenir personalmente por razones de edad, promovió durante 1956 la organización de una expedición con ese objetivo, contando para ello con la colaboración del profesor José Morandini y un grupo de científicos y geólogos italianos, y del Ejército de Chile. Arribada a fines de ese año a Punta Arenas, la expedición se dirigió de inmediato a la zona fueguina previamente elegida, y a principios de 1956 los guías alpinos que la integraban conquistaron finalmente al monarca de los Andes Fueguinos. De modo cierto el padre De Agostini consiguió vencer al Sarmiento, el coloso de Tierra del Fuego, al cabo de una espera de cuarenta y tres años. Con esta expedición se dio cima a los estudios orográficos y glaciológicos de la cordillera Darwin, iniciados cuatro décadas antes.

Como resultado de tantas exploraciones y trabajos, el padre Alberto de Agostini pudo sentirse al fin satisfecho, pues había hecho una notable contribución a la geografía de la parte austral de América, al dar a conocer la estructura orográfica y glaciológica de los Andes Patagónicos y Fueguinos, los que, con excepción de algunas zonas limitadas, eran completamente desconocidos en su interior para la ciencia mundial al promediar la segunda década del siglo XX. Entonces, ya a contar de 1944 pudo también haber dado por debidamente cumplido cuanto alguna vez se había propuesto realizar, y recogerse para dedicarse –ahora sí– a sus obligaciones religiosas. Si tal se hubiera dado, con sólo eso la posteridad habría reconocido sin retaceos su gran contribución al adelanto del conocimiento geográfico austral, pues lo realizado había sido ciertamente relevante.

Pero, bien se sabe, ello no habría podido darse de esa manera por cuanto el Padre De Agostini decidió que debía continuar otra tarea de trascendencia que había desarrollado casi a la par de sus exploraciones, como era la de la difusión

² Véase *supra* nota 1.

al público de lo realizado. Percibió desde un principio que tanto conocimiento acumulado no podía quedar relegado a la intimidad de las academias y cenáculos científicos, como había sido la norma común hasta su época, sino que debía ser puesto al alcance de la gente con toda la eficacia y posibilidad de penetración social que la modernidad brindaba a las comunicaciones.

Así, el padre De Agostini pudo poner de manifiesto otra faceta clave de su personalidad como era la capacidad para difundir conocimientos. Y para ello empleó tanto la técnica y el arte de la fotografía, de la que llegó a ser un verdadero artista, como su talento de escritor para dar cuenta con sabiduría y amenidad, y a veces con arranques líricos, lo que concernía a sus viajes y experiencias en el contacto con una naturaleza tan fuerte y sugerente como es la patagónico-fueguina. Y, por si faltara, supo valerse complementariamente de la cinematografía, de la cartografía y, por fin, de conferencias y exposiciones para presentar sus trabajos y resultados ante diferentes auditorios de doctos y gente ilustrada, de alumnos escolares y de gente común, pues a todos quiso hacerlos partícipes de su fecunda tarea vital a favor de la ciencia y la cultura. Ciertamente, el padre De Agostini fue un gran comunicador social.

Entre las más calificadas de sus creaciones literarias deben mencionarse los libros *Mis viajes a la Tierra del Fuego* y *Andes Patagónicos*, ambos, en especial el segundo, títulos clásicos en la bibliografía científica del siglo XX referida a las regiones meridionales de América del Sur. En ellos hay un contenido informativo riquísimo que concierne principalmente a lo geográfico y, dentro del género, a la fisiografía y glaciología andinas, a la descripción de los paisajes naturales, todo complementado con crónicas de viajes en que se incluyen valiosos testimonios de época sobre personajes, circunstancias y lugares correspondientes al período final de la ocupación colonizadora del territorio patagónico-fueguino, y, para también darle un sentido de integralidad, con noticias históricas y etnográficas referidas a las regiones australes americanas.

Su producción fotográfica merece una consideración particular. En este aspecto, Alberto de Agostini supo usar de esta técnica quizá como ningún otro explorador y viajero científico precedente, tanto por la cantidad y variedad de las vistas como por su notable calidad que, en sus reproducciones impresas de divulgación alcanzó el mejor nivel de su tiempo. Complemento de esta labor expresiva fue la filmografía, donde su película documental *Tierras Magallánicas* fue todo un suceso en su hora y es aún en el presente un referente obligado en la especialidad desde el punto de vista histórico.

En suma, la multifacética empresa desarrollada por el padre De Agostini durante medio siglo, entre 1910 y 1960, año de su fallecimiento, fue simplemente colosal, calificación que le ganó la admiración aprobatoria de sus contemporáneos y el reconocimiento consagratorio de la posteridad, que lo ha tenido y tiene como el mayor de los exploradores de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Con cuánta razón, entonces, la Congregación Salesiana ha procurado recordar la obra científica y difusora de uno de sus más preclaros hijos, con mayor énfasis todavía al cumplirse el centenario de su llegada a Punta Arenas. Por ello

el museo Maggiorino Borgatello, que fuera la primera institución que recibió los resultados científicos y al fin el depositario de buena parte de los documentos escritos y gráficos del explorador, decidió conmemorar el acontecimiento con la debida relevancia, y así asumir la reedición –en su homenaje– de su obra capital, *Andes Patagónicos*³.

Ha sido una decisión acertada por demás, tanto por la condición emblemática que ostenta el libro desde su aparición, como porque entre los papeles que dejó Alberto de Agostini al morir se encontró un ejemplar de la edición española del mismo (1945), corregido y adicionado por el propio autor, cuando preparaba la que habría de ser la tercera edición, propósito que no pudo hacerse efectivo por causa de su fallecimiento. De esta manera, retomar y dar adecuado fin a esa tarea postrera constituye, sin duda alguna, el mejor homenaje en memoria del ilustre explorador salesiano.

No obstante la condición facsimilar de esta edición, ajustada cabalmente a los deseos del autor, se ha estimado necesario adicionar al contenido del libro una cantidad de notas cuyo objetivo es el de actualizar, complementar y, excepcionalmente, corregir algunos datos y antecedentes para la mejor comprensión de los lectores y la calidad general de la obra.

De igual manera, para reafirmar el sentido de homenaje que tiene la edición, se ha juzgado conveniente incluir apéndices en que se da cuenta somera de toda la producción bibliográfica del padre Alberto de Agostini, tanto la impresa como la inédita que se conserva en los archivos del Museo, del itinerario de sus viajes y de la memoria toponímica en su recuerdo. Así, esta tercera edición de *Andes Patagónicos* permite dar una cumplida satisfacción a distintos objetivos con los que se tributa el homenaje de reconocimiento al gran explorador salesiano por su obra de toda una vida, tantas veces ponderada como de excelencia, en el adelanto del conocimiento geográfico de la Patagonia austral y la Tierra del Fuego.

³ Esta reedición se ha preparado cuando está vigente el Acuerdo para precisar el recorrido del límite desde el monte Fitz Roy hasta el cerro Daudet, suscrito el 16 de diciembre de 1998. Por tanto, algunas referencias del autor a la línea limítrofe deben ser analizadas conforme a las disposiciones de ese tratado, que se aplica en un sector del Campo de Hielo Sur.

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

Segunda edición aumentada y corregida

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES
1945

CAPÍTULO XII

EN LOS DOMINIOS DEL FITZ ROY

Un Cervino de ultramar. El valle del río Fitz Roy. Bosques destruidos por los incendios. En el valle del río Blanco. La Laguna del Desierto. El bandido Ascencio Brunel. Formidable desbordamiento. Acampados a orillas del río Blanco

La estancia Cerro Fitz Roy está ubicada en uno de los parajes más pintorescos del valle. Para edificar sus casitas, Andreas Madsen eligió con gusto una graciosa loma, desde donde puede divisarse todo el valle y el curso del río de las Vueltas, que serpentea en amplios meandros, como una inmensa cinta plateada, ocultándose al norte entre resplandecientes cadenas de nieve. Por todo su alrededor se extienden verdes bosques de hayas y, entre ellos, hermosos claros formados por terrenos aluvionales fertilísimos, cultivados con centeno, avena, cebada y hortalizas, que alcanzan su total madurez.

Pero la mayor atracción la constituye el monte Fitz Roy, que levanta su soberbia torre granítica entre algunos cordones rocosos que flanquean el valle hacia el poniente. Es el señor de toda esta vasta región montañosa, un segundo Cervino, algo más modesto por su elevación, pero no menos terrible por la verticalidad de sus paredes y la majestuosidad de su cúspide.

El Fitz Roy es sin duda alguna uno de los montes más hermosos e imponentes de la cordillera Patagónica en su vertiente oriental. No es tal vez el más elevado, porque en el interior hay aún muchos otros picachos y macizos majestuosos, todavía inexplorados, que, como pude observar en mis excursiones a través de los campos de hielo, lo superan en altura, pero no en audacia de formas.

Su situación de aislamiento, al borde de la cordillera, donde vienen a terminar los valles preandinos y se extienden las inmensas mesetas, le permiten ostentar en todo su esplendor, sin que lo ofusquen otros montes, sus formas atrevidas y gigantes, visibles a gran distancia. A eso se debe su notoriedad.

Desde el valle de donde nosotros lo observamos, situado a 400 m sobre el nivel del mar, su torre se eleva unos 3.000 m; ofrece al pasajero, por consiguiente, las mismas atracciones de grandiosidad y belleza que distinguen a los mayores colosos de los Alpes italianos como el Cervino o el Monte Blanco, observados desde

el Breuil o desde Courmayeur, respectivamente. Si sus adustas torres se asemejan en algo a las cumbres dolomíticas, ya sea por su configuración en forma de torre como por su color rojizo, difieren en cambio esencialmente de aquéllas por la naturaleza de las rocas, que son de puro granito.

Interesante y compleja es su estructura orográfica.

El Fitz Roy es un macizo que en su vertiente oriental culmina en una gran pirámide, que se levanta verticalmente por más de mil metros sobre la superficie de un ventisquero. En las partes norte y sur de esta torre están alineadas, a lo largo de un gigantesco bastión de granito, otras imponentes y afiladas agujas, la mayor de las cuales es la que se alza a mediodía, pocos centenares de metros más bajas que la cúspide principal.

En las extremidades de esta cohorte de agujas se destacan dos contrafuertes principales: el del norte, que se interna entre los valles del río Blanco y del río Eléctrico, es el más elevado y culmina con el cerro Eléctrico de 2.160 m de altura; el del sur limita el curso del valle del río Fitz Roy, tributario del río de las Vueltas. Este valle lo exploré, hasta su nacimiento, en el verano de 1931, de regreso del lago Argentino, con los guías Croux y Bron. Con todo acierto, el andinista y explorador Néstor Gianolini, que visitó este valle en el verano de 1948, observa que el nombre Fitz Roy aplicado al valle, río y glaciar de esta depresión andina es impropio, pues ninguno de los glaciares y cursos de agua de este valle vienen del monte Fitz Roy, sino que tienen su origen en el cordón Adela y en los montes Torre, Pier Giorgio y Pollone. Sería conveniente, pues, asignarles al valle, al río y a cada uno de los glaciares, el nombre que les corresponde, teniendo en cuenta la preponderancia e imponentia del monte Torre, que es el dominador incontrastable de todas las alturas del lado occidental del valle.

Era el 27 de febrero cuando penetramos en el valle, ayudados en el transporte de nuestra impedimenta por el estanciero Martín Bjerg, que en ese entonces residía en aquellos parajes, e instalamos el campamento en los lindes de un bosque, algo alejados de un pequeño lago del que nace el río Fitz Roy*. Tanto este valle, como los demás, enclavados entre los contrafuertes del Fitz Roy y tributarios todos del río de las Vueltas, presentan muy potente el modelado glacial, caracterizado por las numerosas rocas pulidas y aborregadas del fondo del valle, por las pequeñas hoyas lacustres y las cuevas rocosas redondeadas, lamidas por las impetuosas aguas de los torrentes glaciales.

Durante los 11 días que permanecemos en este valle (del 27 de febrero al 10 de marzo), tuvimos casi constantemente mal tiempo; sin embargo, logramos realizar dos importantes excursiones.

* En la actualidad existe a unos diez minutos de la laguna mencionada un bello campamento justamente llamado De Agostini, a orillas del río Fitz Roy, usado por excursionistas y escaladores. Desde el borde del laguito se tiene una hermosa vista del cordón Adela y especialmente del cerro Torre. Caminando por la morrena de la derecha de la laguna, se puede apreciar además el glaciar en toda su frente, hoy día ya muy diferente a como aparece en las fotos de De Agostini de la edición anterior a este libro. Este campamento se encuentra a unas tres horas de caminata desde el Chaltén a lo largo del valle del río Fitz Roy (N.E.).



Cerro Torre (3.020 m) y cuenca terminal del valle Fitz Roy.

La cumbre granítica del Fitz Roy (3.370 m).

En la primera alcanzamos, con tiempo relativamente sereno, la cuenca terminal del valle (1.100 m), subiendo a lo largo de las morrenas de la izquierda del glaciar, cuyo frente se derrite en las aguas del lago.

Este glaciar tiene su cuenca de alimentación en las faldas orientales del cordón Adela y, luego de una empinada cascada, profundamente agrietada, penetra hasta el valle en forma plana hasta el lago. En su lado izquierdo recibe otro glaciar menor ya en fuerte retroceso y ennegrecido en gran parte por una capa de detritos morrénicos, entre los cuales encontramos numerosos belemnites incluidos en esquistos ftaníticos negros que proceden de los contrafuertes situados al noroeste del Fitz Roy.

El valle, al final de su curso, se restringe y queda profundamente encajonado entre las paredes elevadísimas y verticales del monte Torre y las del monte Fitz Roy, y termina a los pies de un anfiteatro de montañas revestidas de glaciares muy resquebrajados. Este cordón de montañas, cuya vertiente opuesta baja en la cuenca terminal del glaciar Marconi, ha sido detenidamente explorado por nosotros en el viaje realizado en el verano 1935-1936 con los guías Carrel y Pellicier, del cual va a continuación su relación. Las dos montañas más elevadas fueron bautizadas Pollone y Pier Giorgio.

La segunda ascensión es la que efectuamos en un día completamente sereno a la cima de uno de los contrafuertes australes del Fitz Roy (1.650 m), desde donde tuvimos el sumo placer de contemplar de frente, en toda su soberbia belleza, la gigantesca montaña, en su totalidad el valle del río Blanco, y obtener magníficas vistas fotográficas.

Teníamos la intención de escalar algunas cumbres del cordón Adela, pero como el tiempo se puso otra vez tempestuoso, el 10 de marzo levantamos el campamento y bajamos a la estancia Fitz Roy y luego a Santa Cruz. Así concluyó nuestra primera tentativa de exploración al Fitz Roy.

Pasada la fiesta de Navidad, pensamos de inmediato en proseguir el viaje hasta la cordillera. Desde esta estancia comenzaba la parte más ardua y difícil del recorrido, ya que debían transportarse los equipajes y víveres (cerca de 600 kilos) a través de bosques vírgenes y montes escarpados. Nuestro intento consistía en explorar la vertiente noroeste del Fitz Roy, la única que yo no conocía todavía, y los montes que se elevan más a occidente, y, para ello, había proyectado establecer mi campamento base hacia el final del valle del río Eléctrico, a una distancia de casi 30 km. Desde este campamento base nos resultaría fácil penetrar en el interior de la cordillera, siguiendo el curso de un glaciar que baja al mencionado valle.

Hubiéramos podido proseguir aun un buen trecho con el carro, siguiendo el curso llano del río de las Vueltas, pero el carrero, preocupado por el peligro de los cruces, que hubiera debido efectuar tres o cuatro veces, con riesgo de no poder regresar más a Primera Viedma si las aguas crecían, decidió volver cuanto antes. Después de pasar dos días en la estancia de Madsen, el carro cruzó de nuevo el curso del río de las Vueltas, y, tras dejar todos nuestros bagajes en una casita en la orilla derecha del río, regresó el mismo día a la estancia. Di, en consecuencia, las disposiciones para que el transporte de los equipajes al campamento fuese efectua-

do únicamente con cargueros, lo que se conseguiría con dos viajes consecutivos y en dos etapas, empleando de 4 a 5 días.

En la mañana del 27 de diciembre en pocas horas estuvieron listos nuestros cargueros y a eso de las 9 comenzamos la primera etapa del viaje.

El señor Madsen quiso acompañarnos personalmente hasta nuestro primer campamento para indicarnos los caminos de acceso más fáciles y para ayudarnos en las dificultades que no pueden dejar de presentarse en esta clase de transportes.

Tanto él como dos baqueanos chilenos montan a caballo, mientras los guías y yo vamos a pie, conduciendo cada uno del cabestro un carguero. A pesar de que la región es completamente montañosa y casi impracticable a caballo, por la naturaleza rocosa y escarpada del terreno, los habitantes de estas regiones –tanto gauchos como estancieros– están acostumbrados a cruzar estos montes a caballo, y no pueden concebir que otros recorran a pie y sin cansarse, como lo hacemos nosotros, grandes distancias. Es de advertir que estos caballos están particularmente acostumbrados, no menos que los mulos, a caminar entre toda clase de dificultades. Son más bien pequeños, pero de una extraordinaria resistencia y habilidad para trepar por las rocas y cruzar los ríos y pantanos llenos de ocultos peligros, de los cuales tienen un instinto asombroso, pues, habiendo nacido aquí, conocen a las mil maravillas el terreno.

Recorridos algunos kilómetros, dejamos la orilla del río de las Vueltas, y trepamos por las escarpadas laderas de un cordón morrénico y rocoso, ya internándonos en el bosque, ya subiendo por cuevas detríticas totalmente desnudas de vegetación.

La cumbre del Fitz Roy, que desde el fondo del valle quedaba oculta detrás del cordón morrénico, ahora va levantando poco a poco, sobre el fondo del cielo azul purísimo, su gigantesca cúspide granítica de un delicado color rosáceo, salpicada de nieve fresca. El espectáculo que hoy ofrece esta soberbia montaña, deslumbrante a los limpios rayos del Sol, es realmente impresionante, y va haciéndose cada vez más majestuosa a medida que nos acercamos, para culminar, cuando llegamos al vértice de una loma rocosa que domina el valle, donde se nos aparece íntegra desde la base ciclópea, cubierta de verde bosque, hasta la corona de agujas y pináculos, que se yerguen en el cielo cobalto.

Desde el vértice de aquella loma, bajamos gradualmente siguiendo el curso de un pequeño valle, modelado por los antiguos glaciares que han corroído las rocas de pórvido y excavado numerosos valles y hoyas lacustres, cuyas faldas están revestidas de exuberantes bosques de lenga (*Nothofagus pumilio*).

En muchos puntos la floresta ha sido destruida por incendios casi siempre fortuitos, que luego se fueron extendiendo por la excepcional violencia del viento. Es un cuadro profundamente triste en la ya austera y salvaje grandiosidad del paisaje. Se camina kilómetros y kilómetros por encima de pilas de troncos negros y blancuzcos que, dominados por las llamas, quedaron carbonizados y reducidos a cenizas, conservando aún algunas ramas desnudas y truncas. Acá y allá alguno que otro tronco viejo corroído en su interior por el fuego, ha quedado fijo sólidamente en el suelo, tomando el aspecto de una enorme chimenea.



La torre del Fitz Roy vista desde el bosque.

Cordón Adela y monte Torre.

Durante el viaje nos detenemos raras veces, y sólo cuando nos vemos obligados a ello, para arreglar la carga, que se afloja y amenaza caer a causa de los bruscos movimientos y el constante sube y baja por las anfractuosidades y barrancos. El valle que nosotros seguimos está surcado por el río Blanco, un torrente que nace en un glaciar que cubre la ladera sureste del Fitz Roy y va luego a volcar sus aguas al río de las Vueltas. Nuestra vista se tiende constantemente hacia la pirámide altísima del Fitz Roy que cuelga sobre nuestras cabezas y muestra, bajo los rayos refulgentes del Sol, en la cristalina transparencia de la atmósfera, toda la majestuosidad de sus enormes paredes erguidas verticalmente sobre las nieves y los glaciares de la base.

Hacia el norte se abre y se diluye en el horizonte lejano el extenso valle del río de las Vueltas, flanqueado al poniente por elevadas cadenas de montes, entre los cuales se destaca uno hermosísimo completamente cubierto por una coraza de hielo¹, que se yergue sobre la orilla derecha de un gran lago conocido en la región con el nombre de Laguna del Desierto. Ni el lago, que mide más de diez kilómetros de largo, ni el valle terminal del río de las Vueltas, que tiene su nacimiento en el mismo, figuran en los mapas argentinos y chilenos, por lo que cabe suponer que las comisiones encargadas de trazar los límites entre estas dos naciones no penetraron en esta zona, a causa tal vez de las dificultades encontradas al cruzar el río de las Vueltas y tener que atravesar tan peligrosos pantanos. A continuación del lago se abre al noroeste un valle incrustado en la cordillera, el cual conduce al lago San Martín.

El valle del río de las Vueltas está ocupado actualmente en su parte inferior por una pequeña sociedad pastoril, y más arriba, donde bajan otros valles secundarios de la alta cordillera andina, fronteriza hasta muy cerca de los glaciares, viven algunos pobladores chilenos, propietarios de unos pocos vacunos^{2*}.

Hace algunos decenios, cuando las comunicaciones eran muy difíciles y escaso el control de la policía, vagaban por estos valle andinos numerosos bandidos que eran el terror de los pocos habitantes de estas regiones.

El más célebre de todos por sus fantásticas fechorías fue Asencio Brunel, que durante quince años mantuvo en jaque no sólo a la policía y a los colonos, sino también a los indígenas tehuelche, muy numerosos todavía en aquellos tiempos.

¹ Luego lo llamé monte Vespignani.

² Uno de estos valles lleva hoy el nombre de Mylodon por haber pasado en él su vida solitaria, durante trece años (1918-1931), un alemán llamado Alberto Conrad, a quien todos apodaban el Mylodon, porque había descubierto restos de una forma muy parecida a la de un milodonte, mamífero del Cuaternario, en una gruta de Última Esperanza, mientras acompañaba al explorador sueco Otto Nordenskjöld. Vivía obsesionado por la idea de descubrir en el interior de aquellas montañas grandes tesoros en piedras y metales preciosos. Alimentando estos sueños de riqueza murió solo, abandonado en su rancho, donde fue hallado unas semanas después, con todos sus tesoros, consistentes en algunos cristales de roca a los cuales atribuía un valor de muchos millones. Ya desde 1909 había visitado estos valles cordilleranos y afirmaba haber cumplido la travesía de la cordillera hasta alcanzar los canales del Pacífico, pero las aguas divisadas por él no eran sino las del lago San Martín.

* En realidad, el hallazgo se hizo con anterioridad a la visita practicada por Otto Nordenskjöld. Véase la nota de la p. 134 (N.E.).

Madsen lo recuerda bien porque en aquellos años acompañaba a la comisión argentina de límites, tomando todas las precauciones para no ser despojados de los mejores caballos de su tropilla.

“En los últimos años de su vida –cuenta Madsen– se había establecido en la región que se extiende entre el lago Argentino y el lago Viedma, donde poseía centenares de caballos robados en sus correrías. Nadie osaba cruzar el río La Leona por temor de caer en sus manos. Aquí en el lago Viedma, fue su víctima el alemán Max Volmer, el primero que vino a vivir junto al lago, importando, con Guillermo York, las primeras ovejas”.

Era todavía joven cuando comenzó su vida delictuosa, matando, en 1888, en el cerro de la Picana, cerca de Gallegos, a un tal Aniceto San Juan, a quien le raptó la esposa, Rosario Treviño, que luego dejó abandonada en Santa Cruz, en casa del chileno Ibáñez. En una jornada de duro galope con dos caballos robados en esta población, se libró Asencio de las manos de la policía que lo iba buscando. La infinita extensión de la pampa con abundante caza y habitada por tribus tehuelche con numerosas caballadas, fascinó su espíritu romántico y aventurero de gaucho y cazador nómada.

En Uruguay, su patria, y luego en las islas Malvinas, donde vivió algunos años, había aprendido perfectamente a domar los potros más rebeldes, así que ahora encontraría en la pampa inconmensurable un vasto campo para ejercitar sus magníficas dotes de jinete.

Al anochecer, Asencio, con un cuero fresco de león (del cual los caballos tienen verdadero pánico, porque son las víctimas preferidas de esta fiera) se acercaba a las manadas de caballos; la aurora lo sorprendía a 100 km de distancia, arreando los potros, que domaba en breve tiempo. Era prodigiosa la rapidez con que se trasladaba de un lugar a otro. En pocos días bajaba de la cordillera a la costa; hoy estaba en San Juan, mañana en San Julián y cinco días más tarde en las orillas del Chubut, mil kilómetros al norte, sin dejar huella alguna de su paso más que solamente algún caballo agotado o descuartizado que delataba sus rastros.

Indígenas y civilizados se habían unido para concluir de una vez por todas con este audaz bandido que, con prodigiosa facilidad, se apoderaba de sus caballadas. Las frecuentes batidas realizadas para darle muerte resultaban siempre infructuosas, porque, o bien llegaban tarde, o cuando creían tenerlo finalmente en su poder, con alguna astucia demoníaca se les escapaba de las manos. Indios y colonos no podían dejar un instante de vigilar la caballada. Asencio ya no robaba muchos caballos, elegía únicamente los mejores y a los otros los descuartizaba, arrancándoles la lengua para comérsela, pues ese era su alimento preferido.

Los indígenas tehuelche eran quienes más lo vigilaban y en su poder cayó dos veces. Un día Asencio se aproximó a los toldos del cacique Kanquel, sobre las orillas del río Senguerr, para intentar uno de sus golpes maestros, robando los mejores caballos. Lo vieron las mujeres y de inmediato se corrió la alarma de toldo en toldo. Los indios, para no dar sospechas, montaron sobre sus caballos de guardia y se desparramaron en todas direcciones, como si fueran a arrear una tropilla y a



Un pintoresco laguito frente a los montes Fitz Roy y Torre.

Andreas Madsen cosechando el centeno.



© National Park Service / U.S. Department of the Interior

manear las yeguas para la noche, pero con la intención de cercarlo; con todo, y sin desanimarse, rompió el cerco y se lanzó a toda carrera hacia la llanura, perseguido por los indios. Asencio montaba en pelo sobre un magnífico bayo, llevando a otro de las riendas, y huía velozmente como una flecha por la pampa, pasando a intervalos, para no cansarlos, de un caballo a otro, sin bajar a tierra, pero al llegar al río Guenguel fue alcanzado y capturado. Kanquel lo entregó al gobernador de Rawson, tal como lo había capturado, cubierto de pieles de puma, traje con el que acostumbraba vestirse. Todos los colonos corrieron a verle y a oír sus hazañas, y luego fue enviado a la cárcel de Gallegos. A los días después el mejor caballo de la guardia de la comisaría le sirvió para evadirse a galope tendido por la pampa y, al poco tiempo, otros nuevos hurtos de caballos en las estancias anunciaban la reanudación de sus hazañas de salteador.

En la primavera de 1900 desapareció para siempre de la Patagonia. Respecto a su muerte corrieron las noticias más contradictorias. Algunos creyeron que había sido asesinado por los indios Tehuelche del alto Chubut, pero, según me dijeron Madsen y varios otros viejos colonos, parece cierto que Asencio Brunel fue muerto por algunos colonos en la región de Última Esperanza, donde hacía estragos en los vacunos. Asaltado por la noche en su escondrijo, se defendió hasta que pudo con un Winchester. Por la mañana los colonos se acercaron con cuidado a su campamento, que consistía en una choza hecha con un simple cuero, y siguiendo las huellas de sangre que aparecían en el terreno, llegaron a un riacho donde yacía muerto el salteador, alcanzado por cinco balazos que le habían pasado el cuerpo de parte a parte. En los bolsillos de su traje, hecho de pieles de león, encontraron muchos pedernales, y en su toldo, junto al Winchester, dos pares de boleadoras y el infaltable lazo con que se apoderaba de los caballos*.

* * *

El valle que veníamos siguiendo desde hace algunas horas está surcado por el río Blanco y baja hacia el norte bañando en todo su recorrido las laderas orientales del Fitz Roy y las occidentales del monte Rosado, pequeña meseta de 800 metros de elevación, revestidas ambas por una tupida vegetación de hayas.

Guiar los caballos, cansados ya por su pesada y voluminosa carga, a través de estos bosques inmensos, donde no existen verdaderos senderos, sino débiles huellas dejadas por los huemules, antes muy numerosos, requiere constante vigilancia, para no golpear la carga contra la tupida barrera de los árboles. Hay que ser todo ojos para discernir el angosto camino que penetra entre montones de troncos, caídos de viejos o abatidos por las tormentas, y para cruzar insidiosos pantanos, semicultos en un mórbido tapiz de musgos y líquenes.

Mientras avanzamos, afloran por entre los claros de la floresta en la vertiente opuesta, las paredes escuálidas y despeñadas del Fitz Roy, por las cuales baja un

* La circunstancia de que se trata se recuerda con el topónimo vigente, río Ascencio, en la jurisdicción del parque nacional Torres del Paine (N.E.).

majestuoso glaciar terriblemente revuelto. Éste se origina en una vasta cuenca glacial situada por debajo de la pirámide terminal del Fitz Roy y se precipita por un desfiladero profundo, hasta hundir su frente en un pequeño lago de excavación glacial, elevado un centenar de metros sobre el valle. Hacia el este del pequeño lago se divisa una profunda brecha, que tiene toda la apariencia de haberse formado hace poco tiempo, a causa del rebalsamiento repentino de las aguas que, con su volumen y peso, ha roto la barrera y se ha precipitado hacia abajo, vaciando casi por completo el lago.

Todo el valle que se encuentra debajo presenta, en efecto, huellas evidentes de este formidable desbordamiento de las aguas que, a su paso, desarraigaron y arrastraron por algunos kilómetros enormes masas de granito de centenares de toneladas, algunas de las cuales vemos encajadas entre los troncos, al borde de la floresta. Debe haber sido un espectáculo de una grandiosidad impresionante la caída al valle de esta masa de agua, a juzgar por las huellas que aún subsisten. Madsen me confirma, en efecto, el extraordinario acontecimiento, ocurrido el 16 de diciembre de 1913, cuando, desde hacía poco, él se había establecido en el Puesto de las Vacas, algunos kilómetros más al sur, donde actualmente vive. Había comenzado apenas el deshielo primaveral cuando cayó mucha nieve, seguida luego por un viento cálido y una gran lluvia que duró 48 horas. En las cuencas y rellanos superiores del valle se habían formado pequeños lagos que pronto se abrieron paso con los deshielos y se precipitaron hacia abajo con gran fragor, arrastrando consigo macizos y árboles del bosque.

El río de las Vueltas creció extraordinariamente, hasta que el 16 de diciembre adquirió tales proporciones y una violencia tan enorme, que infundió pavor. Fue la crecida más grande que Madsen haya visto.

Mientras se encontraba sumamente preocupado por la amenaza del río, llegó asustado a su casa un colono llamado Enría, que vivía 10 km más al interior del valle, donde poseía algunos vacunos, trayendo la noticia de que la noche anterior había escuchado por el lado del Fitz Roy un ruido sordo y prolongado, como si la montaña se hubiese derrumbado, y pocos minutos después bajaba ruidosamente una gran masa de agua que inundó todo el valle, amenazando con destruir su vivienda. Pero en los días subsiguientes el río disminuyó y pasó el peligro.

Poco después del mediodía llegamos al término del valle del río Blanco, donde este torrente se une con el río Eléctrico, otro tributario del río de las Vueltas, que baja al valle homónimo formado en la alta cordillera, entre el cerro Fitz Roy al sur, y otras cadenas de montes inexplorados al norte.

Este río tiene su origen en un glaciar que baja de las cadenas interiores. Es éste el valle hasta cuyo extremo nosotros debemos seguir para establecer allí el campamento base. Cruzamos el torrente y la llanura del valle, sembrada de macizos transportados por la mencionada crecida, y nos dirigimos hacia la embocadura del valle, en donde pasamos la noche.

Me encuentro otra vez en sitios perfectamente conocidos y familiares. El valle del río Blanco y toda la vertiente oriental del Fitz Roy, con sus contrafuertes del noroeste, fueron reconocidos por mí en febrero de 1932 con el guía Derriard y dos



Cosecha del centeno en la estancia Fitz Roy.

Árboles destruidos por una inundación.

peones chilenos. Permanecemos doce días a orillas del río Blanco, y efectuamos, en los pocos días serenos que tuvimos, algunas ascensiones por los alrededores, de las cuales la más importante fue la del monte Eléctrico (2.160 m) desde donde pudimos divisar un vastísimo horizonte sobre el valle del río de las Vueltas y sobre las cadenas de montes que se extienden al norte del Fitz Roy. Tanto el monte Eléctrico como el valle homónimo deben su raro nombre, aplicado por los primeros colonos, a la extraordinaria violencia de las ráfagas de viento que desde este monte se precipitan hacia el valle con sordas detonaciones que parecen descargas eléctricas.

Son las 3 de la tarde cuando Madsen, que abre la caravana, detiene su caballo y nos indica un hermoso llano seco y herboso al borde de la floresta, por donde sale un arroyo de aguas cristalinas, donde podemos levantar cómodamente nuestras carpas. Aunque quedan aún muchas horas de sol, no nos es posible proseguir el viaje, pues de aquí en adelante el bosque se hace más tupido y lleno de obstáculos, y los caballos están ya muy cansados.

Madsen, después de una breve comida, se vuelve con los peones a su estancia siguiendo otro camino, más breve y menos dificultoso, a lo largo del río de las Vueltas, que ahora podrá cruzar sin dificultades, pues los caballos no llevan carga.

Los dos peones chilenos volverán al día siguiente con el resto de los equipos, para reanudar con nosotros el viaje al interior del valle del río Eléctrico.

Nos ponemos enseguida a levantar las carpas y luego gozamos las últimas horas de la tarde, serena y tranquila, confortados por la desacostumbrada temperatura.

Un gran silencio reina en estas vastas soledades custodiadas por glaciares y montes, mientras resuena débilmente en nuestros oídos el murmullo suave de las aguas del arroyuelo, y el más lejano y sordo de alguna cascada que se despeña al interior del bosque.

En las primeras horas de la tarde siguiente los dos peones están ya de vuelta con los equipajes y los víveres; dejamos para mañana la última etapa de nuestro viaje.



El monte Fitz Roy en su vertiente oriental.
Cargueros de la expedición en viaje frente al Fitz Roy.



Subiendo el ventisquero del monte Eléctrico.

Cantos rodados que se desprendieron del Fitz Roy y fueron llevados por una inundación a lo largo del valle del río Blanco.



Monte Eléctrico y ventisquero Fitz Roy desde el valle del río Blanco.
Valle del río de las Vueltas y monte Vespignani.

CAPÍTULO XIII

EN EL VALLE DEL RÍO ELÉCTRICO

El valle del río Eléctrico. En el bosque. Descanso en el campamento. Tempestades y ciclones. Primeras excursiones. Glaciar y cordón Marconi. El Gorra Blanca. En las blancas soledades de hielo. Monte Pollone y torre Pier Giorgio. En el valle Cón-dor. El monte Cagliari. Regreso a Santa Cruz

Hoy 29 de diciembre hacemos el último trecho de camino a lo largo del valle del río Eléctrico; en el interior del bosque y hacia el fin del mismo establecemos el campamento base.

El huaso* chileno Barrientos ha salido a las cinco de la mañana a campar, esto es, a buscar caballos que la noche anterior había dejado pastando en un pequeño claro del bosque, no muy lejos de nosotros. Vuelve después de 3 horas. Le ha costado mucho descubrir el rastro de los animales, que habían huido hacia la estancia de Madsen y se encontraban por lo tanto muy alejados. Era necesaria toda la habilidad de este huaso que estuvo durante algunos años al servicio de Madsen, para seguir, en el laberinto del bosque, los rastros de los caballos y reconducirlos en tan breve tiempo hasta nosotros.

A las 10 dejamos el campamento e iniciamos el viaje hacia el interior del bosque, llevando cinco caballos con nuestro equipaje. Transportamos únicamente lo más indispensable en carpas y víveres, dejando el resto para los días sucesivos.

Hoy también, el día –y ya van tres– está sereno y luminoso; las montañas y los glaciares son de una transparencia y nitidez maravillosas. Me duele realmente no poderlo aprovechar realizando alguna ascensión, pero las montañas que deseamos escalar están demasiado lejos, y hay que resignarse a emplear el tiempo en el transporte de los equipajes. Sé por experiencia que a estos días tan hermosos sigue infaliblemente un largo período, a veces semanas y meses, de mal tiempo.

* De Agostini alterna los términos ‘huaso’ y ‘guaso’ para referirse al típico personaje chileno campesino. Lo cierto es que en Chile el término usado con mayor frecuencia es el de ‘huaso’, que más bien corresponde a un personaje típico del centro del país y no de la Patagonia (N.E.).

Hemos recorrido apenas unos pocos kilómetros cuando hallamos el camino interceptado por una franja de árboles tan densos y retorcidos que no sabemos cómo franquearlos; por fin Barrientos, con esa particular intuición de los *baqueanos**, logra conducirnos a una zona más abierta, en la que podemos avanzar con mayor rapidez y comodidad. Desde lo alto de una terraza morrénica, desprovista de vegetación, gozamos de una primera visión parcial de la espectacular cadena de montañas interiores, meta de nuestras próximas excursiones, que se nos presenta como un blanco telón de nieve, de donde desciende majestuosamente una gran lengua de hielo.

Más adelante el valle se estrecha; durante dos horas caminamos en el interior de una selva *selvaggia ed aspra*** como dijera Dante, formada por gigantescas hayas, derribadas en parte por las tormentas, que se elevan a los pies del monte Eléctrico, cuyas paredes cortadas a pique por centenares de metros, se asoman de cuando en cuando, entre los claros de los árboles, como las murallas de una fortaleza ciclópea. Muy cerca de nosotros baja rumoreando el río Eléctrico, que forma el desagüe del gran glaciar situado al término del valle.

El aspecto de los bosques magallánicos es profundamente triste y severo. Caminando largas horas entre esa densa y monótona barrera de hayas rugosas, de 15 a 20 m de altura, que levantan sus copas hasta el cielo, dejando pasar apenas un poco de luz solar, en un terreno cubierto de barricadas de troncos, amontonados y desordenados como los restos de un campo de batalla, el viajero se siente invadido por un sentimiento de soledad y tristeza, que lo impele a salir lo más pronto posible de la selva para ver de nuevo la luz y volver a sentir la alegría de la vida.

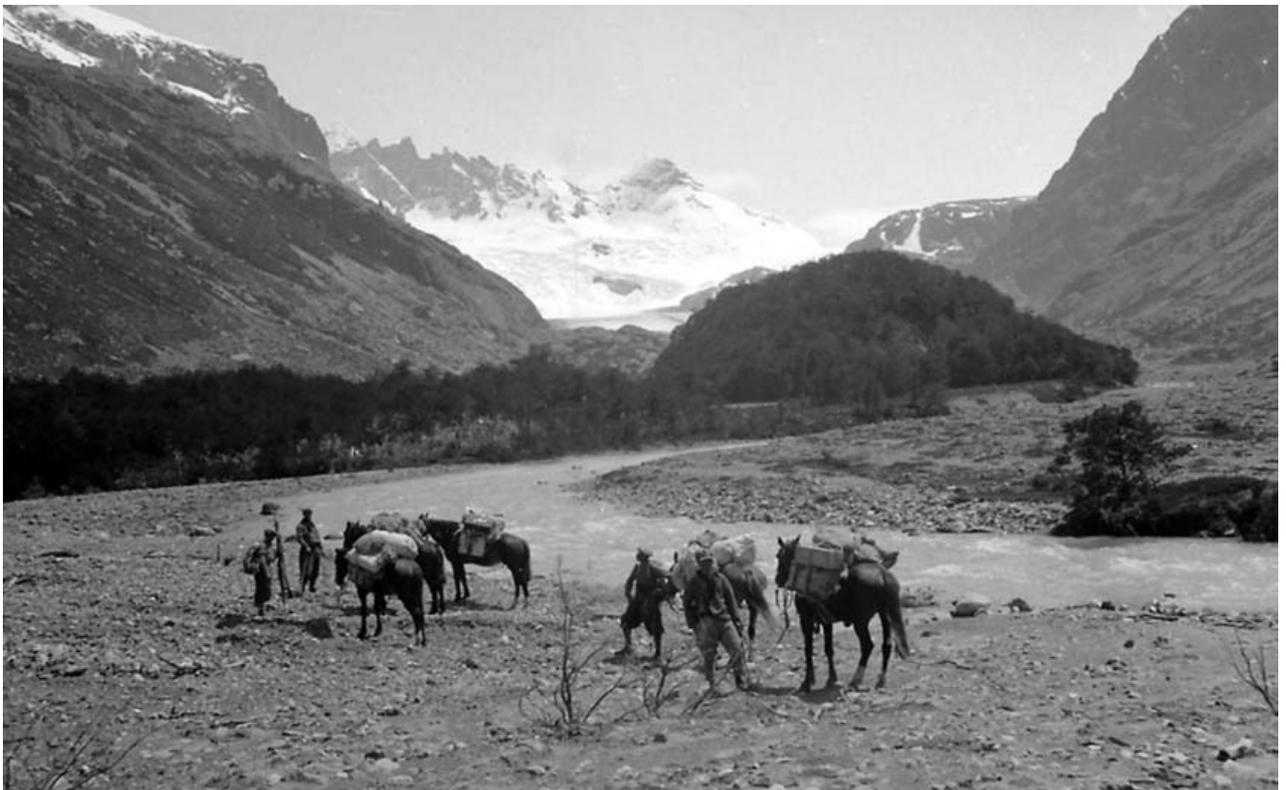
Pocas veces el bosque está tan tranquilo y silencioso como hoy. Cuando se desencadena la tempestad y desde las gargantas de las montañas bajan fulmíneas e impetuosas las primeras ráfagas, el bosque despierta de su entumecimiento, y bajo esos crueles latigazos aúlla con gritos de dolor. Un fragor sordo y misterioso, como el de las rompientes, anuncia la proximidad del viento, que se desploma sobre el bosque con el chasquido de un rayo. Pero el manto vegetal es tan denso y compacto que el viento pierde muy pronto su vigor y apaga sus iras a medida que penetra en lo más hondo del bosque.

Un recíproco sentimiento de fraternidad parece unir todo este mundo vegetal. Se ven hayas seculares, que, al momento de caer, se han apoyado en los troncos de los árboles vecinos más jóvenes y vigorosos, que sostienen pacientemente los cuerpos decrepitos de sus abuelos, hasta que alguna ráfaga de viento muy fuerte los libra de la pesada carga.

Cuando sopla el viento, estos troncos y ramas, superpuestos en esa forma, producen, por el continuo roce, los sonidos más singulares, las voces más alarmantes.

* Con cursiva en el original. Según el glosario del libro de Herbert Childs, *El Jimmy, bandido de la Patagonia*, Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1997, *baqueano* o *vaqueano* es el nombre que se asigna a una persona competente y experimentada, de preferencia a guías o buenos conocedores del territorio, que es precisamente el sentido que adquiere el término en el presente relato. (N.E.).

** Entre comillas en el original, la frase significa: 'salvaje y áspera' (N.E.).



Cruzando el río Eléctrico.

El río Eléctrico y la roca aborregada a cuyo abrigo establecimos nuestro campamento.

Más de una vez, mientras viajaba solo por el interior del bosque, me llamaban de improviso la atención estos sonidos, que llegaban a mis oídos con breves intervalos, como quejumbrosas invocaciones, como pedidos de socorro, haciéndome estremecer y dirigirme hacia el lugar de donde salían, para cerciorarme de mi engaño.

Después de unos diez kilómetros, el bosque va concluyendo, los árboles se hacen más bajos y ralos, y en algunas partes aparecen arrancados y amontonados por los aludes o por el desbordamiento de los torrentes. Y por fin alcanzamos la cuenca superior del valle, desnuda y rocosa, donde hemos proyectado establecer el campamento base (530 m).

Una gran roca aborregada que surge como un baluarte en medio del valle desierto y pelado, con un penacho de árboles hacia levante hasta donde el viento no puede desarrollar su obra de devastación, parece haber sido colocada aquí deliberadamente por la naturaleza para ofrecernos un tranquilo y seguro refugio contra los huracanes del suroeste, que seguramente han de venir desde la cordillera con extraordinaria violencia y asiduidad*. Nos lo atestiguan, efectivamente, algunas hayas cuyos troncos están encorvados y las ramas penosamente extendidas hacia el este, en la misma dirección del viento. Nos dirigimos pues a esta roca.

A las 3 de la tarde, en compañía del guía Carrel, dejando a mis camaradas ocupados en levantar el campamento y armar las carpas, nos internamos con paso rápido en el valle. No quiero que se malogren las pocas horas que nos quedan de sol con cielo despejado, sin cumplir una excursión hasta el confín del valle en donde baja el glaciar, para conocer la configuración de la cuenca terminal y de los montes colindantes.

Por dos kilómetros caminamos sobre una planicie cuajada de laguitos y limitada por dos arcos morrénicos de no remota formación, a través de los cuales, arrimado a las paredes de las montañas que rodean el valle por el norte, se abre paso el torrente Eléctrico. Traspuesta la planicie, nos enfrentamos con un lago que se prolonga hacia occidente, profundamente encajonado entre las montañas, y que concluye a los pies del gran glaciar, el cual zambulle su frente en las aguas del lago. Desde aquí hacia delante el camino se hace más arduo y monótono.

Para adelantar debemos escalar algunas rocas aborregadas, cortadas a pique sobre la margen meridional del lago, e internarnos durante un largo trecho por entre pequeñas cuencas lacustres, estrechos desfiladeros de erosión glacial, masas descompuestas de detritos morrénicos, rastros evidentes, y todavía frescos, de la enorme labor cumplida por el glaciar, que ahora ocupa la cabecera del valle, cuando se levantaba algunos centenares más de metros, cubriéndolo enteramente.

Terminamos nuestra excursión en una loma, desde la cual podemos dominar la cuenca terminal del lago y gran parte del curso del glaciar, que parece ofrecernos la única vía de acceso a la alta cordillera interna. Sin embargo, antes de alcanzar la

* Esta roca es actualmente llamada La Piedra del Fraile, precisamente en recuerdo del padre De Agostini. Hay actualmente allí un campamento bien equipado para excursionistas y escaladores que remontan el valle del río Eléctrico (N.E.).

frente del glaciar deberemos efectuar una larga vuelta alrededor del lago sobre una empinada pendiente de rocas y de escombros morrénicos. El paisaje es de los más austeros y salvajes. Por todo el rededor montañas abruptas y peladas, menos en el oeste, donde baja el glaciar, que se origina en las montañas fulgurantes de nieve, sobre las cuales el Sol, próximo al crepúsculo, refleja sus deslumbrantes luces.

Muy próximos a nosotros se elevan los contrafuertes occidentales del Fitz Roy, cuya cúspide rosada y altísima se yergue como una majestuosa torre en el cielo azul, ostentando sus paredes de granito, que caen verticalmente sobre un pequeño glaciar.

Hacia el anochecer regresamos al campamento, llenos de entusiasmo y proyectando para el día siguiente nuestra primera excursión al glaciar y la ascensión de alguna montaña vecina.

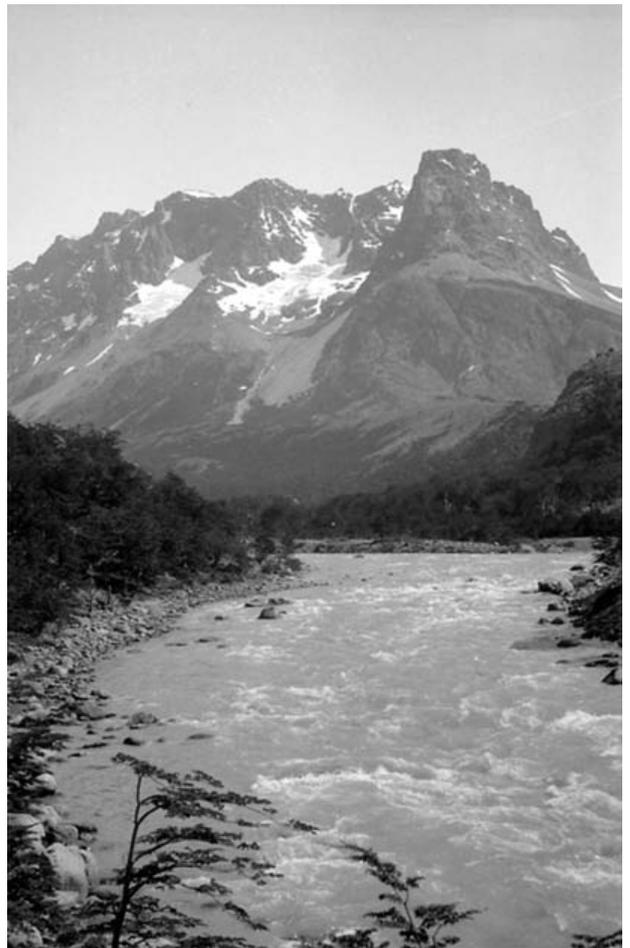
¡Cruel desengaño! Durante la noche el sordo aullido de una ráfaga de viento, que baja de la cordillera, despertándome del sueño, nos anuncia que el buen tiempo se ha ido. Por la mañana, al salir de nuestras carpas, contemplamos con profunda pena todas las montañas veladas por un manto grisáceo de nubes, mientras que de la cordillera se desprende bajo una lívida colcha de vapores un viento helado y cortante, que se precipita sobre el valle con feroces silbidos. Es fácil prever, con la experiencia de tantos años, que esto ha de durar bastante.

Mientras tanto, iniciamos la construcción de una choza tal como las había visto entre los indígenas de la Tierra del Fuego, la cual nos servirá de cocina y de refugio contra el viento y la lluvia, en los largos días que deberemos pasar esperando buen tiempo. Los chilenos, habilísimos en el manejo del hacha, cortan en el bosque los troncos más apropiados, y, ayudados por los guías, en algo más de un día, concluyen el toldo. Éste consiste en una pared de delgados troncos de 5 m de alto, dispuestos circularmente en el suelo, los cuales convergen hacia el centro en forma de cúpula, la que se deja sin ramas para que salga el humo. Por el exterior se reviste el esqueleto de la choza con una espesa capa de ramas y cortezas de hayas, dejando una abertura que nos servirá de entrada, dispuesta en la parte por donde no sopla el viento.

28 DE DICIEMBRE AL 12 DE ENERO

Después de tres días de fortísimo viento, empieza la lluvia, que continúa a breves intervalos, en forma de chubascos que bajan de la cordillera acompañados de un furioso viento del sur. La temperatura baja paulatinamente, el termómetro acusa 2 grados sobre cero. Algo más arriba de nuestro campamento nieva, y cuando las nubes se desparraman, las laderas de las montañas aparecen completamente blancas; se diría que estamos en pleno invierno.

En los primeros días, los dos peones chilenos, Barrientos y Pérez, han bajado a la estancia de Madsen llevando los caballos que habíamos utilizado para el transporte de los equipajes, regresando dos días después con otros caballos frescos y descansados, que utilizaremos para el aprovisionamiento de víveres, especial-



Robles seculares derribados por el viento en el valle del río Eléctrico.

El río Eléctrico.



Panorama del río de las Vueltas y de las cadenas de montañas próximas al monte Gorra Blanca, tomado desde la cumbre del monte Eléctrico.

mente de carne, que habrá que ir a buscar a la estancia vecina. Es admirable en estos baqueanos chilenos la tranquilidad con que se aprestan para cumplir largos y fatigosos viajes, sin preocuparse de si llueve o hay viento, si nieva o hay sol. Su resistencia es maravillosa; pasan días enteros caminando o cabalgando, expuestos a todas las intemperies, muchas veces en ayunas, sin quejarse, sin averiguar si es mediodía o si son las 8 de la noche; comerán cuando hayan cumplido la excursión o cuando puedan. Un pedazo de carne asada al fuego, un plato de porotos y una taza de mate son suficientes para satisfacer su estómago.

Al regreso nos dicen que el río de las Vueltas ha disminuido el caudal de sus aguas; el frío ha estancado los glaciares y la nieve, y ahora resulta bastante más fácil vadearlo.

Durante tan largas jornadas hallamos un confortable asilo en la choza, junto al fuego que mantenemos prendido todo el día, aprovechando la leña seca que se encuentra en abundancia en el bosque. Nuestro refugio de troncos y ramas nos protege admirablemente contra el viento y la lluvia, y el ranchito va cada día amoblándose con mesas, asientos, armarios y otros muebles, transformándose de simple cocina en comedor y sala de lectura.

Cuando cesa la lluvia, y el viento disminuye en algo de intensidad, salimos de nuestro refugio y procuramos purificarnos realizando algún corto paseo por los alrededores del pequeño baluarte rocalloso, a lo largo del valle o en el interior de la floresta; tálamos árboles, partimos troncos y hacemos abundante provisión de leña seca para alimentar el fuego en el interior de la cabaña cuando llueva.

Carrel ha explorado ya todos los alrededores y en sus frecuentes excursiones ha podido cazar algunas avutardas de las llamadas coloradas (*Chloephaga poliocephala*) que pastaban junto a las lagunas vecinas. Esta especie se distingue de las otras dos porque es algo más chica, también más elegante y por la variedad y belleza de su plumaje, que, en las alas, es de un color moreno herrumbroso con sinuosas manchas blancas y negras, veteadas de azul, mientras la cabeza y el pescuezo son cenicientos. La carne de la avutarda no es muy apetecible por ser dura y aceitosa; sin embargo, la de esta especie es más tierna y sabrosa. Sus huevos, simplemente abandonados sobre el pasto, son excelentes, y por lo mismo, buscados en primavera por los habitantes de la zona.

Son sumamente escasas las especies de aves que viven en este solitario valle; hemos visto únicamente algunos jilgueros y uno que otro tordo, que revoloteaban cerca de nuestra carpa, pero son tan mansos que casi hubiéramos podido agarrarlos con la mano. Ningún rastro de zorros, que, sin embargo, son tan abundantes en los otros valles andinos, tal vez porque este lugar está demasiado apartado y azotado por los vientos y tiene escasos medios de subsistencia. Pocas veces, en nuestras excursiones, hemos tenido la oportunidad de observar alguna vizcacha (*Lagidium bosi*), curioso mamífero parecido a la ardilla, que vive en la cordillera escondido entre las rocas. Algunas astas de huemul, el ciervo cordillerano, desparramadas por el valle, comprueban que, hasta hace pocos años, estos animales debían ser numerosos. Ahora ya no se ven más.

22 DE ENERO

Vamos a cumplir ya cuatro semanas de inmovilización en este valle y nada indica todavía que el tiempo quiera mejorar. La semana pasada tuvimos algunos días secos, alegrados por el Sol, que se asomaba a intervalos entre densos cúmulos que surcaban velozmente el cielo arrastrados por el viento, y algunos días abrigamos la esperanza de un mejoramiento, animados por la gradual elevación del barómetro; pero cuando menos lo esperábamos se desencadenó un terrible huracán por el sur, mayor que todos los precedentes tanto en violencia como en duración. Durante algunas noches nos fue imposible cerrar los ojos, despertados continuamente por violentísimas ráfagas de viento, que se desplomaban en el angosto valle con el estrépito de cien tormentas. A veces el ciclón asumía el tono de un alud y parecía que toda la montaña, por un sacudimiento sísmico, estuviese por derrumbarse y caer sobre nosotros.

A pesar de encontrarnos al abrigo del promontorio rocalloso, la corriente atmosférica, obligada a pasar por la estrecha garganta, con una velocidad que no debía ser inferior a los 150 km por hora, rebotando en las paredes de las montañas vecinas, formaba terribles remolinos que venían a abatirse y a morir sobre nuestras carpas. Esto duró tres días y luego se calmó transformándose en lluvia torrencial que nos encarceló durante algunos días entre la choza y las carpas.

A la lluvia sucedieron días discretamente claros, pero sin que cesara el viento y sin que las montañas se quitaran el manto de nubes que las envolvía continuamente.

Los dos peones bajaron algunas veces a la estancia de Madsen para conseguir carne y cambiar los caballos, que no podían resistir mucho tiempo en el valle debido a la escasez de pastos, y regresaron con cartas y diarios de Italia y Buenos Aires. El 15 de enero llegó también al campamento el señor Carlos Cassera, quien venía a unirse a nuestra comitiva.

Cansado de tan forzoso encarcelamiento y ávido de conocer de cerca la torre del Fitz Roy, Carrel, aprovechando una tarde algo más tranquila y serena, emprendió la ascensión de uno de sus contrafuertes, al sur de nuestro campamento. Regresó ya muy entrada la noche después de logrado su propósito. Alcanzó a permanecer en la cumbre, a dos mil metros, solamente unos pocos instantes, porque el viento, que llegaba del lado opuesto, se abalanzaba con tal ímpetu y clamor que producía espanto.

24 DE ENERO

La insólita persistencia del mal tiempo, que nos ha tenido prisioneros durante casi un mes en el campamento, ha puesto a dura prueba nuestra reserva de paciencia; pero al fin hemos tenido una noche de calma. Hacia las siete de la mañana, las nubes que ocultaban la cordillera en capas uniformes se hacen más tenues, para desaparecer luego bajo los rayos del Sol, que irradia una luz vivísima y alegre sobre



Árboles doblados por el viento dominante del suroeste.
Lago y valle del río Eléctrico desde el glaciar Marconi.

el estrecho valle, mientras el círculo interior de las montañas se yergue blanquísimo de nieve y terso sobre el cielo de azul puro, tal como lo vimos la última vez hace 27 días, cuando llegamos aquí. La hora es ya algo adelantada, pero hay que partir inmediatamente e internarnos lo más que podamos en la cordillera, para poder trazar el programa de nuestras próximas excursiones.

En una hora dejamos atrás las hondonadas morrénicas y alcanzamos el fondo de un valle transversal que baja desde la ladera norte del Fitz Roy, el cual, desde este desfiladero, aparece totalmente descubierto, desde la base hasta la cumbre, como un gigantesco monolito, revestido con placas verticales de granito*, y en una hora más, cruzamos una empinada pendiente de escombros y de peñascos, que amenazan caer, donde encontramos huellas de recientes aludes. A las diez hemos alcanzado el frente del glaciar, que sumerge en las aguas del lago sus crestas ennegrecidas en la superficie por los detritos morrénicos. Aquí tardamos en recorrer un nuevo trecho convulsionado y lleno de grietas donde nos vemos obligados a cavar escalones sobre el mismo hielo y luego remontamos el glaciar por su margen izquierda, sobre la que caminamos rápidamente porque es llana y poco agrietada.

A tres kilómetros del frente, una barrera de gigantescas crestas nos obliga a cambiar de camino y a salir del glaciar, siguiendo por otros 2 km a lo largo de las morrenas marginales y de los canales surcados por torrentes glaciales. Hacia las 11 abandonamos el curso del glaciar y remontamos una empinada zanja cubierta de

* Casi con absoluta certeza –aunque no queda lo suficientemente claro, ni siguiendo el relato, ni observando algunos mapas que aparecen en el libro–, éste podría ser el lugar desde el cual De Agostini toma la fotografía que aparece en el forro de las ediciones ya existentes de *Andes Patagónicos*. El lugar es de un relativo fácil acceso. Ya fuera del área del parque Los Glaciares, Argentina, desde el puente del río Eléctrico, a orillas del camino que conduce a Laguna del Desierto, al norte de El Chaltén, más o menos a una hora, se debe bordear el río y adentrarse en el valle del río Eléctrico. Luego de unas dos horas de caminata se llega al actualmente llamado Campamento Los Troncos y conocido el sector también como Piedra del Fraile. Existen allí instalaciones tanto para armar carpas o pernoctar en cabañas, así como un pequeño y muy acogedor restaurant. Aquí es donde termina el bosque y comienza el valle glacial. El cambio de paisaje impresiona. En unos treinta minutos hacia el oeste, siguiendo aún el curso del río, se llega a la cuenca del laguito y se comienza a subir siguiendo su orilla sur por una formación rocosa hasta llegar en media hora al valle transversal norte-sur citado en el relato. De allí se sube, yendo hacia el sur por este valle a un costado del arroyo Pollone, que a su vez desemboca en el lago en un delta cercano a un promontorio rocoso que forma una pequeña ensenada en su orilla occidental. En otros treinta minutos, siempre hacia el sur, se llega a una lagunita de origen glaciar y se tiene desde allí la vista de la ladera norte del Fitz Roy, motivo de la fotografía citada. El sendero es conocido como Sendero Aguja Pollone, pues es posible también apreciar desde allí la empinada aguja bautizada por la expedición de la que leemos el relato. Pollone –cabe decir– es el lugar de nacimiento del padre De Agostini.

Otra vía de llegada es la que algunos toman desde los campamentos Poincenot y Río Blanco (campamento de los escaladores), ubicados al sur del valle del río Eléctrico, dentro del área del parque. Desde éstos, a los cuales se accede directamente a pie desde El Chaltén en unas tres horas, el tramo completo toma más o menos seis horas a pie. Este trayecto lo realizan preferentemente quienes han hecho el circuito de *trekking* que une el valle del río Fitz Roy, por donde se llega al campamento De Agostini; el final del valle del río Blanco, por donde se accede a la ladera este del glaciar y monte Fitz Roy y que es la ruta más transitada en temporada alta, y el ya descrito valle del río Eléctrico. El circuito forma una especie de “W”, como el del Paine, y es posible hacerlo en 3 ó 4 días acampando en los lugares establecidos (N.E).

nieve, que da acceso a una extensa zona helada que comunica con el interior. La marcha se hace entonces más lenta, pues nos hundimos en la nieve fresca, viéndonos obligados a detenernos de tanto en tanto. A medida que nos elevamos, el panorama se hace cada vez más vasto y descubrimos nuevas montañas y nuevos detalles en las cadenas que nos rodean. Durante dos horas continuamos remontando el glaciar, el cual se va dilatando más hacia el interior, cubriendo como una vasta sábana toda esta ladera. De su vasta blancura emergen solamente algunas formaciones rocosas de pórfido grisáceo, hacia los cuales nos dirigimos. A la una de la tarde hemos alcanzado la cumbre de una de esas rocas más salientes, de 1.330 metros, desde donde gozamos de un bellissimo panorama que abarca toda la región recorrida y desde donde podemos por fin darnos una idea exacta de la configuración orográfica de este primer trecho cordillerano.

Hacia el sur, a nuestros pies, se escurre en larga espiral el glaciar que hemos cruzado a la subida, y que por su margen izquierda recibe otras cascadas de hielo, que bajan desde la ladera en que nos encontramos.

Más allá del glaciar, campea majestuoso el cerro Fitz Roy, semioculto por un monte que forma la cabecera norte de una cadena de montañas que se prolonga en dirección suroeste y que, por ser un magnífico punto de observación para toda la zona, resolvimos escalar en cuanto nos sea posible, pues no se encuentra muy alejado del campamento. A continuación de este monte se levanta más al oeste otro elevado picacho de forma maciza y abrupta, cuyas paredes de granito caen verticalmente por más de mil metros sobre el glaciar que llena el término del valle.

Algo más hacia el oeste del monte, la puntiaguda roca encapuchada de hielo del cerro Torre parte el azul del cielo. Es una aguja maravillosa, rival del Fitz Roy por la hermosura de las formas y por lo inexpugnable de sus paredes verticales de granito. Cerca de nosotros se levanta una imponente cadena de montañas cuyo interior nos era hasta ese día completamente desconocido.

Procedemos desde ya a denominar esa cadena y el glaciar subadyacente con el nombre del presidente de la Real Academia de Italia, Guillermo Marconi, bajo cuyos auspicios se está realizando nuestra expedición*.

Hacia el norte llama nuestra atención un hermosísimo picacho completamente blanco de nieve, que ya habíamos observado desde abajo y que, por la posición que ocupa, debe ser el monte Gorra Blanca, de 2.270 m, indicado en los mapas chilenos y argentinos**. Sobre esta cumbre pasa el límite entre Argentina y Chile, que desde el lago San Martín se dirige al Fitz Roy y sigue hasta el cordón Mariano Moreno.

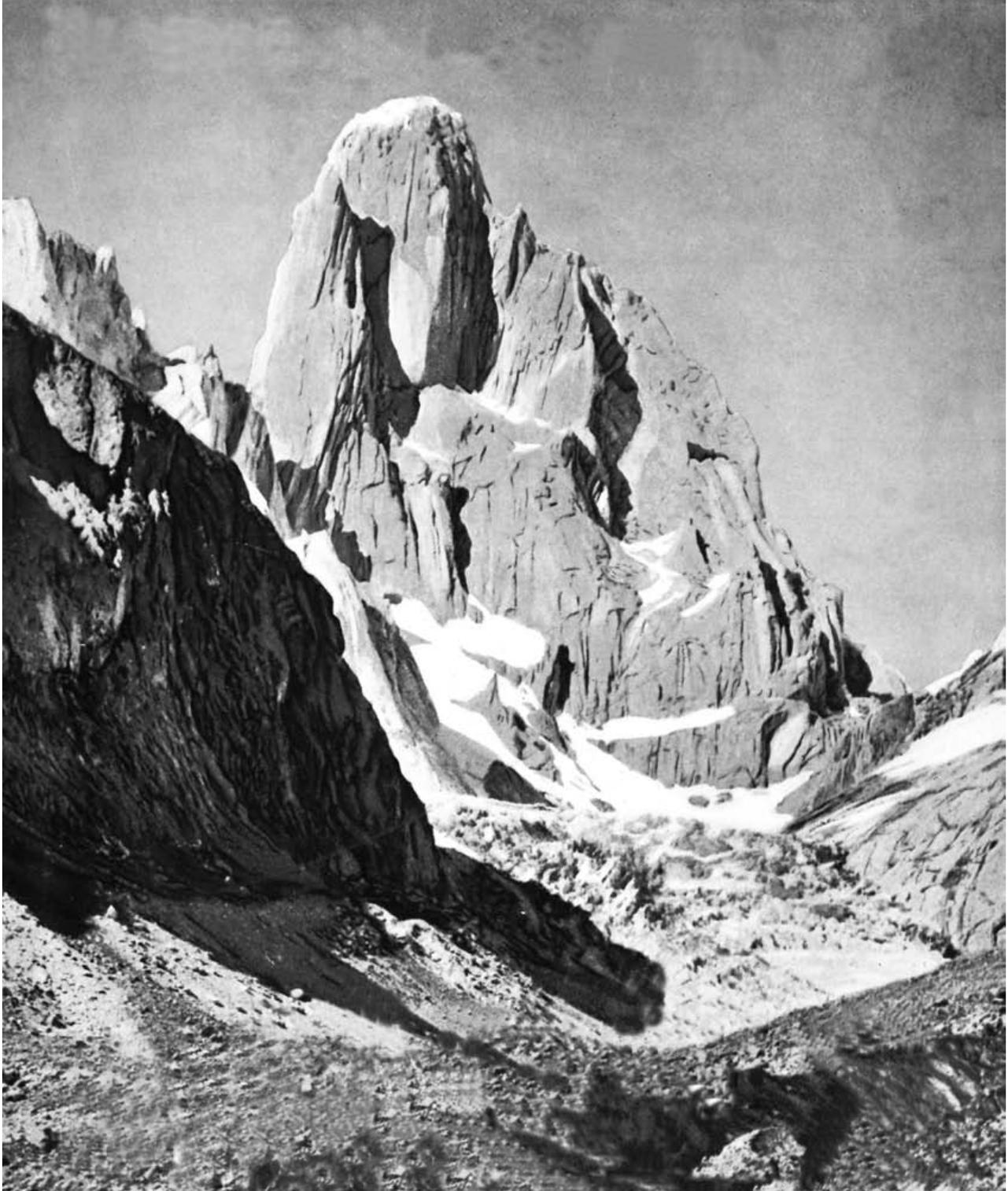
* A propósito de ésta y otras denominaciones que manifiestan su ferviente patriotismo italiano –de la que son evidencia adicional las frecuentes menciones del texto en el que se destaca todo lo realizado por sus compatriotas–, se ha criticado al padre De Agostini esta práctica toponímica por considerársela un tanto excesiva, más allá de reconocérsele su derecho como explorador al bautismo de accidentes geográficos innominados. Véase al respecto Buscaini & Metzeltin, *op. cit.*, capítulo: El entorno humano (Vida y muerte de los topónimos) (N.E.).

** La altura real de este monte es de 2.907 m (N.E.).



Montes al sur del cordón Marconi.

Cuenca terminal del valle Eléctrico y montes y glaciares del interior.



Deposé

El monte Fitz Roy desde el valle del río Eléctrico.

Fot. A.M. De Agostini

Desde esta ladera, el monte Gorra Blanca se presenta enteramente revestido de hielo, y parece no ofrecer grandes dificultades para ser escalado. Será por lo tanto una de nuestras primeras metas.

No podemos contemplar largamente el espectáculo porque, junto a una fría brisa del noroeste, llegan las primeras nubes que, en un abrir y cerrar de ojos, ocultan las cumbres y ofuscan el cielo, hasta hace un instante tan sereno y luminoso.

No nos queda más remedio que regresar, y a las siete estamos de vuelta en el campamento, satisfechos de los conocimientos adquiridos en esa primera y rápida excursión.

Para no perder los escasos días de buen tiempo que pudieran de pronto presentársenos, creímos poder alcanzar nuestros objetivos mediante rápidas excursiones de uno o dos días, con algún vivac al aire libre, sin carpas. Pero el tiempo se ha vuelto nuevamente amenazador; estábamos temiendo que el viento recobrar su intensidad, cuando, en la tarde del 26, vuelven repentinamente la calma y la serenidad. Decidimos partir a la mañana siguiente muy temprano y seguir el itinerario de la excursión precedente, con el objeto de internarnos lo más que pudiéramos.

27 DE ENERO

A las 4:45 de la mañana partimos cargando cada uno el saco de dormir y víveres para tres días. Además de los guías nos acompañaban el señor Cassera y el joven peón chileno, Pérez.

La mañana es clara y fría y el cielo está perfectamente sereno. La cadena Marconi ostenta en todo su esplendor sus abruptas paredes cubiertas de hielo y de nieve, las cuales se levantan como blanco telón sobre el fondo azul purísimo del cielo. Calma y silencio perfectos. Casi no creemos a nuestros ojos. Los laguitos de las morrenas son otros tantos espejos de cristal, sobre los cuales se reflejan las montañas y los glaciares vecinos. A las siete comenzamos a remontar el glaciar Marconi, siguiendo el mismo camino de hace 3 días, y, poco antes de las nueve, alcanzamos la embocadura de un cañadón donde, al abrigo de un promontorio rocalloso, depositamos nuestras bolsas, pareciéndonos ese lugar más abrigado de los vientos para establecer el vivac para la próxima noche. Hacemos un alto para desayunarnos. Aquí se quedan los camaradas Cassera y Pérez, y yo prosigo con los guías por el empinado cañadón. A las 11 alcanzamos la cumbre de la loma rocallosa a la que llegamos el 24, mientras el cielo se mantiene aún sereno, a excepción del noroeste, que se ha empañado con ligeras capas de nubes aún no alarmantes. Tomo algunas fotografías y luego reiniciamos el camino hacia el noroeste, por donde se prolonga una inmensa llanura de hielo y nieve, que subiendo suavemente se dilata hacia el interior de la cordillera entre la prolongación norte de la cadena Marconi y la ladera occidental del Gorra Blanca, por un ancho de casi 10 km.

A medida que subimos, la nieve se hace más consistente, presentando en la superficie una ligera costra, que cede bajo nuestros pies; no se advierten grietas, pero para mayor seguridad nos atamos las sogas. También el horizonte se ensancha y

empiezan a aparecer en la lejanía, hacia el oeste, cumbres desconocidas, completamente blancas, las que se van haciendo mayores y cada vez más visibles.

Mientras tanto observamos que la cumbre del Gorra Blanca, como nosotros habíamos visto anteriormente desde el lado sur, no es sino la extremidad de una larga cresta helada, ligeramente deprimida en el centro, que se prolonga hacia el norte y que concluye en otra cúspide algo más elevada.

Entre las dos cumbres, baja con ligeras sinuosidades una imponente pared de hielo cortada por anchas grietas, que cubre toda la ladera occidental del monte y termina en una dulce cuesta sobre la vasta planicie de hielo que nosotros cruzamos.

Durante dos horas marchamos sobre la monótona extensión de nieve, y hacia las 3 de la tarde alcanzamos la cumbre de una loma nevada (1.680 m), al noroeste del Gorra Blanca, desde donde podemos divisar claramente las cadenas de montañas que forman en ese sector el esqueleto principal de la cordillera.

Delante de nosotros se extiende una inmensa cuenca helada, encajonada entre dos elevadas cadenas de montañas, en la que se originan 5 glaciares, que al descender, toman opuestas direcciones*.

Frente a nosotros se dirige, hacia occidente, una poderosa corriente de hielo, quizá la mayor, que va a descender en la extremidad norte de la ensenada Eyre, junto a los canales patagónicos. Este glaciar, que yo llamé Pío XI, en honor al Papa alpinista, había sido anteriormente reconocido y relevado por mí en 1929, cuando recorrí con la goleta *Renato* de Punta Arenas, toda esa vasta ensenada, efectuando algunas ascensiones a las montañas vecinas.

Otra corriente de hielo penetra hacia el norte por detrás de una cadena de montes, entre las que se destaca por su elevación el monte Pirámide, de 3.380 m, el único que señalan los mapas chilenos y argentinos en esa maraña de montes y glaciares. Cerca de nosotros desborda un tercer glaciar que desde el punto en que nos encontramos baja en dirección al lago San Martín, encajonado en un profundo valle, cuyo curso divisamos casi por completo.

Hacia el suroeste, una gran abertura, entre la cadena Marconi y el cordón Moreno, indica los orígenes del glaciar Viedma y el punto hasta donde llegó en marzo de 1916 la expedición alemana. En el informe que nos dejó el señor Alfredo Kolliker, se mencionan solamente cuatro glaciares que salen de esta depresión helada; el quinto glaciar, seguido por nosotros para llegar hasta aquí, debió quedar oculto a la vista de los exploradores alemanes por la prolongación septentrional de la cadena Marconi. Ellos habían empleado, para llegar desde el campamento central, situado en el valle del río Túnel, hasta ese punto, nueve días, estableciendo en el trayecto ocho campamentos, o sea, cuatro en las morrenas y cuatro sobre el glaciar.

Desde la loma bajamos hacia la llanura del valle en dirección a una cresta rocallosa que se asoma por encima de las nieves. Aquí empiezan las grietas, que

* Dicha cuenca es llamada Paso de los Cinco Glaciares y se encuentra en la ruta de exploradores y escaladores que frecuentan el campo de hielo Patagónico Sur en diversas direcciones y con distintos propósitos. En ella se originan los glaciares Pío XI hacia occidente; O'Higgins al norte; Chico, al noreste; Marconi, hacia el este y Viedma hacia el sur. (N.E.).



Glaciar Marconi.

Avutarda (*Chloephaga poliocephala*).

son abundantes y profundas, debido en parte a que la masa de hielo se precipita hacia el lago San Martín. Observando las hendiduras, noto que el hielo presenta agrupadas formas raras e insólitas, como si hubiese sido sometido de repente a una ola de calor tornando luego a consolidarse al volver a la temperatura normal. Me asalta la duda de si esto ha sido efecto del calor producido por alguna erupción volcánica acaecida en los alrededores. Me sugiere esta suposición el hecho de que justamente en esta zona algunos colonos de los lagos San Martín y Cardiel señalaron la existencia de un volcán que de cuando en cuando lanza columnas de humo y resplandores de fuego.

Amontonada a lo largo de las grietas encontramos una capa de arena color gris claro que nos hizo sospechar que se trataba de ceniza volcánica, como efectivamente resultó*.

Cuando llegamos a la roca nos aguarda la sorpresa de encontrar, sobre las pizarras arcillosas que la componen, algunas flores en pleno desarrollo, las que en ese desierto de hielo provocan en nosotros una sensación de vivo estupor.

Lo avanzado de la hora nos obliga a regresar, y, alrededor de las 19, llegamos al sitio del vivac con pronósticos bien poco lisonjeros para el día siguiente, pues el cielo se ha cubierto enteramente de nubes, formadas por una corriente caliente y húmeda del noroeste, que ha suplantado a la fría del sur.

Nos cuesta bastante dificultad encontrar sobre las revueltas masas de las morrenas un pequeño lugar liso donde extender el saco de dormir, pero al fin cada uno logra encontrar un rincón donde pasar la noche. El más desafortunado es el joven chileno, ya que poco después de medianoche debió abandonar apresuradamente su refugio, porque la cama flotaba sobre una corriente de agua que se había infiltrado a través de las piedras, debido a la repentina crecida de un torrente cercano.

En las primeras horas de la mañana, impetuosas ráfagas de viento bajan silbando de las montañas. Ya no cabe duda de que el tiempo se ha echado a perder, y, en cuanto aclara, nos lo confirma la visión de las acostumbradas capas plomizas de nubes, que pasan amenazadoras sobre nuestras cabezas.

Únicamente nos quedan víveres para dos días, y si aumenta la intensidad del viento, ¿quién podrá cruzar el glaciar, si éste es como el lecho de las corrientes atmosféricas, que llegan con extrema violencia de la cordillera?

Ante el peligro de quedar sin víveres y bloqueados por el mal tiempo, decidimos a regañadientes regresar al campamento, renunciando por ahora a escalar el Gorra Blanca, dejándolo para cuando el tiempo se componga.

También esta vez vuelve repentinamente la calma después de tres días, en las primeras horas de la mañana, dándonos tiempo para aprovechar esa jornada efectuando una ascensión a la cumbre de un monte que se eleva como un magnífico observatorio entre el Fitz Roy y el glaciar Marconi. Al escalarlo tuve la sorpresa de hallar, a pocos centenares de metros de la cumbre (2.100 m), numerosos amonites y belemnites, incrustados en un afloramiento de esquistos arcillosos del Cretáceo Inferior.

* Téngase presente lo mencionado en el capítulo I. (N.E.).

Desde la cumbre de este monte pudimos observar un panorama extensísimo y maravilloso, superior a lo que imaginábamos. Al este, muy cerca de nosotros, y separado solamente por un profundo cañadón, se erguía la imponente pirámide del Fitz Roy, que se elevaba a mil y más metros sobre nuestras cabezas; la verticalidad de sus paredes graníticas, salpicadas de un suave color blanco-rosa, que se presentan en forma de planchas lisas y verticales, de 50 y 100 m, nos las mostraba bien definidas contra cualquier audaz intento de ascensión. Hacia el suroeste, a continuación del monte donde nos encontrábamos, se elevaba la abrupta cadena revestida en parte por glaciares, que denominamos Pollone, la cual se une más al sur con el monte Torre y culmina cerca de nosotros con el torreón granítico Pier Giorgio³, de 2.900 m de altura aproximadamente*. Toda la vertiente occidental está ocupada por la cadena Marconi, que absorbe nuestras miradas por la imponencia y verticalidad de sus paredes, en las que resplandecen al Sol blanquísimas planchas de nieve y de hielo, veteadas por los continuos aludes. Sobre la cresta dentellada de la cadena se yerguen algunas bellísimas agujas de hielo. La cadena culmina en el centro con un espeso manto de hielo suspendido en una pared vertical cuya altura calculamos en 2.700 m.

El monte Gorra Blanca aparece, hacia el noroeste como un gran macizo recubierto de nieve y termina en una larga cresta helada algo encorvada, cuyo vértice se encuentra en la parte más septentrional. Por la ladera sur baja una empinada cascada de hielo profundamente cortada por crestas, cuya lengua extrema alcanza, cerca de su frente, la margen izquierda del glaciar Marconi.

La ladera oriental del Gorra Blanca, sobre la que van a concluir los valles tributarios del río de las Vueltas, parece ofrecernos mayor facilidad para escalar la cumbre y para conocer los contrafuertes y las otras cadenas de más al norte; proyectamos por lo tanto dirigirnos hacia esos lugares en cuanto hayamos concluido nuestros trabajos en la ladera noroeste del Fitz Roy.

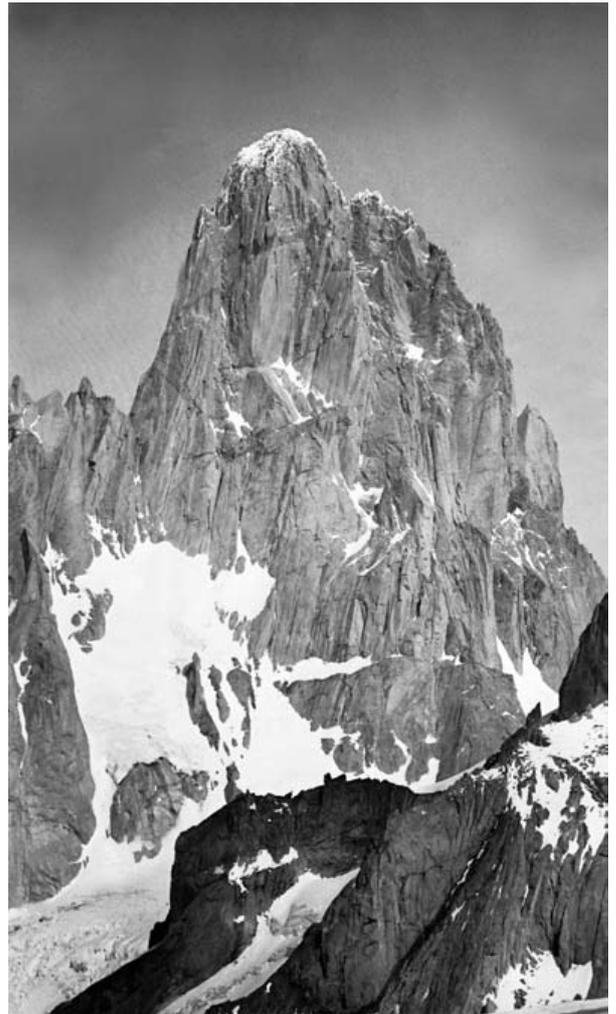
3 DE FEBRERO

Más pronto de lo que esperábamos hemos tenido otro día hermoso y lo dedicamos a conocer la cuenca terminal de un estrecho valle glacial asentado en las laderas septentrionales del Fitz Roy, y las cadenas limítrofes.

Remontamos los empinados paredones de un contrafuerte del Fitz Roy, cuyas estribaciones meridionales bajan al valle del río Eléctrico, pocos kilómetros al oeste de nuestro campamento. Desde esa cumbre, aparece frente a nosotros en la

³ En recuerdo del joven Pier Giorgio Frassati, nacido en Turín el 6 de abril de 1901 y fallecido en la misma ciudad el 4 de julio de 1925. Joven de preclaras virtudes, amó apasionadamente la montaña, e hizo de este deporte un medio para fortalecer su espíritu y elevarse más hacia Dios.

* Su altura real es de 2.719 m. De acuerdo con el laudo arbitral de 1994, que precisó el límite internacional entre el lago O'Higgins-San Martín (hito 62) y el monte Fitz Roy, la línea transcurre apoyándose en la parte sur de la cadena Pollone, incluida la cima homónima (N.E.).



Flancos septentrionales del Gorra Blanca y glaciar Chico.

La cúspide del Fitz Roy, por su lado occidental.

vertiente occidental, la majestuosa y débil aguja del cerro Torre con su característica cúspide revestida de hielo y le sigue hacia el norte, tras una ligera depresión, el monte Pollone de donde baja hacia el valle una gran cascada de hielo, agrietada y revuelta. A nuestros pies se abre la cuenca terminal del valle, repleta de hielo y nieve, cerrada al sur por un pequeño contrafuerte rocalloso, que se desprende del Fitz Roy y se une al monte Pollone. Este contrafuerte de poca elevación (1.600 m) forma la cresta divisoria de dos valles que bajan en dirección opuesta; el del sur tributario del Fitz Roy, y el del norte, que está frente a nosotros, del valle del río Eléctrico.

Con el objeto de conocer la vertiente oriental del Gorra Blanca con sus contrafuertes y de intentar la ascensión por ese lado, el 4 de febrero transportamos el campamento hasta el valle Cóndor, que sigue inmediatamente al nuestro, algo más al norte. Nos quedamos allí bajo carpa durante ocho días, favorecidos por algunos días bellísimos, en los cuales efectuamos provechosas ascensiones a los contrafuertes orientales del Gorra Blanca, desde donde nos fue posible estudiar la estructura de esta vertiente cordillerana, hasta entonces desconocida.

El valle Cóndor es, empezando por el sur, el primero de tres valles tributarios del río de las Vueltas, enclavados en la cordillera, entre la depresión del glaciar Chico y dicho río. Los otros dos valles, de escasa importancia y cuyos cursos de agua son más pobres, se conocen con el nombre de valle Mylodon, inmediato al Cóndor, y valle de los Toros, cerca de la Laguna del Desierto.

Establecimos nuestro campamento a la entrada del valle, junto al torrente Cóndor, que baja rumoreando, henchido de agua del fuerte deshielo de los glaciares motivado por el calor. En estos días el termómetro ha señalado, a la sombra, 25 grados sobre cero. Más adelante el valle se estrecha, completamente revestido de espesas selvas de hayas, que no permiten el paso a nuestros caballos cargados.

Lo recorrimos varias veces; mide unos diez kilómetros de largo y hacia su término hay un laguito sobre el cual desciende un glaciar, que se vuelca desde la ladera sureste del Gorra Blanca.

Cumplidas, para orientarnos, algunas excursiones preliminares, el 10 de febrero efectuamos la ascensión a una cumbre de 1.850 m, que se eleva frente a la vertiente sureste de este último monte.

Fue ése un día extraordinariamente claro y tranquilo, que me permitió fotografiar no sólo el Gorra Blanca, como lo dice su nombre, totalmente blanco, con profundas grietas, diseminadas en su empinada vertiente, sino también las otras cadenas de montañas, que se prolongan hacia el norte, alineadas de noroeste a sureste paralelamente al curso de los valles Mylodon y Toros, tributarios del río de las Vueltas. A un bellissimo monte cubierto de hielo, que estaba cerca de nosotros, y que se levanta al sureste del Gorra Blanca, separado únicamente por un glaciar, le dimos el nombre de Cagliero, el primer Cardenal salesiano, apóstol y misionero de la Patagonia.

Carrel ha trazado el itinerario para poder escalar las cumbres del monte Cagliero y del Gorra Blanca, y acariciando el proyecto regresamos a nuestras carpas. Pero el tiempo no iba de acuerdo con nosotros. Irritado tal vez de que hubiéramos

podido penetrar en parte los secretos de aquellos hielos eternos, volvió a manifestarse ferozmente tormentoso. Esperamos algunos días, pero en vista de que no daba esperanza de mejorar, y amenazaba, por el contrario, mantenerse así durante algunas semanas, como efectivamente sucedió, hacia fines de febrero bajamos a Santa Cruz, donde los guías se embarcaron para Italia.



Cuenca glacial del ventisquero Chico y montañas nevadas del interior.

Monte Gorra Blanca. Vertiente occidental.



Montañas

Montañas

Montañas

Montañas

Montañas

Montañas

Montañas

Montañas

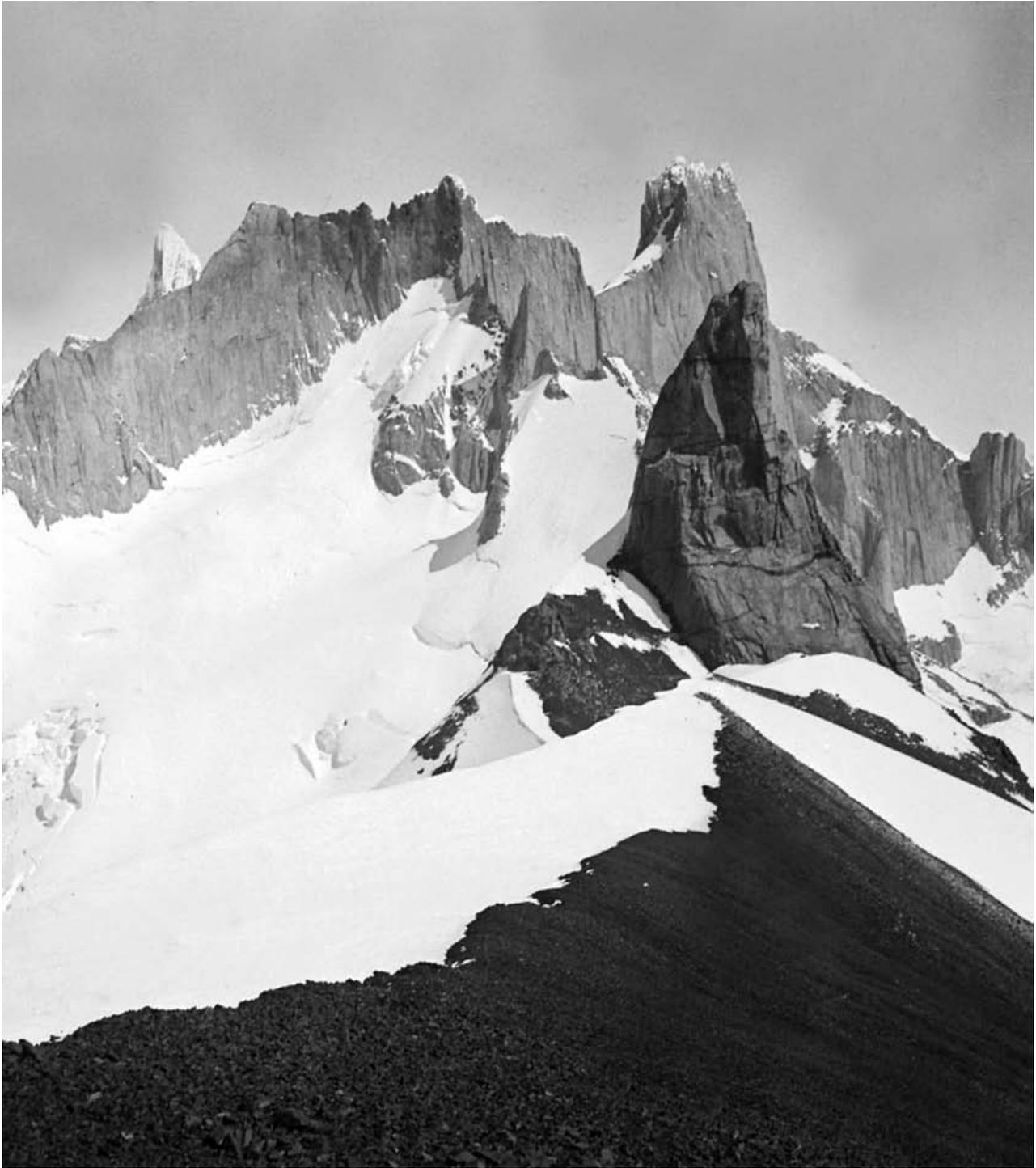
PANORAMA DEL DISTRITO DE LA COMEDIA YURAY HUIHUAY EN LA SIERRA DE TAYANTAY DE LOS ANDES PERUVIANOS.

Por: Andrés B. G. Álvarez



Cordón Marconi.

Monte Torre y cadena y ventisquero Pollone, vistos desde las faldas del monte Fitz Roy.



Monte Pollone y torre Pier Giorgio (2.900 m).



reproducción prohibida

Monte Gorra Blanca y monte Cagliero.

Fot. Alberto M. de Agostini

CAPÍTULO XIV

EN LA CUENCA DEL LAGO SAN MARTÍN

En las orillas orientales del lago San Martín. El zorrino. Navegando a bordo de la *Fructuosa*. A merced de la tempestad. Un vivac improvisado. Canales, montañas y bosques. El huaso Ovando. En la estancia Los Ventisqueros. Acampados en el valle del Diablo. Excursión a la Laguna del Desierto. Con el araucano Sepúlveda. Ascensión al monte Melanesio. Regreso a la Tercera Viedma. Un segundo viaje al lago San Martín. En la estancia La Ramona. El valle Santa Lucía. Belleza y majestad de Los Mellizos. Rodeo de vacunos. Hacia el glaciar O'Higgins. Regreso a Santa Cruz.

El lago San Martín es el más septentrional de la pintoresca cadena de lagos que rodean por levante el trecho de la cordillera Patagónica entre los 48° y 52° de latitud sur*.

Sus numerosos brazos, largos y angostos, encajonados en forma de fiordos que penetran en todas direcciones, entre elevadísimas montañas, le dan el aspecto de un inmenso pulpo que huronea, con sus tentáculos, los rincones más solitarios de la cordillera.

Pertenece mitad a la Argentina y mitad a Chile. La línea fronteriza, siguiendo al norte el curso de uno de los brazos septentrionales del lago hasta cerca del delta del río Mayer, y cruzando al sur el canal central, a occidente de la península Cancha Rayada, establece la zona oriental para la Argentina y la occidental para Chile. La parte chilena es la más pintoresca y atrayente por la imponente y grandiosidad de las montañas, cuyas cumbres se elevan a más de tres mil metros; por los inmensos glaciares que cubren las cadenas interiores y bajan luego hasta las aguas donde funden sus frentes y por sus profundos y largos senos, que penetran entre elevadísimas paredes de montes cubiertos de verdes bosques.

* En 1960 la parte chilena del lago recibió el nombre de O'Higgins como se ha mencionado antes. Ello se dio en el contexto de una preocupación especial por el apartado sector septentrional de la provincia de Magallanes, hasta entonces abandonado a su suerte, que para una mejor atención administrativa se incorporó al año siguiente a la provincia de Aysén (N.E.).

Hasta hace pocos años, los valles interiores de este lago eran casi desconocidos. Las graves dificultades de acceso, ya sea por tierra o agua, debido a las anfractuosidades de sus costas acantiladas y abruptas, pero sobre todo por los peligros que presenta la navegación en el lago, siempre azotado y revuelto por los vientos violentísimos y vertiginosos que descienden de la cordillera, han sido las causas de este aislamiento y abandono.

Hoy, con el progresivo desarrollo de la industria pastoril, algunos colonos chilenos, superando estos obstáculos naturales, se establecieron en aquellos valles solitarios, próximos a los glaciares, fundando con éxito alentador algunas pequeñas estancias*.

Hacia este lago me dirigí el verano de 1937, con dos jóvenes italianos, Cassera y Zampieri, llevado por el deseo de completar mis conocimientos sobre las cadenas de montañas que se elevan a lo largo de sus brazos occidentales y entre las cuales descuellan los montes O' Higgins y Mellizos.

El camino resulta fácil y cómodo; recientemente construido, conduce desde la pequeña aldea Los Lagos** hasta las orillas orientales del lago San Martín, siguiendo primeramente el curso del río Chaliá y penetrando luego en un valle sobre el cual domina, majestuoso y solitario, el monte Cachaíke, de 850 m.

Cruzando este monte, el camino se bifurca y mientras el ramal principal se dirige a Cancha Rayada, pasando por la estancia Federica, el otro continúa a lo largo de la costa sur del lago, surcada por leves depresiones, hasta una de las cuales baja el río Tar, emisario del lago homónimo, de aguas amarillentas y cenagosas.

A medida que avanzamos, las tierras que circundan el lago se elevan gradualmente, culminando hacia el sur en el cerro Cangrejo, soberbia torre rocosa que alcanza una altura de 2.025 m. De este monte y de la meseta del Quemado bajan pequeños cursos de agua, que riegan algunos valles ricos en buenos pastos, donde surgen las estancias La Julita, La Tercera, La Elena y otras.

En la estancia Tercera Viedma finalizamos la primera etapa para arreglar nuestros equipos y víveres –cerca de 500 kilos–, que yo había enviado con anterioridad, y para disponer que prosiguieran hasta el puesto de la península Maipú, donde termina la carretera y comienza un pequeño sendero que conduce, por una vía muy áspera y tortuosa, a los brazos más occidentales del lago.

En la estancia nos espera el arriero chileno Vidal, contratado para transportar los equipos con cargueros, en las travesías que deberemos efectuar por las costas del lago y en el interior de los valles cordilleranos.

El 15 de diciembre quedan depositados todos nuestros equipajes en la costa occidental de la península Maipú, cerca de una pequeña bahía, donde suelen anclar las embarcaciones que navegan por el lago. Nos han avisado que dentro de pocos días partirá hacia el brazo más occidental del lago, exactamente en las cercanías del lugar al que nos dirigimos, una lancha que está anclada aquí y pertenece al es-

* La colonización de la sección chilena del lago comenzó hacia 1914 (N.E.).

** Localidad entonces también conocida con el nombre de Piedra Clavada, actualmente Tres Lagos (N.E.).



Cadena O'Higgins y ventisquero homónimo en el brazo sur del lago San Martín.

tanciero chileno don José M. Rivera, viejo conocido nuestro, que hace pocos años fundó una estancia en aquellos valles solitarios.

Es ésta una ocasión magnífica para efectuar en pocas horas una buena parte de nuestro viaje, evitando así el largo y accidentado recorrido a caballo por la costa, totalmente acantilada y abrupta, lo que nos hubiera llevado de cuatro a cinco días, con el agravante nada lisonjero de exigirnos seis o siete cargueros para el transporte de nuestros equipos.

Como la espera de la lancha se prolongó por más tiempo de lo que pensábamos, aprovechando los pocos días serenos, logramos efectuar algunas interesantes excursiones a los montes más próximos y especialmente a los de la península Maipú, que penetra como un gigantesco promontorio en el centro del lago, y ofrece, desde sus cumbres, un vasto horizonte sobre los brazos orientales.

Durante el período transcurrido forzosamente en el campamento pudimos observar la vida y costumbres de un bellissimo mustélido, que allí se conoce con el nombre de zorrino patagónico (*Conepatus humboldtis*), y cuya piel elegante es muy apreciada en peletería. Pronto nos dimos cuenta de que abundan en la llanura en que nos encontramos y también cerca de nuestras carpas. Durante todo el día permanecen ocultos en sus cuevas excavadas bajo las tupidas matas de coirón o en los manchones de los calafates, y no salen sino al anochecer para alimentarse de pequeños mamíferos* y pájaros, regresando a sus cuevas con las primeras luces del alba.

El zorrino es de tamaño más o menos igual al de un gato y tiene un aspecto atrayente por sus formas graciosas y especialmente por el hermoso color de la piel, de un negro castaño con una faja blanca que se prolonga desde las orejas a través del dorso y termina en la cola, que es gruesa y larga. Es de un valor a toda prueba y no retrocede ante ningún animal, así se trate de un puma, consciente quizá de la temible arma que posee, a saber, las glándulas anales, que pueden expeler a algunos metros de distancia un líquido de cuyo olor muy fuerte y repugnante ya no puede librarse el enemigo una vez rociado. Hemos visto a nuestros perros, que encarnizadamente los persiguen hasta la muerte, correr y revolcarse como locos para quitarse de encima el olor que exhala su cuerpo por aquellas fétidas aspersiones. El que recibe una mojadura de este líquido pestilente sobre sus vestidos puede renunciar a volver a ponérselos. Los cazadores, que se dedican a esta tarea durante la temporada invernal, porque para entonces la piel es consistente y más firme el pelo, conociendo las costumbres del animal, se le acercan cautelosamente, tratando de no irritarlo y luego lo matan con un golpe de vara bien asestado sobre la frente.

* En el original aparece esta palabra subrayada y con un signo de interrogación. En la versión italiana, De Agostini usa la palabra *mammiferi* (mamíferos). Este mamífero se alimenta principalmente de insectos, en especial coleópteros, arañas y milpiés. Aunque en el libro de donde al parecer De Agostini toma la información, Ángel Cabrera y José Yepes, *Mamíferos sudamericanos, vida, costumbres y descripción*, con ilustraciones de Carlos Wiedner, editado por la Compañía Argentina de Editores en 1940, se insinúa que en ocasiones los zorrinos pueden comer pequeños roedores. Sin embargo, se sabe ahora que el chingue, aunque omnívoro, es primordialmente un carnívoro y como tal caza ratones para alimentarse. El zorrino es el también llamado zorrillo o chingue en mapudungún, la lengua mapuche. (N.E.).

Una mañana bastante adelantada, cuando menos lo esperábamos, llegó el señor Rivera con un camión cargado de vituallas y trastos para su estancia. Al enterarse de la finalidad de nuestro viaje, puso cortésmente la lancha a nuestra disposición, para que pudiéramos alcanzar la meta prefijada.

En cuanto llegue –nos ha dicho un marinero– cargamos y emprendemos el viaje. No importa que sople el viento fuerte y que en el lago haya tormenta. Salimos de aquí varias veces con un tiempo que amedrentaba. La lancha pasaba por entre las olas como un submarino... ¡Una verdadera delicia!

Yo también pienso que si hubiera que ser prudentes y esperar la calma, no habría caso de navegar en este lago perennemente tormentoso. Los marineros chilenos tienen para esto mucho valor y especialmente habilidad y no retroceden frente al peligro.

En pocas horas fueron embarcadas unas cuantas toneladas de provisiones y utensilios para la estancia del señor Rivera y mis equipos. Luego, la lancha abandonó la bahía y comenzó a penetrar animosamente en el lago encrespado con grandes olas levantadas por un fuerte viento del oeste.

El huaso Vidal, mientras tanto, había salido a caballo para hacer el camino a lo largo de la costa y volver a encontrarse con nosotros dos días después, en la bahía donde habíamos decidido desembarcar.

Ubicados como mejor pudimos en un rincón de proa, al lado de un viejo motor de automóvil que acciona la lancha, nos preparamos para el baile que no habría de tardar. Rivera está al timón, un volante de automóvil, y dirige los movimientos de la lancha con unos ingeniosos cables de acero que salen de un tabique.

Durante dos horas navegamos a sotavento de la península Maipú, tratando de mantenernos lo más cerca posible de la costa, donde las aguas, menos agitadas, permiten avanzar con mayor facilidad. Pero cuando doblamos la extremidad septentrional de la península Maipú y comienza a descubrirse todo el lado occidental del lago, nos embiste de lleno una terrible marejada, que llega desde lejos empujada por el viento y encañalada en un corredor de altísimas montañas.

La pequeña embarcación, ora se levanta como una caña sobre el vértice de las olas, ora se precipita en profundas simas, ora se zambulle en el vacío como un delfín entre dos olas verticales, hundiendo la proa en una pared de agua impresionante, bajo la cual desaparece por unos segundos. Torrentes de agua corren locamente de proa a popa entre el silbido del viento y el estrépito de las olas.

Hemos pasado en unas pocas millas la extremidad de la península y navegamos ahora en el centro del lago, avanzando lentamente, cuando de improviso, el motor que ya desde la salida había dado señales poco halagüeñas de funcionamiento, disminuye la marcha hasta que acaba por callar. Estamos detenidos a completa merced de las olas, que se abalanzan sobre la lancha, inclinándola pavorosamente sobre la borda. Los marineros se esfuerzan por componer el desperfecto del motor, pero su empeño resulta inútil. Se ha comprobado, además, que en los violentos cabeceos y en el choque de las olas, entra agua a través de la escotilla en el depósito de nafta y no es posible, durante el viaje, poner remedio.

A pocos centenares de metros de nosotros se yergue, envuelta en la bruma, la costa escarpada de la península Maipú, hacia la cual nos vamos acercando sensi-



El monte Cachaike (850 m).

Lago San Martín (brazo Chacabuco) y península Maipú.

blemente, empujados por las olas. Como ya está por caer la noche decidimos regresar, con ayuda de las velas, siguiendo el curso de la marejada. Rivera conoce una pequeña bahía resguardada de los vientos, que se abre en la costa norte del lago, incrustada en la península de Cancha Rayada, y hacia allí dirigimos nuestra ruta.

Cuando entramos en un rincón de la costa, donde se oculta la bahía, son ya las 11 de la noche. De inmediato se arroja la chalupa al agua y bajamos todos a tierra. Estamos empapados de pies a cabeza a causa de las frecuentes salpicaduras de las olas y encendemos enseguida un gran fuego para secarnos y calentarnos. Sobre las brasas se prepara el habitual asado de capón*, y luego, tranquilizado el estómago, nos disponemos a descansar.

Cada uno busca entre los despeñaderos un pequeño espacio donde tender su cama de campo y pasar la noche como mejor se pueda en su vivac improvisado.

Las aguas de la bahía son plácidas y silenciosas. El viento, que arrecia en el centro del canal, desviado por las montañas, no alcanza aquí a turbar la profunda quietud reinante, y solamente de cuando en cuando, algunas ráfagas desprendidas de las corrientes atmosféricas elevadas, bajan hasta nosotros con alaridos siniestros.

Cuando, a la mañana, nos despertamos, el Sol ya está bien alto sobre el horizonte. Los marineros avivan el fuego y después de tomar algunos mates, preparan el asado y el café. Una vez terminadas las reparaciones necesarias al motor y el casco, la lancha suelta amarras y sale de su escondrijo. La marejada ha perdido un poco de violencia porque el viento del suroeste ha pasado al noroeste y es desviado en parte, por las cadenas de montañas que por el norte flanquean el lago. La *Fructuosa* surca ya velozmente las aguas y, tras pasar rápidamente la península Cancha Rayada, corta un largo canal que se extiende derecho y angosto hacia el norte, por unos 40 km, entre montañas altísimas, revestidas de bosques vírgenes, blanqueantes de nieve y ventisqueros. El señor Rivera me advierte, con evidente complacencia, que hemos pasado a territorio chileno. La línea de deslinde entre las dos repúblicas está señalada precisamente por este largo brazo y por su prolongación hacia el sur, hasta la orilla opuesta del lago.

A nuestros lados, el paisaje se va volviendo más austero y salvaje. Es una sucesión constante de montañas cortadas a pique sobre el lago, desgarradas por sinuosidades y encogimientos, centelleantes de nieve en sus vértices, rayadas por las cintas plateadas de cascadas que bajan en forma de cabelleras flotantes sobre las paredes acantiladas. La llegada del hombre a estas soledades incontaminadas ha señalado el comienzo de la destrucción de los inmensos bosques, que cubrían como un manto verdeante las laderas de los montes y constituían el patrimonio inestimable de belleza para el paisaje, al que daban color y vida, pero que cerraban el paso a su esfuerzo tenaz de fecundar la tierra, enriqueciéndola de pastos y poblándola de animales.

* En la jerga campesina de la Patagonia, *capón* es el ovino castrado y que engorda fácilmente, siendo usado generalmente como alimento de los trabajadores de las estancias y para su venta en el comercio (N.E.).

En casi todo el trayecto del lago aparecen por ambos lados de la costa los vestigios de estos formidables incendios que en pocas horas han reducido a cenizas bosques milenarios, dejando únicamente un caótico amontonamiento de troncos, blancuzcos y negros, apilados en el suelo o erguidos todavía como gigantescos esqueletos, que extienden hacia el cielo sus ramas mutiladas y contorcidas como brazos descarnados e implorantes*.

Las rocas, privadas del manto vegetal que las cubría, muestran al desnudo, en forma de surcos y profundas arrugas, el tormento milenario de los agentes atmosféricos y la poderosa acción corrosiva de los antiguos ventisqueros, que bajaban de la alta montaña y llenaban esta vasta cuenca lacustre.

Ya estamos casi en el final de nuestra navegación sobre el lago. Hacia el sur, una profunda fractura, que se abre entre dos cadenas de montañas, señala el curso del río Obstáculo, que baja al lago por entre profundas simas. Poco más al norte se halla la bahía donde nosotros desembarcaremos. Seguimos aún navegando otro trecho, cerca de la costa norte y se estrecha en una torrentera donde el viento, que llega de las lejanías entre los hielos y las nieves, encuentra una salida y se precipita en ráfagas fulmíneas sobre las aguas, revolviéndolas frenéticamente, levantándolas en forma de espiral, desmenuzándolas en una lluvia de átomos, que arrastra en vertiginosa carrera a lo largo del canal.

Por suerte el trecho que nos separa de la orilla opuesta no es considerable y después de una media hora nuestra valiente *Fructuosa*, goteando agua por todas partes, penetra victoriosa en la bahía de aguas perfectamente tranquilas.

La costa que tenemos delante y que protege de los vientos a la bahía, no es sino un mugrón de las montañas que se extienden en larga cadena entre el río Obstáculo y el brazo sur del lago, precisamente hacia donde nosotros nos dirigimos. En pocos minutos todo nuestro equipo queda desembarcado en la playa y la *Fructuosa*, después del saludo y los augurios de buena suerte del señor Rivera y de los marineros, vuelve a partir veloz, desapareciendo entre las sinuosidades de la costa. Dentro de dos o tres horas, y tras cruzar el brazo norte del lago, precisamente el trecho más borrascoso, llegará a su estancia La Ramona.

Sobre la costa abrupta y solitaria donde la *Fructuosa* nos ha desembarcado, apenas sí hemos encontrado unos pocos metros cuadrados para levantar nuestras carpas. No lejos de nosotros, a cuestras de un peñasco, se halla una cabaña desierta, abierta a todos los vientos, construida con troncos trabajados toscamente, donde se secan al aire numerosos cueros de ovejas y se encuentran listos para el embarque algunos fardos de lana.

Es un depósito de productos lanares, propiedad del pastor chileno Ovando, que vive en un rancho situado en un rincón de aquellas montañas y posee unos

* Ciertamente no es Ésta la primera observación sobre la materia, justificada en el caso por las consecuencias visibles en un territorio esencialmente rocoso, lo que había significado en muchos casos la pérdida de la cubierta vegetal, haciendo virtualmente irreversible el daño. Los incendios forestales intencionales (“apertura de campos para el pastoreo”) o casuales fueron desgraciadamente algo frecuente durante el proceso de la colonización en zonas boscosas de la Patagonia y Tierra del Fuego, y sus huellas son todavía visibles en muchos lugares a la vuelta de un siglo (N.E.).



El monte más elevado de la península Maipú.
Nuestros cargueros sobre los barrancos del lago San Martín (brazo Maipú).

pocos centenares de ovejas y una buena caballada. Nuestro guía Vidal lo conoce e irá a verlo para pedirle los caballos que necesitamos para continuar el viaje.

Mientras nos ocupamos en arreglar nuestro campamento, escuchamos el trote de un caballo y, poco después, aparece sobre la ladera del monte un hombre cabalgando que baja velozmente y llega en pocos instantes hasta nosotros. Se trata precisamente de Ovando, el solitario habitante de aquella región. Su figura es interesante. Pequeño, membrudo, de rostro bronceado en el que se mueven dos ojos negros, muy vivos, lleva sobre sus hombros el tradicional poncho chileno, grisiento y roto, y calza una especie de botas de cuero de vaca sin curtir, que le llegan casi hasta la mitad de las piernas. Mientras cuidaba el rebaño en la montaña, había visto acercarse a la costa la lancha de Rivera, y por eso había bajado corriendo para encargarle que le llevara víveres, sin los cuales se iba quedando ya. Pero había llegado demasiado tarde.

Aprovecho su inesperada llegada para preguntarle si tiene caballos disponibles.

–Dispongo de magníficos caballos, mansos y amadrinados, acostumbrados a estas montañas. Hoy iré a campar la tropilla y mañana estaré aquí muy temprano para entregárselos.

Aprieta las aflojadas cinchas de la montura, monta y vuelve a partir al galope por el mismo camino por donde había venido. Ya que la tarde está iluminada por un magnífico Sol, y el viento está moderado, hago una ascensión hasta la cumbre de un cerro desde donde, a la altura de poco más de mil metros, puedo divisar y formarme una idea precisa de toda la zona central y occidental del lago, que extiende frente a nosotros, en opuestas direcciones, tres de sus brazos más hermosos y majestuosos.

Cuando regresamos al campamento, encontramos a nuestro arriero Vidal que acababa de llegar. Ha encontrado los ríos que bajan de la cordillera muy crecidos y ha tenido que hacer grandes esfuerzos para poder cruzarlos.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano. Es preciso preparar el equipo para la partida y distribuirlo en bultos de igual peso en las bolsas y cajoncitos contruidos expresamente para ser luego cargados sobre los caballos.

Ovando es de palabra. Poco después del amanecer se oye el tintineo de la yegua madrina que llega con la tropilla. No viene solo; a su lado hay otro jinete vestido de poncho y bombachas. Supongo que será algún otro “huaso”, que se encuentra de paso, pero cuando baja del caballo y se acerca a saludarme, descubro con asombro un joven rostro femenino y, bajo la boina que cubre la cabeza, un mechón de cabellos negros que caen sobre los hombros en dos largas trenzas.

–Mi esposa –dice el pastor, sacándome de mi extrañeza– ha venido conmigo para ayudarme a esquilar el rebaño de ovejas que ayer hemos encerrado en un potrero no muy lejos de aquí. Sonríe buenamente mirando a la esposa y sube a caballo para arriar la tropilla al corral a fin de elegir los caballos. En pocos minutos, cuatro de los caballos más dóciles y acostumbrados a la carga son separados y entregados a Vidal. Luego Ovando y su esposa vuelven a tomar el camino de la montaña y se alejan empujando hacia delante la tropilla.

Por Vidal, que en estos parajes pasó algunos años y conoce las vicisitudes de esta gente, me entero de una singular aventura pasional ocurrida a esta singular pareja y que se está desarrollando todavía en este majestuoso escenario de los Andes, entre el tronar de las avalanchas y el arreciar de las tormentas.

Ovando, hace dos años, vivía solo en el valle de los Toros, cerca de la laguna del Desierto. Allí conoció y se enamoró de la muchacha, hija del araucano Sepúlveda, que también estaba establecido con su familia en las orillas de aquel lago. Habiéndola pedido por esposa y recibido la más rotunda negativa, logró igualmente su propósito induciendo a la joven a abandonar el hogar paterno en plena noche mediante una fuga novelesca. Ahora viven escondidos en un rincón de estas montañas, con la constante aprensión de que el fiero araucano descubra su escondite y apague con sangre el tenaz rencor que alienta contra el raptor de su hija.

Son ya las nueve cuando, al terminar de ensillar los seis caballos, nos ponemos en marcha. Para llegar al confín del brazo sur, hacia donde nos dirigimos, debemos dar una vuelta ociosa de 25 km alrededor de una península rocosa llena de barrancos y despeñaderos, siguiendo un pequeño sendero frecuentado por los colonos y usado por los rebaños.

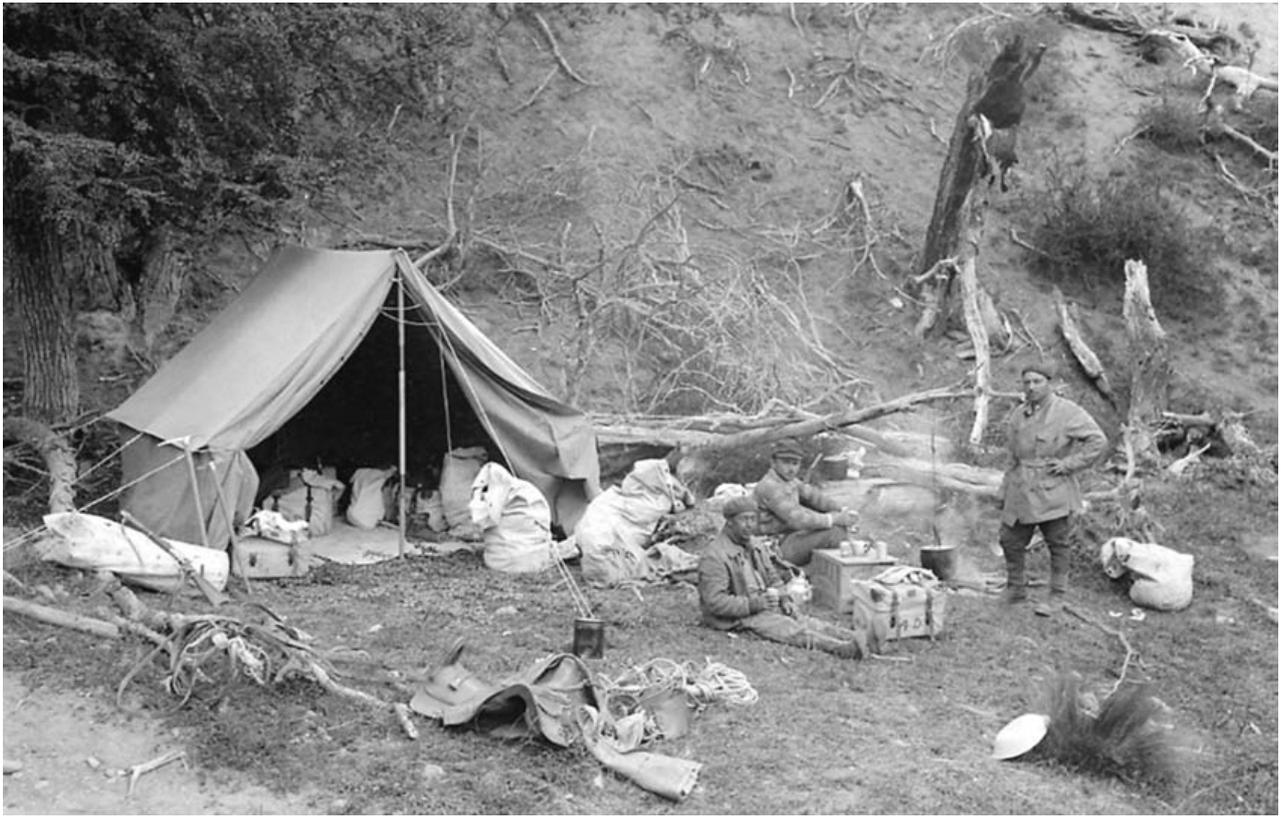
Durante largas horas vamos serpenteando entre un caos de rocas en forma de cúpulas, consteladas de pequeños lagos, valles y profundas torrenteras de cuyas paredes, afelpadas de musgos y líquenes, surgen pequeños arroyos de agua pura y cristalina. Es todo un paisaje profundamente moldeado por la erosión de los antiguos ventisqueros, que bajaban de la cordillera y dejaron, durante su última expansión, una huella indeleble de su poderío.

Cada uno de nosotros camina llevando un carguero del cabestro, guiándolo en los pasos más escabrosos, ya que un paso en falso podría precipitarlo en los despeñaderos, ocasionando la pérdida irreparable de nuestro material. Solamente el chileno monta a caballo y abre la marcha de la pequeña caravana que avanza lentamente por el sendero tortuoso y áspero.

Poco después del mediodía llegamos a la extremidad septentrional de aquella costa desde la cual asoma en casi toda su extensión el brazo norte del lago, que corre en línea recta en aquella misma dirección por un trecho de 30 km, como un surco abierto entre altísimas montañas, y luego dobla hacia occidente por otros 20 km, terminando en una profunda depresión sobre la cual corre el río Pascua, emisario del lago.

Los caballos, debido a la aspereza del camino y a la carga nada liviana, se muestran cansados, razón por la cual a eso de las cuatro de la tarde, al penetrar en una graciosa cuenca boscosa, acampamos junto a un arroyo llamado Cerda. Bajo los árboles y en los manchones, ricos en pastos, los caballos encontrarán el alimento necesario.

Al día siguiente nos alegran un hermoso Sol y un cielo casi completamente sereno que nos invitan a efectuar, por la mañana, una excursión a las alturas próximas, con fines fotográficos. Desde aquellas lomas se nos presenta un hermosísimo panorama sobre el brazo occidental del lago, donde se encuentra la estancia del señor Rivera. Esta imponente ensenada se separa, hacia el poniente, de la isla Cen-



Acampados a orillas del lago San Martín.
El puesto de Bahamonde en la costa oriental del lago San Martín.

tral, situada en el centro mismo del lago y se interna unos 20 km en dirección noroeste. A ambos lados se levantan altas cadenas de montañas blanqueantes de nieve, con cumbres de más de tres mil metros, entre las cuales descuellan los cerros Mellizos, Azul e Indeterminado.

Por la tarde reanudamos el viaje con la intención de cubrir aun, durante el día, otros 10 kilómetros hasta el puesto de un tal Bahamonde, donde Vidal nos asegura que encontraremos un magnífico lugar para acampar y dar alimento a los caballos. Seguimos el camino a lo largo de la costa del brazo sur, mientras que hacia el poniente se va descubriendo y haciéndose cada vez más imponente la cadena de los montes O'Higgins, erizada de pináculos, torres y ventisqueros que anidan sobre las crestas acantiladas y bajan en soberbias cascadas de hielo.

A los pies de esta imponente cadena, baja hasta el mar un inmenso ventisquero que conserva las huellas muy recientes de una rápida retirada, como lo demuestra la faja desnuda y corroída que corre entre el nivel actual del ventisquero y la zona boscosa sobrestante.

Al atardecer acampamos en las proximidades de la cabaña de Bahamonde y al día siguiente proseguimos hasta la estancia Los Ventisqueros del señor Evangelista Gómez, chileno, que desde hace unos quince años vive en este remoto rincón de la cordillera, dedicado a la cría de ovejas.

Una casa, un galpón para la esquila, corrales y bretes para las ovejas, todo construido con madera extraída de los bosques y trabajada por él mismo a golpes de hacha, forman las construcciones de la estancia. Al lado de la casa se encuentra la infaltable quinta con hortalizas y legumbres y algunos árboles frutales, especialmente cerezos, manzanos, ciruelos y anchos canteros de grosellas y frambuesas que maduran magníficamente y constituyen, puede decirse, la única fruta fresca para el consumo familiar.

Tres días debemos permanecer en la estancia, pues nos resulta imposible proseguir a causa de la lluvia que cae a cántaros, acompañada de fuertes vientos del noroeste. Una vez mejorado el tiempo, reanudamos viaje hacia el sur con la intención de llegar hasta el término del lago y acampar en los contrafuertes septentrionales del Gorra Blanca, los que constituirán la meta de nuestras próximas excursiones. Un pequeño sendero, trillado por los rebaños, serpentea a lo largo de la costa del lago y penetra gradualmente en una zona boscosa, densa y exuberante, aunque ya en gran parte destruida por los incendios.

Al llegar casi al extremo sur del lago, donde deshace su frente el glaciar Chico, nos dirigimos hacia el este y comenzamos a subir por profundos cañadones, antiguos lechos de torrentes glaciales en los cuales forman diques las morrenas que ahora están revestidas de una tupida vegetación de hayas. Aquí el camino se vuelve extremadamente áspero y difícil, y es necesario cruzar pantanos y espesas barreras de hayas, que no permiten el paso a nuestros cargueros sin antes recurrir al hacha.

Después de cinco horas de fatigosa ascensión, alcanzamos un boquete de transfluencia que comunica con un largo y angosto valle en dirección sureste, conocido aquí con el nombre de valle del Diablo, a través del cual se puede llegar a la laguna del Desierto. Bajamos un poco hacia dicho valle y levantamos nuestras carpas a

orillas de un gracioso y pequeño lago (820 m de altitud) sobre la margen de una mancha de hayas que nos abrigarán del viento. De aquí nos resultará fácil escalar el monte, sobre cuyas laderas estamos acampados y, desde su cumbre, hacemos una idea exacta de la configuración orográfica de esta importante vertiente andina.

Esperábamos con impaciencia que llegaran días serenos, pero en cambio, el tiempo recrudesció en forma alarmante. Tras los violentísimos vientos y la lluvia copiosa, la temperatura bajó sensiblemente y comenzó a nevar copiosamente, como si nos encontráramos en pleno invierno, aunque fue una cosa pasajera. Con el frío viento del sur las nubes comenzaron a despejar y en la mañana del 18, alentados por el aspecto prometedor del tiempo, emprendí, en compañía de Vidal, que conocía el valle, y de Zampieri, una excursión hasta la laguna del Desierto, en cuyas orillas vive el araucano Sepúlveda.

El valle baja gradualmente, abismándose entre profundos desfiladeros cubiertos por una espesa vegetación de hayas, entre la humedad de musgos y líquenes, que envuelven pilas de troncos derribados por los huracanes o quebrados por la vejez. Caminamos durante horas y horas siguiendo el curso de un sendero, ora en el corazón de la floresta, ora sobre acantiladas paredes rocosas, ora saltando de una orilla a otra algunos de los arroyitos que surcan el valle y van en constante aumento hasta unirse con otros torrentes que bajan impetuosos de los montes, henchidos por las aguas del deshielo.

Poco después de mediodía desembocamos en la llanura de un valle, donde los árboles de la floresta, maravillosamente corpulentos y altos, rarificados por el hacha, presentan algunos claros cultivados para forraje y rodeados por empalizadas que nos revelan la presencia del hombre. Un rancho construido con troncos del bosque, que se levantan a unos centenares de metros de la costa de la laguna del Desierto, nos señala la habitación del araucano Sepúlveda.

Nos recibe no con poca sorpresa la esposa de Sepúlveda, con una nidada de chicos, todos sucios pero gorditos y robustos, que asoman tímidos y temerosos por la ventana y por los tabiques.

Vidal, que es un viejo conocido de la familia, proporciona de inmediato a la mujer algunos informes sobre nuestras personas y el motivo de nuestro viaje. El viejo Sepúlveda anda por las montañas, en busca de caballos, y estará de regreso hacia el anochecer.

Entramos en la cabaña semioscura y escasamente amoblada: una mesa, dos bancos, y una estufa-cocina construida con una lata de petróleo, sobre la cual se cuecen en una gran olla carne y legumbres. La buena mujer se empeña por ofrecer a los huéspedes inesperados algunas viandas, aunque con gran embarazo, pues carece de vajilla y cubiertos.

Dos platos, dos cucharas y un tenedor, que es todo lo que constituyen los utensilios de su mesa, nos obligan a turnarnos para comer la sopa, una excelente cazuela a la chilena y un par de churrascos de vacuno, muy sabrosos. No tienen pan, pero nosotros hemos traído suficiente.

Desde hace dos meses –nos dice la señora– se nos terminó la harina y no hemos vuelto a comer pan. El río de las Vueltas, siempre crecido, no se puede cruzar



El monte O'Higgins visto desde el brazo sur del lago San Martín.

Arreglando la carga.

y será necesario esperar que baje el nivel, lo que no ocurrirá hasta fines del verano, para poder llegar al boliche del lago Viedma y hacer las provisiones. Es un viaje largo y fatigoso de dos o tres semanas. Ahora nos arreglamos con leche, manteca y queso, que obtenemos en abundancia ordeñando unas veinte vacas.

La señora sigue relatando locuazmente las vicisitudes de su vida solitaria, pero al atreverme yo a pedirle noticias de la hija ausente, experimenta un improvisado sobresalto y calla; alentada, luego, por mis palabras de consuelo, nos cuenta llorando la trágica fuga:

El viejo –así llama al marido– no quería que se casara con Ovando a causa de antiguos disgustos provocados por los pastos y los vacunos. Cuando la joven se enteró de la negativa absoluta del padre, huyó de casa. El plan había sido muy bien preparado. Una noche de tormenta, mientras por el valle del Diablo bajaban aullando violentas ráfagas de viento, ella salió del rancho sin que nadie la viese. En el corral ya tenía listo uno de sus caballos preferidos y sobre él huyó a galope tendido hacia el lago, donde Ovando la esperaba. Lo advertimos en las primeras horas de la mañana, pero ya era tarde. El viejo agarró el Winchester y, montando en pelo sobre el caballo de guardia, emprendió una desesperada persecución, decidido a vengarse terriblemente; pero no encontró ya más que las huellas de los caballos fugitivos, que se perdían por los senderos de la alta montaña. ¿Quién hubiera sido capaz de alcanzar a aquella muchacha, que montaba a caballo mejor que un huaso y domaba los potrillos más rebeldes?

El Sol, aún alto en la tarde serena y luminosa, nos induce a seguir el viaje a la Laguna del Desierto para observarla y fotografiarla mientras las condiciones atmosféricas sean propicias. Un cómodo sendero consolidado por el paso frecuente del ganado, facilita nuestro andar y después de dos horas de viaje, a lo largo de la costa del lago, alcanzamos el vértice de una loma, desde donde podemos divisar toda la angosta y larga cuenca lacustre, encerrada entre montañas acantiladas, revestidas de bosques en sus laderas inferiores y de glaciares en sus extremidades superiores, y custodiada a lo lejos por la majestuosa pirámide del Fitz Roy. Este lago, que mide cerca de 10 km de largo, no figura en los mapas argentinos y tampoco en los chilenos. Hermosísimo es el monte que nosotros llamamos Vespignani y que se levanta al poniente, revestido por una gran coraza de hielo, que llega hasta la cumbre.

Después de tomar algunas fotografías, regresamos al rancho de Sepúlveda ya de noche. El viejo acaba de llegar y lo encontramos al lado del corral, mientras quita tranquilamente la silla a su caballo. Por sus movimientos ágiles y su figura erguida no se diría que este fiero araucano ha cumplido ya los ochenta años. Medio de estatura, muestra en el amplio tórax y en los brazos musculosos una fuerza nada común. Cuando se acerca para saludarnos, descubro en su rostro bronceado y varonil, que una barba desordenada hace aún más austero, dos ojos pequeños y brillantes llenos de picardía*.

* Ismael Sepúlveda Rivas fue efectivamente el primer colono del sector septentrional de la Laguna del Desierto, lugar en el que entró a poblar hacia 1922, época en la que ese accidente era recién

Ha pasado todo el día a caballo en una carrera agotadora por aquel caos de montañas y de bosques en busca de una de sus tropillas, y se muestra contrariado con el león puma que le ha matado solamente en aquel verano más de 40 potrillos de pocos meses, o sea, toda la cría de la caballada de ese año. Nos dice que en este valle son muy numerosos, porque nadie los molesta y son tan audaces, que hace algunos años llegaron hasta el corral matando las pocas ovejas que poseía. Su propia esposa fue perseguida por un león hambriento y se salvó huyendo desesperadamente. Ahora posee solamente vacunos, porque las vacas defienden sus terneros atacando al león furiosamente con los cuernos; de noche se reúnen y forman un cerco de defensa alrededor de los terneros.

A la mañana siguiente muy temprano asistimos a la ordeña de las vacas, en un gran corral formado por una empalizada de troncos de unos dos metros de altura. Las vacas, después de un día de pastoreo, han entrado en el corral pidiendo con fuertes mugidos su propio ternero para amamantarlo. Una hija de Sepúlveda, de 14 años, arroja con mucha habilidad el lazo sobre los cuernos de la vaca y la lleva al palenque, donde la ata. Un segundo lazo inmoviliza las patas posteriores del animal, y luego empieza la ordeña que se deja incompleta para que el ternero pueda alimentarse convenientemente.

El mismo día regresamos a nuestro campamento durante un buen trecho acompañados por Sepúlveda, quien quiso hacernos de guía y ayudarnos a cruzar el río Diablo y sus afluentes, crecidos en las últimas 24 horas a causa del extraordinario calor, que ha provocado grandes deshielos en las montañas.

El tiempo sigue mejorando, y, bajo el influjo de una leve brisa del sur, las nubes se espacian y aparece la gran cadena interior de las montañas con sus cumbres totalmente blancas de nieve, las que hasta ese momento no había podido divisar.

22 DE ENERO

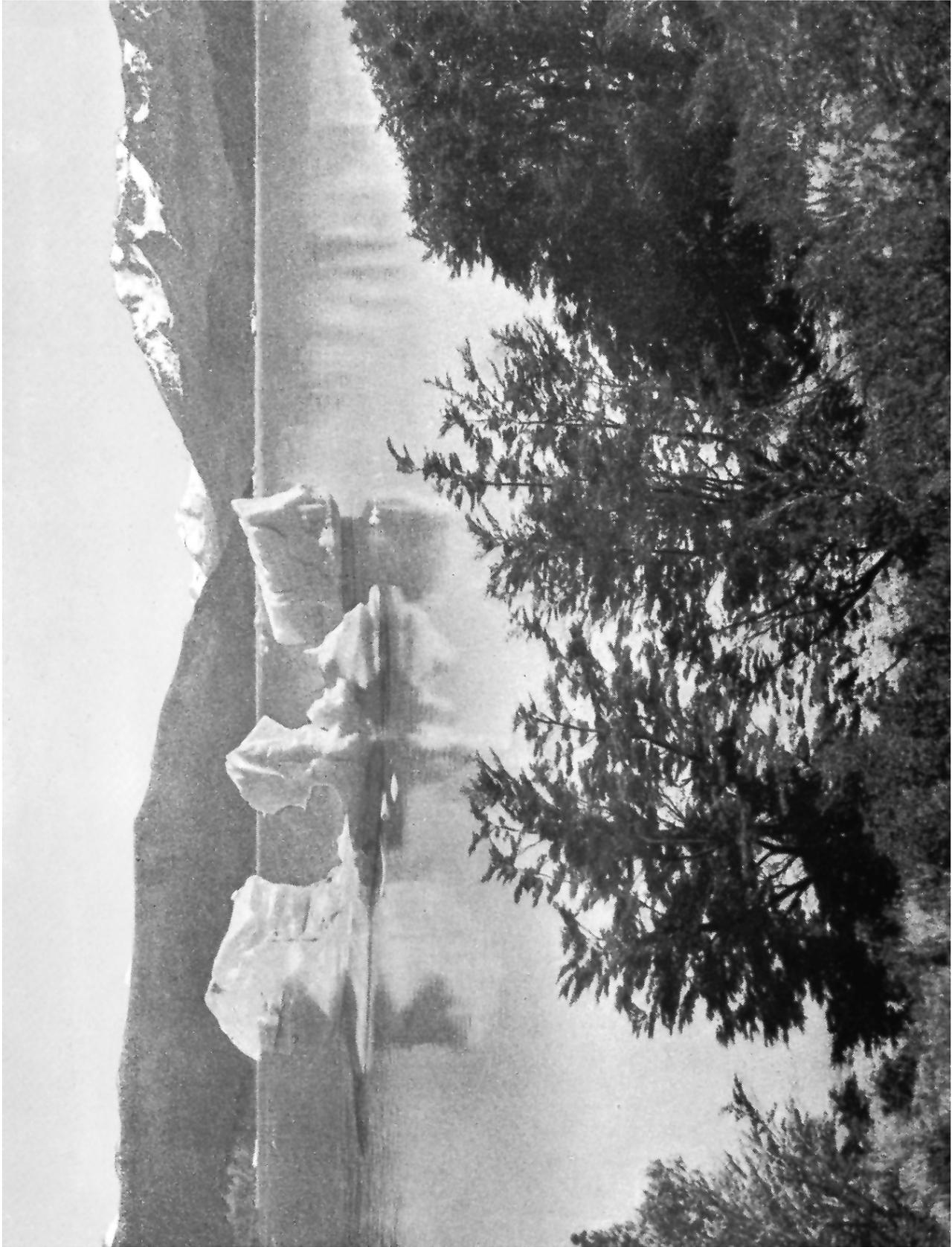
De acuerdo con el itinerario trazado en los días anteriores, salimos temprano para efectuar la ascensión a la cumbre del monte sobre cuyas laderas septentrionales estamos acampados. El cielo es de una transparencia cristalina y las cumbres

conocido, lo que significa que había sido ignorado al momento del laudo arbitral de 1902 (cuyo trazado sectorial la dividía diagonalmente), razón por la que no había certidumbre acerca de su pertenencia, si a Chile o a Argentina, o si el depósito era de dominio compartido como lo creían los lugareños. Sepúlveda recibió una concesión precaria de parte de la Oficina de Tierras de Magallanes en 1933, título que le fue confirmado posteriormente, y que luego, entre otros aspectos, sirvió de base para sustentar el reclamo de soberanía chilena cuando aquella ocupación devino litigiosa, asunto ingrato para las relaciones chileno-argentinas finalmente resuelto por el Arbitraje de 1994. Cabe señalar que la Laguna del Desierto integra el sistema hidrográfico del lago Viedma, por tanto con derrame de aguas hacia el océano Atlántico. Esta circunstancia geográfica fue determinante para que el arbitraje favoreciera a Argentina. La solución ideal del diferendo habría sido precisamente la constatada por el padre De Agostini en su primera exploración del área y graficada en sus mapas, esto es, la zona noroccidental de la laguna (colonizada inicialmente y poblada por chilenos) para Chile, y la zona suroriental (poblada por argentinos) para el país vecino (N.E.).



Nuestro campamento en el valle del Diablo.

La laguna del Desierto.



Deposé

Lago San Martín. Témpanos.

Fot. A.M. De Agostini

más elevadas comienzan a teñirse de púrpura y de oro. Una hora trepamos por las laderas del monte cubierto de un blando tapiz de juncos, musgos y algunas gramíneas, tratando de evitar algunos profundos desfiladeros y espesos manchones de hayas enanas (*Nothofagus pumilio*) que dificultan el camino. Seguimos por fáciles crestas rocosas, en las cuales se anidan las primeras manchas de nieve, y a las diez alcanzamos el vértice de un espolón rocoso desde donde gozamos de una soberbia vista sobre el brazo sur del lago y las cadenas de montes y glaciares que se elevan al occidente del mismo.

Una vez cruzada esta roca emergente, que forma como un primer peldaño del monte hacia el cual nos dirigimos, nos atamos a la soga, porque comienza un extenso glaciar que cubre toda la vertiente septentrional.

Cuando, a eso de las 12, llegamos a la cumbre y se nos presenta la vertiente del sureste que hasta entonces permanecía oculta, el panorama adquiere una extensión y grandiosidad impresionantes. Por este lado se abre a pique, algunos centenares de metros debajo de nosotros, el valle de los Toros, tributario del río de las Vueltas y, más lejos, divisamos una parte del lago Viedma, sobre el cual domina la pirámide gigantesca del Fitz Roy. Un poco más a occidente emerge la cándida cúspide del monte Gorra Blanca, al que siguen al suroeste, separadas por una leve depresión, otras cadenas de montes blanqueantes de nieve. En la depresión mencionada, que da acceso a la cuenca de los cinco glaciares, y que nosotros alcanzamos en febrero de 1936, empieza el glaciar Chico, que baja al lago San Martín.

A occidente del glaciar Chico se levanta la cadena Gea, de la cual baja, en su vertiente oriental, un glaciar cuyo frente se deshace sobre las aguas de un pequeño lago. Al sur de la cadena Gea emerge, a través de un collado, la cumbre del monte Pirámide, de 3.380 m. Sigue al norte de la misma cadena una gran meseta de nieve con declive hacia el Pacífico; aquí tiene origen el glaciar O'Higgins, que corre a los pies de la cadena del mismo nombre. En la extremidad occidental del lago se divisan en la lejanía las cumbres piramidales de los Mellizos, que dominan majestuosamente toda la zona septentrional del lago San Martín hasta la cuenca hidrográfica del río Pascua.

Nos encontramos apenas a poco más de dos mil metros (2.010) y el panorama que se presenta a nuestros ojos, no velado por ningún obstáculo, en una atmósfera extraordinariamente límpida, es de una magnificencia y grandiosidad incomparables, por el vasto horizonte que abarca dos de los más hermosos lagos de la precordillera, por la imponente y la elevación de las montañas, desde las que descienden grandes corrientes de hielo.

De una sola mirada puedo resolver importantes problemas que habían quedado sin solución en mis viajes anteriores sobre la configuración y dirección de los montes y glaciares de esta zona cordillerana.

Algunas horas después estábamos de vuelta en nuestro campamento, completamente satisfechos con la ascensión efectuada, que había puesto fin al trabajo que nos habíamos propuesto.

A la mañana siguiente levantamos las carpas y bajamos a la estancia de Gómez, con la esperanza de poder proseguir con la lancha del señor Rivera hacia el brazo

occidental donde él vive, como habíamos acordado. Pero, a pesar de haber hecho las convenidas señales de advertencia, consistentes en algunas fogatas, la lancha, encontrándose ausente el señor Rivera, no vino y, después de algunos magníficos días, debimos tomar por tierra la vía de regreso, con 5 cargueros que llevaban nuestros equipos.

Fue un viaje áspero y fatigoso, cumplido totalmente a pie, para cruzar ese trecho sinuoso de costa por 20 km al sur del lago, obstaculizado por el cruce de algunos ríos impetuosos; pero al cuarto día pudimos alcanzar sin inconvenientes desagradables la estancia Tercera Viedma, sobre la carretera a Santa Cruz. Nuestro programa de estudio a la cordillera no había sido realizado sino parcialmente, pero confiaba en poderlo completar más tarde.

* * *

En efecto, volví a mediados de febrero de 1940. La lancha *Fructuosa* esperaba desde hacía 15 días al señor Rivera, pero habiendo llegado la noticia de que él había postergado el viaje, se decidió sin dilación, a mi llegada, la partida para la estancia La Ramona.

El lago, gracias a uno de esos períodos de calma y serenidad, tan raros en estas regiones, se mantenía desde hacía 5 días terso y tranquilo como una plancha de cristal. Cuando a las 11 de la noche nos embarcábamos, no se sentía un hálito de viento y en el cielo transparente una luna en plenilunio irradiaba sus plateados efluvios de luz sobre los montes y los lagos.

Navegamos toda la noche entre las sombras de las altas montañas llenas de silencio y de misterio y cuando, después de pasar la isla Central, entramos en el brazo occidental del lago, los primeros rayos del Sol teñían de coral las cumbres altísimas de los Mellizos y del cerro Alesna.

A las siete, después de haber recorrido 100 km, la *Fructuosa* anclaba en una pequeña bahía frente a la estancia La Ramona. Es éste un rincón solitario y pintoresco elegido por el señor Rivera, quien, superando dificultades poco comunes, ha logrado, con constancia y tenacidad, edificar en plena cordillera casas e instalaciones para la industria pecuaria, las que sorprenden por su modernidad y perfección.

Cerca de la estancia, baja, por un valle incrustado en las laderas meridionales de los Mellizos, un gran torrente que forma, poco antes de desembocar en el lago, una hermosísima cascada. Las aguas de este torrente sirven para regar una gran quinta, cultivada con hortalizas, legumbres y centenares de árboles frutales, donde el señor Rivera ha gastado en profusión y fatigas sin cuento.

El panorama que de allí se goza es grandioso y variado y, cuando las aguas del lago están tranquilas y los montes despejados, podría creerse que uno se encuentra en un lago de los Alpes italianos.

La recepción halagüeña que nos brindaron los montes completamente despejados a nuestra llegada, había abierto mi ánimo a las más alegres esperanzas; pero fue sólo una fugaz ilusión, porque, después del mediodía, toda la cadena de montes se encerró nuevamente en su impenetrable manto de nubes.



El araucano Sepúlveda.
En la cumbre del monte Milanesio.

Durante una semana esperé en la estancia, efectuando algunas excursiones a los montes próximos, y luego me embarqué en la *Fructuosa*, dirigiéndome al término del brazo occidental, donde el señor Rivera tiene un puesto para vigilar las ovejas que pastan allí durante el verano. Desde este puesto hubiera podido alcanzar con mayor facilidad los Mellizos, que se elevan al término de un valle del cual me habían hecho los mayores elogios por sus bellezas naturales.

Este último trecho del lago está encerrado entre dos elevadas barreras de montañas, la mayor de las cuales es la que se encuentra al sur, formada por el monte Alesna, de 2.840 m. Al término del seno se abren en los dos costados de un monte, que obstruye el centro mismo del lago, dos valles angostos, uno de los cuales está dirigido al suroeste y el otro al norte, ambos surcados por dos grandes torrentes glaciales. El valle que va hacia el sur penetra entre montañas casi totalmente cubiertas de nieve, desde las que se desprenden hacia abajo grandes lenguas de hielo; en cambio el que va hacia el norte es más extenso y también más pintoresco y da mayor rendimiento, por la abundancia de pastos que alimentan durante el verano algunos miles de ovejas.

El fondo de este valle presenta una planicie notablemente aluvionada por las crecidas que se producen en la época de deshielos, surcada por torrentes glaciales que tienen su origen en glaciares del interior. El mayor de estos glaciares, que denominamos Rivera, es el que llena una vasta cuenca tallada en la alta cordillera de occidente, y está alimentado en su curso por otras corrientes de hielo que se originan en un amplio altiplano glacial del que sobresalen algunas cimas enteramente cubiertas de nieve.

En la margen derecha de este glaciar hay tupidas manchas de bosque, al abrigo de las cuales se podría establecer el campamento base para efectuar proficuas ascensiones al interior de aquel vasto campo de hielo que declina hacia los canales del Pacífico despedazándose en gigantescos glaciares, el mayor y más conocido de los cuales es el denominado Jorge Montt, que derrite su frente en el seno Calén del fiordo Baker.

Otro glaciar, no menos importante, está al norte del valle Santa Lucía, y baja de unas montañas inexploradas próximas al río Pascua, delimitando en su curso la vertiente occidental de los Mellizos. Ambos glaciares están en pleno decrecimiento, como lo demuestra la faja desnuda de vegetación que se extiende a los lados de los mismos, determinando claramente la altura que alcanzaban pocas decenas de años atrás.

En el centro del valle se levanta un pequeño monte rocoso, corroído por los antiguos glaciares que, por la belleza del panorama que ofrece, fue llamado por el señor Rivera, cerro Santa Lucía, como un nostálgico recuerdo del que lleva el mismo nombre en Santiago, nombre que ahora se ha extendido también a la bahía y el valle.

A pesar de que el viento sopla casi sin interrupción y con violencia, acompañado a veces por la lluvia, no dejamos de efectuar algunas excursiones a lo largo del valle, hasta la margen del glaciar, que baja de los Mellizos, atraídos siempre por el deseo de observar las cumbres de estos montes tan tenazmente cubiertos

por las nubes. A veces algunas ráfagas de viento desgarran el velo de vapores y aparecen algunos detalles de las crestas y las paredes verticales listadas de nieve, que nos permiten darnos una idea de la terrible verticalidad de estas dos pirámides gigantescas.

Pasamos así 10 días de semiaprisionamiento en el puesto, arriesgándonos a la vehemencia de las ráfagas de viento, que día y noche bajan silbando de los desfiladeros de los montes y azotan nuestro pequeño refugio con una violencia tal que amenazan arrancarlo de golpe.

Pero el 11 de marzo, después de una noche serena y tranquila, las montañas aparecieron por fin enteramente despejadas. Salimos con las primeras luces y en 4 horas alcanzamos un espolón rocoso en el confín del valle Santa Lucía, desde donde tenemos la dicha de contemplar y fotografiar toda la cadena de la alta cordillera de occidente, hasta entonces desconocida para nosotros. Los Mellizos provocaron particularmente nuestra admiración por la forma atrevida de sus pirámides y por la majestuosidad del glaciar que baja serpenteando a lo largo de sus bases ciclópeas, formando un magnífico contraste con el verde intenso del tupido bosque de hayas próximo a nosotros.

Las dos pirámides de los Mellizos*, aunque tienen formas muy parecidas, difieren, sin embargo, mucho en elevación, siendo la del norte la más alta y majestuosa (3.050 m), pues supera a su compañera por lo menos en 500 m.

Con esta excursión habíamos dado término a nuestra tarea en aquel valle y al día siguiente regresamos en la lancha a la estancia.

Aquella semana había llegado el señor Rivera y en la estancia se había comenzado el rodeo de los vacunos en el valle y en los montes circundantes, para la marce y la selección. Setecientos vacunos, ocultos en las anfractuosidades de aquellos montes y en las tupidas selvas, fueron llevados a la estancia por los “huasos” chilenos, después de tres días de fatigoso galope por entre rocas y precipicios, y encerrados luego en el corral.

Lluvia y viento se sucedían en esos días con tenacidad encarnizada, pero en la estancia del señor Rivera, donde se disponía de todas las comodidades, el día pasaba alegre y tranquilo al calor de la estufa, alternando la radio, que nos comunicaba los últimos acontecimientos europeos, con el gramófono provisto de una preciosa colección de discos de óperas italianas, interpretadas por los cantantes de mayor fama.

El 16 de marzo, al despejarse de improviso el cielo, bajo una fría brisa del sur, efectuamos una hermosísima excursión en lancha hasta el glaciar O'Higgins, en el brazo sur del lago. El señor Rivera estaba, como siempre, al timón de la *Fructuosa* y, gracias a su pericia, pudimos internarnos entre los hielos flotantes y contemplar y fotografiar de cerca el soberbio frente del glaciar, que mide nada menos que ocho kilómetros de largo.

* El topónimo ‘mellizos’, al parecer de origen local y recogido por De Agostini, no prosperaría definitivamente. Hoy las dos cumbres de que se trata corresponden a los cerros Stefen (3.050 m) y Krüger (2.700 m) (N.E.).



Escalando el monte Milanesio.
Parte superior del glaciar Chico.

Efectuada esta excursión, nos preparamos para regresar a Santa Cruz, ya que la estación estaba avanzada y las primeras nieves, caídas sobre los montes, habían bajado ya bastante.

En la tarde del 19, la *Fructuosa*, bajo una violenta lluvia, comenzó su viaje 261 sobre el lago, registrado puntualmente por el contador de la estancia señor Guillermo Wahlen, como si se tratara de un nuevo título glorioso adquirido por la lancha en sus largos servicios en pro de la estancia. Y es realmente meritoria, si se piensa que todo el material de edificación de la estancia, muebles, utensilios y hasta ovejas y caballos, fueron transportados por esta frágil y pequeña embarcación, siempre en lucha contra las terribles tormentas del lago. El señor Rivera, accediendo a un deseo mío, tocó esa tarde y al día siguiente, algunos parajes habitados de la costa para darme el consuelo de administrar el sagrado bautismo a los chicos de aquellos colonos aislados en la soledad de las montañas*.

La noche del 21 llegamos a la bahía Maipú, huéspedes en la estancia del señor Lawless, y al día siguiente reanudamos el viaje rumbo a Santa Cruz. Mientras el auto, en veloz carrera, penetraba en las extensas mesetas de la pampa, mis ojos se dirigían con irresistible y nostálgico afecto a la majestuosa cinta blanco-azulada de los picachos andinos, entre los cuales durante varios veranos seguidos había pasado horas de ansiedad y de alegría profunda y que ahora se iban esfumando rápidamente en el horizonte. Nuestro largo y penoso encarcelamiento entre aquellas montañas solitarias había terminado; pero ahora que nos alejábamos de ellas sentíamos hacia las mismas un secreto afecto, nacido y crecido en su íntima convivencia bajo los azotes de la tormenta o en la paz del ocaso, que nos había brindado horas de supremo gozo en la contemplación de la inmensidad y belleza de las cosas creadas por Dios.

* Cada vez que se le brindó la oportunidad, el padre De Agostini ejerció su ministerio sacerdotal, ya que al fin y al cabo era un misionero salesiano (N.E.).

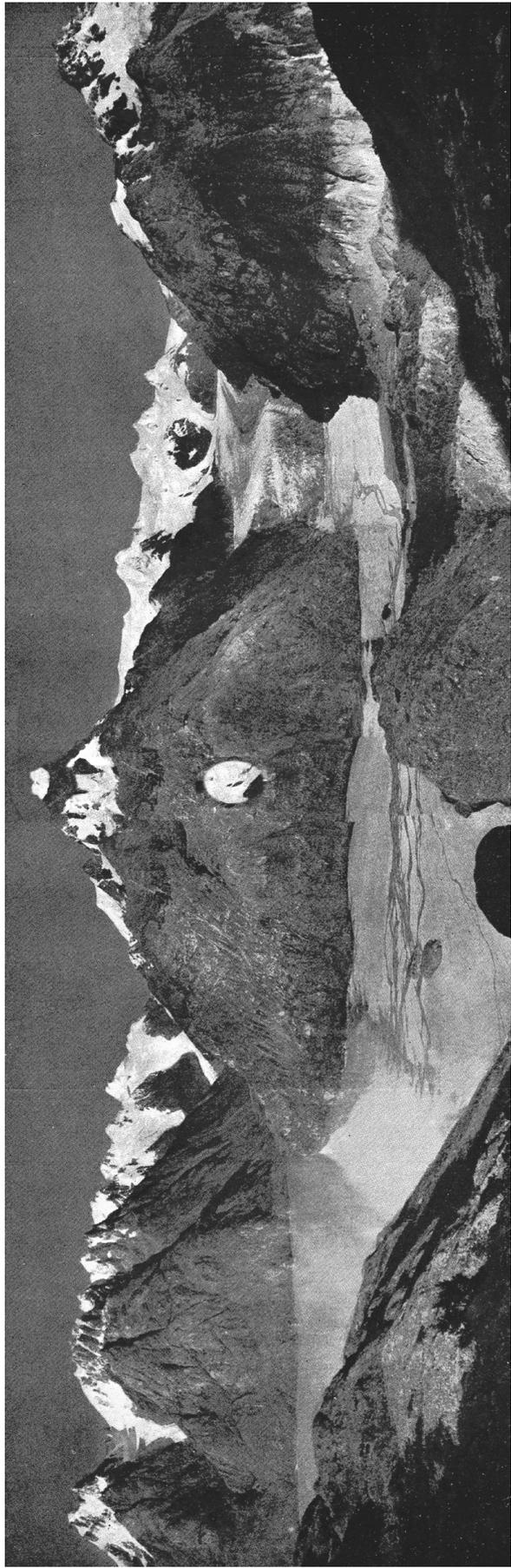


El Fitz Roy y el Gorra Blanca desde la cumbre del monte Milanesio.

Ventisquero Chico y Cordón Gea.



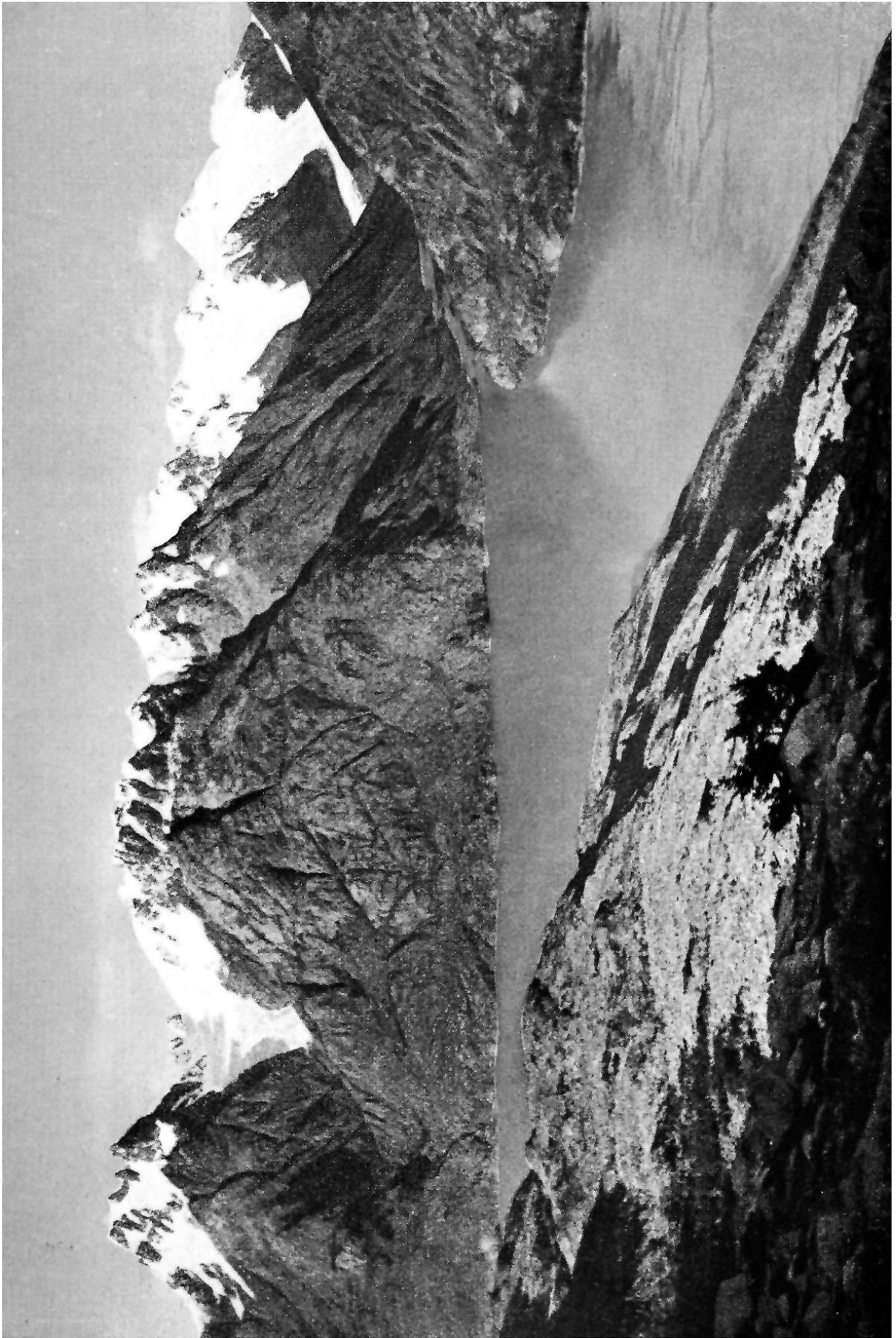
Panorama del brazo norte del lago San Martín, del cordón O'Higgins y de los montes limítrofes, tomado desde el monte Milanesio.



Cadenas de montañas y ventisqueros al sur y al oeste del valle Santa Lucía.



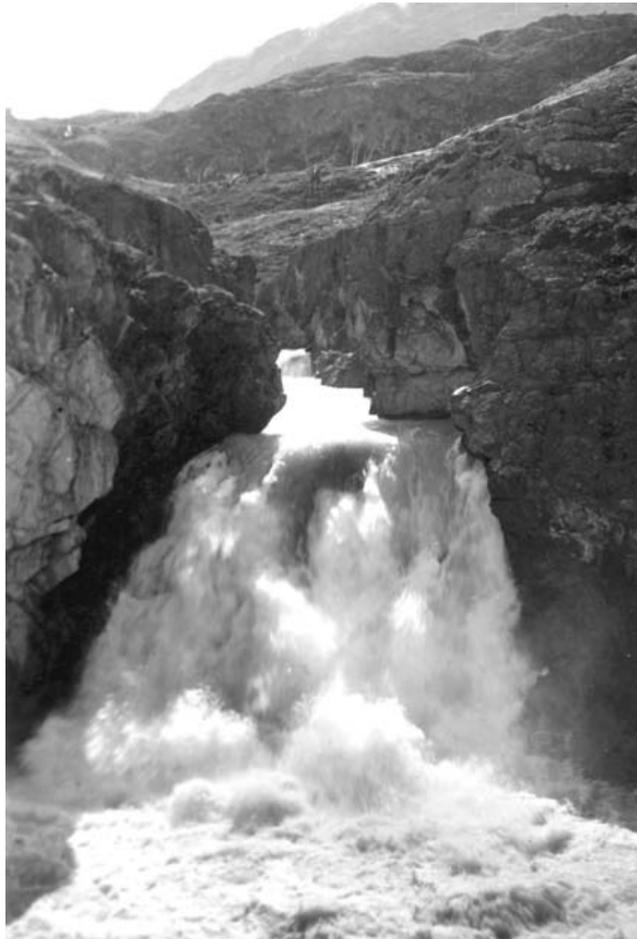
Estancia La Ramona en el brazo noroeste del lago San Martín.
Puente sobre el río de la Cascada y brazo noroeste del lago San Martín.



Deposé

Lago San Martín. Bahía Santa Lucía.

Fot. A.M. De Agostini



Una imponente cascada en las cercanías de la estancia La Ramona.

Estancia La Ramona. Vacunos en el corral.



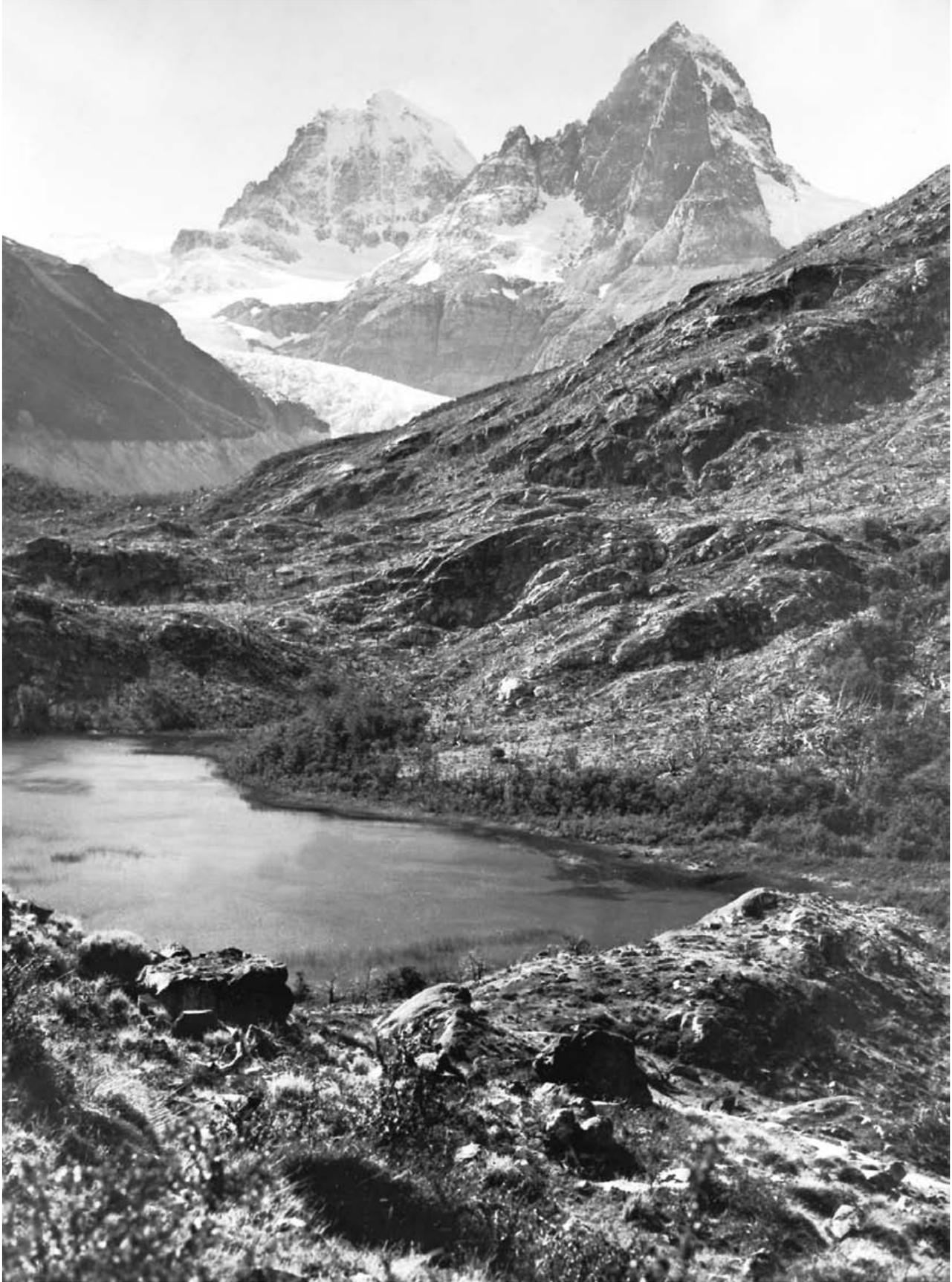
Deposé

Lago San Martín. Montes Mellizos.

Fot. A.M. De Agostini



Estancia La Ramona. Hacia el monte.
El cerro Alesna desde el valle Santa Lucía.

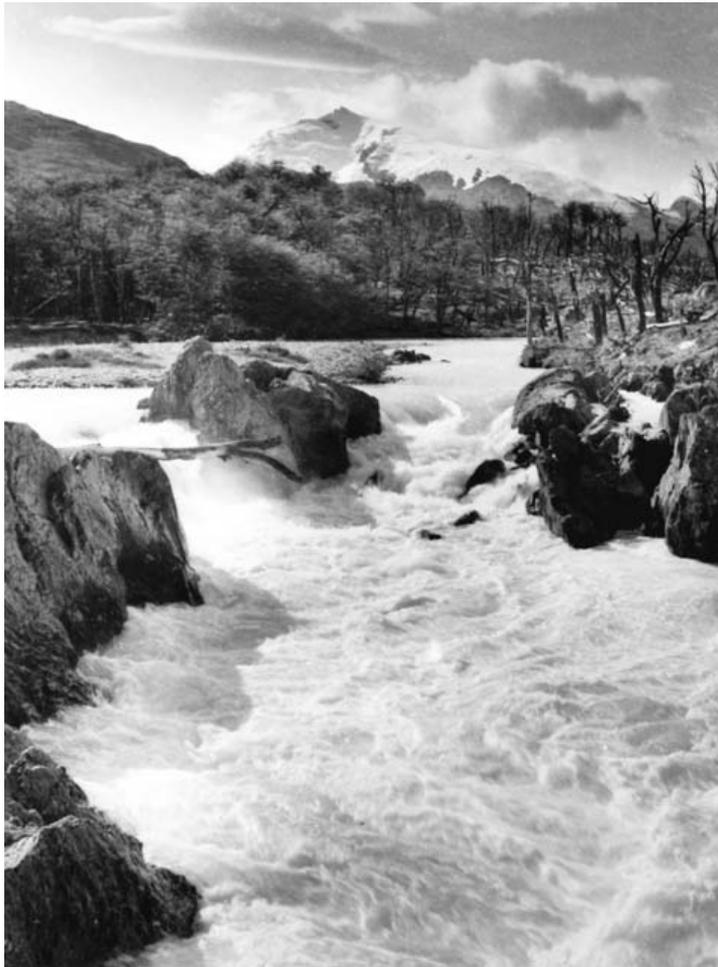


Los Mellizos vistos desde el valle Santa Lucía.



Frente al glaciar O'Higgins en el brazo sur del lago San Martín.

La *Fructuosa* frente al glaciar O'Higgins (lago San Martín).



Montañas y glaciér Rivera, a occidente del valle Santa Lucía.

El río Cascada.

CAPÍTULO XV

EL MONTE SAN LORENZO

Posición y aspecto del San Lorenzo. En el valle del río Lácteo. Belleza del monte Hermoso. Excursión al San Lorenzo. La doma de potros. En el valle de Las Pinturas. Viaje a los lagos Posadas y Pueyrredón. Caminos imposibles. En el valle del río Furioso. Tesoneros trabajos de mejoramiento realizados por una mujer italiana. En el valle del río Platten. Junto a los glaciares septentrionales del San Lorenzo. En el valle del río Tranquilo. Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo. Regreso.

Después del San Valentín (4.050 m), el monte San Lorenzo o Cochrane (3.700), es el más elevado de la cordillera Patagónica austral. A pesar de la relativa facilidad de acceso, pues es posible arribar a sus bases desde las mesetas de la zona atlántica, ha permanecido hasta hoy casi ignorado en el mundo geográfico y alpinístico, ya que muy poco se conoce de su estructura y de sus interesantísimos e imponentes aspectos, fuera de los datos consignados en los mapas expeditivos levantados por las comisiones argentinas y chilenas, cuando ejecutaron un sumario relieve del macizo para trazar sobre él la línea divisoria entre ambas naciones.

Por su especial posición, constituye el punto descollante de aquel sistema de montañas que, apartándose del eje principal de la cordillera, se recuesta en las mesetas subandinas, circunscrito al noroeste por las profundas depresiones hidrográficas del río Baker y del lago Cochrane-Pueyrredón, y al sur por la cuenca lacustre del lago San Martín.

Las formidables y graníticas paredes que lo circundan por todas partes, cortadas a pique por más de mil metros, lo hacen aparecer como una gigantesca fortaleza que pretendiera defender de todo asalto del hombre su blanca y seductora cúspide incrustada de hielo. Numerosos glaciares descienden de sus flancos potentes dando origen a cinco ríos: en los valles homónimos, el San Lorenzo y el Lácteo; en la vertiente sursuroeste, el Platten⁴, denominado también río Oro, y el Tranquilo en la vertiente norte, y el río del Salto en la vertiente oeste.

⁴ Así llamado en honor al topógrafo Ludovico von Platten, que formó parte primero de la Comisión Argentina de Límites y luego dedicó su prodigiosa actividad a levantamientos topográficos en la provincia de Buenos Aires y en la región del golfo San Jorge. Localmente designan a este curso de agua con el nombre de río Oro.

Su posición en la margen oriental de la cordillera hace que domine con su elevación todas las montañas cercanas y que se pueda divisar, como el Fitz Roy, desde mucha distancia entre las mesetas que limitan la cordillera por el este.

Desde estas mesetas, precisamente, lo contemplé por primera vez el 14 de febrero de 1937 cuando, continuando mis viajes de exploración y de estudio a través de la cordillera, y alcanzando la localidad de Tamel-Aike, me iba acercando a los valles preandinos, con el deseo de conocerlo y estudiarlo de cerca.

El cielo estaba excepcionalmente terso y totalmente libre de nubes, de modo que el San Lorenzo se destacaba nítidamente en el horizonte, hacia el oeste, como una masa cándida y puntiaguda, sobre la faja azul-violeta salpicada de manchas de nieve de la cadena andina. No tuve, sin embargo, la sensación de su grandeza e imponencia sino cuando llegué a la parte superior de los cordones morrénicos que rodean por el sur al lago Belgrano, desde los cuales se me presentó de repente su blanca cúspide, altísima, dominadora de todos los demás montes.

En la estancia El Rincón, de Nicanor Torres, donde termina la carretera, encontré la más amable hospitalidad y los cargueros necesarios para proseguir con mis equipajes por el valle del río Lácteo hasta casi la base del San Lorenzo.

El valle del río Lácteo es uno de los más pintorescos que yo haya conocido en la cordillera, no solamente porque conserva intacta la vegetación, sino sobre todo por la imponencia del San Lorenzo que domina todo el lado occidental, y de otros dos montes muy elevados; el cerro Penitentes (2.930 m) al suroeste, y el monte Hermoso, al norte, a continuación inmediata del valle del río Lácteo.

Este último monte, cuya elevación supera los dos mil metros, no figura en los mapas ni chilenos ni argentinos, y fue denominado así por los lugareños a causa de su atrayente belleza*.

Establecimos nuestro campamento casi al término del valle, cerca del puesto de un ovejero que el señor Torres manda en la época de verano a vigilar el ganado. Nos rodea un soberbio anfiteatro de montes y glaciares, de exuberantes bosques y de torrentes impetuosos; toda una gama vivísima de colores que bajo los rayos vivificadores del Sol, toman las más admirables tonalidades, especialmente durante la aurora y el ocaso.

En los primeros días nos recibió un viento helado que bajaba del altísimo San Lorenzo en ráfagas impetuosas y violentas, mezclando sus terribles aullidos con el retumbar de los aludes de hielo, que continuamente se desprenden de las paredes del coloso.

Un contrafuerte elevado y montuoso, cubierto en parte de glaciares, que nace de los flancos orientales del San Lorenzo, divide la extremidad del valle del río Lácteo en dos pequeñas ramificaciones de unos 15 km de profundidad cada una. La que está al norte, surcada por el río Lácteo, relativamente rica en pastos, es muy pintoresca por el majestuoso escenario que forma el monte Hermoso, el que, a diferencia del San Lorenzo, está casi siempre descubierto y ofrece con los cán-

* Su altura real es de 2.500 m (N.E.).



Lago Belgrano. Brazo oriental.

El monte San Lorenzo visto desde la meseta de Tamel-Aike.



Deposé

Macizo San Lorenzo (vertiente oriental).

Fot. A.M. De Agostini

didados y resquebrajados glaciares, que revisten sus flancos hasta el vértice, los más sugestivos panoramas.

En el extremo del valle se divisa hacia occidente, en toda su imponentia, desde la base hasta la cúspide, el macizo San Lorenzo, que, en el curso del valle, queda oculto detrás del contrafuerte mencionado. Una bellísima y afilada cresta conduce desde este lado hasta la cumbre enteramente cubierta de hielo y de nieve, estando tallada a pique varios centenares de metros. Detrás de la cumbre y a lo largo del borde de la gran pared terminal, sobresale una espesa colcha de hielo quebrada sobre el abismo, la que parece revestir como un gran manto toda la vertiente opuesta, cual si ofreciera fácil acceso a la cumbre; no hay en cambio posibilidad de escalarla por el lado que está frente a nosotros, porque las paredes del monte se presentan verticalísimas y coronadas por grandes cornisas de hielo.

El valle del río Lácteo termina al pie de un pequeño lago circundado por algunos manchones de hayas enanas (*ñirres*) sobre el que domina en todo su esplendor el San Lorenzo, con los glaciares que revisten sus ciclópeas bases. Prosiguiendo más allá del laguito es posible penetrar en el valle del río Platten, a través de una estrecha depresión cubierta de grandes depósitos morrénicos que encierran otros pequeños lagos alimentados por la fusión de los glaciares del San Lorenzo. La ascensión a la cima del monte Hermoso no parece, en cambio, ofrecer mayor dificultad, ya sea a través de los glaciares, ya por la pared rocosa de occidente, y la hubiera intentado desde un principio si el principal objeto de mi viaje, que era obtener buenas fotografías del flanco oriental del San Lorenzo –lo que exigía un día sereno, demasiado raro por desgracia– no me hubiese disuadido.

Después de realizar algunas provechosas excursiones en las proximidades del cerro Hermoso, el 24 de febrero, en un día excepcionalmente sereno, pudimos internarnos en el valle del San Lorenzo, cuyo interior no había visitado aún por la dificultad que ofrece el acceso al glaciar, que ocupa la cabecera del valle.

La primera parte del valle la recorrimos a caballo, debiendo vadear algunos brazos de un rápido torrente que lo surca y que tiene su origen en el glaciar.

El ovejero que estaba de guardia en el puesto nos sirvió de guía para los difíciles vados del torrente y nos acompañó durante todo el día. Caminamos por una hora con relativa facilidad por el estrecho valle surcado por ramificaciones del torrente, pero después, el camino se tornó más difícil debido a un cordón de rocas aborregadas y alisadas por el mismo glaciar que ahora se encuentra al término del valle. No sin dificultad hallamos en aquel laberinto de rocas un estrecho paso para nuestros caballos, los cuales, acostumbrados a trepar por las rocas, superaron fácilmente el obstáculo. Pasada la barrera rocosa volvimos a entrar en una zona llana con residuos de aluvión sobre la cual termina el glaciar, ya en fuerte ablación y oscurecido por una capa de morrenas flotantes. Atravesamos oblicuamente el valle y cerca de las once, llegados a un pequeño manchón de hayas, a poco más de mil metros de altura, dejamos los caballos y proseguimos a pie por el interior del valle.

Durante dos horas caminamos lentamente, ora sobre las morrenas que señalan la retirada reciente del glaciar, ora sobre las faldas abruptas del monte Penitentes,

cuya cúspide dentellada y surcada de glaciares se nos apareció de improviso, apenas hubimos penetrado en un valle asentado en sus flancos septentrionales.

A medida que avanzamos nuestros ojos se dirigen irresistiblemente hacia la majestuosa efigie del San Lorenzo, que como un gran telón de fondo abarca todo el panorama del valle y clava sus altísimas cornisas de hielo y su cima candidísima en el azul cristalino del cielo.

Recorridos unos diez kilómetros, y próximos ya a la base del macizo, penetramos en el glaciar, en parte cubierto de detritos que se desprenden de las mismas paredes del monte, los que demuestran que el San Lorenzo está constituido por rocas intrusivas granodioríticas, lo mismo que sus rivales el Fitz Roy y el Murallón.

El barómetro marca 1.270 m de altura sobre el nivel del mar. Muy cerca de nosotros se levanta verticalmente, por 2.400 m, y sin elevaciones intermedias, la inmensa pared del San Lorenzo hasta la excelsa cima. Los rayos oblicuos del Sol, que declina en el horizonte, dejan ya en la sombra la pared vertical de la cual emergen, como balcones, espesas capas de hielo suspendidas sobre el abismo. Todo lo que tiene de malo y terrible la alta montaña, con sus insidias de hielo y de rocas, parece condensarse en este macizo andino que puede desafiar impunemente las más audaces acrobacias del hombre que quisiera trepar su cumbre. La inmensa pared del monte se prolonga por varios kilómetros hacia el suroeste, sin disminuir su verticalidad, y luego desciende un tanto para terminar en una elevada montaña llena de agujas y pináculos como la torre almenada de un gran castillo, señalada en los mapas con el nombre de Pirámide.

El regreso lo emprendimos por el glaciar, cuya superficie presentaba escasas resquebrajaduras y se encontraba en gran parte cubierta de detritos morrénicos.

Habíamos proyectado para el día siguiente la ascensión al monte Hermoso, pero la serena belleza de aquella noche se malogró con el cambio de viento y a la mañana, al salir el Sol, con gran pena vimos los montes cubiertos por el acostumbrado manto de nubes. Nos fue necesaria suma paciencia para esperar algunos días más en la confianza de que el tiempo mejoraría.

Durante la espera tuvimos oportunidad de asistir a una emocionante doma de potros de los que había buen número en el extremo del valle, destinado por el señor Torres a la cría de equinos.

La recogida de los caballos ocultos en las sinuosidades de los valles o en el interior de los espesos bosques, entre pantanos y torrentes impetuosos, constituía una empresa ardua y peligrosa, pero en un solo día fueron registrados todos aquellos recónditos refugios, con una destreza admirable, por dos habilísimos domadores chilenos, traídos por el señor Torres, los cuales consiguieron en muy poco tiempo conducir al puesto toda la tropilla.

Casi un centenar de potrillos, crecidos fuertes y libres en las cercanías de las nieves del San Lorenzo, se vieron de repente prisioneros en el pequeño espacio de un corral, sometidos a los latigazos y espolazos de los hábiles domadores, quienes rápidamente los iban transformando en dóciles y útiles servidores del hombre.

La semana de espera en el puesto San Lorenzo nos resultó inútil porque el tiempo continuaba su curso tempestuoso: bajé por tanto a la estancia de Torres y,



La linda casita de material de Nicanor Torres.

En el valle del río Lácteo.

después de una breve visita al lago Volcán, tomé el camino que debía conducirme a San Julián en las costas del Atlántico, dejando para otra oportunidad la exploración de las vertientes norte y oeste del San Lorenzo.

Con todo, este deseo mío no pudo cumplirse hasta el verano de 1940. El camino que debía conducirme a la nueva meta era el río Oro o Platten, que se vuelca en el lago Pueyrredón. A este lago me dirigí en automóvil en los primeros días de 1940, acompañado por el señor Cassera y llevando equipajes y víveres para todo el tiempo de nuestras excursiones alrededor del San Lorenzo.

Tres días empleamos para recorrer la distancia entre Comodoro Rivadavia y el valle de las Pinturas, pasando por Las Heras y Nacimiento* donde había resuelto detenerme algunos días a fin de poder conocer este valle tan famoso por la singular coloración de sus tierras y por los caprichosos fenómenos de erosión que se observan a lo largo del río homónimo.

Ya desde lejos se puede distinguir el valle por el vivísimo color rojizo que se destaca, en fajas y manchas desiguales, sobre las barrancas que flanquean el río de las Pinturas. Más de cerca la masa rojiza se compone en una graduación delicada de infinidad de colores que van desde el rojo púrpura al amarillo cromo, del verde azulado al blanco de plata. De esta masa de arcilla y tobas finas de color se servían los indios tehuelche para pintar su cuerpo y trazar variados dibujos en sus mantos de cuero de guanaco**.

De la estancia Los Toldos, de Sumich, que nos dispuso la más cordial hospitalidad, facilitándonos caballos y un guía, pudimos visitar los despeñaderos del río de las Pinturas, fantásticos e imponentes fenómenos de erosión esculpidos por el agua del río sobre las rocas porfíricas de variados y vivos colores.

En las cercanías de un puesto de la misma estancia se encuentra una gruta excavada en el pórfido, en cuyas paredes hay dibujos rupestres muy interesantes y bien conservados, de manos, pájaros y animales, ejecutados por los tehuelche cuando vivían en esa zona.

Terminada la excursión al río de las Pinturas, seguimos nuestro itinerario hacia la cordillera, pasando por el Bajo de Caracoles, importante encrucijada donde se unen los caminos que van a San Julián y a los lagos Pueyrredón y Posadas. Advertido del mal estado de los caminos, creí oportuno aligerar el automóvil depositando parte de la carga en un *boliche**** para que fuera llevada por los camiones, que en el verano suelen ir al lago Pueyrredón para cargar lana.

La cordillera está ya próxima y divisamos sus picos nevados que emergen majestuosos hacia occidente, entre los cuales destaca soberano el San Lorenzo, parcialmente velado por las nubes.

* El poblado llamado originalmente Nacimiento es la actual ciudad de Perito Moreno (N.E.).

** Las pinturas parietales o rupestres que han dado fama a la localidad son anteriores a los aónikenk o tehuelche históricos y datan de varios milenios antes del presente (N.E.).

*** En cursivas en el original. En este caso, *boliche* corresponde a un pequeño establecimiento comercial que puede incluir servicios de comida, provisiones, alojamiento y algunos otros (N.E.).

A medida que seguimos internándonos, el camino se va haciendo más difícil, pero a partir del río Blanco se vuelve francamente imposible. Es éste sin duda uno de los peores caminos de la zona preandina, a pesar de haber un viejo proyecto de arreglo.

Desde el río Blanco al lago Pueyrredón –unos 40 km– apenas está trazado el camino, que serpentea entre piedras y pantanos, a veces en penosa cuesta arriba y otras en rápido descenso. Hay que avanzar con calma y prudencia para no quedar clavados en algún pozo con el palier o los resortes quebrados y con la poco halagüeña perspectiva de pasar la noche al sereno o tener que galopar algunas millas en demanda de auxilio. Como si fuese poca la dificultad de tan accidentado terreno vienen todavía, de vez en cuando, a interceptar el camino, tres torrentes: los ríos Blanco, Tarde y Furioso; peligrosos por el limo blando y traicionero de sus lechos, y que a veces resultan imposibles de vadear, durante semanas enteras, a causa del volumen de agua que llevan en el período de deshielo o de las lluvias.

El río Blanco, a nuestra llegada, por fortuna, está escaso de agua y lo pasamos fácilmente. Una semana antes, según nos informaron, un camión procedente de San Julián había quedado empantanado tres días en medio del torrente y sólo había conseguido salir después de desesperados esfuerzos.

Con semejantes antecedentes tan poco satisfactorios, seguimos andando, y después de haber pasado un cordón morrénico se nos presentó la vasta cuenca que da acceso a los lagos Posadas y Pueyrredón, todavía ocultos detrás de un relieve rocoso.

El paisaje es árido y monótono, de un color gris amarillento oprimente, que se refleja en las mismas aguas turbias de los lagos Sucio, Salitroso y Turbio.

Más abajo el valle se alegra un poco con el verde de las matas de calafate (*Berberis*), de molle o incienso (*Schinus polygamus*) y de duraznillo (*Colliguaya integririma*). En las cercanías de la pequeña población de Lago Posadas, sede de una comisaría, una escuela hogar y una estancia, existen campos cultivados de alfalfa, hortalizas, frutas y cereales, que crecen exuberantes en un terreno de aluvión muy fértil. El crecimiento y la maduración de estos productos están favorecidos también por el mayor calor, pues el valle se encuentra a sólo 200 metros sobre el nivel del mar. Proseguimos por el valle, y después de un feliz vadeo del río Tarde, costeamos el lago Posadas nuevamente entre piedras y zanjones que ponen a dura prueba la solidez del automóvil, hasta llegar a orillas del río Furioso. Teníamos aprensión de cruzar este torrente tan temido por la impetuosidad de la corriente, y especialmente por sus bancos de arena, los cuales cambian constantemente de lugar debido a la corriente y en los cuales es fácil empantanarse. Pero la suerte nos fue propicia y lo atravesamos sin incidentes desagradables.

Pasado el río Furioso cruzamos una lengua de tierra llana que separa el lago Posadas, situado a 157 m sobre el nivel del mar, del Pueyrredón, que está un metro más abajo, y cuyas aguas verde-azuladas se destacan agradablemente sobre el amarillo y el verde pálido de las colinas que lo circundan. Volvimos a subir la accidentada orilla y desde una elevación descubrimos la parte meridional de este lago que recibe, pocos kilómetros más adelante, el río Platten, el que deberemos remontar para llegar al San Lorenzo.



Monte Penitentes (2.930 m).

El monte San Lorenzo visto desde el valle del río Lácteo.

Sobre las orillas del lago, muy cerca de nosotros, atrae nuestra atención un bellissimo manchón de árboles y plantaciones, como un verde oasis entre las desnudas tierras que lo rodean. Preguntamos a un gaucho que hallamos por ahí, de quién es aquella propiedad, y nos responde:

–De doña Ema, la italiana.

Pocos minutos después descendimos a la orilla del lago y entramos por la umbrosa avenida de álamos que protegen la casa de doña Ema, y la casa de negocio y pequeño hotel Mondelo, donde nos alojamos.

Aquí termina el camino; en adelante deberemos transportar los equipajes por medio de cargueros hasta la cabecera del valle del río Platten a los pies del San Lorenzo. Poco después conocí a la señora Miglio, una piemontesa de Valperga, que hace más de veinte años se ha radicado con toda su familia en este rincón de la cordillera, cuando todavía estaba completamente despoblado y era de difícil acceso.

Alrededor de la casa hay vastos terrenos cultivados como huertas, protegidos de los vientos por numerosas hileras de álamos, regados por las aguas de un torrente que desciende de la montaña. Cereales, hortalizas, toda clase de legumbres, manzanas, peras, duraznos, que son una verdadera rareza en esta zona tan austral, llegan a un desarrollo insospechado. Algunos miles de ovejas pastan a orillas del lago y en las montañas vecinas.

Todo este trabajo de mejoramiento y de cultivo realizado por esta activa mujer, representa en su pequeñez el profundo amor innato que todo colono italiano nutre por la tierra que ara y fecunda con sus sudores, llevando al país en donde se establece la verdadera riqueza, que Dios bendice.

Era mi deseo partir cuanto antes hacia el San Lorenzo, pero por quince largos días tuve que esperar la llegada de los equipajes que había depositado en el boliche del bajo de Caracoles.

El tiempo se había vuelto tempestuoso, y si bien esto me consolaba un tanto, pensando que de todas maneras no hubiera podido realizar ninguna excursión, no podía resignarme a tan larga espera aunque ya estaba en la meta final de mi viaje. Ni siquiera los exquisitos raviolos y los asados con que doña Ema trataba de aliviar mi encarcelamiento conseguían sosegar el ansia de la partida.

No obstante, no pasé ocioso todo aquel tiempo porque pudimos transportar los equipajes y víveres hasta el extremo del valle del río Platten, con la ayuda del colono Juan Manríquez, buen conocedor de los lugares, a quien había contratado como guía y acompañante para todo el viaje al San Lorenzo. Mientras tanto, nos llegó la noticia de que los equipajes de Bajo Caracoles habían sido traídos por un camión hasta el lago Posadas. Para ganar tiempo resolví ir yo mismo a buscarlos, pero al llegar al río Furioso nuestro auto se nos atravesó en el río. Trabajamos activamente durante tres horas para sacar el coche hundido en el barro hasta el cárter, pero todo fue inútil, y tal vez no hubiéramos salido sin la providencial intervención del señor Ponzó, jefe de un vecino destacamento de policía que acudió prontamente en nuestro auxilio, con dos caballos.

La dificultad para atravesar el torrente, que se había puesto peligroso con las últimas inundaciones, nos aconsejó desandar nuestros pasos.

Dos días después llegaron los equipajes en el camión del señor Munin, *chouffeur* veterano y experto mecánico, ya hecho a todos los gajes de su oficio en estas tierras sin caminos, que suele recorrer aun en pleno invierno para llevar su oportuna ayuda a los colonos relegados en la soledad de la cordillera.

Con la llegada de los equipajes pudimos emprender el viaje por el río Platten. Después de un período borrascoso, el tiempo había mejorado y el 20 de febrero llegamos a pie a la casa del colono don Bernardo Schaer, quien nos brindó cordial hospitalidad. Pasamos allí la noche; y el día siguiente, acompañados por el mismo señor Schaer, seguimos viaje a caballo hasta el puesto del señor Muñoz.

El valle del río Platten, de casi 35 km de largo, no ofrece mayores atractivos de belleza porque es muy estrecho y está, en gran parte, privado de vegetación arbórea. Esparcidas a lo largo del valle aparecen las pocas viviendas de los colonos dedicados a la cría de lanares. Los pastos son escasos y la pequeña ganancia que obtienen apenas alcanza para cubrir sus necesidades vitales.

El acarreo de las lanas hasta el lago Pueyrredón es una de las empresas más difíciles, pues implica transportar los fardos en carretas tiradas por bueyes a lo largo de todo el valle, por un terreno pedregoso, y a través del río que, en los períodos de deshielo, no siempre da paso.

Desde la cuenca terminal del valle, donde está el puesto Muñoz, el macizo San Lorenzo muestra sus flancos septentrionales ásperos y cortados a pique sobre el glaciar, por muchos centenares de metros, ofreciendo poca esperanza de poder trepar su cumbre.

A fin de llegar rápidamente a las bases de este monte decidimos establecer el campamento principal en la orilla derecha del río Platten, porque de allí nos sería fácil subir la margen izquierda del río hasta alcanzar los glaciares que bajan del San Lorenzo.

Un carro, que al señor Muñoz le sirve para transportar lana, nos viene a maravilla para llevar en un solo viaje todos nuestros equipajes al otro lado del río Platten, cerca de una pequeña planicie, circundada por manchones de ñirre (*Nothofagus antarctica*), de chapel (*Escallonia fonckii*) y de calafate (*Berberis*), desde donde gozamos de un hermoso panorama del valle y también del San Lorenzo, que emerge por el suroeste.

Después de organizado el campamento comenzamos las excursiones al interior del valle para tantear el camino de acceso al macizo. A tres kilómetros de distancia el valle se estrecha y dobla hacia el sur, transformándose en una angosta torrencera donde el río se precipita encajonado entre profundos despeñaderos. Los bordes y el fondo rocoso del valle, notablemente erosionado por el antiguo glaciar que descendía mucho más abajo, estaban revestidos, hasta hace pocos años, por una exuberante vegetación de hayas, cuyos gigantescos troncos, semidestruidos por el fuego y amontonados por todas partes, dan todavía elocuente testimonio. El valle termina después de 5 km a los pies de un extenso glaciar que desciende de las laderas del San Lorenzo donde hay un laguito denominado Muñoz, de aguas limosas y del cual sale el río Platten. Por lo que me aseguraron los colonos Muñoz y Pizarro, primeros pobladores de este valle, hasta hace pocos años flotaban sobre las aguas



Vertiente austral del monte Hermoso.
Doma de potros en el puesto del San Lorenzo.

del laguito grandes témpanos que se desprendían del glaciar: ahora, en cambio, el frente del mismo se encuentra encajonado en la morrena a 200 m de distancia.

Algo más abajo del lago, el Platten recibe en su margen derecha un torrente de aguas cristalinas, el cual surca el valle angosto, de unos diez kilómetros de largo, que nosotros hemos recorrido hasta su nacimiento. Un pequeño glaciar llena el fondo del valle y cubre las laderas de un monte que suponemos es una estribación del monte Hermoso que domina el valle del río Lácteo.

Las ráfagas que bajan de la cumbre del San Lorenzo en los días de tormenta son de extrema violencia. Tuvimos oportunidad de observarlas y comprobar su extraordinario poder en una de estas excursiones, mientras soplaban un recio viento del noroeste. Un fuerte estruendo, como el de un trueno que de repente retumba en el valle, anunciaba su llegada, pudiéndose distinguir claramente el curso de la misma, que en forma de una gran polvareda descendía de la montaña, arremolinándose velozmente y se alejaba a lo largo del valle. Una de estas ráfagas llegó a alcanzarnos y entonces apenas tuvimos tiempo para echarnos detrás de un peñasco, pues pasó a nuestro lado silbando ferozmente, barriendo y pulverizando las aguas de una laguna cercana y arrastrándolas consigo en forma de nubes. Un perro nuestro que se encontraba en pleno curso del torbellino fue levantado en peso y arrojado unos 50 m al borde de un gran barranco donde lo detuvieron unas matas.

Terminadas nuestras excursiones preliminares a la cabecera del valle del río Platten, esperábamos un día sereno para poder tomar algunas buenas fotografías del San Lorenzo.

Nuestra esperanza no quedó frustrada. Primero tuvimos días de calma y de gran calor en los cuales el termómetro llegó a marcar 25° a la sombra, y el 27 de enero, poco antes del mediodía, el San Lorenzo se despojó enteramente de nubes y apareció nítido y majestuoso en el candor de sus eternas nieves. Sin pérdida de tiempo penetramos en el valle por el camino recorrido en los días anteriores, y apenas pasado el laguito y subida la fuerte pendiente de una morrena, después de tres horas, llegamos a un punto dominante del valle, a unos mil metros de altura, desde el cual tuvimos de frente, y bien cerca, el San Lorenzo, con sus formidables paredes y hielos eternos.

Un examen atento de la montaña nos confirmó en la opinión, ya formada, sobre la imposibilidad de escalarlo por este lado por lo vertical de sus paredes incrustadas de hielo. Tomadas algunas vistas, volvimos, avanzada la noche, a nuestro campamento. Terminado el reconocimiento de la falda norte del macizo, pensamos trasladarnos hacia el noroeste por el valle del río Tranquilo, desde donde calculábamos encontrar una configuración más accesible del macizo.

La mañana del 30 llegó el carro tirado por bueyes que en poco tiempo nos llevó nuevamente a la casa del señor Muñoz. Por la tarde, disminuidos un poco de carga y de víveres, volvimos a salir con tres cargueros en dirección al río Tranquilo, distante de allí unos 15 km.

Subimos por un empinado cordón morrénico que flanquea a septentrión el valle Platten y entramos en una vega donde pastan numerosos rebaños. Hacia el

sur, asoma a través de la quebrada de un valle tallado entre peñascos, la cúspide gigantesca del San Lorenzo con sus fantásticos cornisones de hielo. Seguimos el camino hacia el noroeste y, después de trasponer algunos cordones morrénicos formados por antiguos glaciares, que descendían de dicho monte, alcanzamos las riberas del río Tranquilo, que en forma de torrente tiene su origen en un ventisquero que cubre la vertiente septentrional del San Lorenzo, en la extremidad del valle poco antes divisado.

Algo más adelante alcanzamos la cima de otro cordón morrénico desde el cual se nos presenta un pintoresco valle cerrado hacia el sur por un imponente cerco de altas montañas cubiertas de glaciares, de los cuales nace un importante afluente del río Tranquilo.

Esta magnífica cadena de montañas, designada por nosotros con el nombre de Cochrane, se extiende al noroeste del San Lorenzo, entre el valle del río Tranquilo y el del Salto, y está formada por un imponente grupo de picachos que superan los 2.500 m. Una faja casi ininterrumpida de glaciares cubre las laderas de las montañas y llena las depresiones, en una de las cuales surge el afluente del río Tranquilo. El glaciar que ocupa el final del valle indica una fase de rápido retroceso que se manifiesta en la roca desnuda y lisa, donde pocos años atrás alcanzaba su lengua terminal.

Por ambos lados del valle se levantan a modo de anfiteatro elevadas morrenas escalonadas que representan antiguas expansiones del actual glaciar, revestidas de tupidos bosques, en parte quemados por los incendios.

Continuamos nuestro camino subiendo por la margen derecha del valle y, recorridos pocos kilómetros, llegamos al atardecer a una magnífica terraza en la parte alta de las morrenas con vista al valle, revestida por una mancha frondosa de hayas, dentro de la cual armamos nuestras tiendas. Estábamos a 830 metros sobre el nivel del mar.

El monte en cuyas faldas acampamos circunscribe por el noroeste al San Lorenzo y termina en audaces torreones desde los cuales debe verse éste en toda su magnificencia. Todo el día siguiente lo empleamos en armar nuestro campamento en previsión de tener que esperar muchos días el tiempo sereno.

Pero también esta vez nos sonrió la suerte. El tiempo, que se había enturbiado a nuestra llegada, aclaró y los montes aparecieron completamente descubiertos. En la calma profunda de la tarde llena de luz y calor, el bosque donde estábamos acampados se animó de improviso con el melodioso cantar de numerosos jilgueros que saltaban de rama en rama hasta muy cerca de nosotros y parecían gustar con alegría insólita aquel raro momento de paz y de sol.

El 1 de febrero surgió completamente calmo y sereno. Hacia las 6 dejamos el campamento y trepamos con rápidos pasos por las laderas del monte entre rocas y manchas de nieve. El panorama, a medida que adelantamos, se hace cada vez más interesante y nuevo.

Cerca de nosotros, el valle del río Tranquilo muestra en su cuenca superior imponentes picos revestidos de hielo, y más allá, hacia occidente, en el lejano horizonte, surgen cándidas y elevadas cadenas de montes que marcan el comienzo de aquel inmenso sector de la cordillera acorazado de un manto de hielo ininterrum-



Monte Hermoso.

Cono de deyección frente al monte San Lorenzo.

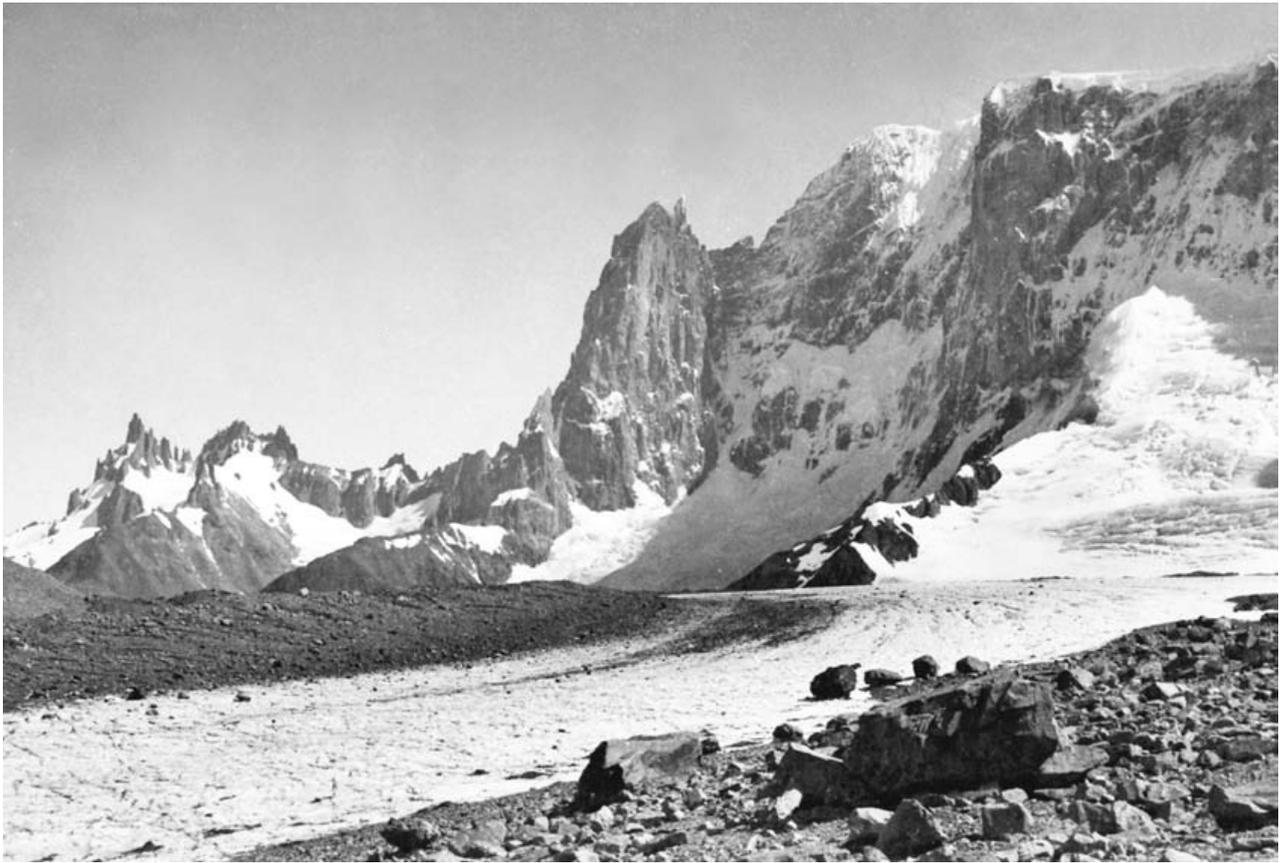
pido, donde sobresale el San Valentín. En la parte visible de la cordillera domina sobre todos un gran macizo que, según suponemos, es el Arenales, de 3.440 m.

Al este se extienden complejos cordones de montes de escasa altura, entre los que se divisa el espejo azul del lago Brown. Mientras avanzábamos, unos 15 cóndores que deben tener sus nidos en aquellas rocas, realizan audaces evoluciones y descienden a veces en impresionantes picadas hasta muy cerca de nuestras cabezas. A las 10 tocamos la extremidad del monte a 1.950 m, y aparece sobre nosotros, entre negros torreones, la fantástica mole del San Lorenzo que destaca su cándida capucha de nieve sobre el azul del cielo en parte velado por las nubes. Apenas tengo tiempo de tomar unas vistas, pues ya densos vapores se acumulan sobre las crestas terminales quedando allí tenazmente adheridos.

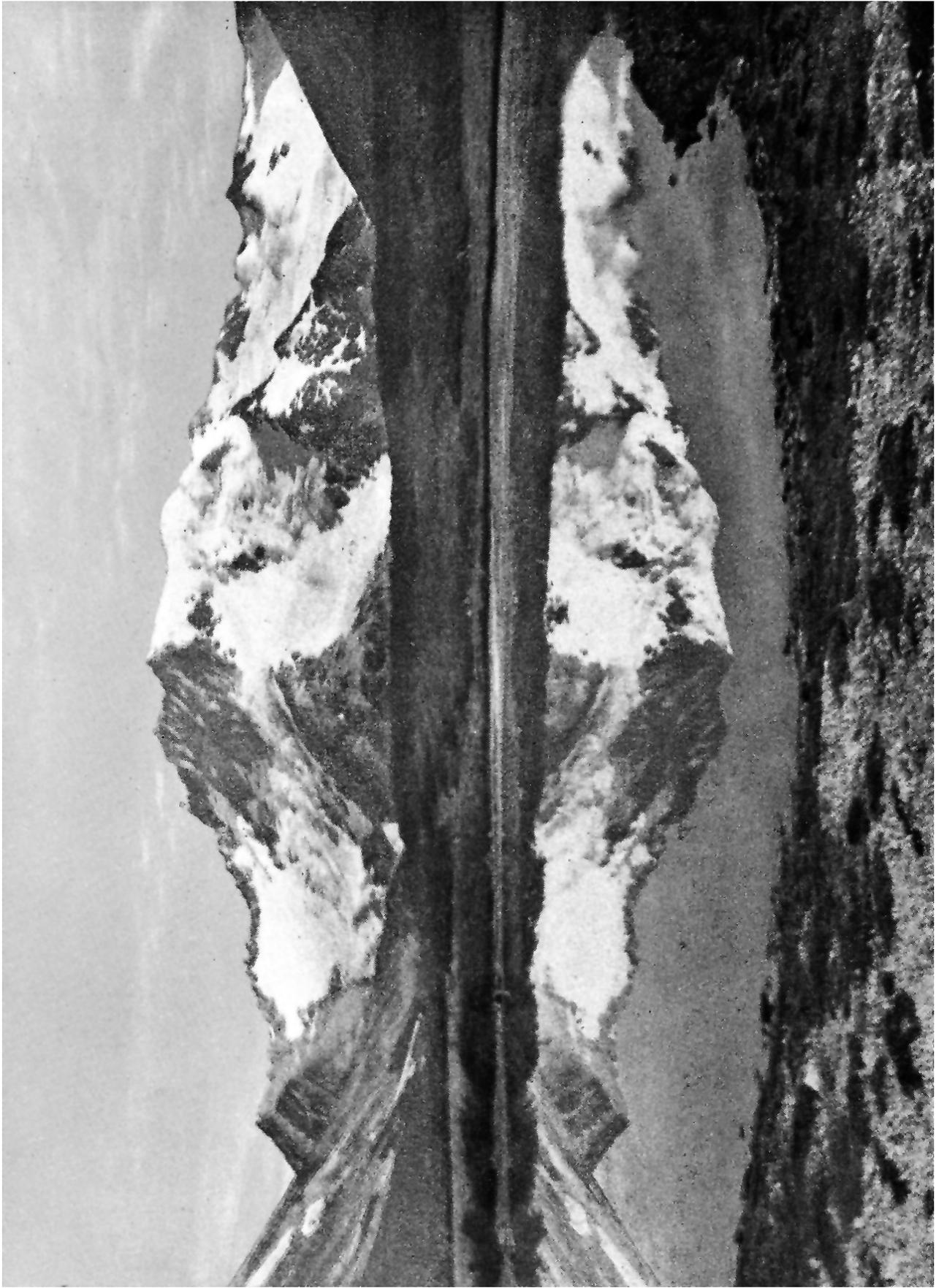
Observamos entretanto que en el flanco occidental las paredes son más bajas y declinan hacia una débil cresta desde la cual es probable que se pueda llegar a la gran cúpula terminal y desde allí a la cima.

Entre el San Lorenzo y las montañas sobre las cuales nos encontramos y que se prolongan hacia el noroeste, descubrimos una profunda quebrada rellena de hielo, a través de la cual se podría alcanzar la vertiente occidental del San Lorenzo, que desagua en el valle del río del Salto. Al extremo sur de esta depresión sobresale de un portillo una elevada cumbre rocosa fantásticamente incrustada de hielo, la cual suponemos pertenece al San Lorenzo.

Con esta ascensión terminaba el programa de estudio que me había prefijado en torno al monte San Lorenzo, y al día siguiente volvía al puesto Muñoz. Varios días más me quedé todavía en el valle para administrar algunos bautismos entre las familias de aquellos colonos, y descendí luego al valle Pueyrredón para seguir al lago San Martín, donde quería aún explorar su brazo occidental, así como los dos picos Mellizos de los que hice mención en el capítulo precedente.



Paredones meridionales del San Lorenzo.
Sacando el auto empantanado en el río Furioso.



Deposé

Cerro Hermoso. Laguna en calma.

Fot. A.M. De Agostini



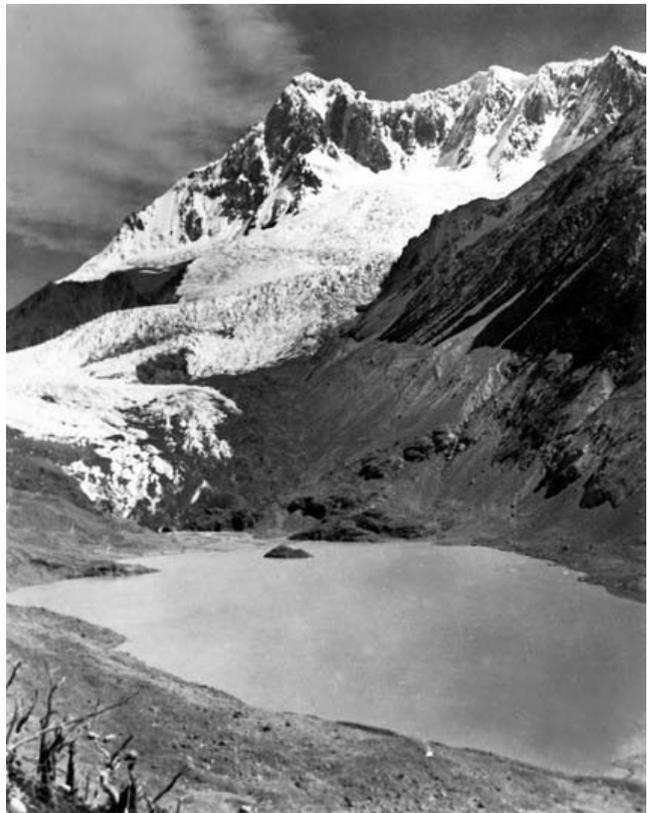
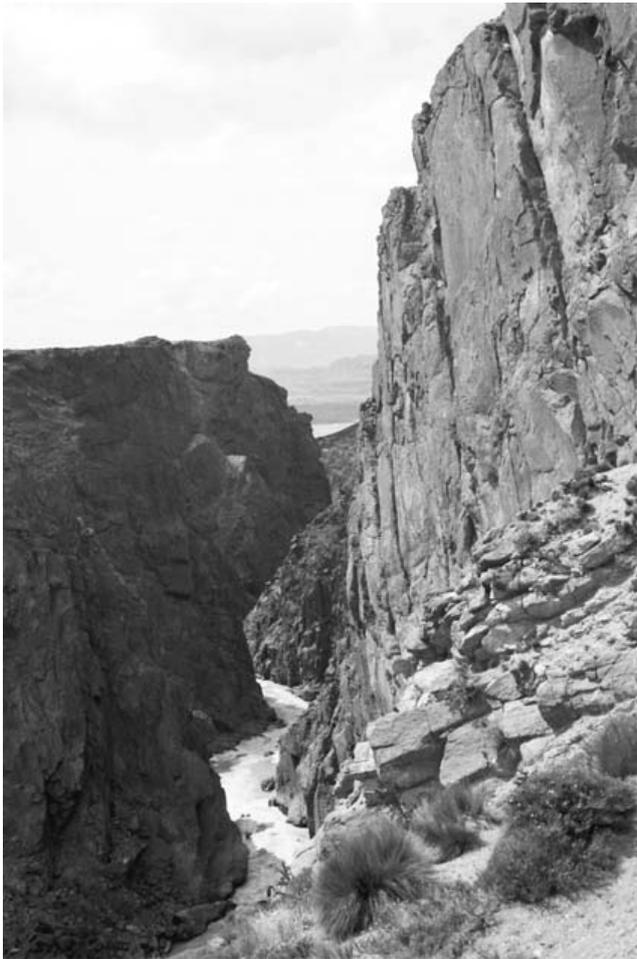
Lago Pueyrredón. Estancia La Península.
Cosechando el trigo en la estancia de doña Ema.



Deposé

La cúspide del San Lorenzo. Vertiente oriental.

Fot. A.M. De Agostini



Desfiladero del río Platten.
Lago Muñoz y monte San Lorenzo.



Vertiente septentrional del San Lorenzo.

Agujas porfíricas frente al San Lorenzo.



Valle del río Platten y monte San Lorenzo.

El San Lorenzo visto desde el noroeste.



Montañas y ventisqueros de la cadena Cochrane vistos desde el valle del río Tranquilo.

El San Lorenzo desde el oeste.



Cordón de torres y agujas pizarrosas en la margen derecha del afluente del río Tranquilo.

Descanso al pie del San Lorenzo.



Cruzando el bosque por debajo de los troncos de los árboles caídos.

CAPÍTULO XVI

EN EL VALLE DEL RÍO DEL SALTO

Retorno al lago Pueyrredón. A través del valle del río Tranquilo. Huésped del colono Elorriaga. Cría y exportación del ganado vacuno. Campamento en el valle del río del Salto. Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo. Posibilidad de escalar el macizo. Excursión a la cuenca terminal del río del Salto. Laguna encantadora. Grandiosa salvajidad de la naturaleza. Regreso a la estancia de Elorriaga

Con las excursiones relatadas anteriormente había logrado conocer las tres vertientes, sur, este y norte del macizo San Lorenzo, que desaguan respectivamente en los valles de los ríos Lácteo, Platten y Tranquilo; pero me restaba reconocer aún la vertiente occidental, sumamente importante, limitada por el curso superior del río del Salto y de cuya estructura y configuración, fuera del relieve sumario indicado en las cartas argentinas y chilenas, nada se sabía.

Un viaje de exploración hacia esta vertiente tenía para mí, además del atractivo de lo desconocido, el particular interés de averiguar las posibilidades de acceso a la cumbre, pues abrigaba la esperanza de que, según había podido entrever en mis excursiones, aquel lado se presentaba cubierto de un manto uniforme de hielo que ascendía hasta la cúspide.

Impulsado por esta atracción volví en febrero del año siguiente al lago Pueyrredón acompañado por los jóvenes Amadeo Zampieri y Alfredo López. Nos quedamos algunos días en el lago Pueyrredón buscando los medios de transporte, caballos y arrieros necesarios para llegar hasta el final del río del Salto.

Representaba este viaje una gira sumamente larga pues debíamos dar una vuelta de más de cien kilómetros a través de los valles Platten, Tranquilo y del Salto costeadando las estribaciones septentrionales de la cadena Cochrane.

Concluidos nuestros preparativos, el 12 de febrero de 1941 salíamos del lago Pueyrredón conduciendo todos nuestros equipos y vituallas en cuatro cargueros.

Seguimos para este viaje el mismo camino practicado en el verano de 1940, subiendo primero, hasta su término, el valle Platten, donde se encuentra la residencia del colono Muñoz y de aquí, doblando al norte alcanzamos la cuenca de un afluente principal del río Tranquilo, visitada también en dicho verano. Después

de recruzar este impetuoso torrente continuamos nuestra marcha hacia el valle inferior del río Tranquilo.

Un pequeño sendero, hollado por los rebaños, nos guía a lo largo del valle, entre cañadas y lomas rocosas aborregadas y redondeadas por los antiguos glaciares, cubiertas en diversas partes por manchas de ñirre (*Nothofagus antarctica*).

En los rellanos aguanosos ricos en gramíneas, pacen rebaños de ovejas mezcladas con patos silvestres y avutardas que imprimen al paisaje solitario y agreste una nota de vida y alegría. Un pequeño lago, que repentinamente se asoma en una pequeña cuenca tapizada de bosques, refleja como un espejo en sus aguas tranquilas las espesas sombras de las montañas circundantes.

Entretanto, el río Tranquilo, hundiéndose en simas profundas, se oculta largo trecho a nuestros ojos y luego, doblando en ángulo recto hacia occidente, reaparece engrosado por otros afluentes que bajan de los valles encajados en el cordón Esmeralda. Esta bellísima cadena, cuyas cumbres coronadas de nieves eternas superan los dos mil metros, limita al norte el valle inferior del río Tranquilo, hasta la confluencia misma con el río del Salto.

En los mapas chilenos y argentinos se encuentra señalado en la extremidad oriental de este valle un lago de considerables dimensiones que en realidad no existe, pero que es de suponer haya sido indicado por las comisiones topográficas argentinas y chilenas, muchos años atrás, juzgando por tal las aguas desbordantes del río que había inundado aquella parte del valle en el período del derretimiento de las nieves y la caída de las lluvias.

El camino que recorreremos para alcanzar el trecho inferior del valle del río Tranquilo se extiende por unos 15 km entre las faldas anfractuadas de la cadena Cochrane, presentando siempre a nuestras miradas el valle del río Tranquilo que se extiende de este a oeste en forma de una bellísima llanura verdeante de pasto, por donde el río se desenvuelve en amplios meandros.

Sobre la verde alfombra de la pradera se dibujan en pequeñas manchas rojizas y pardas, las majadas de yeguarizos y vacunos, que encuentran allí abundante alimento.

A casi diez kilómetros de la confluencia del río Tranquilo con el río del Salto, descubrimos la casa del colono Elorriaga, semioculta entre agraciados bosques de hayas, próxima a las orillas de un torrente que desciende de la cadena Cochrane. Es sin duda la vivienda más avanzada en esta zona andina cercana al San Lorenzo. El valle surcado por el río del Salto que se propaga hacia el sur en la dirección de este macizo y a donde precisamente nos dirigimos, está todavía deshabitado.

Fue en 1921 cuando Juan Elorriaga se trasladó, abandonando Junín de los Andes en Neuquén, su pueblo nativo, a estas lejanas tierras del sur patagónico. La singular belleza del paisaje y la feracidad de estos valles completamente despoblados en aquel entonces, lo cautivaron y se estableció aquí definitivamente con un hermano suyo dedicándose a la cría del ganado ovino y vacuno*.

* Elorriaga, no obstante su nacionalidad argentina, era poblador en suelo chileno, circunstancia de alguna ocurrencia en el comienzo de la colonización a uno y otro lados de la frontera internacional, cuyo trazado o no era bien conocido o simplemente era ignorado cuando se quería ocupar terrenos (N.E.).



Rebaño de ovejas en el valle del Tranquilo.
El valle del río Tranquilo visto desde el este.

Pocos son los colonos que viven esparcidos en estos solitarios valles cordilleranos tan alejados de los centros de población. Las dificultades en las comunicaciones debidas a lo áspero de los caminos, abiertos entre quebradas y pantanos, obstaculizados por rápidos y caudalosos ríos, entorpecen el aprovisionamiento de los víveres y la exportación de los productos lanares, único recurso que tienen para vivir; de modo que las ganancias son escasas y la vida dura y llena de privaciones.

A pesar de todas estas dificultades y penurias, un profundo afecto liga a los colonos a estos solitarios valles andinos como si estuvieran subyugados por un encanto misterioso. De tanto en tanto el nostálgico recuerdo de aquellos lugares más cómodos y poblados, donde transcurrieron los primeros años de sus vidas, y el deseo de reunirse con parientes y amigos los inducen a alejarse por algún tiempo, pero pronto vuelven hastiados y aburridos del bullicio y de los chismes de la sociedad, reintegrándose con regocijo a estos oasis de paz y soledad.

A nuestra llegada la estancia estaba en plena faena, pues se efectuaba el rodeo de los vacunos que debían entregarse a unos compradores venidos del territorio de Aysén. Es aquél un trabajo ímprobo y peligroso y los baqueanos chilenos lo ejecutan con admirable destreza en el intrincado laberinto de la floresta o las anfractuosidades de las montañas, donde tienen que enlazar las vaquillonas y novillos salvajes y conducirlos a los corrales. Después de dejarlos encerrados allí algunos días que los domadores aprovechan para marcarlos y acostumarlos al lazo, emprenden el viaje hacia el valle del Baker, donde la majada va aumentando de número con nuevas adquisiciones y continúan luego hasta Puerto Aysén pasando por territorio argentino. En Puerto Aysén se embarcan los animales para llevarlos a Puerto Montt, y desde allí, tras un período de descanso y engorda, con abundante alimentación, son conducidos al mercado. Todos los veranos se renuevan las exportaciones de ganado desde los valles cordilleranos del Baker, cuyos terrenos son sumamente aptos para la cría de vacunos.

En los días que permanecemos en la estancia de Elorriaga para dar descanso a los caballos, efectuamos una excursión con fines fotográficos hasta las plantas de los imponentes picachos de la cadena Cochrane que se levanta al sur de la misma estancia en una fértil cuenca parcialmente cubierta de bosques, donde encuentran alimentación y abrigo varios centenares de lanares y vacunos.

El 18 de febrero y con una buena provisión de carne fresca reanudamos el viaje rumbo al valle del río del Salto, que nos conducirá a la base del San Lorenzo. Nos acompaña un joven chileno, buen conocedor de estos lugares, los que recorre de cuando en cuando en busca de la caballada, puesto a nuestra disposición por el señor Elorriaga, para que nos guíe por el arduo camino del valle y sobre todo para que nos señale los frecuentes vados del río.

Costeamos por algunos kilómetros la margen izquierda del río Tranquilo que serpentea en amplios meandros por la planicie del valle hasta desembocar, poco más adelante, en el río del Salto. Las praderas están cubiertas de gran cantidad de frutilla en plena maduración y no resistimos la tentación de detenernos un tanto a saborear frutos tan exquisitos.

Dejado el valle del Tranquilo, enderezamos hacia el sur y, después de traspasar una pequeña altura cubierta de tupida vegetación, penetramos en el valle del río del

Salto. Durante una hora caminamos entre aquellas características rocas aborregadas, separadas por pequeñas quebradas, una de las cuales encierra una pintoresca laguna.

Cuando alcanzamos la cima de uno de estos casquetes de roca pelada, corroída por los antiguos glaciares, se presentó ante nosotros una vista general del valle del río del Salto; el lecho del río intensamente aluvionado ocupa toda la llanura del valle y, debido al derretimiento de las nieves, corre impetuoso, crecido y turbio, abriéndose en varios brazos.

El valle, encajonado entre austeras y elevadas montañas cubiertas de una amplia alfombra de hielo y nieve, muestra sus escarpadas laderas tupidamente arboladas de hayas destruidas en parte por los incendios.

El sendero que nos había traído hasta aquí, penetrando a través de malezas y pedregales, ha desaparecido ahora por completo, y cuando bajamos hacia la planicie del valle encontramos obstruido el paso por un profundo remanso ocasionado por las aguas desbordantes del río del Salto.

Quedamos un tanto perplejos, dudando si intentar el vado, por temor de que los caballos se hundieran en el agua y se perdieran o perjudicaran nuestros equipajes y vituallas, mas nuestro joven guía, sin vacilar, se lanzó con su caballo al agua y tras algunos ensayos encontró finalmente una cruzada que nos condujo con toda facilidad a la ribera opuesta. El avance se hace ahora extremadamente lento y difícil para nuestros cargueros, porque una infinidad de charcos, insidiosos pantanos, así como tupidos bosques nos obligan a detenernos a cada instante y dar continuos rodeos. Superando este trecho peligroso avanzamos por el valle siguiendo la margen derecha del río, cubierta de pedregullo y arena, y salpicada de algunas matas.

En las primeras horas de la tarde cruzamos dos impetuosos brazos del río, y doblando un promontorio rocoso, descubrimos la cuenca terminal del valle. En el lado opuesto del mismo desciende un espumeante torrente que se origina en un glaciar colgante, formando una bellísima cascada.

El cielo, que por la mañana cuando salimos del valle del Tranquilo, estaba cargado de amenazadores nubarrones, se ha serenado ahora de repente y el Sol brilla con todo su esplendor. Contemplamos con admiración y creciente interés el panorama que se va desarrollando a nuestro alrededor, pero nuestro estupor y contento alcanzan el punto álgido cuando asoma de improviso, por encima de la verde cornisa de los bosques, en regiones elevadísimas, el fantástico y cándido paredón de hielo del coloso, resplandeciente de luz vivísima sobre el azul purísimo del cielo.

Observamos entretanto que el valle se bifurca poco más adelante en otros dos, de los cuales el de la derecha, que limita en su curso toda la vertiente occidental del San Lorenzo, parece más ancho e importante. Hacia él nos dirigimos con el fin de establecer un campamento al pie de un cordón morrénico que limita un gran helero que baja de este macizo, pareciéndonos este lugar el más indicado para emprender nuestras ascensiones de exploración al San Lorenzo y a sus contrafuertes.

Nuestros caballos, fatigados por la pesada carga y más aún por haberse lastimado las manos que llevan sin herraduras, al caminar sobre la masa informe de las piedras del río, adelantan con lentitud; fue para nosotros una satisfacción ver acercarse el término del viaje.



El cordón Esmeralda y el valle del río Tranquilo vistos desde el suroeste.

Marca de un toro salvaje.

La orilla del río está espesamente cubierta de matorrales y árboles y nos cuesta trabajo escoger en aquel enmarañado laberinto vegetal un lugar apropiado para plantar nuestras carpas. Por fin lo encontramos al margen del bosque, a orillas de un arroyo de aguas cristalinas que desciende de la montaña, formando en el interior del bosque una bellísima cascada. Son las dos de la tarde. Nos hemos elevado apenas unos 60 m sobre el valle del río Tranquilo y nuestro aneroide señala una altura de 465 m sobre el nivel del mar.

Descargamos rápidamente los equipos y después de un sobrio refrigerio, el joven chileno que nos sirvió de guía y nuestro peón, regresan para conducir los caballos a la estancia de Elorriaga, porque en este valle apartado y desprovisto de cercos podrían extraviarse y perderse para siempre; volverán dentro de pocos días, para traernos los víveres que dejamos en la estancia.

Armamos rápidamente las carpas y emprendemos la construcción de un toldo con troncos, que nos servirá, como de costumbre, de cocina y de refugio en los días de mal tiempo.

La tarde se ilumina con un resplandor insólito, reina una calma perfecta y sobre el cielo de terso azul se dibujan las cumbres más elevadas y las nieves perpetuas. También el barómetro, marcando alta presión atmosférica, da seguros indicios de buen tiempo. No queremos perder tan magnífica oportunidad y a la mañana siguiente, cansados aún por la marcha del día anterior, salimos muy temprano para escalar el monte, en cuya vertiente estamos acampados. Nos parece que desde su cúspide podremos alcanzar una visión completa del San Lorenzo. Adelantamos algunos centenares de metros por entre densos bosques de hayas y después subimos el cordón morrénico que flanquea la cuenca glacial de dicho monte.

Llegados al vértice de este cordón, aparece de golpe a nuestra vista un extenso helero, que desciende de la vertiente occidental del coloso, encerrado por ambos lados entre escarpadas laderas de más de 100 m de altura, talladas por el mismo glaciar que se halla en rápido retroceso. Hacia el sur domina majestuosamente la cúspide del San Lorenzo totalmente cubierta de hielo y de nieve, iluminada por los rayos púrpura y oro del Sol naciente. En el lado este sobresalen de la cadena Cochrane dos torres muy elevadas y abruptas en forma de cuernos.

Más arriba de la faja desnuda y abrupta que se extiende a lo largo del glaciar, crece lozana la vegetación arbórea que cubre con un tupido manto verde oscuro las estribaciones occidentales del macizo.

El glaciar tiene tres kilómetros de ancho y termina en una lengua sepultada por grandes montones de detritos morrénicos y pequeños lagos de aguas limosas de las que sale un torrente glacial que desemboca poco más adelante en el río del Salto.

En el lado sur del glaciar se presenta un bellissimo monte cubierto de densos bosques, el cual termina en una atrevida aguja de pizarra cuya altura estimamos en unos 2.800 m. Lo denominamos pico Ortúzar en memoria del primer salesiano chileno, Camilo Ortúzar⁵.

⁵ Camilo Ortúzar. Filólogo y publicista chileno. Nació en Santiago el 15 de julio de 1848 y murió en Niza el 8 de enero de 1895. Llamado por Dios al estado eclesiástico, fue ordenado sacerdote en 1872.

Continuamos todavía un buen trecho por entre los cordones morrénicos de la ribera derecha del glaciar hasta llegar a un profundo torrente infranqueable y de allí empezamos a trepar la empinada ladera del monte que flanquea por el norte el glaciar, desde donde esperábamos disfrutar de una buena visual sobre el San Lorenzo. Cruzamos algunas morrenas escalonadas pertenecientes a antiguas glaciaciones del actual glaciar, separadas por rellanos, donde crecen al abrigo del viento corpulentos y elevado troncos de lenga (*Nothofagus pumilio*).

En dos horas trepamos la abrupta cuesta y salimos del bosque que termina a una altura de 1.250 m. Nos subimos aún por algunos centenares de metros hasta alcanzar una roca prominente desde la cual podemos gozar de un imponente panorama, que abarca la cúspide del San Lorenzo, el glaciar y la cuenca terminal del valle del río del Salto. El cielo está perfectamente sereno y bajo la transparencia cristalina de los rayos solares se destacan con particular relieve la cándida coraza de nieve que reviste al gran macizo y la cumbre, cubierta de singulares y bellísimas incrustaciones de hielo.

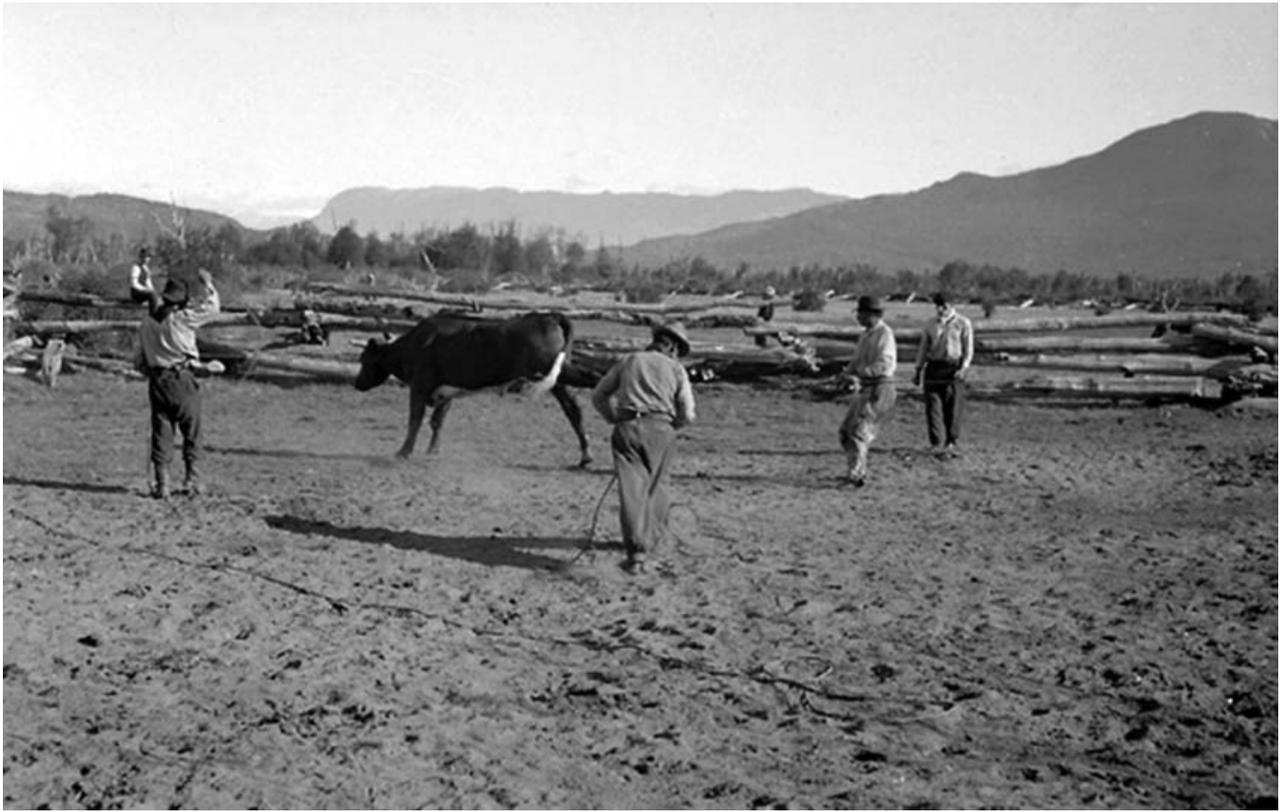
La blanca sábana glacial que cubre el monte se precipita en el valle formando una imponente cascada de *seracs*, y al llegar a él se suaviza y apaga entre los detritos morrénicos. Al sur y al este sobresalen cadenas de montañas coronadas de hielo y nieve que lindan con los valles surcados por los ríos Ñadis y Bravo. En el rellano del valle del río del Salto se divisa un pequeño lago rodeado por tupido bosque y un poco más al sur la vena plateada de aquella corriente.

Entretanto observamos diligentemente con nuestros prismáticos las paredes y la cumbre del macizo y nos alegramos al constatar que, salvo algunos trechos un tanto difíciles, no hay obstáculos aparentes que impidan alcanzar por esta vertiente la cumbre del coloso.

Acabadas nuestras observaciones y obtenidas algunas vistas panorámicas, emprendimos el regreso. Mientras bajábamos, varios cóndores atraídos por nuestra presencia y tal vez con esperanza de conseguir alguna buena presa, describen inmensos círculos a gran altura y descienden después en veloces picadas hasta muy cerca de nosotros.

El joven López, que es un apasionado y hábil cazador, no deja escapar la ocasión y con un certero tiro del Winchester alcanza de lleno a uno de aquellos rapaces que cae pesadamente al suelo. La bala, como después comprobamos, le había dado en el corazón. Zampieri lo desuella inmediatamente y nos llevamos el cuero para embalsamarlo.

Inició su carrera como profesor en el seminario de Santiago y en 1879 asumió el cargo de capellán de la Armada, asistiendo a varios combates navales en la guerra contra Perú. En 1885 fue nombrado vicario de Tarapacá y en 1887 se trasladó a España y a Italia, ingresando aquí en la Sociedad Salesiana, en la cual fue recibido por el mismo san Juan Bosco tres meses antes de su muerte. La Filología y la Gramática le son deudoras de una obra importantísima, el *Diccionario manual de locuciones viciosas y correcciones de lenguaje*, editado por primera vez en Turín (1893) y por segunda vez en Barcelona (1902). Julio Cejador califica esta obra como “el mejor libro de americanismos publicado en Chile”. Publicó además otros libros de índole religiosa: *Catecismo en ejemplos*, *Al Cielo por María*, *La Virgen de Don Bosco*, etc., y una edición especial del *Quijote*, destinada a la juventud.



Baqueanos chilenos enlazando una vaquillona chúcará.

Habitaciones del colono Elorriaga.

La bajada es rápida y en las primeras horas de la tarde llegamos a nuestras carpas. En los días siguientes, por haberse encapotado el cielo y caído algunos breves chubascos, nos quedamos en el campamento. Sin embargo, pronto nos trajo tiempo propicio una brisa liviana del sur y en la mañana del 22, con cielo perfectamente sereno, salimos a las 6 rumbo al confín del valle del río del Salto con el objeto de conocer la configuración de la vertiente sudoeste del San Lorenzo y las cadenas de montañas limítrofes. Subimos el cordón morrénico en cuyas proximidades estábamos acampados y bajamos por una abrupta ladera del mismo a la cuenca glacial donde termina el glaciar. Dos horas empleamos para atravesar su frente, que mide casi tres kilómetros, ya caminando entre revueltos montículos de detritos morrénicos, en cuyo interior se descubre a través de grietas, el hielo compacto de un azul zafirino, intenso y purísimo, ya ejecutando largos rodeos alrededor de pequeños lagos de agua turbia y limosa.

Por la naturaleza de los detritos morrénicos compuestos en su mayor parte de rocas graníticas y dioríticas, desprendidas de las paredes del San Lorenzo, se puede afirmar que este macizo está formado por una masa intrusiva granodiorítica semejante a las del Fitz Roy, del Murallón, del monte Heim, del Paine y del Balmaceda.

Después de cruzar el glaciar llegamos al borde de la vertiente opuesta y penetramos en el valle terminal del río El Salto cubierto de tupidísimos bosques. Es imposible caminar expeditamente, como pensábamos, pues el terreno presenta numerosas hondonadas y cordones morrénicos que nos obligan muchas veces a desviarnos de la ruta.

Mientras caminamos por la espesura del bosque, he aquí que asoma entre el tupido follaje de los árboles una bellísima laguna, la misma que pocos días antes habíamos divisado en nuestra última ascensión. Es un oasis de paz y de luz brotado en la oscura y misteriosa soledad de la floresta cuya encantadora belleza repercute en el alma con inefable dulzura. Las aguas cristalinas y calmas como una placa de cristal reflejan las sombras verdinegras de la selva y el blanco deslumbrante de las nieves eternas que coronan los picachos de la cadena Cochrane. Al acercarnos, el silencio profundo que allí reina soberano se rompe repentinamente por el revoloteo de bandadas de patos que huyen enturbiando la plácida quietud de las aguas.

Durante tres horas avanzamos con paso rápido entre sombríos bosques, buscando en vano en el río del Salto un vado que nos permita alcanzar la ribera opuesta y desde allí subir a un monte que domina toda la cuenca, pues nos lo impiden profundos despeñaderos. Lo encontramos al fin, ya casi al término del valle, en una pequeña planicie, por donde el torrente, de unos quince metros de ancho, corre más extendido y tranquilo. Las aguas de un color gris lechoso, debido al limo glacial que arrastran, no permiten adivinar la profundidad, pero Zampieri penetra animosamente en el río con sus zapatos de montaña y consigue cruzarlo; López y yo hicimos lo mismo poco después. Salimos del río con los pies semicongelados, pues la temperatura del agua era apenas de 3 grados sobre cero; continuamos luego nuestra ruta hacia un cerrito que se yergue al final del valle, desde el cual esperamos disfrutar de un amplio panorama sobre el valle y el San Lorenzo.

Atravesando el torrente nos internamos nuevamente en el bosque donde encontramos algunos senderos abiertos por los huemules, con pisadas frescas.

No conseguimos, sin embargo, divisar ninguno, tal vez porque durante estas horas, las más calurosas de la jornada, permanecen escondidos en el bosque, saliendo a comer únicamente en las primeras horas de la mañana y al atardecer. El huemul (*Hyppocamelus bisulcus*, Mol.) abunda aún en los valles cordilleranos, pero desaparece a medida que éstos se van poblando.

Sus principales enemigos son el león y el hombre. El primero lo persigue para saciar el hambre; el segundo, por entretenimiento o por razones aún más injustificables, aprovechando su extrema timidez y docilidad. Gran parte del año lo pasa en los valles más elevados y apartados de la cordillera, y de preferencia en la zona donde concluye la vegetación arbórea. Cuando cae la nieve, baja a los valles menos expuestos al frío y a la nieve, buscando sustento. En este tiempo es cuando cae fácilmente víctima de los peones de las estancias, que los matan para darle la carne a los perros o para apoderarse de sus cuernos, que constituyen un adorno muy codiciado en el lugar. Solamente el macho posee cuernos, y los pierde durante el invierno, pero le brotan de nuevo en primavera. En esta estación los cuernos aparecen revestidos de piel pelosa, la cual empieza a desprenderse a la entrada del verano quedando entonces desnuda la cornamenta. En los valles se encuentran a menudo cuernos caídos, pero casi siempre deteriorados e inservibles.

El día, embellecido por un Sol limpio y cálido, sin que la más mínima nube empañe el cielo, alegra nuestro espíritu, y a paso rápido trepamos la ladera del monte hasta alcanzar, después de dos horas, un espolón rocoso que sobresale por entre la vegetación arbórea. El valle terminal del río del Salto aparece entonces a nuestros pies como una inmensa alfombra verde oscura de tupidísimos bosques, mientras, en lo alto, hacia el este, sobresalen deslumbrantes de níveo candor, los elevadísimos paredones del San Lorenzo, de 3.400 m, formando la cabecera suroccidental del macizo. Sus gigantescas cornisas de hielo sobresalen amenazadoras en las paredes verticales, recubiertas de singulares y bellísimas incrustaciones de hielo y nieve*.

Gran parte del macizo se encuentra oculta tras un elevado contrafuerte, que culmina con el picacho Ortúzar y encierra en su vertiente suroccidental un glaciar cuya lengua baja hasta casi el plano del valle. De este glaciar nace un torrente que constituye un ramal importante del río del Salto. Hacia el norte la cadena Cochranne ostenta sus imponentes glaciares y sus majestuosas torres. El paisaje que tenemos delante de los ojos conserva en todo su esplendor la belleza de una naturaleza primitiva y salvaje, aún no hollada ni contaminada por la presencia del hombre. Sacamos algunas fotos y, siendo ya las 3 de la tarde, bajamos apresuradamente al

* El monte San Lorenzo fue revelado para la geografía y el andinismo por el padre De Agostini, sin embargo, debe haber sido avistado a la distancia por miembros de las comisiones de límites chilena y argentina. Debieron pasar años antes que volviera a concitar el interés de los escaladores, entre los cuales se destacan Gino Buscaini y su esposa la geóloga Silvia Metzeltin, quienes además de ascender la cumbre principal y otras vecinas, han hecho publicaciones de importancia sobre el área (N.E.).



El río del Salto y el valle homónimo.
Extremidad del glaciar San Lorenzo en el valle del río del Salto.

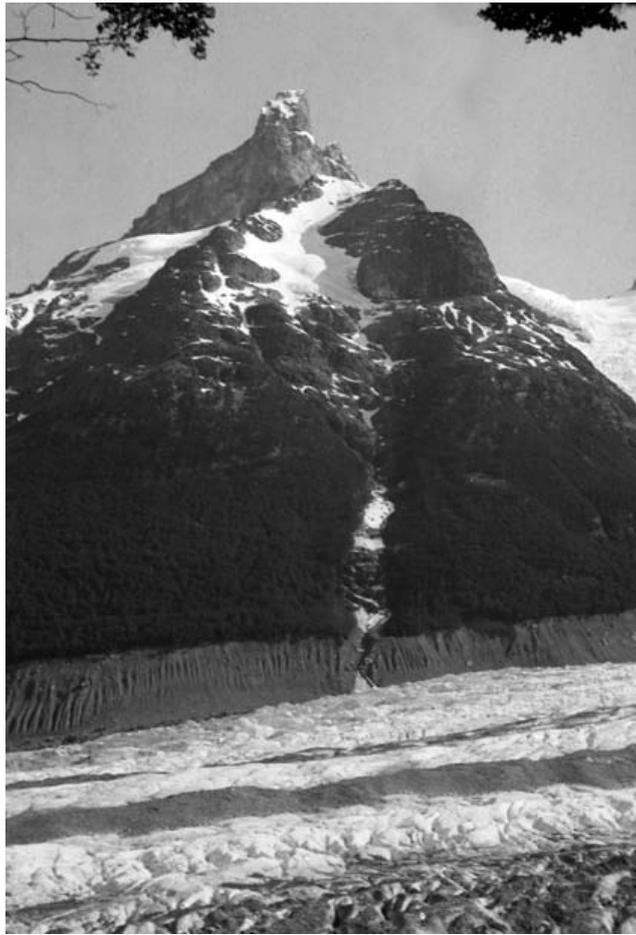
valle, cruzamos de nuevo el torrente, que encontramos muy crecido por el derretimiento de las nieves producido por el insólito calor, y a las 9 de la noche llegamos a nuestro campamento. El día había sido de una limpidez y hermosura extraordinarias, como pocas veces se ve en estas regiones. El termómetro había señalado una máxima de 26 grados a la sombra, y una mínima de 5, la noche anterior. Favorecidos por un tiempo tan excepcionalmente hermoso, habíamos logrado acabar, antes del tiempo calculado, el reconocimiento del San Lorenzo y de sus contrafuertes, septentrional y occidental. La estación veraniega estaba ya adelantada, y como teníamos intención de realizar todavía otro viaje al Baker, atravesando el valle del río del Salto, decidimos regresar cuanto antes a la estancia de Elorriaga.

Entretanto, y no habiendo llegado todavía nuestro arriero del Pueyrredón, para no perder un tiempo tan precioso me decidí a efectuar a pie el viaje de vuelta hasta lo de Elorriaga, acompañado por el joven López.

Salimos la mañana del 25 de febrero y en nueve horas realizamos el cruce de todo el valle del río del Salto, casi 20 km de largo, faldeando la montaña unos pocos centenares de metros sobre el río. La travesía resultó algo fatigosa por la configuración accidentada del terreno, formado por rocas aborregadas, que nos obligaban a continuas subidas y bajadas, y obstaculizada además por los pantanos y por la tupida y enmarañada vegetación.

Al día siguiente, el joven peón de Elorriaga, que nos había guiado a la ida, salía con tres caballos para el campamento, estando de vuelta a los dos días con todo nuestro equipo y con Zampieri, que había quedado de guardia en el lugar.

Dos días más permanecemos en la estancia del señor Elorriaga, a la espera de que el señor Flores, que vivía a poca distancia, en la orilla del río del Salto, llegara con sus caballos para conducirnos al valle del Baker.



Una de las torres de la cadena Cochrane vista desde el glaciar San Lorenzo.
Las dos torres de la cadena Cochrane observadas desde el valle del río del Salto.



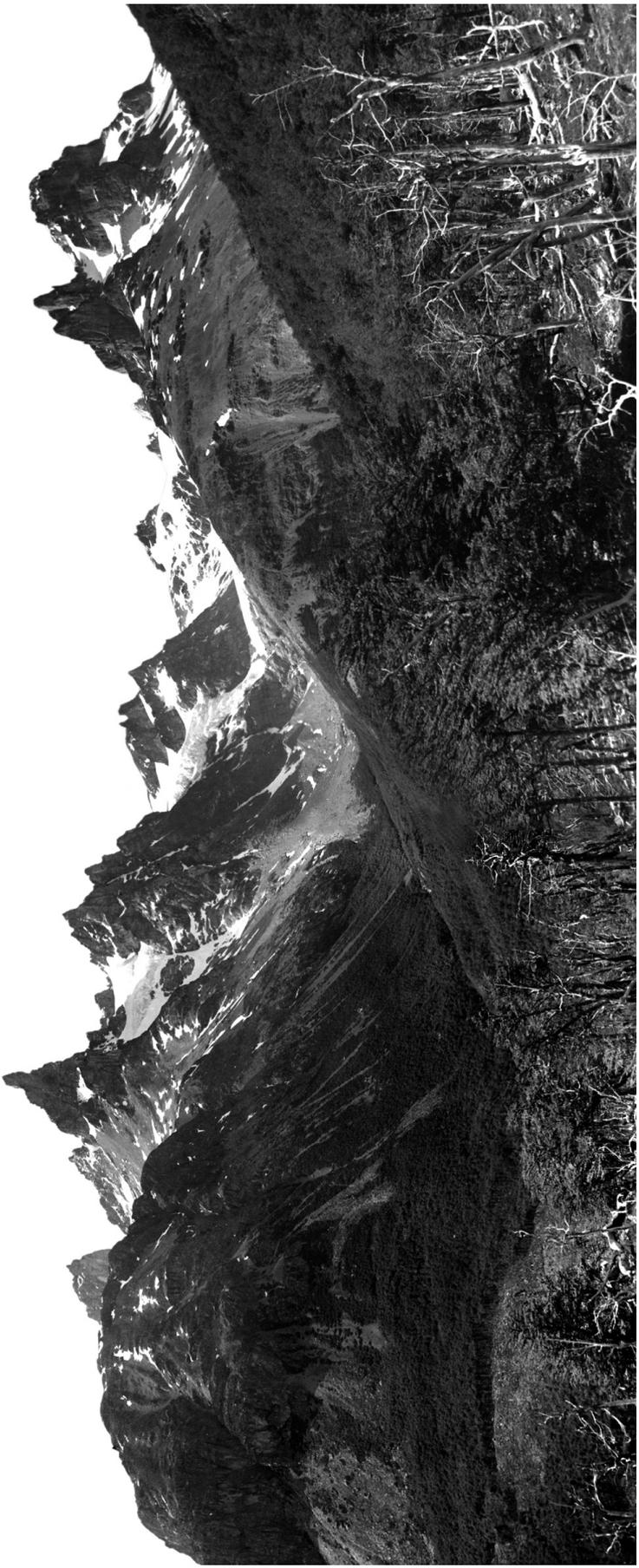
El alto valle del río del Salto, frente a nuestro campamento.

Cóndor cazado frente al San Lorenzo.

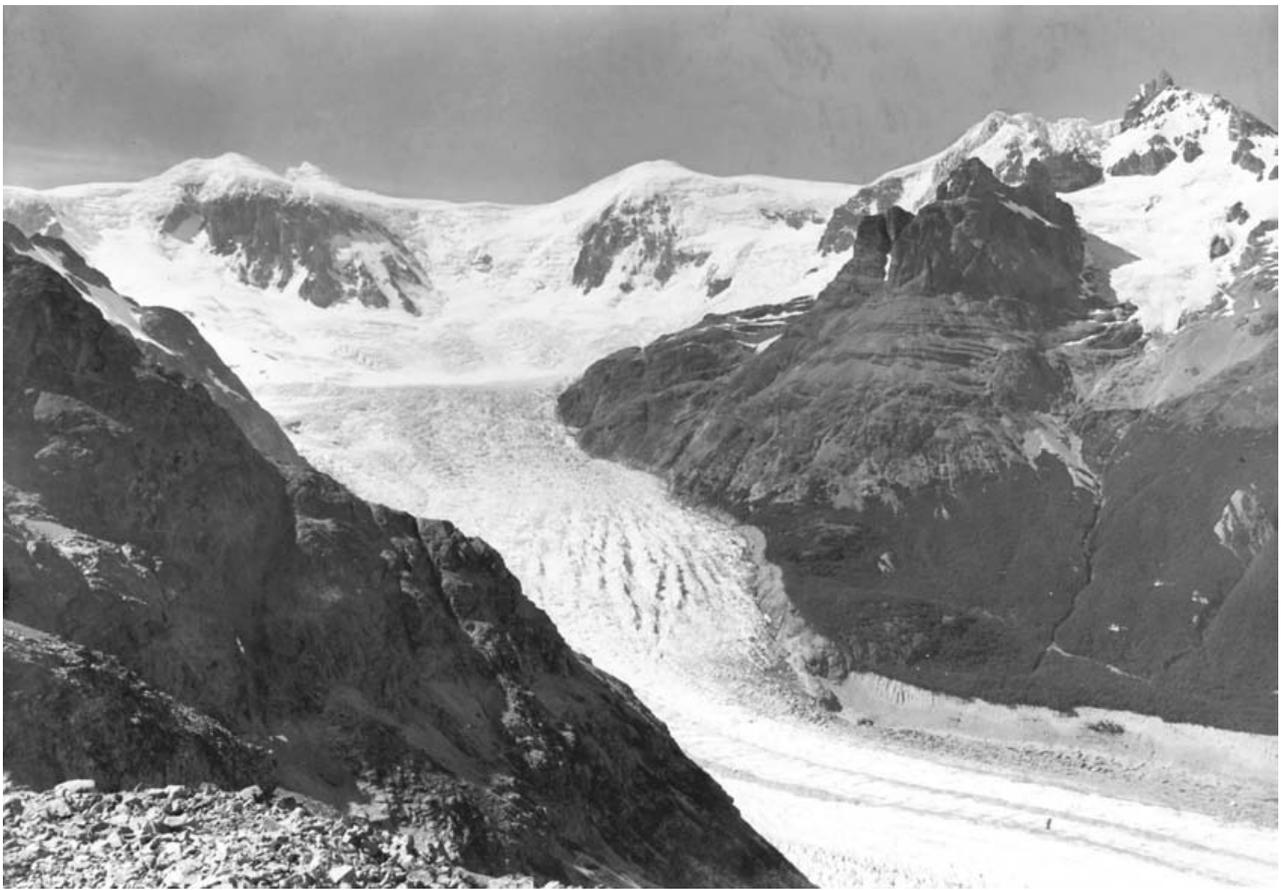


El macizo San Lorenzo con su glaciar y el cerro Ortúzar vistos desde el valle del río del Salto.

Frente al San Lorenzo.



Vertiente norte de la cadena Cochrane vista desde el valle del río Tranquilo.



Glaciar y monte San Lorenzo.

Vertiente occidental del San Lorenzo con el glaciar que baja al valle del río del Salto.



Vertiente sur de la cadena Cochrane con sus dos torres y el glaciario, observados desde el glaciario San Lorenzo.



Laguna Ortúzar y cadena Cochrane.
Cúspide del San Lorenzo y vertiente sudoeste del monte Ortúzar.



Valle del río del Salto y cadena Cochrane tomada desde el sudoeste.

Una pintoresca cascada próxima a nuestro campamento.

CAPÍTULO XVII

VIAJE A LA REGIÓN DEL BAKER

Exploraciones de Steffen y Michell. La Sociedad Explotadora del Baker. Su triste epílogo. Nuevas tentativas de colonización. Aislamiento y pobreza de los colonos. Mis viajes a través de los valles de los ríos del Salto y Cochrane. En el valle del Baker. Huésped del colono Cruces. Hacia el lago Bertrand. Travesía del lago Buenos Aires. Excursión al San Lorenzo. En el valle del río Colonia. Su desbordamiento. Actividad colonizadora del araucano Ayapán. Un singular ermitaño. Al lago Colonia. Regreso a través del valle Chacabuco

Uno de los valles más fértiles y extensos de la Patagonia austral, poco conocido aún, es el del Baker, surcado por el río homónimo de 165 km, emisario del lago Buenos Aires. Su vasta hoya hidrográfica se prolonga por el oriente hasta el lago Buenos Aires, y por occidente hasta el seno Baker, y corta la cordillera Patagónica en una extensión de 300 km*.

El conocimiento geográfico que poseemos de su interior es de fecha relativamente reciente. La expedición chilena que se realizó en los meses de enero y febrero de 1899 dirigida por el explorador doctor Juan Steffen y en la que participaban el ingeniero Ricardo Michell y el naturalista Santiago Hambleton, desveló el misterio en que se encontraba sumida todavía esta interesante región andina.

Desde puerto Bajo Pisagua, adonde los expedicionarios fueron conducidos por los escampavías *Pisagua* y *Toro*, efectuaron primeramente la exploración y el levantamiento del curso inferior del río Baker que fue navegado hasta el Salto, una cascada que se encuentra a 75 km de la desembocadura. Superado este obstáculo, prosiguieron viaje hacia el interior del valle realizando varias ascensiones a los cerros cercanos para completar el conocimiento oro-hidrográfico de la cuenca del Baker y de sus valles tributarios.

A la altura de la confluencia del río Baker con el Cochrane, los expedicionarios abandonaron el valle del río Baker y siguieron los trabajos de levantamiento de

* Como se ha explicado antes respecto de otros lagos binacionales, el antiguo Buenos Aires fue renombrado en su parte chilena como General Carrera, hacia 1960 (N.E.).

este último río y de la parte occidental del lago Cochrane-Pueyrredón. El trecho superior del valle del río Baker, hasta el lago Buenos Aires, fue reconocido en el verano siguiente (1900-1901) por el ingeniero Michell en compañía del capitán Arturo Barrios. En el verano (1901-1902), Michell volvió nuevamente al río Baker para terminar la apertura de una senda de 76 km que desde el gran salto conduce hasta el lago Cochrane.

Se construyeron entonces numerosos puentes y unas cuantas casitas de madera en puerto Bajo Pisagua y a lo largo del camino recorrido.

Las informaciones dejadas por el explorador Steffen sobre la posibilidad de colonización de la región del Baker fueron muy halagüeñas, pues había observado que el terreno parecía apto para el cultivo, que había abundante pasto en las faldas y en el llano y que en los trechos del bosque se encontraba madera buena.

Animado con tan lisonjeras referencias, el gobierno chileno, deseando favorecer su explotación, concedió permiso de ocupación de las tierras fiscales situadas en la región del Baker hacia los 47 grados de latitud. Poco después se constituyó la Sociedad Explotadora del Baker, cuyos estatutos fueron aprobados por superior decreto del 23 de agosto de 1904. La compañía adquirió un pequeño vapor, el *Baker*, y en el puerto Bajo Pisagua se inició una incipiente población de trabajadores dedicados a la explotación de cipreses. Se adquirieron también veinte mil ovinos en la estancia Cóndor de Río Gallegos y una buena cantidad de bovinos en las cercanías de Bahía Blanca, que fueron llevados al valle central del Baker. Pero la incipiente colonia que había tenido como principal propulsor y sostenedor a don Julio Vicuña Subercaseaux, iba a dejar de existir pronto*. El escorbuto producido como consecuencia de muchas penurias a que debieron someterse los trabajadores, aislados y con escasos víveres, cundió entre ellos, causando la muerte de 120 hombres.

Tan sensible revés sembró el desaliento en la compañía, la cual se retiró en el año 1908, abandonando sus instalaciones y llevando a Argentina el poco ganado que sobrevivía.

El fracaso de esta primera tentativa de colonización no había, con todo, cambiado la opinión que se tenía de las riquezas agrícolas y ganaderas de la región del Baker. En efecto, tres años después (16 de septiembre de 1914), habiéndose efectuado en Santiago de Chile el remate público de 700.000 hectáreas de tierras del Baker, fueron éstas arrendadas por la Sociedad Estancias Posadas, Hobbs y Cía., de Punta Arenas.

No faltaron tampoco a esta nueva sociedad obstáculos y contrariedades de todo orden en el desarrollo de sus actividades ganaderas, debido especialmente a la dificultad de dar salida a los productos lanares, pero logró finalmente superar

* De Agostini sobrestima el papel de Julio Vicuña Subercaseaux, quien en realidad no tuvo ninguna intervención en el intento colonizador, siendo únicamente el beneficiario de la concesión fiscal que, casi de inmediato, vendió a terceros, en el caso a la Sociedad Braun & Blanchard de Punta Arenas, importantísimo *holding* empresarial de la época con presencia y actividades a lo largo y ancho de la Patagonia (N.E.).



Vivienda del colono Alvarado en el valle del río del Salto.

La cadena Cochrane vista desde el valle del río del Salto.

los inconvenientes cuando, en 1922, el señor Lucas Bridges, copropietario de la misma, se hizo cargo directamente de la estancia. Hombre sagaz y emprendedor, curtido en todos los gajes del ambiente patagónico, alcanzó a vencer las múltiples dificultades que se oponían al progreso y explotación de la industria ganadera en aquella apartada región. Sus ensayos, que duraron tres años (1926-1929), para llevar los productos lanares al Pacífico, conduciéndolos en fardos de 50 kilos sobre el lomo de 180 mulas a través de los desfiladeros del Baker, representan innumerables sacrificios y penurias soportados en sus viajes aventureros, en uno de los cuales, concluidos los víveres, logró salvar su vida, después de 23 días de ayuno, alimentándose con los cueros vacunos que recubrían una de sus canoas.

El 20 de febrero de 1941, la Sociedad Estancia Posadas, Hobbs y Compañía, arrendataria de los valles Baker y Chacabuco en una extensión de 230.000 hectáreas, cedió sus derechos de arrendamiento a otra sociedad, la Valle Chacabuco, y devolvió al Fisco los terrenos situados en el valle central del Baker en una superficie de 86.000 hectáreas, quedándose únicamente con el valle Chacabuco de 144.000 hectáreas.

Las instalaciones de la estancia que funcionaba anteriormente en el valle central del Baker, habían sido trasladadas en el año 1932 por su administrador y propietario, el señor Lucas Bridges, a la entrada del valle Chacabuco, cerca de Cañadón Verde. Actualmente la exportación de la lana se hace en camiones que, saliendo de Cañadón Verde, pasan por territorio argentino (lago Buenos Aires) y llegan hasta Puerto Aysén*.

Estos últimos años, casi todo el valle central del Baker, así como sus valles secundarios, Nef, Cochrane, Salto, Ñadis y Colonia, abandonados por la compañía del Baker, han sido ocupados por colonos chilenos inmigrados desde las provincias del norte de Chile y particularmente de Chiloé y Llanquihue. Atraídos a esas apartadas regiones por la esperanza de conseguir fáciles medios de subsistencia, llevan esos pobladores, faltos de medios y recursos, salvo contadas excepciones, una vida miserable, en pequeñas chozas, sin preocuparse por mejorar las tierras que ocupan o por construir cercos y casas de habitación, a pesar de que en los bosques adyacentes disponen en abundancia de la madera necesaria.

Se dedican al cuidado y crianza del ganado lanar y especialmente del bovino; este último lo venden sobre el mismo terreno a compradores que, a través del territorio argentino, acuden de la región del Aysén. Como el terreno es muy fértil,

* La salida de la producción de la Sociedad Hobbs y Cía., se hizo originalmente –por exigencia del Gobierno de Chile en el decreto de concesión de arrendamiento fundiario–, por el fiordo Baker (puerto Bajo Pisagua), lo que dio origen a una laboriosa iniciativa del pionero Lucas Bridges, socio y administrador de la estancia. Al devolverse posteriormente parte de las tierras al Fisco y concentrarse en la explotación pastoril del valle Chacabuco, la Sociedad utilizó inicialmente el territorio argentino para la salida de su producción, pero después, como lo comprobaría el propio De Agostini, se construyó un camino precario hacia puerto Bertrand, donde se habilitó un sitio de embarque, que se unió a su vez por una línea lacustre servida por un vapor, el *Andes*, con Puerto Ibáñez, localidad ya unida por la vía terrestre con Puerto Aysén (N.E.).

cultivan, para el consumo propio, cereales, legumbres y hortalizas, especialmente papas y trigo, los que alcanzan plena maduración.

Pero el aislamiento en que se encuentran por falta de fáciles comunicaciones, agrava su situación especialmente por las dificultades para abastecerse de víveres y para dar salida a sus productos lanares por la costa chilena, lo que ocasiona gastos y absorbe toda la utilidad de sus trabajos y sacrificios.

Ese mismo problema aflige a los pobladores del lago San Martín y del río Bravo, pues ellos, también embolsados en la cordillera, carecen de medios para comunicarse por el lado del Pacífico.

Son de dominio público los planes del gobierno chileno, que, para solucionar adecuadamente esta importante cuestión, proyecta abrir caminos a lo largo de los ríos Pascua y Baker, a fin de que los pobladores tengan la facilidad indispensable para poblar estas fértiles regiones y explotar sus riquezas ganaderas y forestales.

Los obstáculos que opone la naturaleza del terreno a la construcción de un camino carretero que atraviese los desfiladeros del río Baker podrán ser solucionados satisfactoriamente buscando en los valles laterales, particularmente en el del río Bravo y su afluente, el Año Nuevo, una ruta de fácil acceso a la región interna del Baker. No tardarán entonces en surgir en el gran estuario del Baker florecientes poblaciones, que darán fácil salida a los productos de esta pintoresca y feraz región*.

Los hermosos paisajes, que aquí ofrece la cordillera con sus elevadas montañas e inmensos glaciares, harán abrir una nueva ruta al turismo y constituirán un poderoso aliciente para que los amantes de las bellezas de la alta montaña acudan a esta región donde encontrarán campo vastísimo de exploración y estudio.

Un viaje al valle del Baker ofrece aún hoy grandes dificultades. La entrada más practicada es aquella que se hace por el territorio argentino, atravesando, primero, las mesetas patagónicas y luego los valles cordilleranos Chacabuco y Cochrane. Como no existen caminos carreteros el viaje se debe realizar totalmente a caballo. Hay además otra vía de acceso por el lago Buenos Aires empleando los vapores que salen periódicamente de Chile Chico y recorren las poblaciones esparcidas en la costa, llegando hasta el lago Bertrand, en la extremidad boreal del valle del Baker.

La ruta del valle Cochrane fue elegida por nosotros en el verano de 1941, al regresar de la excursión al San Lorenzo, relatada en el capítulo precedente. El colono Flores, que vive con su familia a orillas del río del Salto, contratado expresamente, nos proporcionó los caballos de montar y de carga y él mismo nos sirvió de guía.

Llevábamos tres cargueros con los equipos necesarios y víveres para un mes, pues sabíamos muy bien que, fuera de la carne, difícilmente podríamos haber conseguido otra clase de alimento.

* Sin proponérselo, el padre De Agostini profetizó la sección correspondiente de la Carretera Austral (por el valle del Baker) y el surgimiento de poblados como caleta Tortel, inmediata al estuario del gran río Baker (N.E.).



Cruzando el valle del río del Salto.

Cordón Cochrane y río del Salto.

El 1 de marzo salimos de la estancia del señor Elorriaga rumbo a la localidad de Cochrane, distante unos 30 kilómetros y situada en las cercanías del río homónimo, emisario del lago Pueyrredón-Cochrane. Seguimos unos siete kilómetros el curso del río Tranquilo y después de cruzarlo, en las proximidades de su confluencia con el río del Salto, doblamos hacia el norte penetrando en el valle de este último río. El sendero tropero* se insinúa por el valle, el cual está cortado por terrazas fluvio-glaciales y por rocas aborregadas, residuos de los antiguos glaciares que bajaban de la cadena Cochrane y del cordón Esmeralda.

A medida que nos internamos en el valle, cautiva nuestra atención la cadena Cochrane, que domina majestuosamente hacia el sur el horizonte, pudiendo distinguir con más claridad la estructura de sus imponentes picachos.

El río del Salto serpentea a nuestro lado por orillas bajas y muestra sus caudalosas aguas que considerablemente acrecentadas por el derretimiento de las nieves ya impetuosas, ya tranquilas, se deslizan por el llano entre manchas de bosques y pequeños claros cubiertos de abundante pasto, donde observamos bandadas de avutardas y patos silvestres.

A los pocos kilómetros de haber abandonado el valle del río del Salto llegamos a la laguna Esmeralda, así denominada por el explorador Steffen en razón del hermoso color de sus aguas y dominada hacia el norte por el monte Ataúd, de 895 metros.

Continuando nuestra ruta hacia el noreste cruzamos el cordón Escalonado, que presenta una sucesión de arcos morrénicos abandonados por los antiguos glaciares, y luego bajamos gradualmente hacia la depresión del río Cochrane siguiendo el curso de algunos cañadones cortados en el cordón por efecto de la erosión torrencial. Acercándonos al río Cochrane, observamos admirados sus aguas extraordinariamente cristalinas, de un maravilloso color verde azul, salpicadas a ratos por blanca espuma, que se dilatan como una hermosa cinta, ya entre la espesura del bosque, ya en la profundidad de barrancos rocosos. Es ancho y profundo, y su corriente impetuosa; pero guiados por Flores, que conoce muy bien el vado, conseguimos cruzarlo felizmente. A dos kilómetros del río y sobre un llano surcado por un arroyo, alcanzamos la localidad de Cochrane: una casita que sirve de escuela-internado para los hijos de los pobladores, una pequeña casa de negocio y la vivienda del colono Quintana, que es también Juez de Paz. Este ensayo de población parece que no ha tenido éxito por tratarse de un lugar demasiado elevado y apartado del núcleo de pobladores, el cual está radicado más bien en el valle central del Baker, lugar donde precisamente se piensa trasladar la aldea**.

Permanecemos en Cochrane cinco días para proporcionar a los colonos de los alrededores la comodidad de traernos a sus hijos para administrarles el bautismo,

* Sendero tropero: sendero usado por las tropas o piños de ganado arriado (N.E.).

** En este caso, De Agostini no acertó en su apreciación acerca del destino del poblado de Cochrane, pues éste se afirmó y prosperó situándose al fin como la cabecera de la actual provincia de Capitán Prat, de la región de Aysén, con una actividad dinámica que al presente bordea las tres mil almas (N.E.).

ya que esa era la primera vez que un misionero penetraba en aquellos apartados valles cordilleranos.

Concluida nuestra misión, salimos para el valle del Baker con el fin de llegar hasta la casa del colono Cruces, a unos diez kilómetros de Cochrane.

El camino, cortado en los faldeos abruptos de la montaña, sube y baja por empinadas cuestas, siguiendo la depresión del Cochrane, el cual forma, casi al término de su curso, una bellísima e imponente cascada.

Desde el desfiladero del río Cochrane bajamos al gran valle del Baker y nos dirigimos a la casa de Cruces, que vive en la orilla derecha del río. Al llegar a la altura conveniente, desensillamos los caballos y a gritos llamamos a Cruces que estaba en la ribera opuesta, cerca de su habitación, pidiéndole que viniera a buscarnos con su bote.

Entretanto, echamos los caballos al río para que lo cruzaran y, poco después, logramos también nosotros alcanzar la otra orilla, llevando en el bote todo el equipaje.

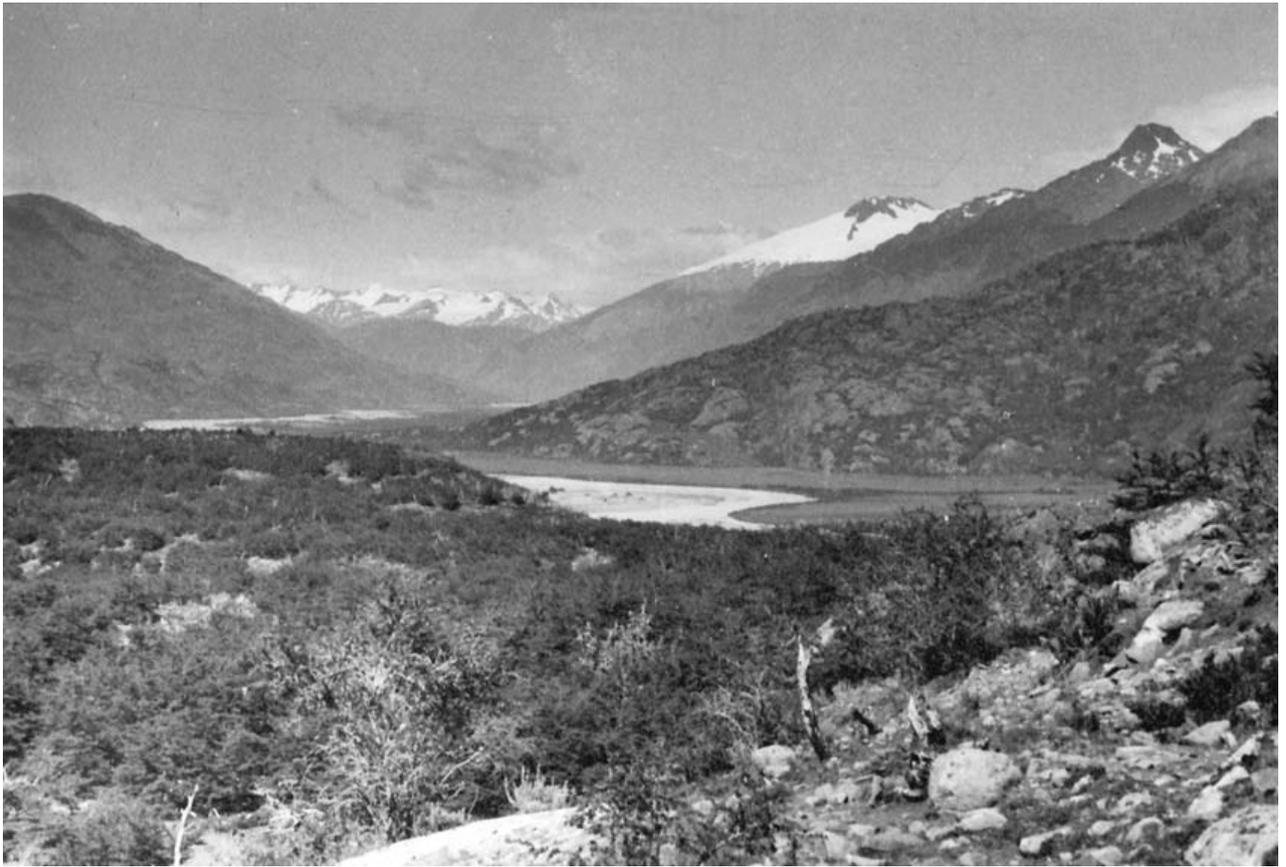
El río Baker tiene en este punto unos 400 m de ancho y sus aguas son tan torrentosas que obligan al remero a conducir el bote unos centenares de metros más arriba antes de emprender el cruce con el objeto de llegar en diagonal al punto de desembarco.

Allí nos sorprende gratamente la existencia de muchos árboles frutales y cultivos de hortalizas, legumbres, así como también de trigo y maíz. Manzanas, peras y ciruelas en abundancia satisfacen a saciedad nuestro deseo de saborear fruta fresca, tan escasa en estas regiones.

Una casita construida con tablas de madera, con varias piezas para dormir, un rancho toscamente labrado que sirve de cocina y un galpón para depósito de los productos agrícolas y ganaderos, constituyen la población de este colono. En un campo cercano, donde acaban de cosechar el trigo, encontramos un lugar adecuado para armar nuestras carpas.

Segundo Cruces es un antiguo poblador del Baker, ya que hace más de 30 años que llegó desde el norte de Chile. Fue en un principio apreciado arriero de la compañía arrendataria del Baker y ocupó luego el terreno donde habita actualmente, construyendo su casita y efectuando las plantaciones de árboles frutales y los cultivos que ahora admiramos. Unos pocos centenares de ovejas y unas cuantas vacas pacen en una superficie de 900 hectáreas que le concedió el Estado, proporcionándole apenas suficiente sustento para su familia. Considerando que parte de este terreno es montañoso y está cubierto de bosques parcialmente aprovechables durante el verano, y que la superficie cultivable se reduce a una angosta faja de terreno a lo largo del río, resulta que la utilidad que del mismo se puede lograr es insuficiente para cimentar y favorecer el progreso de la industria pastoril. En esta región cordillerana se necesita por lo menos tres veces más de la superficie corriente para que una familia laboriosa pueda conseguir una remuneración adecuada e introducir las indispensables mejoras.

Después de entablar conversación con el señor Cruces, éste se queja de que un vecino intruso se ha adueñado de una parcela de terreno que antes le pertenecía a él y le está robando y matando las ovejas. No encuentra forma de librarse de seme-



Valle del río del Salto.

El lago Esmeralda.

jante parásito haragán, ya que para conseguirlo tendría que ir hasta Puerto Aysén, donde reside la autoridad competente⁶.

Un viaje de cerca de 200 leguas*, entre ida y vuelta, a lomo de caballo, que insumiría un mes y los consiguientes gastos, y con la incerteza de poder conseguir su objeto, lo tenían perplejo y dilataban la realización del penoso viaje.

La escasez de los recursos en que se debaten casi todos esos colonos los obliga a vivir en una extremada pobreza. La carne y la yerba constituyen casi exclusivamente su alimento. Para proveerse de los “vicios”, como llaman al café, azúcar, fideos, tabaco, etc., y de la indispensable ropa y utensilios de casa, deben recorrer a caballo más de 100 km por ásperos senderos hasta las bien abastecidas casas de negocio del lago Pueyrredón, en territorio argentino.

Casi una semana quedamos de huéspedes en casa de la buena familia Cruces, esperando que los colonos, que previamente habían sido avisados, viniesen allí para recibir los Santos Sacramentos; algunos de los más próximos no correspondieron a nuestra invitación, mientras otros lo hicieron con sus chicuelos desde el río Colonia, a más de seis leguas de distancia. La pobreza espiritual y moral de muchos de estos colonos es harto semejante a su indigencia material.

Cumplida aquí también esta misión sacerdotal proseguimos viaje hacia el lago Buenos Aires acompañados por dos hijos del señor Cruces, quien nos proporcionó también los caballos necesarios. Cruzamos otra vez el río y, después de subir una empinada cuesta que se levanta a la margen derecha del río Cochrane, doblamos hacia el norte faldeando la vertiente occidental del monte Tamango.

A nuestro lado, por la profundidad del valle, corre majestuosamente el río Baker, que despliega en amplias espirales sus aguas tranquilas y cristalinas como una hermosa cinta de bellísimo color verdeazulado.

A tres leguas de la vivienda de Cruces, cruzamos el río Chacabuco y, doblando hacia occidente, seguimos un camino carretero que nos lleva hasta el Aserradero, sección de la Sociedad Valle Chacabuco, situada en un fértil valle a orillas del río Baker.

A la mañana siguiente reanudamos el viaje subiendo un cómodo camino cortado en las faldas meridionales del monte Pato Raro, entre manchas de bosques y prados cubiertos de abundante pasto, donde predomina la arvejilla.

Después de 5 km de recorrido podemos contemplar, hacia occidente, desde aquellas alturas, surcado por el río homónimo, el gran valle del río Nef, cuyas aguas turbias e impetuosas se vuelcan, frente a nosotros, en las del Baker.

El cielo turbio y amenazador nos impide observar la gran cordillera que, con sus enormes campos de nieve y hielo, se levanta a occidente dominada por el gran macizo Arenales, de 3.440 m.

El trecho de casi dos leguas que separa el valle del río Nef del lago Bertrand lo efectuamos al trote y sin detenernos, a pesar de que una fuerte lluvia nos agota, llegando, a primeras horas de la tarde, a las riberas del lago.

⁶ En el verano de 1945, el señor Cruces fue precisamente asesinado en una riña con uno de esos aventureros.

* Una legua equivale aproximadamente a entre 4,5 y 5 km (N.E.).

Un pequeño negocio, algunas pocas habitaciones y unos depósitos de productos lanares de la Sociedad Anónima Valle Chacabuco, se levantan allí al abrigo de una bahía, donde suelen fondear los vapores que llegan de Chile Chico, cruzando todo el lago Buenos Aires. En la misma tarde de nuestro arribo llegó el vapor *Los Andes*, de la Compañía Valle Chacabuco, que hace este viaje por lo general cada quince días en los meses de verano o cuando urge el transporte de los productos lanares. Muy propicia fue la llegada del mismo, pues pudimos salir sin demora para Chile Chico, puerto chileno de la costa sur del lago, cerca de los límites con Argentina. A la mañana siguiente, el *Los Andes*, completada su carga de fardos de lana y embarcando unos pocos pasajeros, dejaba el puerto para iniciar su ruta a través del lago.

El lago Buenos Aires es el más extenso de la Patagonia, alcanzando una superficie de 2.000 km². En la costa boreal posee dos profundas ensenadas en las cuales desembocan los ríos Murta e Ibáñez, y en cuyos valles y orillas se ha radicado un núcleo importante de población*.

Este sector, que se extiende al noreste de la cordillera, entre el lago Buenos Aires y el estero Aysén, posee fertilísimos valles, que empiezan ahora a abrirse a la actividad del hombre, empeñado en una lucha desigual contra la naturaleza virgen en demanda de sus riquezas agrícolas y ganaderas. Inmensos bosques de extraordinaria exuberancia, ríos caudalosos, glaciares, lagos y cascadas sin número, picachos y macizos imponentes, forman un conjunto espectacular de bellezas naturales que no tardarán en constituir una meta predilecta para los turistas.

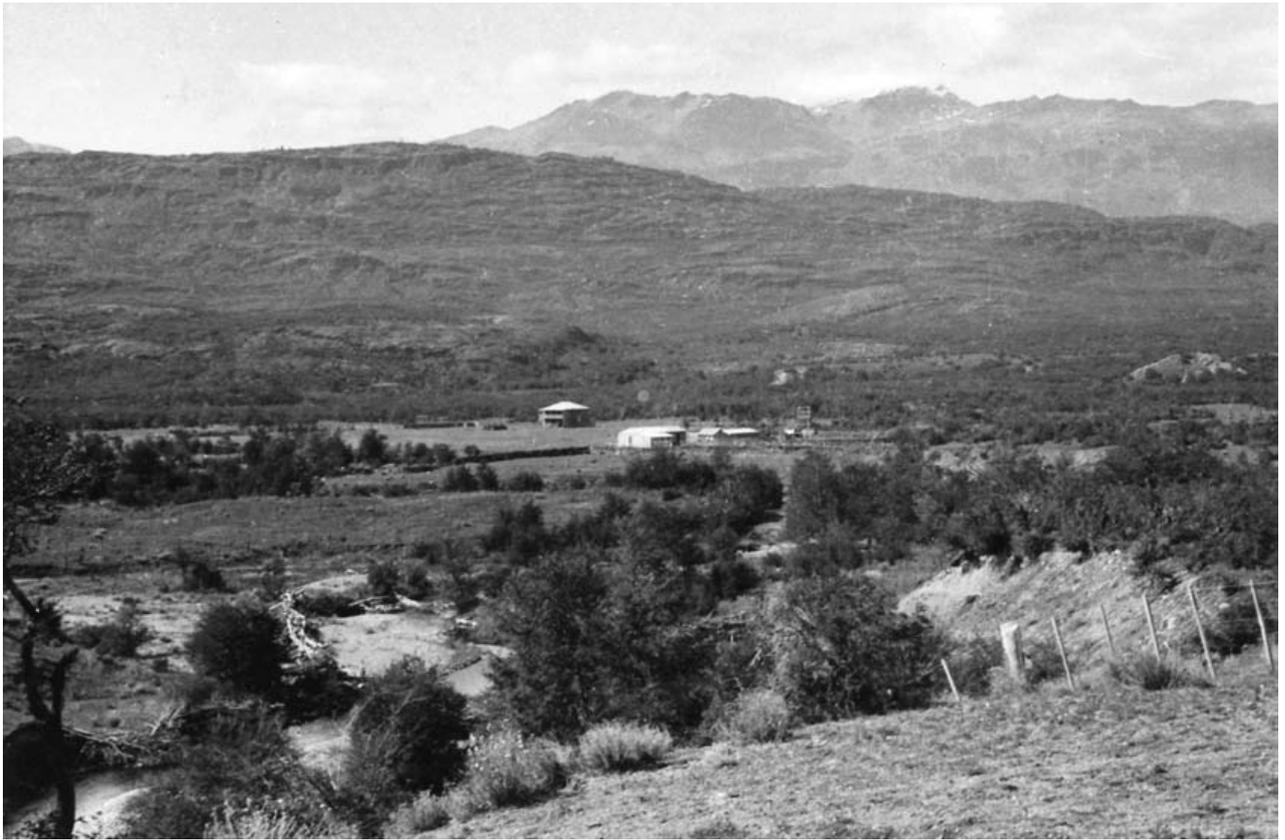
Día y medio empleamos para cruzar el lago hasta Chile Chico, incipiente y prometedora población chilena de unos dos mil habitantes que actualmente constituye el principal centro de comercio de la costa sur del lago.

Después de dos días de espera salimos en auto para Nacimiento, ya en territorio argentino, y de aquí seguimos viaje hasta Las Heras, donde el ferrocarril nos condujo a Deseado en la costa del Atlántico.

* * *

En el verano siguiente, hacia fines de febrero de 1942, volví al valle del Baker. Nuestra nueva meta fue el valle del río Colonia, del que tanto habíamos oído hablar, por sus extraordinarios desbordamientos de cada verano, y por el interés que ofrecía el conocimiento de este sector cordillerano.

* Es ésta otra observación acertada del explorador, pues en las seis décadas y algo más corridas desde su paso por esos lugares, toda la cuenca del lago General Carrera ha registrado un intenso poblamiento, tanto que partiendo desde el oriente, donde radica la ciudad de Chile Chico, centro principal de la gran comarca lacustre, se encuentran los poblados de Mallín Grande, Puerto Guadal, Puerto Bertrand, Puerto Tranquilo, Bahía Murta, Puerto Cristal y Puerto Ibáñez, en el nororiente del lago, amén de otras localidades menores. Ha favorecido su desarrollo la cualidad ambiental por tener el área un microclima reconocido por su bondad, lo que favorece los cultivos agrícolas, las crianzas, el turismo y otras actividades económicas (N.E.).



La población de Cochrane.

Cascada del río Cochrane.

Seguimos a la ida el mismo camino del año anterior, saliendo del lago Puey-
redón y recorriendo los valles de los ríos Platten y Tranquilo. Me acompañaban
en este viaje los señores Zampieri y Galuge.

Deseando reconocer más de cerca aún la vertiente occidental del monte San
Lorenzo e intentar una subida parcial, el 30 de enero, desde la estancia de Elorri-
ga, realicé otro viaje hasta el término del valle del río del Salto, estableciendo un
campamento base en el mismo sitio del año interior. Desde hacía pocos meses,
la parte superior de este valle había sido ocupada por los hermanos Alvarado,
chilenos, los cuales habían construido un rancho y cercado un pequeño campo,
poblándolo de algunos pocos animales vacunos y lanares. Durante los 20 días que
permanecemos en el valle nos ayudaron con sus caballos a transportar los equipaje
y participaron también de nuestras excursiones a las cercanías del San Lorenzo.
Desdichadamente tuvimos tiempo malo. Durante dos semanas llovió sin cesar,
pero luego llegaron algunos días de calma y cielo sereno, que nos permitieron
alcanzar la parte central del helero que cubre la ladera occidental del San Lorenzo,
a 1.240 m de altura. La forma muy resquebrajada del glaciar y las dificultades para
conducir el equipaje y los víveres por entre los barrancos y desfiladeros anularon
nuestros proyectos de ascensión al monte.

El 19 de febrero volvimos a la estancia de Elorriaga y, dos días después, em-
prendimos viaje hacia el valle del Baker con cuatro cargueros, acompañados, como
en el verano anterior, por el colono Flores. En dos días atravesamos los valles del
Salto y el del Cochrane, llegando nuevamente el 23 de febrero a la casa del señor
Cruces. El 26 reanudamos nuestro viaje en dirección a la estancia del señor Aya-
pán, distante unos 30 km en el valle del río Colonia.

Seguimos la margen derecha del río Baker, entre lomas y llanos, donde al-
ternan manchas de bosques y praderas cubiertas de abundante pasto. De vez en
cuando se asoma, entre los claros de los árboles, alguna casita de madera rodeada
de cercos y de siembras, que señala la presencia de algún poblador.

El Baker, que corre a nuestro lado, despliega majestuosamente sus anchos bra-
zos, hinchados de aguas profundas y tranquilas, que en algunas partes adquieren el
aspecto de verdaderos lagos.

Desde el río Ñadis, afluente del Baker, hasta casi llegar al lago Bertrand, el río
Baker puede ser navegado hasta por barcos de mayor calado.

Hacia el poniente descuellan en lontananza unos cerros nevados, de atrevidas
formas, verdaderos centinelas avanzados de la gran cordillera occidental, envuelta
todavía en el misterio.

A poco más diez kilómetros de la estancia de Cruces, el camino tuerce a oc-
cidente y sigue la orilla misma del río, atravesando a veces entre tupidos bosques
de lenga (*Nothofagus pumilio*) y gigantescos coihues (*Nothofagus dombeyi*) que crecen
lozanos sobre el terreno de aluvión. Parte de la floresta ha sido destruida por incen-
dios, lo que ha permitido al colono sacar mayor provecho del terreno, obteniendo
más pasto para el ganado.

Rastros recientes de inundación del río Colonia son los montones de troncos
que encontramos apiñados entre los árboles de la floresta y cubiertos todavía de

barro y terreno pantanoso y lleno de charcos de agua. El desbordamiento del río Colonia, que todos los veranos se repite infaliblemente desde los primeros días de enero hasta febrero, tiene en constante inquietud a los pobladores de la zona, quienes explican este fenómeno con las más extrañas hipótesis.

La crecida se efectúa en 24 horas, sin que la precedan signos excepcionales ni particulares indicios, alcanzando un volumen impresionante. Una enorme masa de agua turbia y barrosa se vuelca repentinamente de la montaña y se precipita en el valle, arrastrando consigo grandes troncos de árboles arrancados de la floresta, y cubriendo totalmente el lecho del río en un ancho de 600 m. La corriente es tan impetuosa que rechaza a la del Baker y la hace retroceder por unos 15 km, elevando el nivel normal de sus aguas unos 4 m, como lo atestiguan los gajos y residuos vegetales que quedan a esa altura entre las ramas de los árboles, después de la inundación.

Cuando los colonos desconocían aún el terrible poder de la creciente y, por lo tanto, descuidaban retirar el ganado a tiempo de la zona afectada, muchos fueron los animales vacunos y caballares que perecieron ahogados.

Algunos esqueletos de estos animales colgaban de los árboles todavía varios meses después como macabro trofeo de la terrible inundación.

Mientras caminamos nos asaltan nubes de mosquitos que dejan nuestras caras y manos plagadas de ronchas. Es imposible librarse de ese ejército de diminutos dípteros, los que encuentran en los numerosos charcos de agua estancada el medio apropiado para multiplicarse rápidamente.

Después de haber recorrido otros 15 km, dejamos la cuenca del Baker y penetramos en el fértil valle del río Colonia, que se extiende de este a oeste, terminando al pie de la gran cordillera nevada.

Este valle presenta un amplio declive de lomas aborregadas moldeadas por los antiguos glaciares, donde se encuentran esparcidos grandes bloques erráticos de granito que, vistos a la distancia, parecen habitaciones.

Los bosques que cubrían con un manto ininterrumpido todo el valle fueron completamente destruidos por los incendios, no quedando de los mismos sino algunos troncos carbonizados. Como el mantillo que cubría el terreno era abundante, el pasto crece vigoroso y proporciona alimento numeroso al ganado lanar y vacuno.

En la tarde del 26 llegamos a la casa del colono Ayapán, situada en una fértil pradera al pie de la cordillera. El lugar es muy pintoresco, y pareciéndonos indicado para excursionar los alrededores, decidimos plantar allí, por algún tiempo, nuestras carpas. Conocíamos al señor Ayapán y a su familia desde el verano anterior, por haber sido uno de los pocos colonos que había acudido en esa ocasión al llamado del misionero para cristianizar a sus hijos. Llegado al valle del Baker, desde la Araucanía, su tierra natal, trabajó varios años como arriero y amansador de potros, adquiriendo el terreno que ahora ocupa, donde se reveló como un colono activo y emprendedor. En efecto, en poco tiempo, con su trabajo tesorero e inteligente, ha sabido transformar estas tierras agrestes en hermosos campos sembrados de trigo, legumbres y hortalizas.



Desfiladero del río Cochrane.

El río Cochrane antes de desembocar en el valle del Baker.

Todos sus cuidados están concentrados en un millar de ovejas y algunos vacunos que posee en sociedad con su cuñado Arati, quedando subordinado el sustento de su familia a la venta de los productos lanares. Cuando se considera que la lana de sus ovejas tiene que ser llevada para su venta a lomo de mula hasta el lago Cochran, a unos 50 km de distancia, cruzando caudalosos ríos, tupidos bosques y escarpadas montañas, se aprecia lo bien merecidas que son las ganancias de estos esforzados luchadores de las soledades andinas.

En el verano, unas cuantas vacas le proporcionan abundante leche y queso, que constituyen para nosotros una agradable alimentación durante la permanencia en su estancia.

Deseábamos escalar la cumbre de un monte cercano de unos dos mil metros de altura, pero el mal tiempo, constantemente nublado, no nos lo permitió. Sin embargo, pudimos realizar algunas ascensiones por los alrededores, consiguiendo conocer la configuración del valle y parte de la gran cordillera nevada, cuya extraordinaria imponencia nos sorprendió y entusiasmó. Atrevidas agujas, majestuosos pináculos y blancos macizos cupuliformes emergen de la vasta coraza de hielo que cubre este precioso sector de la cordillera Patagónica, ofreciendo panoramas de extraordinaria grandiosidad e incomparable belleza.

Nos faltaba aún una excursión al nacimiento del río Colonia para develar el misterio de sus desbordamientos y la efectuamos el 1 de marzo. Un poblador del valle, un tal Salvador Vilches Espínola, que vive como un solitario desde muchos años en el último rincón del valle Colonia, y que se hallaba de paso en la estancia de Ayapán, nos sirvió de guía.

Salimos a las siete de la mañana montando buenos caballos y en dos horas recorrimos los 12 km que van de la habitación de Ayapán a la de Vilches. Es la de éste un rancho miserable construido con troncos labrados toscamente y peor unidos, donde su dueño lleva una vida aislada y precaria desde hace diez años, cuidando una manada de vacunos.

Dejamos los caballos atados cerca del rancho y a paso rápido iniciamos nuestra marcha a lo largo del valle surcado por el río Colonia con el fin de alcanzar su término, al pie de una quebrada que divisamos cortada en la vertiente occidental de la cordillera. Según las referencias de Vilches, que ha recorrido esos parajes en busca de sus vacunos, hay allí un lago de donde sale el río Colonia. No es posible avanzar por el bosque, formado por altos y corpulentos coihues, pues los arbustos y especialmente los cañaverales de colihue (*Chusquea cunnigii*) son tan tupidos que no permiten atravesarlos si no es a golpes de machete. Debemos pues seguir las inflexiones del río, caminando al pie de altos barrancos, entre guijarros casi todos de granito y diorita, desprendidos de estas terrazas fluvio-glaciales por efecto de la potente erosión de las aguas durante las inundaciones.

Corpulentos troncos de coihue destrozados, pero aún con sus raíces, yacen esparcidos a la orilla del río como elocuente testimonio de la potencia extraordinaria de las aguas, que, llenando a gran altura la cuenca de orilla a orilla, alcanzaron a desarraigar de la floresta aquellos árboles gigantes.

Después de 4 horas de arduo camino, doblando la estribación de una elevada montaña de occidente, aparece a nuestra vista un hermoso lago encajonado entre

elevadas montañas, cubiertas de tupida vegetación, y del cual sale el río Colonia.

En la extremidad occidental del lago, cuyo largo calculamos en siete u ocho kilómetros, baja de la cordillera un gran glaciar que llena toda la cuenca final del valle. La costa oriental del lago, desde donde sale el Colonia, es desplayada y baja, y no hay ningún vestigio que pueda revelar desbordamiento alguno de las aguas debido a un repentino desmoronamiento producido en la margen del lago.

Con todo, hay rastros positivos de un notable levantamiento del nivel del lago, señalado por un tronco gigantesco de coihue elevado unos metros sobre el nivel normal de las aguas y por otros árboles más pequeños arrastrados hacia el interior hasta unos 10 m de altura sobre la superficie ordinaria, a causa, según parece, de un rápido crecimiento del lago.

No alcanzamos a ver el interior de la cordillera, pero, por la configuración del valle y del glaciar, me parece tener ya suficientes motivos para suponer que las causas de los desbordamientos de las aguas, que originan las inundaciones, deben buscarse en otro lago marginal, directamente ligado al glaciar. Se produciría el mismo fenómeno que observamos en otros lagos andinos obstruidos por glaciares, de lo cual es típico ejemplo lo que acaece con el glaciar Moreno, del lago Argentino.

Durante la primavera, el lago marginal, obstruido por el glaciar, empieza a subir de nivel a causa del deshielo y de los torrentes glaciares que allí se descargan, logrando su mayor altura en los meses de enero y febrero, cuando llegan los intensos calores estivales.

En dicho período, por la presión que ejerce sobre el hielo la masa de agua encerrada en el lago y, al mismo tiempo, por la infiltración de diversas corrientes por entre las grietas del glaciar, que constantemente se ensanchan, se produce en el glaciar un gran corte en el que se efectúa rápidamente el vaciamiento del lago superior, descargando sus aguas en el de más abajo, el que a su vez vuelca sus aguas en el valle del río Colonia*.

Según me han asegurado los pobladores de este valle, la inundación vuelve a repetirse algunos años a fines de abril o principios de mayo, pero en forma más reducida. También en el valle del río Nef, más al norte, se produce este fenómeno de desbordamiento, aunque en menor proporción.

Por la tarde volvimos por el mismo camino al rancho de Vilches, donde nos alojamos. Escaso fue el descanso de aquella noche en el angosto refugio que sirve de cocina, dormitorio y depósito en general, pues, habiéndose descompuesto el tiempo, una lluvia persistente que penetraba a través de las rendijas del techo, caía, con el correspondiente disgusto, sobre nuestras camas. Imposible nos resultaba entender cómo aquel singular ermitaño, con tanta madera de la floresta a su alcance y con tanto tiempo disponible, no hubiese construido una habitación más confortable en ese clima tan tempestuoso y frío, pero, al parecer, el buen hombre estaba

* Este fenómeno es definido en glaciología con la palabra islandesa *jökullhlaup*, esto es, algo así como “desagüe repentino”, y es de ocasional ocurrencia en los sectores englaciados de la Patagonia, el último de los cuales sucedió en la zona del glaciar Bernardo durante el invierno de 2007 (N.E.).



Nuestros cargueros descansando en el valle del Baker.

Viviendas a la orilla del río Baker.

sumamente satisfecho y contento, sin demostrar deseo de conseguir ninguna cosa fuera de las que poseía.

Aquel sitio habría sido un magnífico campamento base para emprender ascensiones a las montañas del interior, resolviendo *de visu* la incógnita del lago, pero la estación estaba ya adelantada, habían caído las primeras nieves en la región más elevada y, sobre todo, escaseaban los víveres que habíamos traído, todo lo cual nos obligó a renunciar a tan lisonjero proyecto.

Apenas amaneció ensillamos los caballos y, bajo la lluvia, regresamos a la estancia de Ayapán con intención de alistar todos nuestros equipajes para emprender el viaje de vuelta hasta Cañadón Verde.

El 13 de marzo, acompañados por el mismo Ayapán, regresamos a casa de Cruces y al día siguiente reanudamos viaje hacia el valle Chacabuco. Un hijo de Cruces y un buen poblador del valle Colonia, un tal Antolín Romero, que iba a Cañadón Verde a proveerse de sal en una laguna donde este mineral abunda, nos proporcionaron los caballos para el viaje, sirviéndonos al mismo tiempo de guías y arrieros. Tres días empleamos en cruzar con nuestros tres cargueros los valles Baker y Chacabuco y en llegar a Cañadón Verde, ya en territorio argentino, al margen de las mesetas patagónicas.

El valle Chacabuco, surcado por el río homónimo, corre de oeste a este paralelamente a la depresión del lago Cochrane-Pueyrredón, de la cual está separado por el cordón Chacabuco y los montes Tamanguito y Tamango, de 1.840 m. En toda su extensión, de casi 80 km, mantiene la estructura regular de una planicie aluvional con vertientes laterales cubiertas de abundante pasto y sin bosques. La fertilidad del suelo, favorecida por las periódicas lluvias, hacen de este valle uno de los más aptos para el cultivo y la ganadería. Pertenece a la Sociedad Valle Chacabuco, que tiene su administración y sus principales edificios en la extremidad oriental del valle, cerca de los límites con la Argentina.

Un camino de carretas, que podría ser fácilmente transformado en camino para autos, con puentes sobre el río Chacabuco, cruza todo el valle y llega hasta el lago Bertrand.

En Cañadón Verde terminaba nuestro viaje cordillerano y, pocos días después, continuábamos en auto hasta Bajo Caracoles y de allí a San Julián en la costa del Atlántico.



Grupo de colonos en la vivienda de Cruces.

El río Baker.



Panorama del macizo San Lorenzo, del cerro Ortúzar y de la cuenca terminal del valle del Salto.



El río Colonia en las proximidades de su confluencia con el río Baker.

Trigales de la chacra del colono Ayapán en el valle Colonia, cultivados en un sitio donde hasta hace pocos años se levantaban espesos bosques, cuyos vestigios se observan aún en algunos troncos quemados.



El colono Ayapán y su familia.
Vacas lecheras del colono Ayapán.



Tronco de coihue arrastrado por las aguas del río Colonia durante la inundación.

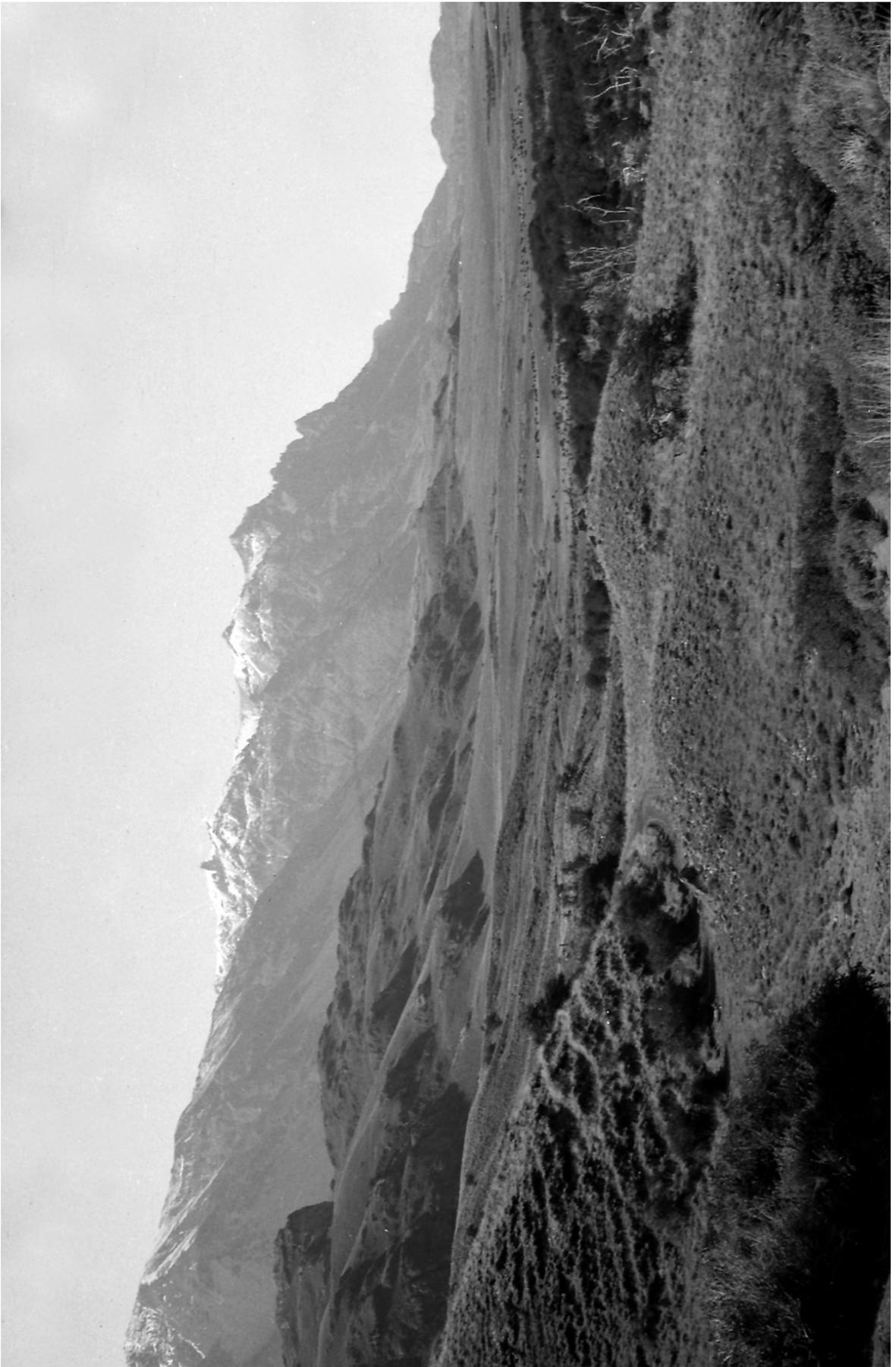
Barranco corroído por la inundación del río Colonia.



El lago Colonia.
Vestigios de la inundación del río Colonia.



El solitario Vilches junto a su rancho.
Carretas de viaje en el valle Chacabuco.



El valle Chacabuco.

CAPÍTULO XVIII

ASCENSIÓN AL MONTE SAN LORENZO

Organización de la expedición. Hacia el lago Pueyrredón. Un contratiempo imprevisto. En camión por el río Platten. En el desfiladero del río Tranquilo. El campamento base al pie del San Lorenzo. Primeras excursiones. Segundo campamento entre los hielos a 2.320 m. Majestad de la cadena Cochrane. Primera tentativa de ascensión. La visita de don Bernardo. Vientos huracanados. Otra vez en el segundo campamento. Trepando el murallón de hielo. Seis horas entre la neblina. En la cumbre. El regreso

El deseo de escalar la cumbre del San Lorenzo que se me despertó en el verano de 1941, al convencerme de su accesibilidad, se había acrecentado intensamente en los dos veranos sucesivos, durante los cuales logré estudiar más detenidamente la configuración del gran macizo y de sus contrafuertes boreal y occidental.

Los pequeños intentos de ascensión efectuados en el valle del río el Salto me habían revelado que el camino más seguro y rápido para alcanzar la cúspide del San Lorenzo era el del río Tranquilo a través de un portezuelo glacial descubierto en febrero de 1940.

Con esta certeza de buen éxito organizaba una nueva expedición para el verano de 1943, siéndome imposible, por motivo de la guerra europea, traer guías alpinos de Italia, como en mis excursiones anteriores. Acudí entonces al Club Andino de Bariloche, donde encontré en el guía suizo Alejandro Heim y en el señor Heriberto Schmoll, los compañeros capaces de acompañarme en la difícil empresa.

Elegí para mi expedición los meses de noviembre y diciembre. Me indujo a este anticipo el haber observado en mis excursiones anteriores a la cordillera que los meses primaverales ofrecen para las ascensiones condiciones atmosféricas más propicias que las del verano, pues en ellos se presentan períodos de calma y serenidad más largos. Además, como nuestra ascensión debía efectuarse casi toda a través de los hielos, teníamos la ventaja de poder cruzarlos con más facilidad, ya que en esos meses es aún muy espesa la capa de nieve caída en el invierno, lo que allana el paso de las grietas.

El 1 de noviembre salí de La Plata en el petrolero *Ameghino*, llevando conmigo parte del equipaje y el coche que debía servirnos para llegar a la cordillera. En Comodoro Rivadavia me esperaban Heim y Schmoll, que habían llegado de Bariloche con todo su equipo de montaña. Pocos días permanecemos en Comodoro haciendo los últimos preparativos y el 10 de noviembre salíamos en auto para el lago Pueyrredón, punto terminal de la carretera, a la entrada del valle del Platten, que conduce al pie del San Lorenzo.

Una picada nueva, de 180 km de excelente camino, nos llevó hasta Las Heras, floreciente población donde termina el ferrocarril que viene de Puerto Deseado⁷. Almorzamos, y a las 13 horas reanudamos el viaje para alcanzar esa misma tarde la localidad de Bajo Caracoles, distante 230 km, en el camino al lago Pueyrredón. Reinaba la calma y el Sol asomaba de vez en cuando, a través de una tenue capa de nubes, esparciendo una luz gris y plácida que iluminaba y daba vida a las escasas gramíneas de un verde amarillento que crecen en la estepa. Es el característico paisaje patagónico, inmenso y solitario, formado por una sucesión continua de mesetas y terrazas escalonadas, cortadas muchas veces por largos cañadones en donde el auto encuentra fácil salida para alcanzar las alturas. Después de pocas horas de viaje, descubrimos en el horizonte las cadenas lejanas de la cordillera, que mostraban sus picachos resplandecientes de nieve. Por un instante, y estando ya cerca de la cuenca del Pueyrredón, vimos asomarse entre las nubes la cúspide del San Lorenzo y esa visión nos llenó de júbilo y de esperanza, como una promesa de feliz éxito en nuestra empresa.

Marchábamos a una velocidad moderada por temor de que el excesivo peso del equipaje pudiera perjudicar las cubiertas, y a las 7 de la tarde llegamos a Bajo Caracoles. Esta localidad debe su importancia al hecho de hallarse en el cruce de los caminos que desde San Julián, Comodoro Rivadavia y lago Buenos Aires, llegan hasta la cordillera. Hay allí un moderno hotel recién construido con piedra labrada del lugar, con todo el confort necesario, con una casa de negocio anexa, propiedad del señor José Folch, y un surtidor de nafta.

Bajo Caracoles se encuentra a 680 m de altura, sobre una meseta que declina sensiblemente hacia el oeste, terminando en la profunda cuenca de los lagos Posadas y Pueyrredón. Hacia el noreste descuella sobre la vasta llanura el característico monte Poivre, de 1.115 m, con su cumbre tabular en forma de sombrero. Es visible a gran distancia y constituye un excelente punto de orientación. Pasamos la noche en Bajo Caracoles y a la mañana siguiente seguimos viaje hacia el Pueyrredón, distante 110 km.

Con grata sorpresa encontramos ya casi acabado el camino que conduce hasta lago Posadas, construido por la empresa de los ingenieros Vilaltella y Vitalini. Ya

⁷ Esta línea que, según los proyectos del Ministro de Obras Públicas, don Ezequiel Ramos Mexía, partiendo de Puerto Deseado, debía unirse con la de Nahuel Huapí, subdividiéndose en otros ramales, fue construida por el ingeniero Juan J. Briano, quien, el 20 de septiembre de 1909, tuvo el honor de hacer oír el silbido de la primera locomotora, que se expandió por la inmensidad patagónica con la resonancia de una diana inaugural.



Puente sobre el río Blanco.
El nuevo camino hacia el lago Posadas.

no necesitamos recordar las pesadillas de años anteriores, cuando debíamos vadear peligrosos ríos y saltar fosas y zanjones sin número. Todo eso ha terminado. El auto se desliza suave y veloz sobre una cinta de pedregullo que se pierde en la lejanía, cruza por un sólido puente el río Blanco y baja una leve pendiente hasta el lago Posadas*. Otro puente construido sobre el río Tarde facilita el paso de este torrente pantanoso y poco después ya nos encontramos en la orilla del lago Posadas, que refleja sus cristalinas aguas turquesa sobre la llanura amarillenta. Nos falta aún cruzar el terrible río Furioso, con su lecho de fango, que se muda con las crecidas, más terrible que la vehemencia de su corriente. Hay que pasarlo a toda velocidad, pues un instante de titubeo es suficiente para que el coche se hunda profundamente en el cieno. Lo encontramos con muy poca agua y con terreno suficientemente firme, y lo atravesamos sin dificultad. Media hora después llegamos al lago Pueyrredón, donde nos alojamos, como de costumbre, en la posada de Mondelo.

Nuestro viaje debió interrumpirse aquí a causa de un grave contratiempo. Los víveres para la expedición, que un mes y medio antes había yo enviado desde Buenos Aires al puerto de San Julián, para que fueran remitidos con anticipación al lago Pueyrredón, aún no llegaban. Telegramas a la costa y encargos personales a los camioneros que bajaban al puerto resultaron inútiles. Nadie atendía nuestros angustiosos reclamos. Pasamos así diez largos días de aburrimiento, procurando entretenernos con paseos por los alrededores y pescas en el lago, donde abundan truchas salmonadas y pejerreyes. Heim y Schmoll, en un día completamente sereno, efectuaron una excursión a los montes que se levantan al norte del valle Platten, desde donde se podía observar el San Lorenzo. Volvieron entusiasmadísimos, pues habían podido divisar totalmente descubierta la cúspide del macizo. Nunca se habrían imaginado que era tan imponente; les pareció como otra montaña del Himalaya.

Tras un largo período de viento huracanado el tiempo se había vuelto tranquilo pero frío por la caída de una gran nevada en la cordillera. El barómetro iba subiendo sensiblemente y al parecer empezaba uno de esos períodos de calma y serenidad que suele regalar la primavera. No podíamos esperar más. Cansado de aquella impaciente inacción e impulsado por los indicios de buen tiempo, me decidí a bajar hasta San Julián con Schmoll, a fin de buscar yo mismo las vituallas. Salimos temprano, el 22 de noviembre, en una encantadora mañana de calma y perfecta serenidad, pensando llegar ese mismo día al puerto. Cuando alcanzamos la meseta de Caracoles, el macizo San Lorenzo, con su masa de nieves eternas, fulguraba con toda su majestad sobre un purísimo cielo azul. No podíamos menos que sentirnos amargados por aquel contratiempo que nos obligaba a perder un tiempo tan precioso para salvar un inconveniente en el que habíamos puesto tanta diligencia en evitar.

* La sección boreal del antiguo territorio de Santa Cruz (al norte del río Deseado), juntamente con la parte austral del territorio del Chubut, conformaron entre 1943 y 1957 una entidad político-administrativa denominada Zona Militar de Comodoro Rivadavia, con centro en la ciudad homónima. La administración castrense se caracterizó por su preocupación por las obras públicas, entre ellas las de infraestructura vial, como pudo comprobarlo el padre De Agostini (N.E.).

Nuestra rápida marcha hacia el puerto fue detenida a las 3 de la tarde en Cañadón León, donde encontramos los equipajes conducidos por un camión que llevaba hasta Posadas material de construcción. Volvimos enseguida sobre nuestros pasos, y dos días después, por especial atención del ingeniero Vitalini, nuestro equipaje fue conducido por un camión de la empresa, desde Posadas hasta el lago Pueyrredón. En este rápido viaje tuvimos oportunidad de recoger las primeras impresiones sobre nuestra proyectada ascensión al San Lorenzo. Eran decididamente adversas. La cumbre era inaccesible y nuestros intentos por alcanzarla serían vanos.

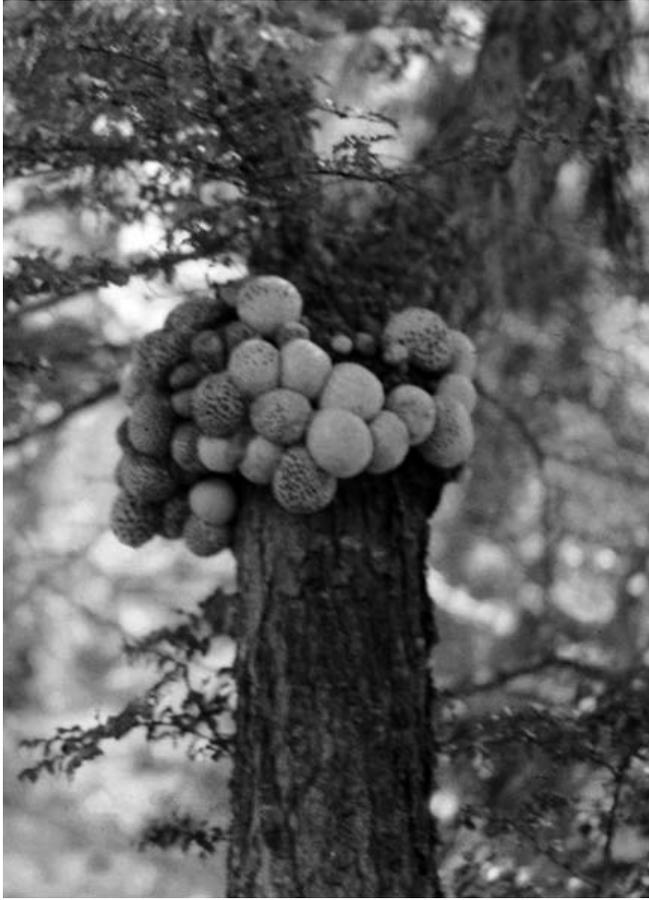
Entretanto, el guía Heim, el 21 de noviembre había salido para el puesto de Muñoz, al final del valle Platten, acompañado del puestero allí establecido, con el fin de adelantar la exploración de la ruta que debíamos seguir a través de un valle indicado por mí y buscar un lugar apropiado lo más cerca posible del San Lorenzo para establecer el campamento base.

Poco después se le agregaba el peón Rainieri, que yo había contratado en Comodoro como cocinero y porteador.

El transporte de nuestro equipaje y vituallas, unos 500 kilos, a través del valle Platten, se veía ahora facilitado por un nuevo camino carretero abierto por el señor Julio Guizzardi, quien había adquirido en estos últimos años todos los terrenos que ocupaban los antiguos pobladores de la parte superior del valle. Un soplo de vida y progreso parece haber penetrado en este valle solitario con este camino de rodados que en breve tiempo descuenta los 25 km que separan la costa del lago Pueyrredón de la estancia Río Oro, propiedad del mismo señor Guizzardi.

El camino, cuya construcción se había iniciado pocos meses antes, no estaba aún en condiciones como para ser recorrido en auto, pero un hijo del señor Mondelo, avezado en las peripecias del oficio, no vaciló en conducir toda nuestra carga, así como otra del señor Guizzardi, en un viejo y desvencijado camión suyo, que ostentaba manifiestas señales de los duros trances a los que había sido sometido en su azarosa carrera por aquellos viejos caminos cordilleranos.

Salimos el 25 de noviembre en una tarde apacible y luminosa y, recorridos los pocos kilómetros llanos que bordean la costa del lago hasta llegar al puente del río Platten, iniciamos a todo motor la escarpada subida de un cerro. El camión crepita y zumba, trepando animoso el empinado camino que serpentea en curvas angostas hasta alcanzar un pequeño rellano donde se detiene como para reponerse del esfuerzo cumplido. De otro tirón llegamos a una segunda altura donde el río se hunde a nuestros pies por un centenar de metros. Bajamos a un pequeño cañadón y empezamos de nuevo a subir la vertiente opuesta, la última, pero la más áspera y difícil. El camino no está todavía acabado y para salvar mayores obstáculos y peligros, el chofer cree oportuno apartarse de él y dirige el vehículo por encima de una loma escarpada que conduce a la cima del cerro. Ante lo empinado de la cuesta, el camión lanza lastimeros ronquidos y por un instante parece que al motor le faltara el aliento, pero aliviado por rápidos virajes a diestra y siniestra, buscando los lugares donde el declive es más suave, recobra fuerzas y sube zigzagueando, alentado por el grito del chofer que se inclina hacia adelante como para



Hongo de las hayas (*Cyttaria darwinii*).

Despeñaderos del río Platten.

dar mayores bríos a su mecánico corcel. Sentado al lado del conductor observo la singular maniobra, pues si falla el motor o los frenos, que ya dan señales evidentes de debilidad, lo menos que puede ocurrirnos es ir rodando hasta el río y entonces, ¡adiós, San Lorenzo!

Al fin llegamos felizmente a la cima del cerro. Hacia el norte se abre gran parte del valle Platten surcado por la cinta plateada del valle homónimo. Altas montañas rocosas, tachonadas de nieve, cierran ambos costados del valle y hacia el noroeste descuellan altísima e imponente la blanca cúspide del San Lorenzo. El Sol que declina proyecta sus rayos rosados sobre la cumbre immaculada.

Un brusco descenso nos conduce pronto hacia el fondo del valle, a la orilla del río que continuamos costearlo a poca altura. El camión recorre unos diez kilómetros más sobre un camino recién construido, cubierto de piedras, que algunos trabajadores están removiendo, y se detiene definitivamente en un recodo del río, donde acaba la carretera. Allí nos espera una carreta de bueyes para llevar nuestro equipaje a la estancia Río Oro, distante unos cinco kilómetros, y también al señor Fernando Schaer, antiguo poblador de la zona, que en años anteriores prestó valiosa ayuda a nuestras expediciones. Trasladamos la carga a la carreta; entretanto el camión retorna al lago Pueyrredón; Schmoll y yo seguimos viaje en los caballos de silla que don Bernardo nos ha traído, dirigiéndonos a la estancia Río Oro, que acaba de ceder al señor Guizzardi, quien quiso prestar su ayuda personal a la expedición, acompañándonos al pie del San Lorenzo y facilitándonos sus mulas para el transporte del equipaje. Al día siguiente, a las 9 reanudamos el viaje con la carreta hacia el puesto Muñoz, siendo nuestro propósito llegar en el día hasta la entrada del valle del río Tranquilo, donde deseábamos establecer el campamento principal.

La mañana era de una transparencia admirable. Una brisa helada del sur mantenía despejado de nubes el cielo y a los primeros rayos del Sol las montañas y nieves eternas se teñían de oro y púrpura, destacándose sobre un cielo de puro cobalto con plástica precisión de detalles. Llevamos ya cinco días con un tiempo de extraordinaria bonanza y serenidad.

Por la experiencia adquirida en tantos años de vida cordillerana, sé muy bien que después de estos períodos de maravillosa serenidad siguen siempre unos días de mal tiempo, lo que dificultará nuestras tentativas de ascensión.

Desde la estancia Río Oro el valle tuerce hacia el noroeste por unos diez kilómetros, en forma de una angosta llanura, encerrada entre altas y abruptas montañas y corroída del lado izquierdo por el río Platten, que durante las inundaciones ha ido formando un ancho lecho de arena y pedregullo.

Al doblar un cerro que se levanta abrupto a la cabecera derecha de un valle, aparece íntegro y de repente el monte San Lorenzo, con su altísima cumbre de hielo refulgente de luz y sostenida por gigantescos paredones de granito donde desborda un gran helero.

Poco antes del mediodía llegamos al puesto Muñoz, donde encontramos al guía Heim y al peón Rainieri. Favorecidos por un tiempo espléndido, habían podido realizar varias excursiones por los alrededores e internarse en el valle hasta

las nacientes del río Tranquilo*, escogiendo el mejor lugar para establecer el campamento.

Poco después de mediodía continuamos el viaje hacia la entrada del valle mencionado. No sabíamos hasta dónde podía llegar la carreta con todo nuestro equipaje, pero confiábamos podernos acercar lo suficiente a nuestra meta gracias a un providencial camino para rodados abierto el año anterior por el señor Elorriaga, para bajar la lana desde el río Tranquilo hasta el lago Pueyrredón. Por ese camino que se interna unos pocos kilómetros en el valle, costeano el río Platten hacia su cuenca terminal, nos encaminamos en una tarde lindísima que nos permitía contemplar de cerca y en todo su esplendor el monte San Lorenzo.

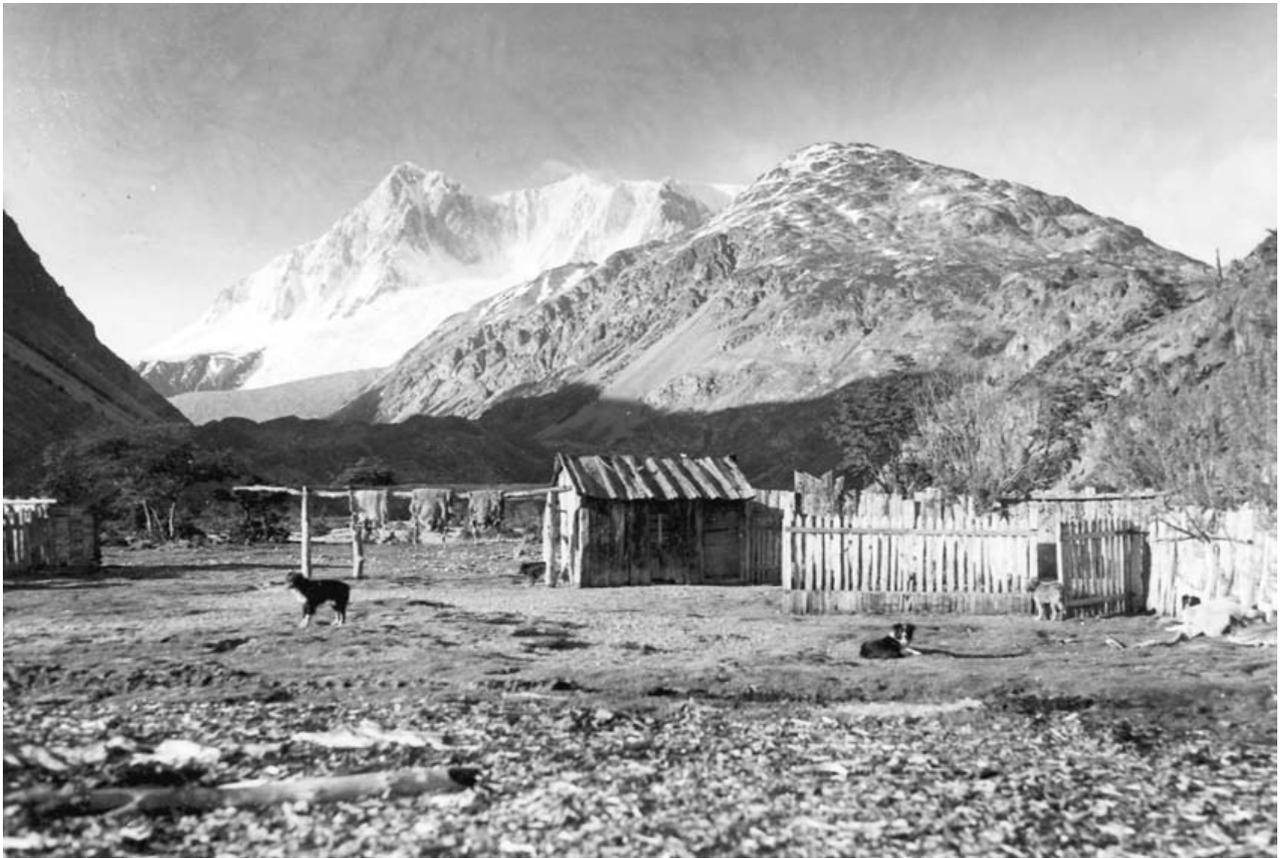
Recorrido el trecho llano del valle Platten, doblamos hacia el norte subiendo un cordón morrénico, cubierto de vegetación arbórea, ya en gran parte destruida por los incendios. La huella abierta es un terreno flojo, formado por la arena y los guijarros de una antigua morrena; es muy pesada para los bueyes, que se detienen a menudo en las partes más empinadas. El boyero los estimula con fuertes gritos, llamando por su nombre a cada uno de los cuatro animales y acompañando su llamado con un agujonazo de la picana en las partes más sensibles del cuerpo. A fuerza de gritos, punzadas y prolongadas detenciones, logramos superar el cordón morrénico y penetramos en un pequeño llano frente a la entrada del valle que nos da acceso al San Lorenzo. Dejamos allí la huella y penetramos por unos centenares de metros más en dirección al angosto valle en donde nace el río Tranquilo hasta que, imposibilitados de continuar por los pantanos y la espesura del bosque, detenemos definitivamente el carro y descargamos todo el equipaje y las vituallas. Allí pasaremos la noche, dejando para el día siguiente el transporte del equipaje con los cargueros.

Ya hemos atravesado la frontera argentino-chilena. El río Tranquilo, que tiene su nacimiento en la cabecera del valle hacia el cual nos encaminamos, pertenece a la vertiente chilena. En las excursiones realizadas en los veranos anteriores, para conocer la vertiente occidental del San Lorenzo, subiendo por el valle del río El Salto, me había convencido de que la ruta más corta y fácil para escalar el San Lorenzo se encontraba en este valle, que yo había conocido en febrero de 1940.

Estas ventajas me indujeron a seguir este verano la ruta elegida.

Para llegar a la cuenca terminal del valle donde hemos decidido establecer nuestro campamento, faltan aún unos ocho kilómetros. Según los informes de Heim, que pocos días antes había recorrido todo el valle, los obstáculos mayores que dificultan el acceso de los cargueros son la espesura del bosque, la cantidad de troncos caídos y el cruce de un elevado despeñadero al borde del río. Afortunadamente, don Bernardo ha traído dos mulas para el transporte del equipaje y esto nos proporciona suficiente garantía para poder superar esos inconvenientes.

* Por lo menos en la actualidad el río al que se refiere De Agostini es llamado arroyo San Lorenzo y el mismo nombre recibe el valle al que surca. Éste nace de una laguna de origen glacial a los pies de la ladera norte del San Lorenzo y fue a unos metros que finalmente se instaló el campamento en esta expedición (N.E.).



El valle Platten visto desde el sur.
Puesto Muñoz y monte San Lorenzo.



Deposé

El río Tranquilo y el monte San Lorenzo.

Fot. A.M. De Agostini

Tenemos una apacible tarde con una temperatura templada, aunque nos encontramos ya a unos 740 m de altura. Ni pensamos siquiera en armar las carpas; así que después de una ligera refacción cada uno busca un lugar abrigado detrás de las matas de calafate para pasar la noche, encerrándose en su saco de dormir.

Es ésta la primera noche de nuestro viaje que pasamos al aire libre, en pleno contacto con la naturaleza casi primitiva y salvaje. La soledad influye poderosamente sobre el espíritu alejándolo de todo pensamiento mundano y haciéndole saborear la sublime poesía de la montaña. Cuando, al despertarnos, en el silencio profundo de la noche, nuestros ojos contemplan de improviso sobre nuestras cabezas la bóveda azul del cielo, donde centellean millones de estrellas, el alma se siente sobrecogida y anonadada y levanta espontáneamente su humilde plegaria de adoración a Dios, sumo hacedor de tanta maravilla.

Con las primeras luces, el boyero ha ido en busca de sus animales, que pastan en las cercanías, y vuelve a la estancia Río Oro; don Bernardo va también por sus dos mulas, para ensillarlas e iniciar el primer acarreo. En dos viajes sucesivos juzgamos poder transportar en el día todo el equipaje hasta el lugar designado para el campamento.

Salimos a las 7, llevando en la mochila las cosas más delicadas. Las mulas con sendas cargas de unos cien kilos cada una no demuestran fatiga y trepan con tanta facilidad la montaña que es una verdadera maravilla; los caballos, aun los nacidos en el lugar, no podrían hacer lo mismo.

Caminamos algunos centenares de metros por un cañadón angosto y barrancoso, sembrado de troncos quemados por los incendios, y trepamos una empinada cuesta que nos lleva a un desfiladero cortado perpendicularmente sobre el río Tranquilo. Nos detenemos algún tiempo buscando una subida en aquellas rocas alisadas y redondeadas por la acción del antiguo glaciar que bajaba del San Lorenzo y llenaba todo el valle. Al fin la encontramos en un corte angosto de la roca y con todo cuidado alcanzamos a superar el peligroso desfiladero. Sigue luego una brusca bajada en pendiente, donde debemos detenernos otra vez para cortar algunos árboles que obstruyen el paso a los cargueros, y por último llegamos al río que corre entre orillas bajas por un corto trecho del valle. Tiene poca agua y lo pasamos fácilmente.

El día es de incomparable hermosura y nuestros ojos se sienten poderosamente atraídos por el San Lorenzo, que resplandece vivamente bajo los rayos del Sol y domina como un blanco telón el fondo del valle. El candor refulgente de sus nieves eternas forma un sublime contraste con el verde intenso de los bosques que cubren con su tupido manto toda la cuenca.

Llegados a la orilla opuesta del río seguimos su margen marchando por un cerrado bosque, donde no se descubre rastro alguno de huella humana. A menudo debemos parar para abrirnos camino, cortando los árboles y malezas que impiden el paso a los cargueros, hasta que después de no pocas fatigas alcanzamos el final del valle. Son las 12. Al margen de una exuberante mancha de bosque resguardado del viento, establecimos nuestro campamento base. El lugar es encantador: se diría un oasis de paz y de hermosura escondido al pie del gran gigante andino. El barómetro señala una altura de 996 m.

Después de un ligero refrigerio, los compañeros vuelven con las mulas a buscar el resto de la carga. Los animales, fatigados por las malas condiciones del camino, efectúan este segundo viaje con mayor lentitud y vuelven ya adelantada la noche. Afortunadamente, un percance que le pasó a una de las mulas no tuvo mayores consecuencias. Mientras cruzaba el peligroso desfiladero, perdió el equilibrio y rodó hacia abajo unos 20 metros, hasta que la detuvieron unos peñascos. Grande fue la sorpresa de los compañeros cuando, creyendo muerto al animal y la carga hecha añicos, vieron que se levantaba espontáneamente y, saliendo de las rocas, se ponía a comer pasto. Examinado el equipaje se encontraron los cajoncitos deteriorados pero el contenido intacto.

28 DE NOVIEMBRE

Don Bernardo y el guía Heim vuelven hasta el desfiladero en busca de parte de la carga, que en la tarde anterior habían dejado allí para aliviar a las mulas. Nosotros, entretanto, acabamos de acomodar las carpas e iniciamos la construcción de un toldo con troncos de árboles, que debe servirnos de cocina y refugio en los días de mal tiempo. Ya el campamento va tomando el aspecto confortable de una pequeña aldea. Tenemos a nuestro alcance leña en cantidad y los manantiales que brotan allí cerca nos proporcionan agua purísima y abundante. El hermoso paisaje que nos rodea alegra nuestro espíritu y nos sentimos felices alejados del bullicio del mundo y de sus noticias*.

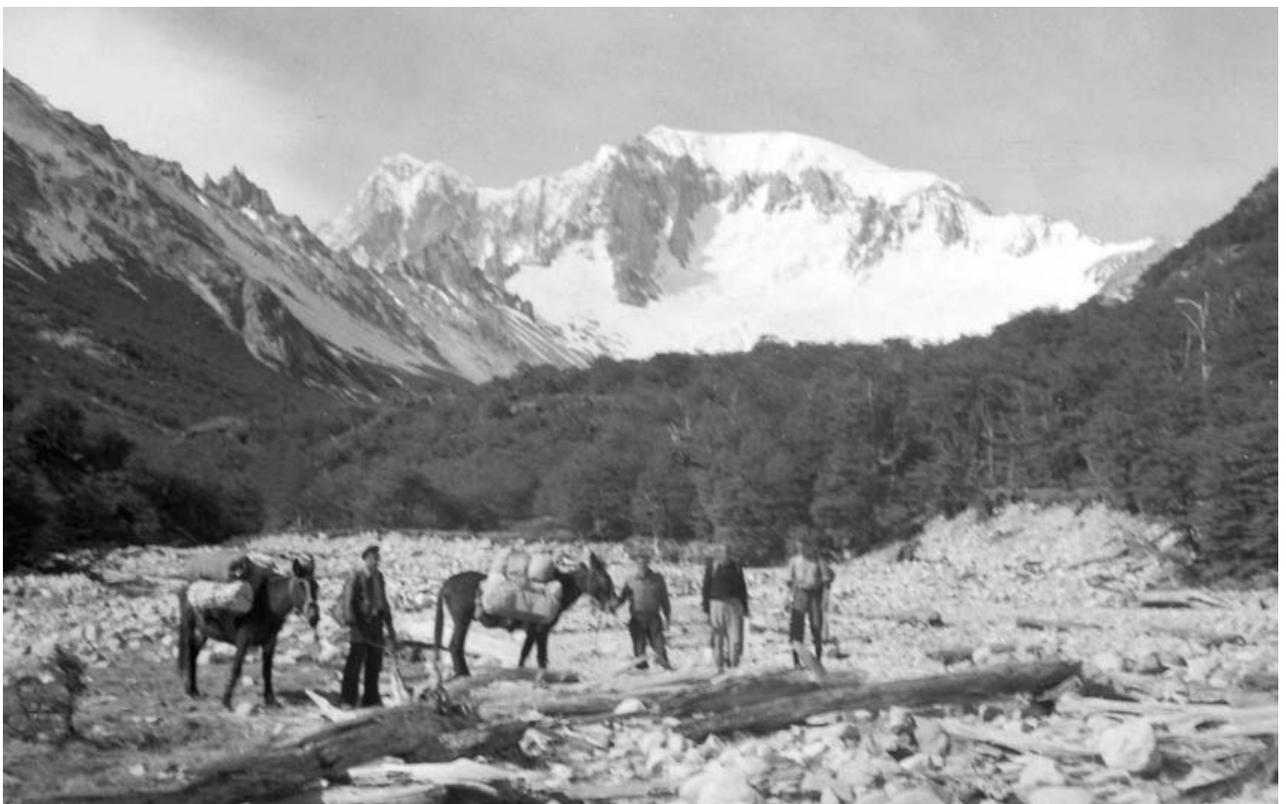
A corta distancia del campamento baja el río Tranquilo, que nace en un pequeño lago de aguas turbias unos centenares de metros más arriba. Sobre sus aguas cae el frente de un glaciar, que llena el fondo del valle, al pie de los paredones del San Lorenzo.

Mientras acariciábamos los más halagüeños proyectos de ascensión, el tiempo, ya 8 días consecutivos extraordinariamente sereno, se enturbió. Negros nubarrones impulsados por el viento del noroeste oscurecieron el cielo y al anochecer empezó a caer fuerte lluvia que duró toda la noche.

29 DE NOVIEMBRE

Ha cesado la lluvia. A eso de las 12 el cielo se aclara gracias a una leve brisa del sur, que poco a poco va despojando de nubes al San Lorenzo, hasta dejarlo com-

* Todavía se conserva la cabaña utilizada por el padre De Agostini, y tanto los lugareños como los andinistas conocen el paraje como Campamento De Agostini. Existe además, un moderno refugio, llamado Toni Roher —nombrado así en honor al escalador muerto en la cumbre— y construido hace pocos años por Luis Soto y Lucy Gómez, actuales dueños del Fundo San Lorenzo y quienes ofrecen también servicios de alimentación, camping, guía y caballos. Desde su casa se está a tres horas de caminata hasta el campamento y refugio, surcando el mismo valle encajonado descrito por De Agostini y que ofrece una magnífica vista del macizo (N.E.).



Nuestra carreta con el equipaje y las vituallas atravesando el valle Platten frente al San Lorenzo.

Mulas cargadas con nuestros equipos cruzan el río Tranquilo.

pletamente descubierto a la entrada de la noche. Hay buenos indicios de que las condiciones meteorológicas vayan mejorando otra vez.

30 DE NOVIEMBRE

En la noche serena el termómetro marcó una mínima de dos grados bajo cero. Heim y Schmoll salen hacia la cresta norte del San Lorenzo con el fin de buscar el sitio para el segundo campamento y dejar allí una buena cantidad de víveres y una carpa. Regresaron por la tarde sin haber logrado encontrar el lugar que yo les había indicado. Dejaron la carpa a unos 2.200 m sobre una cresta de la vertiente boreal del San Lorenzo. A la vuelta bajaron rápidamente por otro camino, siguiendo un largo cañadón cubierto por pequeños glaciares sin hendiduras todavía.

1 DE DICIEMBRE

Día de calma y cielo seminublado. Temperatura mínima 0°C, máxima 12°C. Por la tarde vuelve a despejarse el cielo, prometiéndonos bonanza. Nos preparamos para salir todos al día siguiente con el fin de establecer el segundo campamento y, si el buen tiempo continúa, explorar el camino de acceso a la cumbre.

2 DE DICIEMBRE

El día amanece calmo y de una transparencia cristalina. El San Lorenzo, totalmente descubierto, ostenta en toda su hermosura sus cándidas crestas de hielo sobre el azul purísimo del cielo, pareciendo alentarnos en la empresa de trepar sus ásperas paredes de hielo. A las 6:30 salimos los cuatro, llevando cada uno en la mochila sus equipos personales y los abrigos necesarios para dormir sobre el hielo. Heim y Schmoll llevan, además, algunos víveres, sogas de suplemento, clavos de hielo y grampones. Al salir de la mancha boscosa que nos protege, debimos atravesar unos 3 km de detritos morrénicos amontonados y revueltos. Cruzado este molesto y fatigoso trecho que se levanta hacia el norte, iniciamos la subida de una empinada cuesta rocosa entre las últimas manchas de bosque achaparrado de ñirres que desaparecen a una altura de 1.250-1.300 m.

A 1.800 m penetramos en un nevero que llena una depresión cortada longitudinalmente entre la cresta boreal del monte San Lorenzo y un bellissimo grupo de agujas, pináculos y torres formado en parte de rocas porfíricas y en parte de pizarras cristalinas, cuyas estribaciones terminan en el valle del río Tranquilo. Precisamente desde la cima de uno de estos cerros, alcanzada el 1 de febrero de 1940, por la vertiente norte, pude divisar el cañadón por el cual actualmente intentamos la ascensión del San Lorenzo.

De esta depresión pasamos a través de un portezuelo rocoso a un segundo valle glacial, que desemboca en la cuenca en uno de los afluentes principales del

río Tranquilo, cortando hacia occidente el grupo de montañas recién mencionado. Nos encontramos así frente a un anfiteatro tan soberbio y fantástico de picachos y heleros que quedamos sobrecogidos de profunda admiración. Hacia el norte se levanta un grupo de arriscadas pirámides, agujas negras y lustrosas, constituidas, al parecer, de esquistos filáticos; más a occidente, la majestuosa cadena Cochrane, de la cual se desprenden grandes glaciares; y hacia el sur, ya cerca de nosotros, la altísima muralla del San Lorenzo cubierta de un imponente manto de nieve.

Continuamos nuestra ruta por este valle glacial y, después de haber subido una pendiente de hielo muy pronunciada, alcanzamos otro portezuelo de rocas graníticas que une el espolón del San Lorenzo con la cadena Cochrane. Son las 12:45. El barómetro aneroide indica una altura de 2.216 m. Nuestros ojos se vuelven con ansiedad hacia la vertiente opuesta, deseosos de admirar la cuenca terminal del río del Salto –explorado por mí en los veranos anteriores– y el camino que aún nos falta por recorrer, para trepar la vertiente occidental del San Lorenzo. En efecto, divisamos hacia el suroeste la depresión del valle y el picacho Ortúzar, que desde aquí ofrece un aspecto distinto, debido a la mayor cantidad de nieve que lo cubre. Pero no logramos divisar el cañadón por el cual debemos intentar la ascensión al San Lorenzo, porque se mantiene oculto detrás de una larga cresta que baja del mismo monte. A pocos centenares de metros de este portezuelo es donde Heim y Schmoll dejaron hace dos días la carpa y las vituallas, habiendo llegado hasta esa altura subiendo por la vertiente opuesta, más empinada y próxima al paredón del San Lorenzo. Volveremos a buscarlas esta misma tarde no bien hayamos escogido el lugar para el segundo campamento.

Contemplamos maravillados el imponente y variado panorama que hacia el norte ofrece el grupo de picachos y agujas que se levantan sobre el valle del río Tranquilo, realzado por los colores de las torres pizarrosas de un intenso negro azulado, que contrasta maravillosamente con las rocas graníticas, de tinte levemente rosado, de la cresta que se desprende del San Lorenzo.

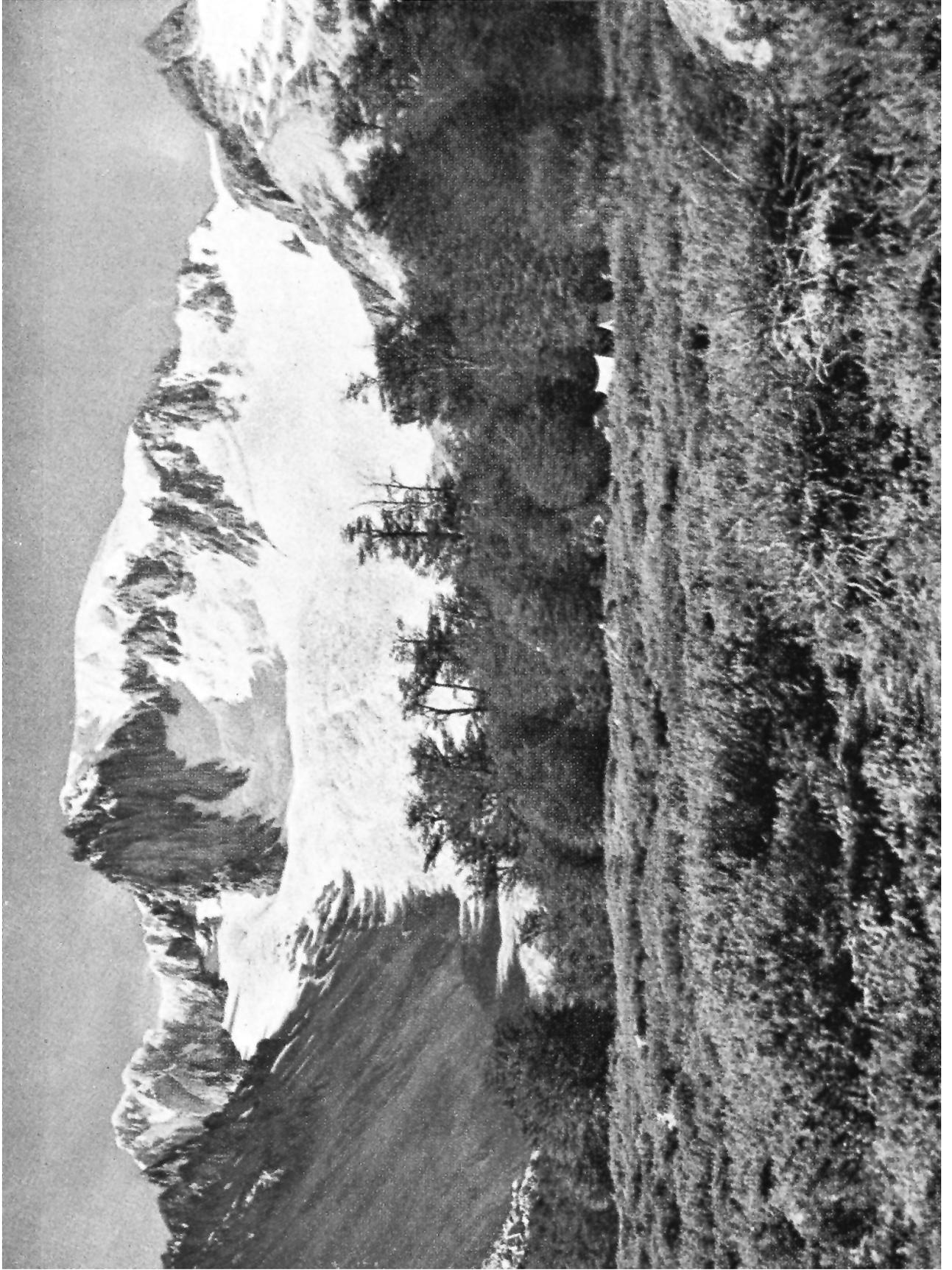
Desde el boquete bajamos unos 240 m por el plano del gran campo de hielo que se extiende entre el macizo San Lorenzo y la cadena Cochrane. Las profundas grietas que cortan el ventisquero, ocultas en parte por la nieve fresca y en cuyas profundidades casi se nos cae el peón Rainieri, nos aconsejan apelar a la soga. Nuestro avance se hace cada vez más fatigoso y lento, pues la nieve está excesivamente blanda debido a los rayos calurosos del Sol. Doblada la estribación rocosa del San Lorenzo se nos presenta al fin el cañadón glacial, recorrido por mí en 1941 y por el cual había trazado el camino para alcanzar la cúspide del macizo.

Para no desperdiciar un tiempo precioso, mientras Schmoll y Rainieri depositan allí su carga y regresan a buscar el equipo dejado en las proximidades del portezuelo, Heim y yo seguimos viaje rumbo al cañadón y, después de subir una empinada pendiente cortada por grietas, encontramos, en una pequeña hondonada, el lugar apropiado para establecer nuestro campamento. Son las 3 de la tarde. El termómetro indica una temperatura de 17 grados; el barómetro, una altura de 2.320 m de altura. Poco después, Heim vuelve al lugar donde nos habíamos separado de los demás compañeros para ayudarles a llevar el equipaje.



El San Lorenzo visto desde la cuenca terminal del río Tranquilo.

Campamento base al pie del San Lorenzo.



El monte San Lorenzo visto desde nuestro campamento base en el valle del río Tranquilo.
Deposé Fot. A.M. De Agostini

El panorama que se disfruta desde ese balcón de hielo y que abarca una extensa porción de la cordillera principal, es de una grandiosidad impresionante. La cadena Cochrane, que se alza frente a nosotros, despliega en un fulgor de luz el espeso y cándido manto de hielo y nieve profundamente resquebrajado que envuelve en blandos cendales las cumbres excelsas. Más allá se divisa la gran cordillera de los Andes, con sus inmensos mantos de nieve y sus glaciares, y una infinidad de montes y picachos desconocidos, entre los cuales descuella majestuosamente el macizo San Valentín.

Hacia las siete regresan los compañeros con todos los equipajes y las vituallas y enseguida armamos la carpa al abrigo de la cual Schmoll enciende la Primus* y prepara sopa y café para la cena. La tarde apacible y serena nos infunde esperanza de que el buen tiempo se mantenga al día siguiente, en el que proyectamos dar el primer paso para la ascensión del San Lorenzo.

Nos arreglamos los cuatro como mejor podemos en la pequeña carpa y pasamos la noche apretujados e incómodos sobre el piso de hielo, el cual, aunque cubierto con una lona impermeable, nos hace sentir su humedad y frío.

3 DE DICIEMBRE

El día amanece despejado, pero una capa de nubes estancada en el valle del río del Salto y una pequeña brisa del norte, unidas al descenso del barómetro, nos inspiran poca confianza y seguridad.

El Sol ya está alto en el horizonte cuando abandonamos el campamento dirigiéndonos hacia una erizada pared de hielo que cierra un cañadón sembrado de fantásticos bloques. Para caminar más expeditos y seguros marchamos atados a la soga en dos grupos, Heim y yo, Schmoll y Rainieri. La nieve está escarchada, lo que obliga a Heim, que encabeza la primera *cordada***, a tallar numerosos escalones con su piqueta. En poco más de una hora salimos del escarpado cañadón y penetramos en un declive más suave, especie de balcón desde el cual se nos presenta un fantástico murallón de hielo, que forma como un gran escalón cortado en la ladera del San Lorenzo. Grandes cornisones de hielo circundan por todos lados la arriscada pendiente como para impedir su acceso. Hacia occidente, el horizonte se va ensanchando y profundizando, divisándose con más claridad de detalles las cadenas de montañas y los valles que se extienden a lo largo de la cordillera.

Por el suroeste, a poca distancia de nosotros, llama nuestra atención una formidable pared de granito libre de hielo, cortada verticalmente sobre el ventisquero por más de 800 m. Un espeso manto de hielo y nieve cubre el vértice de la pared y de ésta se desprenden a veces, y caen con fuertes detonaciones, grandes bloques

* *Primus* es una marca de implementos de montaña, todavía vigentes; en este caso una cocinilla, seguramente a gas o bencina (N.E.).

** *Cordada*, con cursivas en el original: en montañismo, grupo de personas que caminan juntas atadas a una cuerda (N.E.).

de hielo. Entre este paredón y otra elevada estribación del San Lorenzo desborda de la cúspide del macizo una gran corriente de hielo notablemente resquebrajada. Parece que siguiendo el curso de esta cascada del glaciar se pudiera llegar también a la cima del San Lorenzo.

Alcanzo a sacar apenas algunas fotografías de esos grandiosos panoramas y ya algunas nubes asoman en la cabecera sur del macizo, empañando el candor de las nieves. Hemos atravesado el declive, surcado por algunos aludes de hielo caídos del paredón norte del cerro, y empezamos a trepar la erizada cuesta del murallón glacial, que se hace cada vez más inclinado, obligando a Heim a un duro trabajo con la piqueta. Adelantamos lentamente por aquellas enmarañadas protuberancias de hielo que nos fuerzan a dar largas vueltas para encontrar una salida. Entretanto las nubes que con extraordinaria rapidez habían cubierto toda la vertiente sur del San Lorenzo, invaden la cima del murallón y bajan hacia nosotros envolviéndonos completamente. Continuamos, sin embargo, nuestra ascensión con la esperanza de que los vapores se disuelvan nuevamente, pero con gran pena, vemos que van espesándose cada vez más a nuestro alrededor.

A la oscuridad, en que nos ha envuelto la densa neblina, añádese la incertidumbre de la ruta que buscamos con ansia entre los verticales paredones de hielo. En el silencio profundo de la montaña retumba a breves intervalos, como poderosa descarga de artillería, el fragoroso estampido de las avalanchas que caen en los abismos. Mientras adelantamos cautelosos en aquel fantástico laberinto, iluminado por una luz gris y triste, vemos cortado de repente el camino por una ancha y profunda grieta que refleja en sus simas el verde azulado de la masa compacta de hielo. Juzgo inútil afrontar situaciones difíciles cuando las condiciones atmosféricas empeoran a ojos vistas y, con sentimiento, me dedico a regresar. Tres horas habíamos tardado en cubrir 610 m, desde el segundo campamento, habiendo escalado apenas la mitad del murallón de hielo, a una altura de 2.952 m. En una hora y media, siguiendo nuestros propios rastros, volvemos al campamento.

El tiempo se ha vuelto decididamente hostil. Una densa y sombría capa de nubes cubre el cielo y fuertes ráfagas de viento soplan del noroeste acompañadas de granizo. Determinamos regresar cuanto antes a nuestro campamento base, esperando la llegada de mejores días. A las 7 de la tarde nos cobijamos en nuestras carpas del río Tranquilo. Dos horas después, mientras estábamos cenando, tuvimos la grata sorpresa de recibir la visita de don Bernardo, quien llega con su mula y nos trae unos cuantos víveres que yo le había encargado adquiriera en la casa-negocio del señor Mondelo, a orillas del lago Pueyrredón. Con gran interés se informa de nuestra primera tentativa de ascensión al San Lorenzo, de la cual conservamos claras huellas en los rostros tostados por el Sol y la radiación de la nieve. Al día siguiente se despide por última vez. Ha concluido con el señor Guizzarda la venta de su estancia y dentro de pocos días saldrá para el norte del país, donde lo esperan nuevas actividades.



REPRODUCCION PROHIBIDA

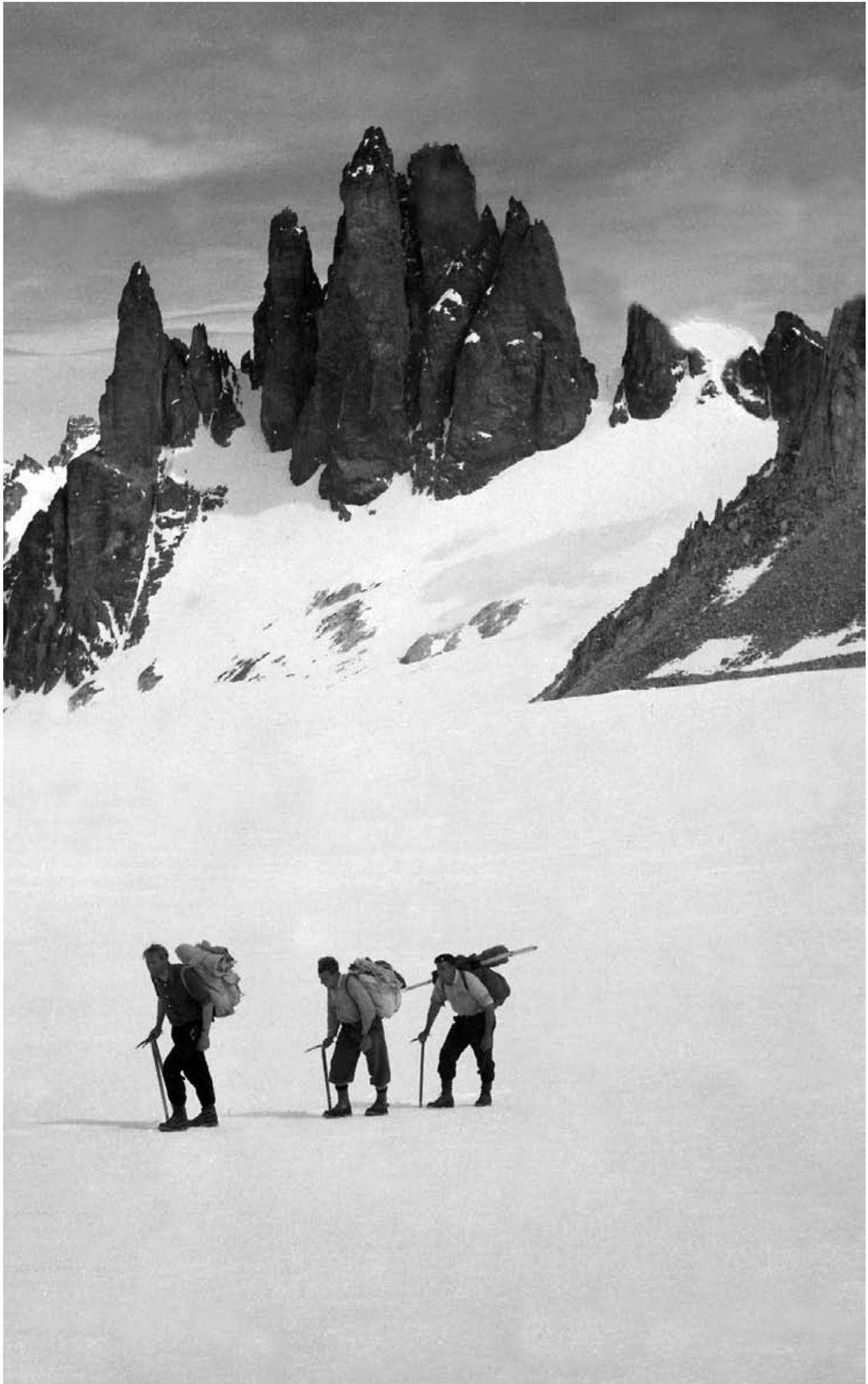
LA CADENA COCHABAMBA VISTA DESDE NUESTRO SEGUNDO CAMPAMENTO (2.320 M) EN LA VERDIENTE OCCIDENTAL DEL SAN LORENZO

Fot. ALBERTO M. DE AGOSTINI



Cabecera septentrional del San Lorenzo.

Cordones de montañas al noroeste del San Lorenzo vistos desde el Segundo Portezuelo.



Imponentes torres de la cadena Cochrane al noroeste del San Lorenzo.

5 AL 12 DE DICIEMBRE

Empiezan a soplar vientos fuertes y continuados del noroeste y suroeste acompañados algunas veces de escasos chubascos. Eso no impide a Heim y a Schmoll llevar hasta el segundo campamento otra carpita para tener, en la próxima excursión, más comodidad y mayor cantidad de víveres. Salen a las 7:30 de la mañana y vuelven a las 14:45 de la tarde. Encontraron nieve dura en el camino, lo que les facilitó el viaje, aunque los molestó el fuerte viento.

Nuestra vida de campamento pasa rápida y alegre, al abrigo de nuestro toldo, que se va enriqueciendo diariamente con nuevo mobiliario y mayores comodidades. El viento, que sopla con gran fuerza en las alturas, como lo indica la velocidad de las nubes, no llega hasta nosotros sino en forma de débiles ráfagas que se apagan en la espesura del bosque. Hemos conseguido sin duda instalar un campamento privilegiado, tal vez el más pintoresco y tranquilo de los que he disfrutado en mis largas peregrinaciones cordilleranas. Quietud y paz absolutas. Hasta la misma vida animal tiene aquí escasas manifestaciones. Algunos aguiluchos, y una especie de búho grandote, que deja oír de vez en cuando su voz monótona y lúgubre, son las únicas aves que viven en estos solitarios bosques. Abundan, sin embargo, las liebres; por doquiera encontramos sus excrementos, hasta en la gran altura, donde empiezan las nieves perpetuas. Advertimos su presencia y voracidad, pues de noche devoraban las tiernas plantitas de achicoria que nosotros buscábamos para la ensalada. Los guanacos que observamos a la entrada del valle no llegan hasta aquí, y de los huemules, hallamos únicamente viejas pisadas, debido quizás a que escasean los pastos.

El 9 de diciembre Schmoll y Rainieri bajan temprano al puesto de Muñoz para buscar carne de capón. La poca que nos había traído don Bernardo ya se nos ha acabado. Emplean dos horas y media en bajar y tres en subir una distancia de aproximadamente tres leguas.

13 DE DICIEMBRE

Alentado por una repentina serenidad del cielo, me dirijo con Heim y Schmoll al segundo campamento. Cuando entramos en el primer campo de nieve, el San Lorenzo, poco antes completamente despejado, se va cubriendo lentamente de nubes y empieza a soplar un fuerte viento del noroeste. Continuamos hasta la altura de 1.850 m y, viendo que el tiempo empeoraba, volvimos al campamento. Por la tarde disminuye el viento y llueve.

14 DE DICIEMBRE

Ha cesado la lluvia y empiezan a soplar ráfagas de viento del suroeste que limpian totalmente de nubes el San Lorenzo. A la entrada de la tarde el viento se calma y

el barómetro sube sensiblemente, despertando en nosotros la esperanza de que el tiempo se componga y nos permita realizar la ascensión definitiva al San Lorenzo.

15 DE DICIEMBRE

Como lo habíamos pronosticado, el día amaneció sereno. Cargamos otra vez con nuestros sacos de dormir y demás utensilios de alta montaña y, dejando solo al cocinero, no siéndonos ya necesaria su ayuda para el transporte del equipaje, emprendemos la ruta seguida en los viajes anteriores. Nuestros ojos se alzan para contemplar con secreto anhelo la blanca cúspide del gigante que corta el azul del cielo con altiva majestad. ¿Llegaremos a conquistarla?

Cuando a las 9 cruzamos el primer cañadón glacial, encontramos ya la nieve blanda por el calor insólito de las primeras horas de sol. La subida del segundo valle glacial se nos hace extremadamente fatigosa y lenta, porque nos hundimos en la nieve hasta la cintura. Desde el principio hemos tenido que hacer uso de la soga. Notamos con maravilla que el campo de hielo ha experimentado en tan corto lapso profundas modificaciones. Numerosas grietas cortan ahora el glaciar, donde apenas dos semanas antes había una espesa capa de nieve que permitía cruzar con toda facilidad.

Poco antes de mediodía alcanzamos el portezuelo que da acceso a la vertiente del valle del río del Salto. Lo encontramos totalmente cubierto de una densa capa de humo causada por el incendio de un bosque. Nos detenemos un tiempo para tomar un bocado y luego bajamos al vasto campo de nevisca, que reviste la ladera occidental del San Lorenzo. De aquí, volviendo nuestros pasos hacia el sur empezamos la subida de la áspera pendiente surcada de avalanchas, que nos lleva al segundo campamento. Cruzamos cautelosos algunas peligrosas grietas y a las 14 horas estábamos en la meta.

Allí estaba el depósito de víveres con los utensilios de cocina y las dos carpas que procedimos a armar después de allanar con las piquetas, para poderlas instalar, una pequeña extensión en el declive del monte. El día ha sido muy caluroso, y a poco de llegar, nos encontramos envueltos en el denso humo del incendio, que se propaga en el valle del río del Salto, avivado por una fuerte brisa del norte. El magnífico horizonte de montañas y de hielo ha desaparecido totalmente cubierto por una espesa capa de humo, entre la cual asoma el disco solar como una rojiza bola de fuego. Con las dos carpas aumentaron las comodidades tanto para dormir como para cocinar, facilitando a Schmoll el desempeño de su oficio de cocinero.

Nos acostamos temprano, al abrigo de nuestras carpas, con la pesadilla del tiempo que, por la nueva dirección del viento noroeste, daba poca garantía de estabilidad. En efecto, al cerrar la noche, fuertes ráfagas, indicio seguro de mal tiempo, bajaban de la montaña y sacudían con vehemencia nuestras carpas amenazando con voltearlas. Casi no pudimos cerrar un ojo en toda la noche.



Hacia el San Lorenzo, transportando la carga al segundo campamento.

El cerro Ortúzar visto desde el ventisquero del San Lorenzo.

16 DE DICIEMBRE

El día amanece triste y sin luz. Las nubes cubren las montañas y descienden casi hasta nosotros. No hace frío; el termómetro ha señalado la mínima de sólo dos grados bajo cero. Mala señal, porque los días serenos y de calma coinciden únicamente con la brisa del sur que es muy fría y seca. Toda la mañana trabajamos cortando bloques de nieve helada para abrir en la pendiente un refugio para nuestras carpas. Con este fin levantamos alrededor de las mismas una pared de bloques de nieve.

17 DE DICIEMBRE

Pasamos la noche discretamente, aunque molestados aún por las rachas de viento que caían verticalmente sobre las carpas, anulando casi por completo la muralla de hielo que habíamos construido. Pero en las primeras horas de la mañana calmó el viento y tuvimos la impresión de que el tiempo iba a mejorar. Sin embargo, poco alentadora fue la impresión que recibimos cuando, al salir de nuestras carpas, observamos que las montañas, aunque enteramente descubiertas, continuaban bajo una uniforme y densa capa de nubes. Permanecemos un buen rato perplejos, dudando si emprender o no la ascensión; pero al fin nos decidimos a realizar una suprema tentativa, juzgando que el día no era del todo malo y que si dejábamos pasar aquella oportunidad quién sabe hasta cuándo hubiéramos tenido que esperar para que llegara un día sereno. A las 7:30 dejamos nuestras carpas, llevando con nosotros los utensilios de montaña, unos pocos víveres y los aparatos fotográficos y de cine. Al trepar la empinada cuesta de hielo, notamos enseguida el sensible cambio del glaciar en el cual encontramos grandes y profundas grietas que antes no existían. Afortunadamente no son muy anchas y podemos pasarlas sobre puentes delgados que amenazan hundirse.

Nuestra mirada se vuelve a menudo hacia las cadenas de montañas que se extienden en el horizonte para cerciorarnos de que continúan los indicios de buen tiempo. Sin embargo, el gran macizo San Valentín se mantiene enteramente descubierto y domina con su enorme mole blanca los montes vecinos, iluminado por los rayos de un Sol pálido y sin vida. La nieve, durante este primer trecho, se presenta más blanda que en el viaje anterior, ahorrando al guía Heim el trabajo de cortar escalones. Apenas hemos subido a la plataforma que se extiende al pie del murallón de hielo cuando vemos, con creciente pesar, que las nubes, antes muy elevadas, se van deslizándose rápidamente hacia abajo y envuelven totalmente la cúspide del monte. Potentes ráfagas de viento las desgarran y parece por un momento que van a desaparecer, pero vuelven nuevamente y se pegan al hielo con más firmeza que antes.

A las 9 estamos ya al pie de la gran pared y empezamos la subida entre fantásticos *seracs*. Aquí modificamos un tanto la ruta seguida en la primera tentativa para evitar la profunda grieta que encontramos entonces, y trepamos por otra cuesta de hielo casi vertical, donde Heim tiene que trabajar duramente con la piqueta

tallando escalones. Entretanto, la neblina nos ha envuelto por completo, pero no es tan densa como en la primera ascensión y confiamos en que más tarde desaparecerá. Vamos adelantando lentamente sobre un paredón de hielo, en el que tenemos que esperar turno para avanzar, afirmando bien la picota en la nieve escarchada. Llegados a la cima de la abrupta pendiente, Heim avanza oblicuamente sobre una angosta y escarpada canaleta y continúa su trabajo de piqueta con creciente vigor.

Así pasamos largos instantes de espera, asegurados con la sogá, mientras en el silencio sepulcral no se oye sino el ruido de los pedazos de hielo cortados por Heim que se precipitan por la pendiente. Notamos, entretanto, que la capa de nubes se va haciendo más sutil y luminosa y que a través de ella aparece en lo alto el disco solar, despertando en nosotros una viva alegría. Heim está ya por salir de la canaleta y, visiblemente satisfecho por los buenos indicios del tiempo, canturrea una canción italiana, mientras corta las últimas gradas que dan salida a un rellano. Apenas hemos penetrado en ese pequeño balcón, la neblina, con asombrosa rapidez, se desgarrá por completo y se nos aparece un magnífico trozo de cielo azul, desde el cual el Sol nos inunda de luz y calor, mientras va surgiendo lentamente de entre los tenues vapores la cúspide del gran paredón de hielo, con sus fantásticos y magníficos cornisones de nieve y escarcha. Quedamos atónitos frente a tan incomparable visión que parece transportarnos a un mundo ultraterrenal; pero, con la misma rapidez con que se ofreció a nuestra mirada, las nubes vuelven a cerrarse como un mágico telón, ocultando a nuestros ojos aquel encantador espectáculo. A pesar de la rapidez con que intenté sacar de la mochila mi máquina de filmar, no alcancé a reproducir la maravillosa escena.

Adelantamos con ánimo más decidido por el corazón de aquel gigante, como dominados por el hechizo de una atracción misteriosa, subyugados por el encanto de aquellas desconocidas y seductoras bellezas que llenaban nuestro ánimo de profundos sentimientos de regocijo y admiración. Nos parece haber penetrado en un mundo de ensueño y encanto. Seguimos lentamente nuestra ruta, serpenteando alrededor de la enorme masa de hielo resquebrajada, buscando con ansiedad una senda que nos conduzca a la excelsa cúspide. A ratos el velo que oculta aquella admirable arquitectura se abre y descubre a nuestra ávida mirada poliedros, obeliscos apilados e incrustados unos con otros, largos cornisones, cuevas de intenso color turquí y colosales columnas filigranadas de cristales de hielo, a cuyos pies se nos antoja ver como postrados en acto de adoración, cual rendidas cariátides, ángeles majestuosos, de alas candidísimas, adornadas de finísimos tules y encajes maravillosamente urdidos por la escarcha y el viento.

La majestad de este templo se ve hoy hollada, por primera vez, por la huella del hombre, y el monte entero nos parece un turíbulo majestoso, que envuelve con sus nubes de incienso sus laderas, elevándolo como un acto propiciatorio a Dios, supremo Hacedor de lo creado, hasta su cúspide máxima, que pronto será dominada.

Ya casi hemos llegado a la cima del formidable murallón, cuando nos hallamos detenidos por una enorme cornisa de hielo, que emerge en el vacío. Heim escudriña la pendiente, y por entre los rápidos claros en que se rompe la neblina, descubre una posible subida por el lado norte. Trepamos otras ásperas cuestas, nos



Subiendo la cuesta occidental del San Lorenzo. En el horizonte se divisa la cordillera principal con el macizo San Valentín, y más cerca la cadena Cochrane y el cordón Esmeralda.

Segundo campamento entre los hielos, a 2.320 m.

internamos por angostos cañadones, donde el hielo agrietado refleja un intenso color azul, y al fin, por una fácil cresta, alcanzamos el vértice del murallón que forma como un último y gran escalón, cortado en la falda del coloso. Nuestra mirada escruta ansiosamente aquel nuevo camino por entre la densa neblina que siempre nos rodea sin poder distinguir la ruta más allá de unos pocos centenares de metros. Nos damos cuenta de haber penetrado en una pequeña meseta que recubre de un manto glacial la extremidad boreal del San Lorenzo. Son las 13 horas. El barómetro nos indica una altura de 3.200 m* y el termómetro marca una temperatura de un grado bajo cero. Nos detenemos un instante para comer y enseguida reanudamos nuestro camino hacia el suroeste, donde suponemos que se encuentra la cumbre.

Para mejor orientarnos nos hemos acercado al borde oriental de la cresta del macizo que cae a pique por más de 2.000 m sobre el valle del río Lácteo, paraje que yo conozco, dejándonos guiar por las enormes cornisas de hielo sobresalientes y por algunos paredones cortados verticalmente sobre el abismo, que de cuando en cuando se entrevén semivelados por la neblina. Con penosa incertidumbre adelantamos silenciosos, internándonos en ese caos grisáceo, subiendo sensiblemente entre lomas redondeadas y extrañas protuberancias orladas de una artística capa de cristales, que parecen flores. Ya han transcurrido casi tres horas desde que emprendimos la travesía de este gran lomo de hielo, y Heim, que avanza cautelosamente, me interroga con frecuencia: ¿a qué altura estamos? El barómetro indica, en efecto, una altura que se aproxima a la señalada en los mapas; así que, cuando a las 16 horas alcanzamos la cima de un torreón de hielo a 3.550 m, nuestra ansiedad llega al colmo. Por doquiera abismos profundos nos rodean y el misterio se acrecienta debido al denso velo de neblina que tenazmente nos envuelve.

¿Dónde estamos?

Mientras impacientes buscábamos en aquella desoladora incertidumbre algún indicio orientador, una racha imprevista de viento desgarró el velo de las nubes y aparece ante nosotros hacia el sur, en toda su grandeza y majestad, la cúspide excelsa del San Lorenzo, iluminada por los rayos de un vivísimo Sol.

Un escalofrío de gozo invadió nuestro espíritu mientras exclamamos a coro: ¡la cumbre, la cumbre! La pesadilla que nos oprimiera durante seis horas de áspera subida por entre la neblina, en la parte más ardua y peligrosa de la montaña, ha desaparecido. Por fin el gigante andino ha descubierto su imponente rostro y parece sonreírnos y alentarnos en el tramo decisivo. Una profunda quebrada, que la niebla allí detenida hace aparecer más honda y abrupta, nos separa de la cumbre y por un momento nos parece imposible superarla en aquella hora avanzada de la tarde, cuando un golpe de viento barre instantáneamente las nubes, descubriéndonos un camino relativamente fácil y corto. Bajamos enseguida unos 150 metros por la inclinada ladera de hielo hasta un portezuelo y empezamos de nuevo a trepar una empinada cuesta que ha de conducirnos a la cumbre.

* En el original esta cifra aparece tachada. En la edición italiana, 1949, se repite la consignada arriba (N.E.).

No nos es posible avanzar con la velocidad que quisiéramos, pues la cuesta es muy áspera y de tanto en tanto obliga a Heim a cortar escalones o a rodear pequeñas y singulares salientes en forma de cornisas cubiertas de cristales de hielo. Las nubes que llegan desgredadas y hinchadas de vapores desde occidente, arrastradas por una fuerte brisa del noroeste, se deshacen en el lado oriental del macizo, descubriendo a nuestra mirada abruptas paredes e impresionantes despeñaderos cortados a plomo sobre sábanas de glaciares que cuelgan sus lenguas sobre los valles de los ríos Lácteo y Platten. La blanca cumbre, que emerge vivamente sobre un pedazo de cielo azul, besada por los rayos del Sol poniente, está ya muy cerca.

Heim se interna en una canaleta de hielo tallada verticalmente sobre el valle del río Lácteo y empieza a cortar los últimos escalones. Adelantamos con mucha cautela, uno por vez, con toda la soga tendida por el inseguro pasadizo, porque una caída representaría un salto de 2.400 metros, sin estaciones intermedias, y a los pocos minutos logramos arribar a la inmaculada cumbre. Son las 17:30.

Con viva satisfacción doy un fuerte y cordial apretón de manos a Heim y a Schmoll, que con tanto tesón han cooperado en la realización de esta empresa, mientras un recíproco y profundo sentimiento de júbilo invade nuestras almas por el triunfo conseguido.

Desde la cumbre, totalmente revestida de nieve y de hielo y que mide 8 metros de ancho por unos 15 de largo, el panorama que se nos presenta está oculto en gran parte hacia occidente, por grandes nubarrones, entre los cuales aparecen blancas crestas y profundas hondonadas de nieve. A levante, en cambio, podemos distinguir, sumergidos a nuestros pies, aunque parcialmente velados por las nubes, los valles del río Platten y del Lácteo, salpicados de pequeñas lagunas y surcados por las hebras plateadas de los ríos.

Por este lado, la cumbre del San Lorenzo muestra su vertical cima de granito, cubierta en parte por incrustaciones de hielo, algunas de las cuales tienen la forma de delgadas columnas, como si fueran candelabros.

Sacamos de la mochila una estatuilla metálica de María Auxiliadora y la afirmamos en un fuste preparado de antemano que incrustamos profundamente en la nieve. La Virgen Santísima, reina de la cordillera, desde esta cumbre dominadora, que constituye el límite entre Argentina y Chile, velará por la paz entre estas dos naciones hermanas y por la prosperidad y el triunfo de la obra salesiana en la Patagonia, de la cual se ha constituido en celestial Protectora.

Schmoll ha ligado a un asta la bandera argentina, que flameará al lado de la imagen de María Auxiliadora, y el gallardete del Club Andino Bariloche, obsequio de su Presidente, el ingeniero Emilio Frey. Añado a la misma un banderín tricolor italiano, evocando a mi lejana y querida patria y a los millones de italianos que trabajaron y aún trabajan por la grandeza de este país. Ya ondea airosa en el mástil augusto de la elevada montaña la noble enseña argentina; y sus colores, blanco y celeste, parecen admirablemente fundidos en el candor de la nieve y el azul del cielo*.

* Evidentemente faltó en ese momento de triunfo la bandera de Chile, país cosoberano de la cumbre del San Lorenzo, por cuyo territorio se había desarrollado el acceso a la montaña y el ascenso



Cornisas y singulares incrustaciones de hielo en la pared sudoeste del San Lorenzo.
Vertiente sureste de la cadena Cochrane vista desde nuestro segundo campamento a 2.320 m.



El paredón occidental del San Lorenzo, a 600 m de altura, que hubimos de trepar envueltos en la neblina.

Celebramos nuestra victoria bebiendo una copita de cognac y enseguida nos dedicamos a tomar fotos y películas y a efectuar observaciones indispensables. El termómetro marca apenas tres grados bajo cero, pero el frío parece mucho más intenso debido al viento húmedo y helado que sopla del noroeste. El barómetro indica una altura de 3.690 m**.

Terminadas nuestras observaciones y fotos, emprendemos apresuradamente el descenso porque la hora es ya avanzada y no queremos que nos sorprenda la noche en aquellas alturas, donde el frío y los repentinos cambios atmosféricos podrían sernos fatales. Cruzamos con lentitud y circunspección los pasos más peligrosos y bajamos con rapidez la pendiente hasta el portezuelo que se encuentra a 300 m más debajo de la cumbre. De allí volvemos a trepar los 150 m de ladera que nos conducen al torreón, desde donde la bajada se torna ya rápida, siguiendo nuestros mismos rastros.

El frío de la tarde va lentamente disipando los vapores, y poco a poco comenzamos a distinguir a occidente, en el lejano horizonte, las innumerables montañas y picachos cubiertos de nieves eternas de la gran cordillera de los Andes. El Sol, cercano al ocaso, asaetea con sus rayos de oro aquel caos de montañas y hielo, ribeteando las nubes con las tonalidades más sorprendentes.

La cadena Cochrane con sus blancas torres y cumbres, el monte Ortúzar y otros picachos han perdido en parte su imponencia y se muestran como modestos satélites al lado del gigante, ya que su altura no sobrepasa los 2.800-2.900 m. Por oriente acucian nuestra maravilla los enormes cornisones que se desprenden de la cresta del San Lorenzo y sobresalen en el vacío por 15 o 20 m. Siento no poder reproducir en las fotos estas maravillas, ya sea por lo adelantado de la hora, ya por la prisa que tenemos, pues nos preocupa bajar del gran murallón de hielo antes que nos sorprenda la noche. El aclarar de las nubes nos descubre, a medida que vamos bajando, las vueltas largas e inútiles que por causa de la neblina hemos dado a la subida, siguiendo la cresta oriental del monte. Podemos así completar nuestro conocimiento sobre la configuración del gran manto de nieve que cubre la parte terminal del gran macizo, a más de 3.000 m de altura, el cual conserva su forma casi lisa en la extremidad septentrional, y se eleva en el centro, en suave declive, hasta la cumbre, sin presentar grietas ni dificultades de importancia. Con tiempo claro hubiéramos podido recorrerlo en la mitad del lapso empleado, ahorrándonos la subida y bajada del torreón, que está próximo a la cumbre.

Poco antes de las 8 estamos al borde del murallón de hielo y empezamos su descenso, siguiendo nuestras pisadas y escalones que nos guían en los laberintos de *seracs*, haciéndonos más rápida y fácil la bajada. Al llegar al rellano, al pie del murallón, encontramos atravesado el camino por un largo y profundo surco abierto durante el día por un alud que se desprendió del paredón, sembrando bloques de nieve y de hielo por la pendiente.

a la cumbre, y de cuyos habitantes el explorador había recibido ayuda entonces y antes... *noblesse oblige* (N.E.).

** La altura real de este monte es de 3.700 m (N.E.).

A las 22 horas entramos en nuestras carpas, cuando ya las sombras de la noche van espesándose cada vez más. Habíamos empleado casi diez horas en escalar la cumbre del macizo y solamente cuatro en el descenso. Advertimos con sorpresa que la muralla construida para abrigar nuestras carpas se había destruido en parte, debido al calor extraordinario del día, que había alcanzado a la sombra una máxima de 12 grados. El cansancio producido por la ardua caminata queda compensado por la satisfacción y el contento que nos embargan al haber podido realizar, aunque las condiciones del tiempo no fueran del todo propicias, aquel supremo anhelo. Schmoll derrite nieve con la Primus y prepara la cena. Tomamos sopa y café en abundancia para apagar la ardiente sed que nos atormentaba, y luego nos refugiamos en la carpa para acostarnos en nuestros sacos de dormir.

18 DE DICIEMBRE

Heim no ha podido conciliar el sueño por un fuerte dolor de ojos y está casi ciego. Su vista ha sufrido intensamente por la refracción de la nieve, pues se quitó por largo tiempo los anteojos a fin de poder distinguir mejor el camino entre la neblina. Nos apresuramos en salir. Schmoll y yo cargamos los equipos más indispensables, dejando allí lo restante para volver más tarde a buscarlo en otro viaje. A las 9 abandonamos el campamento y empezamos el descenso por la nieve húmeda y pesada. El cielo está cubierto de gruesas nubes y sopla fuerte viento del noroeste acompañado de granizo. Caminamos con lentitud, pues Heim ve con dificultad y hay que advertirlo cuando cruzamos las grietas, que aumentaron de número en aquellos pocos días y se hicieron más peligrosas con el ablandamiento de la nieve.

Al llegar al campamento base, el cocinero nos recibe con exclamaciones de júbilo. Conocía nuestro triunfo. Desde nuestra partida no había dejado un instante de observar la cumbre del San Lorenzo, casi siempre oculta entre las nubes. En la tarde del tercer día, el repentino aclararse de la cúspide del monte lo puso en alerta; apuntó hacia allí los prismáticos y, con gran estupor y contento, divisó claramente nuestras figuras que salían de las nubes, una en pos de otra, trepando una pared de hielo de una verticalidad inverosímil. Durante dos horas y media pudo seguir, en todos sus detalles, nuestra ascensión por el torreón de hielo, donde poco después desaparecimos, para vernos reaparecer en la cumbre y seguirnos más tarde en el descenso*.

19 DE DICIEMBRE

Descanso. Celebro la Santa Misa agradeciendo a Dios su protección, librándonos de los peligros de la difícil empresa y dándonos la victoria apetecida. Hemmi se

* Verdaderamente notable fue el esfuerzo del padre De Agostini –una proeza andinística– considerando que era ya un hombre sexagenario (N.E.)



Allanando el hielo para colocar una segunda carpa.
Construyendo una pared de hielo para abrigar nuestra carpa del viento.

restablece completamente de la vista y, sin pensar en el descanso, se prepara para volver al día siguiente al segundo campamento en busca del equipaje restante.

20 DE DICIEMBRE

Heim y Rainieri salen temprano para el segundo campamento, mientras Schmoll baja hasta el puesto de Muñoz para dar noticia de la ascensión realizada y para avisar al peón de la estancia que el 22 conduzca cuatro cargueros hasta la entrada del valle donde acampamos la primera vez. La partida de don Bernardo nos priva de la comodidad de llevar nuestro equipaje con las mulas a través del desfiladero; son unos 350 kilos, que esta vez tendremos que transportar nosotros, aunque en varios viajes.

21 DE DICIEMBRE

A la mañana temprano desarmamos nuestras carpas y preparamos todo el equipaje de modo que nos sea fácil llevarlo sobre nuestros hombros. A Schmoll y especialmente a Heim, les toca la parte más pesada de la carga, unos 40 a 50 kilos para cada uno. En dos viajes sucesivos, uno por la mañana y otro por la tarde, la parte principal del equipaje queda transportada hasta la entrada del valle del Tranquilo, donde pernoctamos.

22 DE DICIEMBRE

Hemmi y Schmoll parten temprano hacia el campamento base para traer el equipo restante y a las pocas horas están ya de vuelta. A las 9 llega el peón de la estancia Río Oro con los cuatro cargueros. Cargamos enseguida, y a eso de las 12 ya podemos seguir viaje con todo el equipaje hasta la estancia Río Oro, donde pernoctamos. Al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, nos encontramos ya en la pequeña población de lago Pueyrredón, donde los amigos y los colonos nos felicitan y agasajan por la victoria conseguida. Nuestra expedición al macizo San Lorenzo, no obstante los tropiezos y dificultades creados por el atraso de los víveres y por el mal tiempo, había logrado finalmente el fin propuesto. Heim, con su reconocida pericia de guía alpino, y Schmoll, con su habilidad y competencia de montañés, me resultaron valiosos compañeros en la conquista de la montaña más alta de la cordillera Patagónica en la vertiente oriental. Nos separamos en río Blanco; ellos salieron con rumbo a Comodoro Rivadavia y Bariloche y yo partí para San Julián y Tierra del Fuego.

Desde la meseta de Caracoles, mientras se alejaba velozmente nuestro auto de la cordillera, mis ojos se volvían instintivamente hacia el macizo, semivelado por las nubes, y mi pensamiento subía con ternura y afecto hacia la cándida cúspide donde la Virgen Auxiliadora, desde aquellas blancas soledades, irradiaba sobre la Patagonia entera sus maternales bendiciones.

La noticia de la ascensión a la cumbre del San Lorenzo, que se creía inaccesible, se había esparcido entre los pobladores de la región; y los comentarios, como es natural entre las gentes que poco conocen de este deporte, revestían contornos recelosos y singulares. En un boliche cerca de río Chico, por donde pasamos poco después, hemos podido recoger, sin que se dieran cuenta, una de esas sabrosas apreciaciones, sorprendiendo un acalorado diálogo entre varios peones y un gaucho, el cual hubo de pronunciar la última y autorizada palabra:

“A mí no me la pegan, dijo. Yo he visto de cerca la cumbre del San Lorenzo; es terrible; y si no le han echado un lazo, no es posible que la hayan subido”.

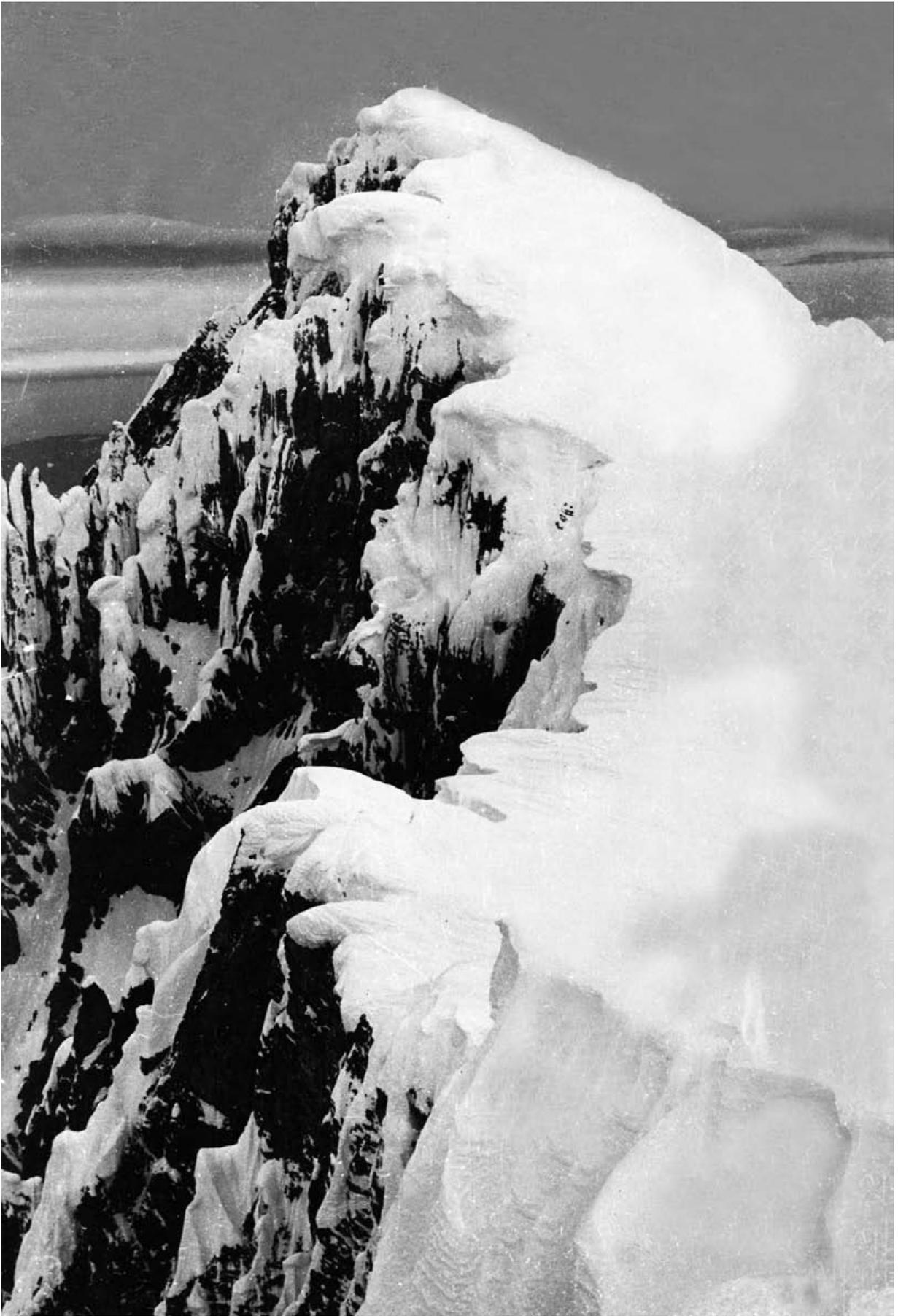


Vertiente occidental del San Lorenzo por donde se efectuó la ascensión. Telefoto obtenida en febrero de 1941.

El guía Heim cortando escalones, perdido en la neblina.



La cumbre del San Lorenzo asomando entre la neblina.
El valle del río Platten visto desde la cumbre del San Lorenzo.



Deposé

La cumbre del San Lorenzo (3.700 m).

Fot. A.M. De Agostini



En la cumbre excelsa, al lado de la imagen de María Auxiliadora, flamean la bandera argentina, el gallardete del Club Andino de Bariloche y un banderín tricolor italiano.

El padre De Agostini (en el medio), el guía Heim (a la derecha) y el señor Schmoll (a la izquierda), en la cumbre del San Lorenzo.

CAPÍTULO XIX

LOS PATAGONES O TEHUELCHES

Origen del vocablo 'patagón'. Área de dispersión. Idioma y estatura de los tehuelches. Caracteres físicos. Vestidos y adornos. Armas. Toldos y menaje. Alimentos. Matrimonio. Bailes y fiestas. Rito fúnebre. Religión. El Gualichu y el brujo. Vida social. Misiones y misioneros salesianos. Próxima extinción de los tehuelches

Hoy, cuando la civilización, con todos sus modernos adelantos, ha invadido rápidamente las llanuras patagónicas, poblándola de miles de ovejas, abriendo caminos, edificando estancias y aldeas, cuesta recordar que esas mismas llanuras, hasta hace sólo pocos decenios, pertenecían por entero a aquellos famosos indígenas gigantescos que Magallanes, en mayo de 1520, había encontrado en las playas de San Julián y que por las grandes huellas que sus pies, cubiertos con pieles de guanaco, dejaban en la arena, había denominado, según relata Pigafetta, *patagones* (pies grandes), denominación que luego se extendió a toda la región habitada por ellos^{8*}.

⁸ El calzado de esta gente estaba hecho con un pedazo de piel de guanaco, generalmente de la parte de las piernas, como aún hoy acostumbran hacerlo los onas de Tierra del Fuego, y las huellas que dejaban eran tan grandes que daban la idea de unos pies enormes, por cuyo motivo Magallanes los denominó patagones.

Algunos autores modernos, no satisfechos con la explicación de Pigafetta, buscaron el origen de este nombre en las lenguas indígenas, recurriendo a especiosas combinaciones de palabras. Según algunos, provendría de la lengua pampa, en la que la palabra *pa* expresa la idea de venir, y *thagon*, la de romperse o quebrarse. De esta forma, 'patagón' significaría, el que llega despedazado, roto, y Patagonia, tierra rota, quebrada por las violentas conmociones sísmicas ocurridas en épocas remotas. Véase P.P. Pasteles, *El descubrimiento del estrecho de Magallanes*, vol. I, p. 67. Otros, en cambio, la derivan de la combinación de las dos voces quichuas: *pata* y *cerma*, que significarían tierra en forma de mesetas. Véase Sir Clemente Markham en *Geographical Journal*, octubre 1889, p. 337.

El profesor Spegazzini encontraría la explicación en la voz quichua *patak*, que en este idioma significa cien, y *aóneken*, nombre que los indígenas se daban a sí mismos; por consiguiente, *Patak-aóneken*, más tarde corrompido y alterado, tendría el significado de "centuria de los *aóneken*". Véase *Anales de la Sociedad Geográfica Argentina*, XVII, 1881, p. 221.

En la segunda mitad del siglo XVIII se divulgó la denominación tehuelche, de origen araucano, que tuvo distintas interpretaciones. Según recientes investigaciones del doctor Federico A. Escalada, derivaría de la dicción araucana *chewel* o *chehuel*, cuyo significado es 'bravo', 'arisco'. Por consiguiente

Los patagones o tehuelche habitaban las grandes llanuras limitadas al norte por los ríos Negro y Limay, al oeste por la cordillera de los Andes, al este por el Atlántico y al sur por el estrecho de Magallanes, y estaban divididos por el río Santa Cruz en dos grandes tribus: septentrionales y meridionales^{9**}. Estas dos tribus estaban constituidas por diferentes clanes, o agrupaciones de numerosas familias, las cuales tenían un cacique, del que tomaban el nombre.

Hablaban el mismo idioma, modificado solamente por algunas diferencias dialectales y de pronunciación¹⁰ y tenían substancialmente los mismos caracteres físicos y étnicos, aun cuando los meridionales fuesen más elevados de estatura, mejor formados y demostrasen mayor habilidad en el manejo de las boleadoras. Los septentrionales, por hallarse en frecuente contacto con sus vecinos puelches (indígenas de la pampa) y con los manzaneros (araucanos del Bajo Neuquén), con quienes contraían matrimonio, mostraban pequeñas diferencias somáticas y estaban más adelantados en las artes, especialmente en la elaboración del hierro y de la plata, con los que fabricaban ornamentos y pequeños utensilios.

El aspecto exterior de los patagones tuvo su primer descriptor en una época más temprana que muchos otros pueblos más elevados de Sudamérica en el diario

Chewelche (compuesto de las palabras araucanas *chehuel* = arisco y mapuche *che* = gente), significaría ‘gente arisca o brava’. Cfr. Fdco. A. Escalada, *El complejo tehuelche*, Buenos Aires, 1949, cap. v: La palabra tehuelche, su significado y su contenido, pp. 27-37.

Por ser palabra indígena, nosotros conservamos su valor etimológico y por eso la consideramos invariable y escribimos tehuelche, sin añadir al plural la *s*. El nombre que se daban a sí mismos era *Tzoneca*, que en su idioma significa hombre o gente.

* Aquí el padre De Agostini se hace eco de la tradición, ya superada por la historiografía contemporánea. Los aónikenk o tehuelche meridionales (los patagones de los españoles) no tenían pies grandes ni eran gigantes. La voz ‘patagón’ y por extensión ‘patagonia’, procede del nombre de un personaje de la novela de caballería *Primaleón*, a la que Magallanes como tantos otros contemporáneos era aficionado, y se le asignó al primer aborigen avistado en la bahía de San Julián en 1520, pues les pareció a los españoles agigantado y grotesco, semejante al personaje literario (N.E.).

⁹ Nos atenemos aquí a la clasificación étnica establecida por Musters. Otra clasificación, con distinta determinación de lugar, fruto de nuevas y largas averiguaciones *in situ*, es la del doctor F. Escalada, el cual subdivide a los patagones en tres grupos: *Guénena-kéne*, el componente septentrional; *Aóni-kénk*, el componente meridional y el *Chehuache kénk*, el componente occidental. Cfr. Federico A. Escalada, *El complejo tehuelche*, Buenos Aires, 1949.

** La clasificación de Escalada está superada y se acepta actualmente, en cambio, la del Dr. Rodolfo Casamiquela, esto es, que los cazadores-recolectores del sur de la Patagonia –genéricamente tehuelche– formaban originalmente dos grupos étnicos emparentados culturalmente y que están separados por el río Santa Cruz: al sur del mismo, los “tehuelches meridionales australes”, propiamente los aónikenk; y al norte, los “tehuelches meridionales boreales”, o sea, los mecharnúekenk. Hacia el norte, en la zona central de la Patagonia y al pie de la cordillera, estaban los téushenkenk y en el Chubut los tehuelche septentrionales o güünaken (N.E.).

¹⁰ Según autores modernos, el idioma de los patagones poseía tres dialectos; uno antiguo, hoy extinto, el *téhues* de la región suroeste de Santa Cruz, y dos modernos, el *peén* (*e*) *kenk* de los septentrionales y al *aon* (*e*) *kenk* de los meridionales. Estos tres dialectos continentales, con los dos de los ona de Tierra del Fuego, el *sélknam* y el *mane kenk*, constituyen el grupo lingüístico *tshon* (pr. *Chón*) fundado por Lehmann-Nitsche en 1914. Cfr. J. Imbelloni, “Lenguas indígenas”, en *Historia de la Nación Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, 1936, pp. 177-205.



Una india tehuelche centenaria.

Una anciana tehuelche.

de Pigafetta (1520). Después de referirse a la estatura elevada de los indígenas vistos por él y capturados en San Julián, Pigafetta menciona la pintura facial de color rojo con un círculo amarillo alrededor de las órbitas y los cabellos blanqueados por una especie de greda clara, añadiendo que la cara era muy grande; *faza grande e dipinta**. En una palabra, los elementos descriptivos del primer observador coinciden en darnos una impresión de grandeza: pies grandes que dejan amplias huellas, talla elevada y un gran desarrollo facial.

Prescindiendo de las muchas fábulas tejidas sobre este esquema y que tuvieron vasta circulación durante los siglos XVI y XVII, por lo que los mapas antiguos de la Patagonia llevan a menudo la inscripción *Terra Gigantum*, la Antropología ha establecido que la estatura de los patagones existentes en el siglo XIX tuvo un promedio de 1,75 m, el que probablemente haya sido algo mayor en tiempos anteriores, como lo demuestra el promedio (mayor de 1.80) de la raza indígena de Tierra del Fuego septentrional, los ona, considerados por todos como los representantes más puros de la raza patagónica, por haber conservado las costumbres pedestres y haberse mantenido inmunes al mestizaje.

En cuanto a los caracteres craneanos, hay que distinguir entre los cráneos que fueron encontrados por Moreno en sepulturas antiguas, cuyo índice cefálico es 74, de las mediciones ejecutadas sobre cráneos modernos o indígenas vivientes en el siglo XIX, cuyo índice cefálico se acerca a las formas cortas: 78,5. También hay que tener en cuenta la mayor frecuencia de dolicoideos en la región septentrional de la Patagonia, mientras los patagones meridionales se acercaban a formas braquioides.

En el panorama tipológico de las razas sudamericanas los patagones se sitúan según el antropólogo profesor Imbelloni, en el grupo humano denominado de los *pámpidos*: he aquí mayores datos descriptivos de esta raza, que extractamos de las recientes publicaciones¹¹.

* En español, "cara grande y pintada" (N.E.).

¹¹ En lo que se refiere a la clasificación de la raza pámpida en relación con las otras 8 razas que componen el esquema taxonómico de la población indígena de América, Imbelloni opina que se trata de una de las más antiguas capas de la población aborigen, asignándoles el tercer lugar en orden de tiempo. Esto quiere decir que cuando los *pámpidos* se extendieron sobre el territorio americano, encontraron ya allí establecidos a otros dos contingentes: primero, la raza *fuéguida*, que sobrevive aún en el extremo borde austral, y segundo, la raza *láguida*, que ocupó hasta nuestros tiempos el macizo rocoso del Brasil oriental. Las tres razas, *fuéguidos*, *láguidos*, *pámpidos*, pertenecen igualmente al grupo de los Australoides americanos, y su carácter económico, frente a las civilizaciones más encumbradas de los agricultores inferiores, se distingue por ser de una economía parasitaria, acompañada naturalmente de intenso nomadismo. Cf. J. Imbelloni, "Tabla clasificatoria de los indios: regiones biológicas y grupos raciales de América", en *Physis*, tomo XII, Buenos Aires, 1938, pp. 229-249 y del mismo autor "El poblamiento primitivo de América", en *Cursos y conferencias*, año VI, vol. XII, Buenos Aires, 1937-1938, pp. 965-988).

Nota agregada por el editor: de unos veinte años a esta parte se ha avanzado notoriamente en lo tocante a los estudios antropológicos físicos de los aónikenk, en especial en lo referido a los cráneos, por parte de investigadores dependientes o asociados con el Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia. Universidad de Magallanes, Punta Arenas, Magallanes.

“Los pómulos son poderosos y el mentón grueso y saliente; la cara es alargada y el índice nasal leptorrino. La construcción del esqueleto es maciza, a veces enorme. Al lado de este canon macrosomático algo grosero, hay que tener en cuenta proporciones recíprocas de los miembros, que señalan una notable armonía. El corte atlético y el equilibrio de las masas musculares hacen del Pámpido uno de los más soberbios modelos del organismo humano. En cuanto a la fisonomía, no existe casi dimorfismo sexual, y los hombres muy poco se distinguen de las mujeres (en la estatura, sin embargo, la diferencia es de unos 12 cm). Color cutáneo de pigmentación intensa, con reflejos bronceados. Iris oscuro, pelo duro, liso”.

Los dientes son sanos y de una blancura maravillosa, que saben conservar mascando una goma que proviene del incienso (*Schinus dependens*), llamada por los indígenas *maki*, de sabor poco agradable, pero que resulta un excelente dentífrico. Forman con ella una especie de bolita, gruesa como una nuez, y se la pasan de boca en boca, después de haberla masticado unos minutos.

Los hombres llevan cabellos largos y espesos, que dejan caer en mechones ondulados y sueltos hasta los hombros, asegurándolos en la frente con un cintillo de color, llamada huincha o *wincha*; todos los días los hacen peinar por sus mujeres, teniendo cuidado de quemar escrupulosamente hasta el último cabello que pudiera desprenderse, porque los indios creen que si algún enemigo alcanza a poseer una hebra podría causarles algún embrujo.

El rostro y el cuerpo son casi lampiños por la costumbre que tienen de depilarse, lo que les da un aspecto de fresca y perenne juventud. En las mujeres, el efecto de la vejez es desastroso. La cara se cubre de profundas arrugas que dan a su semblante un aspecto de verdaderas arpías. Es notable en algunos de estos indígenas, especialmente en los caciques, que sobresalen siempre por sus extraordinarias cualidades físicas, la expresión grave de autoridad que emana de su rostro casi siempre serio, aumentada por el porte digno y noble de toda la persona.

El misionero salesiano padre José Beauvoir, que desde 1885 comenzó su apostolado entre estos indígenas y conoció las principales tribus que en aquel entonces sobrevivían aún, describe así la figura austera del cacique Papón, que vivía con su tribu en las cercanías de Santa Cruz:

“A pesar de estar ya viejo –tenía cerca de 80 años– llevaba derechos los hombros y erguido todo su cuerpo; era alto, poco menos de 2 metros, y estaba muy bien formado. Ahora mismo no se lo hubiera creído viejo, por su agilidad y resistencia, si las canas y las arrugas abundantes que surcaban su rostro no lo hubieran manifestado claramente. Majestuoso en todo su porte, tanto cabalgando como caminando a pie, su aspecto, que de joven debió ser atrayente y jovial, era ahora digno y tranquilo; sus ojos, de una mirada ya escrutadora, ya llena de bondad, eran vivos y llenos de inteligencia. Su nariz era aguileña, regulares la boca y los labios, sanos los dientes, serena y meditaabunda la frente”¹².

¹² Una descripción muy parecida es la que hizo Musters del cacique Orkeke con el cual convivió íntimamente dos meses, mientras acompañaba a una tribu tehuelche a través de toda la Patagonia. El



Indios tehuelche del lago Cardiel.

Mujer tehuelche.

La cultura de los patagones sufrió una intensa transformación durante los tres siglos posteriores al viaje de Pigafetta, tanto en las costumbres como en la economía y la religión, y se debió principalmente a la fuerza de predominio ejercido sobre los patagones por la cultura de los Araucanos, que en los últimos siglos invadieron las mesetas de oeste a este. Otra causa importante de esta transformación fue la introducción del caballo. El antiguo nomadismo indígena, absolutamente pedestre, fue transformado en ecuestre, lo que trajo una verdadera revolución en el entero patrimonio cultural. El vestido del indio patagón consistía en un taparrabo formado por un pedazo de cuero flexible, que hacía pasar por entre sus piernas y sujetaba a los flancos por sus cuatro puntas. Lo restante del cuerpo se cubría con un gran manto (*kañ*) hecho con pequeños cueros de guanaco, colocando el pelo hacia dentro y asegurándolo durante los viajes con un cinturón de cuero. Al contacto con los blancos sustituyeron paulatinamente los cueros por tejidos de tela. El manto de cuero era pintado por las mujeres del lado liso con dibujos geométricos de color rojo, amarillo y azul, colores que obtenían de las raíces de ciertos arbustos, así como de ocres de determinadas localidades próximas a la cordillera¹³.

El vestido de las mujeres era más o menos el mismo de los hombres. A más del gran manto que aseguraban al pecho con cinturones, o con alfileres de plata, en las últimas épocas llevaban una especie de camisa de cuero bien sobado, que envolvía por completo el cuerpo, desde el seno hasta las rodillas, y debajo de ella, otro pedazo de cuero colgado de la cintura. Los chicos llevaban también pequeños mantos, y únicamente a los varones los dejaban ir desnudos hasta la edad de 6 o 7 años.

Los patagones tenían profundamente arraigado el sentido de la decencia; sobre todo las mujeres eran escrupulosamente púdicas, no dejando descubierta nunca ninguna parte del cuerpo, a excepción de los brazos. Y su delicadeza era tal que, durante el baño que solían tomar todas las mañanas antes del alba y en el que ambos sexos se mantenían escrupulosamente separados, entraban al agua rigurosamente envueltas en su manto, y luego, siempre cubiertas, regresaban al toldo, y allí permanecían arrimadas al fuego hasta que el vestido se secaba en su cuerpo. El ingeniero Onelli, que en sus frecuentes relaciones con los tehuelche durante sus largos viajes por la Patagonia, fue más de una vez testigo de esta profunda reserva, nos ofrece una interesante descripción en su libro *Trepano los Andes*.

Como calzado, usaban en los tiempos antiguos, lo mismo que los indígenas Onas de Tierra del Fuego, las primitivas sandalias (*aien*) hechas de cuero de guanaco, de que habla Pigafetta, y que les valió el nombre de patagones (pies grandes); pero en la actualidad, desde la introducción del caballo, calzaban las botas de po-

capitán Musters, en la relación de este viaje, nos dejó un caudal precioso de datos acerca de los usos y costumbres de los patagones. Cfr. George Ch. Musters, *At home with Patagonians, a year's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro*, London, 1874. Traducción castellana. *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1911.

¹³ Algunos curanderos brujos llevaban como vestimenta de excepción una especie de túnica de cuero con aplicaciones de pequeños discos de valvas de moluscos. Véase Milcíades A. Vignati, "Rastros del traje ceremonial de un médico patagón", en *Notas del Museo Etnográfico*, N° 4, Buenos Aires, 1930.

tro, altas hasta la rodilla, hechas con el cuero de las patas posteriores del caballo, arrancado de un solo pedazo, que luego ablandaban sobándolo y untándolo con grasa. A veces confeccionaban esta especie de botas con el cuero de las patas del león puma.

Ambos sexos se pintaban la cara, y en algunas ocasiones todo el cuerpo, con una pintura colorada, negra o blanca, hecha con tierras arcillosas ocráceas, o con carbón, mezcladas con la grasa de avestruz o con médula de guanaco, que obtenían haciendo cocer en grandes ollas los huesos triturados de estos animales. Esta pintura no la usaban solamente con motivo de alguna fiesta, bailes o en la guerra, sino también para preservarse de las grietas producidas por la acción de los vientos. El color rojo indicaba gozo, alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto.

Ambos sexos se hacían tatuajes que por lo general consistían en incisiones en el antebrazo con pequeñas líneas paralelas trazadas con ocre azul o carbón en polvo. Antiguamente estos dibujos eran más complejos, en forma de figuras, y se los hacían también sobre el resto del cuerpo y la cara. A las niñas se les practicaba estos tatuajes cuando llegaban a la pubertad.

Cuidaban mucho del aseo de su cuerpo con baños cotidianos, cuando estaban cerca de un río, y mantenían limpio también el toldo y los utensilios; pero sufrían la acción de los parásitos, que encontraban un medio favorable para su desarrollo en la lana de sus colchas de pieles, sin demostrar gran fastidio por esto, debido a que estaban acostumbrados; sin embargo, una noche el cacique Orkeke, no pudiendo dormir, despertó a Musters, diciendo: “¡Los piojos no duermen nunca!”.

Las armas que los patagones usaban para la caza eran las boleadoras¹⁴, que son dos o tres piedras del tamaño de un huevo de pavo, revestidas con sendas bolsitas de cuero y atadas a la extremidad con correas, de dos o tres metros de largo, hechas con tendones trenzados de avestruz o de guanaco. Usaban tres clases de boleadoras: la de dos bolas, llamada *chumé*, para cazar avestruces; la de tres bolas, llamada *yachiko*, para cazar guanacos, y la tercera, llamada *bola perdida*, porque se arrojaba sin volverla a recoger. Primitivamente usaban también el arco y la flecha, como lo demuestra la gran cantidad de puntas de flechas de guijarros, obsidiana, cuarzo, que se encuentran en sus antiguos campamentos esparcidos en toda la Patagonia, desde la costa a la cordillera.

Estas mismas armas de caza constituían sus armas de defensa. Más tarde comenzaron a utilizar la lanza (*waike*), la daga o espada y las modernas armas de

¹⁴ Las boleadoras eran un arma muy antigua de los patagones, como lo fue de los onas de Tierra del Fuego, pudiéndose comprobar por los hallazgos de boleadoras a notable profundidad en el abundante material lítico que se encuentra en sus antiguos paraderos. Aunque en la edad moderna de los ona, hermanos de raza de los tehuelche, no tienen más esta arma, sin embargo, está ampliamente comprobado su uso en la antigüedad, por las muchas boleadoras que se encuentran en todo el territorio donde ellos vivían. Yo mismo hallé unas cuantas en un antiguo campamento ona, cerca del cabo Santo Domingo, y otras fueron encontradas por unos peones mientras efectuaban excavaciones en la Misión salesiana de Río Grande a una profundidad de 70 cm. Nos parece por lo tanto infundada la afirmación del Dr. Outes, quien escribe que los patagones comenzaron a usar las boleadoras a mediados del siglo XVIII, como arma de guerra. Cf. Félix Outes, *La edad de la piedra en Patagonia*, Buenos Aires, 1905, p. 254.



Una mujer tehuelche lista para emprender viaje en su caballo.
Huila, que fue esposa del gobernador Ramón Lista y de Nicolás Ibáñez. Murió en Kamusuaike, en
1938, a la edad de setenta años.

fuego. Los tehuelche, debido a la necesidad de proveerse su propia alimentación, se veían obligados a una vida nómada, dedicándose constantemente a la caza del guanaco y del avestruz, que constituían su principal alimento.

Antes de que los europeos penetraran en América, estos indígenas efectuaban sus correrías a pie, pero apenas se introdujo el caballo, que en la dilatada pampa encontró ambiente muy favorable para su propagación, lo aprovecharon de inmediato, pues conocieron sus grandes ventajas. En efecto, solamente 43 años después de que los españoles desembarcaran 72 caballos en el Plata (1537), algunas manadas se multiplicaron de tal forma, que Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1580, ya los encontró en el estrecho de Magallanes, utilizados por los patagones*.

Las viviendas de estos indígenas consistían en un toldo (*kau*) formado por una gran cubierta hecha de pieles de guanaco y cosidas con nervios del mismo animal, colocada encima de una serie de palos transversales apoyados en dos o tres hileras paralelas de soportes de madera, cuya altura iba disminuyendo desde afuera hacia dentro. La parte anterior, más elevada, formaba la entrada, y se la dejaba abierta porque en ella se encendía el fuego y se cocinaba. La parte posterior era la que servía de dormitorio y estaba separada de la primera y dividida en diversos compartimentos por otros cueros de guanaco en forma de tabiques, para albergar, respectivamente, a los niños, a las mujeres y a los hombres solteros. A veces se juntaban varios toldos, generalmente de parientes y amigos, uniendo un costado de la cubierta y extendiéndola sobre la del toldo contiguo.

El menaje del toldo se reducía a las consabidas pieles de guanaco, mandiles, colchas de lana, ponchos, almohadas llenas de lana de guanaco, canastos de mimbre, bolsas de cuero que contenían pequeños objetos reservados para la *toilette*, como ser: ocre en polvo de varios colores, láminas de plata, collares, peines y los utensilios de trabajo, cuchillos, raspadores, pequeños morteros de piedra y las armas. Escasos eran los instrumentos de cocina: un asador, una olla de hierro y algunos recipientes hechos con caparazón de armadillo. Hay que notar que los tejidos y los utensilios y adornos de metal no eran conocidos por los patagones protohistóricos. Su uso se propagó con la llegada de los blancos al continente americano.

La tarea de instalar y organizar el toldo en los campamentos, así como la de levantarlo y cargarlo sobre los caballos, con todos los demás enseres y utensilios, correspondía por entero a las mujeres, que demostraban en ello gran fuerza y habilidad.

Cuando estaban de viaje, los hombres precedían a la tribu para dedicarse a la caza del guanaco y el avestruz, encendiendo de vez en cuando, hogueras, con las

* Esta afirmación es errónea y, por cierto, repetida de algún autor que la hizo sin fundamento alguno. El caballo doméstico fue introducido en la Patagonia probablemente desde Chile a principios del siglo XVII o desde fines de la centuria precedente, y se difundió territorialmente por obra de los intercambios indígenas que valoraron de inmediato la utilidad del animal. En 1699 ya estaba en la zona del estuario del río Deseado y en 1741 se vio por vez primera a indígenas montados en la costa nororiental del estrecho de Magallanes (N.E.).

yervas del camino para indicar el camino a las mujeres. En la caza del guanaco y del avestruz los tehuelche demostraban su extraordinaria destreza para cabalgar y para dar en el blanco con las boleadoras. Para ello se juntaban 20, 30 o más jinetes, con sus perros, y una vez establecida la superficie que se iba a recorrer, arrancaban a gran galope hacia distintos puntos, para formar un vasto círculo. Al llegar al lugar establecido encendían hogueras y luego se iban acercando, estrechando el círculo y convergiendo hacia un punto determinado. Las avestruces y los guanacos, al descubrir el peligro, intentaban huir, mas inútilmente, pues los caminos estaban interceptados por los cazadores, que los perseguían por todas partes y hacían blanco en ellos con sus boleadoras.

En la caza, los tehuelche lanzaban los caballos a una velocidad impresionante y arrojaban las boleadoras a una distancia de 15 a 20 metros, mientras corrían a todo galope. Alcanzada la presa, el jinete no se detenía, sino que seguía corriendo para matar otros animales, hasta que, agotada la reserva de boleadoras, volvía sobre sus pasos para recoger la caza y las armas abandonadas.

Cada familia poseía un buen número de caballos –las más ricas hasta un centenar– que dejaban pastar libremente en el campo, cerca del campamento, sin que se alejaran de allí. El caballo más apreciado por los tehuelche era el salvaje, aprisionado y domado, porque es muy resistente y veloz; es grande y fornido y de color bayo-oscuro.

Los tehuelche poseían numerosos perros, una especie de galgos, que servían para la caza. Eran muy flacos y constantemente hambrientos, ya sea porque a menudo faltaba el alimento, ya porque el indio los mantenía a un régimen de escasez, para que fueran más veloces en la carrera.

La ocupación principal de estos indígenas era, como ya se dijo, por la necesidad del sustento, la caza del guanaco y el avestruz. Durante la primavera cazaban guanacos pequeños para obtener las mórbidas y preciosas pieles que luego las mujeres cosían unidas unas a otras, formando hermosísimas mantas, de 12 o 15 pieles para el abrigo, que vendían a los blancos a cambio de alimentos y de vestidos. También las plumas de avestruz constituían un importante artículo de comercio. Confeccionaban además mantas de pieles de zorro, de gato montés y de zorrino.

Los hombres eran hábiles en la elaboración del hierro y de la plata, utilizando las monedas que obtenían de los civilizados. Usaban instrumentos primitivos, en parte de piedra, y lograban templar el metal y hacerlo maleable para darle las formas deseadas, construyendo aros, pendientes, collares y arneses para los caballos, como estribos, anillos, bridas, bocados, etc. A estos trabajos se dedicaron solamente después de la llegada de los españoles. Las mujeres, además de las mantas de guanaco, tejían fajas de lana de guanaco para la cabeza (*winchas*) y cinturones; pintaban las mantas del guanaco, raspaban y cosían los cueros, buscaban la leña y el agua y preparaban la comida.

La carne constituía el alimento principal de estos indígenas, que por lo general la comían cocida o asada sencillamente sobre las brasas. Tenían una predilección especial por la carne gorda y cuando podían comían también toda clase de frutas,



Huake, el último cacique de la tribu tehuelche de Komesuaike.

Mujer tehuelche montada sobre su caballo.

legumbres, hierbas y tubérculos silvestres. Hacían uso también de la sal, que obtenían de las abundantes salinas esparcidas en la región. Los numerosos conchales (*kiokemoedingos*) desparramados por la costa patagónica en la zona austral, demuestran que los tehuelche se dedicaban también a la pesca de los moluscos a lo largo de la costa, a baja marea.

No se alimentaban a hora fija, sino solamente cuando tenían apetito. No eran voraces ni golosos, pero comían hasta saciarse cuando les era posible. Su resistencia al ayuno era realmente notable.

Muchas veces, cuando recorrían grandes distancias y no podían hallar caza, se quedaban hasta dos o tres días sin probar alimento, sin demostrar por ello molestia alguna.

Los patagones modernos eran fumadores apasionados y usaban una pipa de tubo corto con recipiente de madera.

Las bebidas alcohólicas, que antes les eran desconocidas, al contacto de los civilizados formaron el aliciente más dañino de esta raza. Cuando podían obtener licores de los vendedores ambulantes a cambio de las preciosas cubiertas de guanaco y plumas de avestruz, pasaban días y noches enteras bailando, comiendo y bebiendo, hasta quedar completamente embriagados. Consecuencia de estas fiestas y del abuso de los licores eran riñas feroces, provocadas por una nimiedad, o por viejos rencores que concluían siempre en derramamientos de sangre y en desórdenes morales.

Como todos los salvajes, se dedicaban al robo, mentían fácilmente, eran impetuosos e inconstantes. El sentimiento de la venganza estaba profundamente arraigado en sus ánimos. Para vengar ofensas o la muerte de algún pariente se dejaban arrastrar a menudo al delito y a guerras feroces con las tribus vecinas. Pero también demostraban sentimientos nobles, gran bondad, cortesía para con los extraños y fidelidad a sus promesas.

El amor filial estaba muy desarrollado entre estos indígenas. Se mostraban extremadamente cariñosos e indulgentes con los chicos, amaban con ternura a sus esposas e hijos, a los cuales prodigaban atenciones y cuidados especialísimos, que parecían imposibles entre salvajes.

Cuando el joven tehuelche había demostrado su habilidad en la caza y en la guerra, podía aspirar al matrimonio. Estos matrimonios eran casi siempre fruto del amor y de una simpatía recíproca, y los padres dejaban plena libertad a sus hijas para elegir, entre los pretendientes, al que más les agradara.

Para obtener la mano de la esposa, el joven buscaba una o más personas amigas que presentaran su pedido al padre de la muchacha, poniendo en evidencia todas las buenas cualidades del esposo y ofreciendo una cantidad de dones consistentes en yeguas, pieles y objetos de plata.

El matrimonio se efectuaba sin grandes ceremonias. Una vez concluido el contrato matrimonial y entregados los regalos, el padre llevaba a la hija al toldo del esposo, entre las aclamaciones de los amigos y los cantos de las mujeres, y el esposo ofrecía un banquete a todos los miembros de la tribu, sacrificando algunas yeguas. En estas ceremonias se notaban también algunas variantes. Entre los clanes del

sur, al concluirse el contrato matrimonial, en el toldo de la esposa se preparaba un compartimento especial para los recién casados. El día fijado para el matrimonio, la esposa era llevada al toldo acompañada por los parientes y amigos, y entrada la noche, llegaba también el esposo. Era costumbre entre estos indígenas que la última hija casada permaneciese en el toldo paterno hasta que lo hiciera otra hermana. En los clanes patagónicos se permitía la poligamia y cada tehuelche era libre de casarse con todas las mujeres que pudiese mantener, pero era raro que tuviese más de dos, y generalmente tenía una sola.

Los niños crecían bajo los cuidados afectuosos de sus padres. En sus primeros meses, la madre ataba a una madera la cabeza del niño, lo que hacía chata y deforme la parte posterior del cráneo, y en esa posición lo amamantaba. Durante los viajes, el pequeñuelo era colocado detrás de la montura en una cuna que consistía en dos palos arqueados y unidos con mimbres o astillas de madera entrelazadas con tiras de cuero.

Cuando nacía un chico o cuando una niña entraba en la pubertad, acostumbraban celebrar fiestas, presididas por el brujo. Estas fiestas duraban dos o tres días, se mataban algunas yeguas, se comía hasta saciarse, se bebía licores y se bailaba.

Los bailes comenzaban al anochecer. Se encendía un gran fuego a la entrada del toldo y a su alrededor y en cuclillas se ponían en semicírculo las mujeres, pues éstas no participaban del baile.

La orquesta estaba formada por un tambor hecho con un pedazo de cuero estirado sobre un arco de madera, por una flauta construida con un fémur de guanaco agujereado y por un arco musical formado con una varita que mantenía tensa una cuerda de crin de caballo. Para utilizar este instrumento sostenían con los dientes una de las extremidades del arco y asían la otra con la mano izquierda, obteniendo con el roce de un hueso bien liso, en un movimiento de vaivén, un sonido melodioso y suave.

A los sones discordantes de esa orquesta y al canto monótono de algunas viejas, salían del toldo, en fila, los hombres designados para bailar, con el cuerpo y el rostro cubiertos de mantas de pieles y la cabeza adornada con plumas de avestruz, de manera que resultaba difícil distinguir sus semblantes. Danzaban dando vueltas alrededor del fuego, uno frente a otro, acercándose y retrocediendo para volver a aproximarse hasta tocarse, acompañando estos movimientos con gesticulaciones rítmicas de los brazos y de la cabeza. En estos bailes imitaban a la perfección el tranco del avestruz y el brinco del guanaco. Después de dar algunas vueltas alrededor del fuego, el ritmo de la danza se aceleraba, y al entrar en calor, los bailarines se despojaban del manto y aparecían desnudos, con el cuerpo pintado de varios colores, cubiertos únicamente con un cinturón de plumas de avestruz, conchillas, picos de aves y campanillas, que desde la cintura subía hasta los hombros. Cuando estaban cansados, se retiraban, reemplazándolos otros hombres, y de esta manera el baile proseguía hasta muy tarde. Cuando consumían bebidas, estas fiestas se transformaban en verdaderas orgías y acababan en riñas y derramamientos de sangre.

Las ideas religiosas de los tehuelche se fundaban en la creencia de un espíritu bueno llamado *Maipé* o *Táarken-Kets*, que vivía en el cielo, creador de los hombres y



Una mujer tehuelche del lago Cardiel con su hija mestiza.

Un grupo tehuelche.

de los animales, pero que no intervenía en su vida privada¹⁵. Temían mucho, por el contrario, a un espíritu malo, al que llamaban *Gualichu* y que era causa de todos sus males. No tenían ni ídolos ni oraciones, únicamente hacían ofrendas y sacrificios de yeguas para propiciarse al Gualichu, que estaba siempre en acecho para causarles algún mal. Además de Gualichu, creían también en otros espíritus malignos, de los cuales tenían gran miedo, los que vagaban acá y allá por los bosques, los montes y las llanuras. Eran muy supersticiosos y creían en agüeros y maleficios y en toda clase de brujerías, de modo que cuanto se hiciese en su presencia que superase su inteligencia, despertaba sospechas y era considerado como arte de magia y causa de desgracias*. Esta superstición constituyó precisamente una grave dificultad para los misioneros salesianos en orden a la administración del Santo Bautismo a los chicos.

Incumbía a un médico brujo alejar al Gualichu de los enfermos con exorcismos e imprecaciones, porque suponían que el espíritu malo había penetrado en el cuerpo del paciente causando la enfermedad. El oficio de médico brujo podía ser ejercido por personas de ambos sexos, pero se daba preferencia a las mujeres. Estaban convencidos de que el curandero brujo o la curandera bruja podían causar la muerte con una piedra que tenía muchos agujeros, en los cuales solían poner una partícula del traje o de los cabellos de la víctima designada. Para evitar el maleficio, trataban de congraciarse con la bruja por medio de algún regalo, consistente en toda clase de víveres, o también en una yegua.

Era tal la convicción que tenían del poder de estas hechiceras, que cuando creían haber sido maleficiados por ellas, comenzaban a entristecerse y poco a poco adelgazaban hasta morir de consunción. Pero también estos curanderos o curanderas pasaban sus malos ratos, porque los parientes del muerto se vengaban, matándolos.

Eran contados los médicos brujos que morían de muerte natural. No hace muchos años murió de tuberculosis pulmonar un hijo del cacique Tanquel, que estaba acampado con su tribu en la isla Chonque Vaique, cerca de Santa Cruz. Se creyó enseguida que el fallecimiento había sido causado por los maleficios de la curandera bruja de aquella tribu; por eso los parientes se apoderaron de ella, y después de matarla a puñaladas le quemaron los pies para que no pudiese caminar más y llevar, como ellos creían, el maleficio a otras personas¹⁶.

Cuando fallecía un tehuelche, los parientes cosían el cadáver en su propia manta de guanaco, con sus objetos más preciosos de plata y lo sepultaban con la cara vuelta hacia el oriente y con el cuerpo doblado en posición fetal, quebrándole para ello la columna vertebral. Recubrían la tumba con pesadas piedras y no se hablaba más de él.

¹⁵ Cfr. Maggiorino Borgatello, *Patagonia meridionale e Terra del Fuoco*, Torino, 1924.

* En ésta y otras apreciaciones precedentes, se reitera, De Agostini recoge la información disponible en su época. Desde hace medio siglo y más, la etnografía patagónica ha adelantado considerablemente, lo que ha significado la revisión de conceptos antiguamente en boga. Se sugiere ver para el caso de los cazadores australes, el libro de Mateo Martinic B., *Los aónikenk, historia y cultura*, Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1995 (N.E.).

¹⁶ Véase José Pozzi, "Ritos y costumbres entre los indios tehuelche", en *Argentina Austral*, año VIII N° 85.

Todos los caballos y perros que habían sido propiedad del difunto eran sacrificados, como también utensilios y objetos personales eran arrojados a una gran hoguera, que encendían cerca del toldo, donde los parientes y amigos arrojaban alguna prenda para expresar su dolor. La viuda se cortaba el pelo sobre la frente y se pintaba de negro, y las demás mujeres lloraban mezclando sus quejidos con cantos lúgubres y monótonos.

Sepultaban los cadáveres en lugares apartados, preferentemente en la cumbre de los cerros (*tchenke*), donde procuraban no acercarse jamás por el gran temor supersticioso que tenían a sus muertos.

Los indios tehuelche creían que después de la muerte el alma se reencarnaba en un nuevo miembro de la familia; por ello, si era viejo no lo lamentaban, pues pasaba a una vida mejor; pero cuando era joven, su filosofía animista primitiva establecía que aquella alma debía quedar sin destino, prisionera de la tierra, hasta que transcurriera el tiempo que le faltaba para hacerse vieja. De allí las costumbres de depositar al lado del cadáver alimentos, armas y efectos personales.

En todos los lugares frecuentados por los tehuelche, sobre todo donde existen cavernas, se encuentran numerosas pinturas rupestres, ejecutadas por ellos mismos, tal vez para recordar algún hecho particular, o como simple manifestación de sus aptitudes artísticas.

Generalmente son impresiones de manos o pies humanos y figuras de animales, como guanacos, avestruces, pumas, o de armas usadas por ellos, como boleadoras, arcos y flechas. Ciertas figuras geométricas en forma de líneas quebradas, círculos concéntricos, puntos, etc., no resultan fácilmente descifrables. Ejecutaban estos dibujos con colores extraídos de los ocre que abundaban en determinadas zonas, pero especialmente en el río de las Pinturas.

Los colores predominantes son el rojo y el amarillo; más raros, el blanco y el negro. Estos dibujos mantienen un color muy vivo, a pesar de haber sido ejecutados muchos años atrás, como pude observar en las cercanías del río de las Pinturas. Las innumerables impresiones de manos humanas allí pintadas en rojo, amarillo y blanco sobre rocas porfíricas de un leve tinte gris, son de efecto admirable. Las figuras de las manos son negativas y para ejecutarlas aplicaban la mano con los dedos muy abiertos –casi siempre la izquierda en ambos lados– sobre la pared, llenando de color los espacios circundantes.

En algunos lugares los dibujos se encuentran esculpidos sobre la piedra (pórfidos) por percusión con otras piedras, como pude observar en las proximidades del lago Viedma^{17*}.

¹⁷ La pictografía en los territorios australes, aunque ofrece material abundante y de interés, no ha sido todavía objeto de detenidos estudios si se exceptúa una que otra rápida investigación de algún viajero o estudioso en la materia, entre las que sobresale la del Dr. Francisco de Aparicio, *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*, y las publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, III, p. 71 y siguientes, Buenos Aires, 1935.

* Como en otros aspectos de las culturas indígenas, el estudio del arte rupestre patagónico ha tenido un progreso notable desde 1950 en adelante. Véase para el caso Juan Schobinger y Carlos J. Gradín, *Arte rupestre de la Argentina. Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1985 (N.E.).



El cacique Huake.
Bampa, tehuelche del lago Cardiel.

La organización social de los patagones tenía como base la agrupación de varias familias, unidas generalmente por parentesco, bajo un jefe llamado cacique (título casi siempre hereditario), quien dirigía las expediciones, las cazas y componía las disensiones. En su forma política no tenían un jefe supremo, a quien los diversos clanes debiesen obedecer, como sus vecinos los araucanos, sino que cada tribu era libre de hacer su propio gusto. No faltaban las represalias y los combates entre las mismas tribus, siempre para vengar alguna antigua ofensa o la muerte de un pariente o un amigo.

Pero cuando se trataba de luchar contra un enemigo común, como los Araucanos y los puelche, los diversos caciques de los clanes del sur y del norte, después de efectuar solemnes asambleas, se unían y atacaban decididamente al enemigo.

Hubo batallas entre tehuelche y Araucanos en las cuales quedaron en el campo de batalla más de 500 hombres, diezmándose así por sí mismos, en razón de odios y rencores profundamente conservados por muchos años.

Los tehuelche fueron, junto con los indios Pampas y Araucanos, los primeros salvajes a quienes los misioneros salesianos llevaron, con la luz del Evangelio, la influencia benéfica de la civilización cristiana.

La conversión de estos rudos pueblos, sumergidos en las tinieblas de la superstición, dedicados a constantes y sangrientas luchas, ya entre ellos, ya con los blancos, constituyó el sueño ardientemente suspirado de Don Bosco, quien para realizarlo envió en 1875 a Buenos Aires el primer núcleo de misioneros salesianos, encabezado por el sacerdote Juan Cagliero.

Pero solamente en 1879 pudieron los misioneros dar comienzo a su obra de caridad y de fe entre aquellos salvajes, cuando habiendo decretado el gobierno argentino la famosa “Conquista del desierto”, fueron incorporados como capellanes a la expedición militar del general Roca, quien, con un ejército de 5.000 hombres, debía rescatar del dominio de las tribus salvajes las llanuras patagónicas, desde las costas del Atlántico a los Andes. Los sacerdotes salesianos Santiago Costamagna, José Fagnano y José Beauvoir unieron gloriosamente sus nombres a esta expedición, acompañando a las tropas hasta el lago Nahuel Huapí y Junín de los Andes, mereciendo los más altos elogios de sus jefes. En esta noble misión desplegaron en beneficio de aquellos desdichados salvajes toda la caridad y celo ardiente de que estaban animados, ya que aquéllos, hechos prisioneros a millares, eran expuestos al ludibrio y a los malos tratos de los soldados, reclutados, en su mayoría, entre gente de toda raza y nacionalidad, que se habían incorporado voluntariamente al ejército en busca de aventuras y de lucro. Casi todos los salvajes fueron instruidos y bautizados encontrando en el misionero al padre amoroso que los protegió y consoló en su duro cautiverio.

En 1880 los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora se establecieron en Carmen de Patagones y en Viedma, y desde estos primeros centros de población irradiaron su múltiple actividad por toda la Patagonia septentrional. Cinco años más tarde (1885), la obra de redención y protección de los misioneros salesianos a favor de los tehuelche se extendió también hasta la extremidad meridional de la Patagonia, cerca del estrecho de Magallanes, con la fundación de otra residencia

misionera en la aldea de Santa Cruz, sobre la costa del Atlántico, por obra de los misioneros presbíteros Ángel Savio y José Beauvoir. Los tehuelche iban a veces a Santa Cruz para canjear sus productos y abastecerse de víveres y de vestidos, pero más a menudo eran los misioneros los que se trasladaban a sus toldos para instruirlos y prepararlos a recibir los sacramentos. El padre Beauvoir tuvo para con ellos los cuidados más cariñosos, y viviendo largo tiempo entre ellos, pudo conocer a fondo sus costumbres y estudiar su idioma. En estas peregrinaciones apostólicas logró conocer los restos de la tribu del cacique Galacho, que vivía entre Deseado y San Julián; del cacique Papón, en las proximidades de Santa Cruz; del cacique Zapa entre el río Santa Cruz y Gallegos, y del cacique Mulato, entre Gallegos y el estrecho de Magallanes.

Existía todavía una quinta tribu: la del famoso cacique Orkeke, a quien se refiere Musters, que residía más al norte entre el río Deseado y el río Chubut; pero ésta había sido sorprendida por el general Winter y llevada a Buenos Aires en el período de la conquista del desierto.

La vida del misionero en estas tierras solitarias resultaba, en aquellos tiempos, particularmente difícil y llena de privaciones y sufrimientos, porque se carecía de medios de comunicación y los recursos eran muy escasos.

El padre Beauvoir, mientras regresaba de un viaje a Buenos Aires, adonde se había trasladado para adquirir objetos sagrados, en el buque *Magallanes*, naufragó (22 de junio de 1886) cerca de Deseado, perdiendo todo lo que llevaba consigo y salvando únicamente la vida. El buque, por una falsa maniobra del capitán, había chocado con un banco rocoso y después de una hora se iba a pique. Ocurrieron a bordo escenas de pánico y de terror en una confusión horrible entre los doscientos pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños, que luchaban por embarcarse en las chalupas. El padre Beauvoir y el hermano coadjutor Forcina, que lo acompañaba, esperaron hasta el último momento, confiando en la ayuda de Dios y de la Virgen, pudiendo salvarse pocos minutos antes de que el buque desapareciera para siempre en el mar.

El padre Beauvoir y su catequista debieron permanecer 35 días en aquellas costas desiertas, durante el más crudo invierno, en un pequeño rancho, con escasos vestidos y pocos víveres, hasta que desde Buenos Aires llegó el vapor *Mercurio*, que los condujo con los demás náufragos, tras no pocas nuevas peripecias, a Santa Cruz.

Otro benemérito misionero salesiano que tanto bien hizo a los indios tehuelche fue el padre Maggiorino Borgatello, quien llegó a Punta Arenas con monseñor Fagnano el 3 de diciembre de 1888, efectuando numerosos y extensos viajes a través de la Patagonia meridional, desde la costa hasta la cordillera, convirtiendo a la fe a un buen número de estos indígenas, de cuya vida y costumbres dejó brillantes e interesantes relatos*.

* En verdad, el esfuerzo misionero no pasó de una catequización elemental y del bautizo de los indígenas, además de la bendición de algunos matrimonios; todo ello mediante el sistema conocido como "misiones ambulantes" (N.E.).



Kiienuhuel, indígenu tehuelche.
Yapetenol, viejo cacique del lago Cardiel.

En la actualidad prosigue la obra de caridad y de protección del misionero para con los pocos indígenas que aún sobreviven, visitándolos periódicamente en sus toldos.

Para ver y estudiar estos tristes restos de la gigantesca estirpe patagónica, me trasladé expresamente, en distintos viajes, a los alejados valles donde residen, reunidos en grupos de pocas familias, entre el lago Argentino y el lago Cardiel. Muy pocos vestigios quedan de sus costumbres y de sus tradiciones y particularmente ha desaparecido casi por completo el tipo puro del patagón.

Los frecuentes matrimonios con los blancos, especialmente con los chilotes –naturales de Chiloé–, han degenerado la estirpe, procreando un gran número de mestizos endebles y enfermizos. De los pocos indígenas que pude fotografiar, solamente *Uake*, *Yapetenol*, *Bampa* y unas pocas mujeres podían representar modestamente la figura de sus antepasados.

Causa pena pensar que esta raza, tan fuerte y tan buena, de formas tan excelentes y atléticas, haya llegado tan rápidamente a su fin. Es la suerte fatal que toca a todas las razas indígenas, demasiado primitivas, cuando entran en contacto con la raza blanca, más fuerte y vigorosa.

Los patagones, a pesar de que habitaban un territorio inmenso, eran muy reducidos en número. Antonio Viedma, en 1780, juzgaba que la población indígena que vivía en la zona austral de la Patagonia alcanzaba a 4.000 personas. Alcides D'Orbigny (1839) calculaba que en todo el territorio de la Patagonia había de 8.000 a 10.000 indígenas.

Treinta años después (1869), el capitán Jorge Musters afirmaba que los tehuelche puros, tanto del norte como del sur, existentes por aquel entonces en la Patagonia no excedían de 1.500 individuos.

En el territorio de Santa Cruz, donde eran más numerosos, según un censo que mandó hacer en 1931 el gobernador Danieri, no había más que 358; pero este número disminuye todos los años y no está lejos el día de su completa extinción. Vencidos por la civilización invasora, obligados a retirarse de los centros preferidos, donde obtenían abundantes medios de subsistencia en la libre caza a través de la pampa inmensa, para vivir en los terrenos reducidos y áridos que les asignó el gobierno, los tehuelche se van extinguiendo en forma lenta pero inexorable. Las privaciones y los vicios que aprendieron de los civilizados, especialmente el abuso de las bebidas alcohólicas, han debilitado su organismo y postrado su moral. Además del abuso de las bebidas, que debilitó su robusta fibra y los predispuso a otras enfermedades, especialmente a la tuberculosis, debe buscarse la causa de su rápida extinción especialmente en las enfermedades contagiosas, como la viruela y el sarampión, que en poco tiempo aniquilaron tribus enteras, como ocurrió con la del cacique Mulato*.

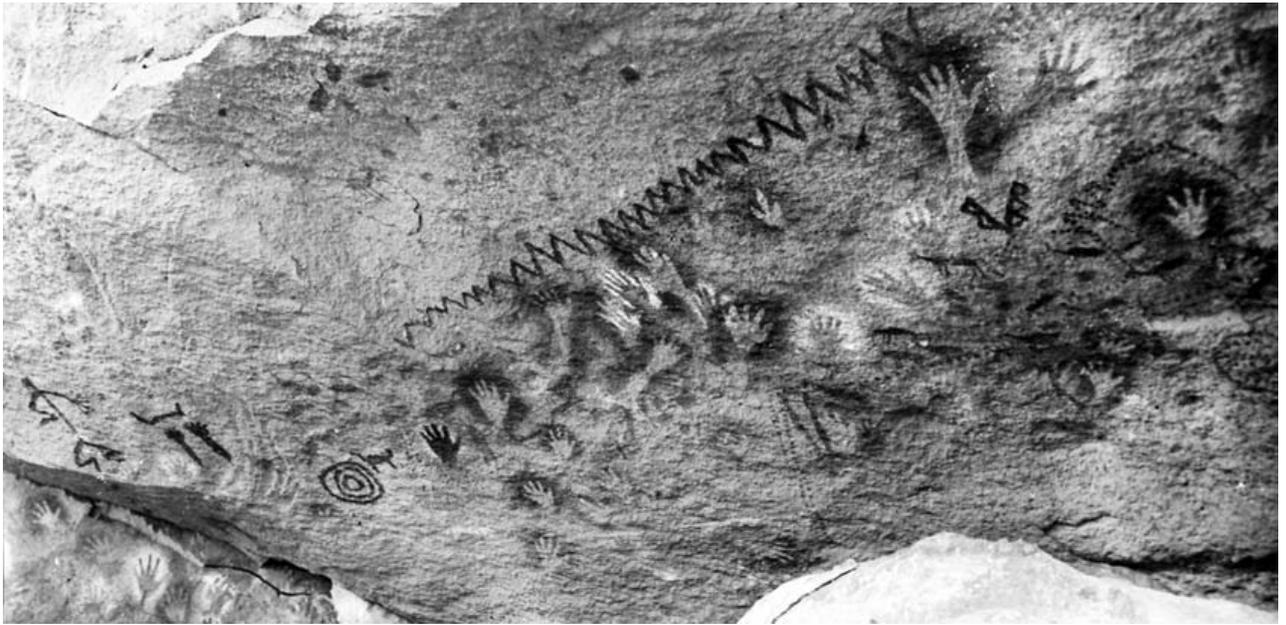
* La información demográfica que se manejaba en la época de los viajes del padre De Agostini (1930), daba cuenta de a lo sumo doscientos indígenas en total, con un grado importante de mestizaje interétnico (mapuche, güünaken y otros) y con chilenos (N.E.).

De la raza fuerte y gigantesca de los patagones, del indígena indómito y guerrero, del señor que desde tiempo inmemorial efectuaba sus correrías, libre y feliz, por las inmensas soledades de estas estepas, barridas por los vientos y las tormentas, pronto no quedará sino un triste recuerdo.



Figuras de animales (tal vez guanacos) dibujadas por los tehuelche sobre paredes de pórfido.

Mujer tehuelche de viaje con sus hijos.



Dibujos rupestres de los indios tehuelche sobre una pared de pórfido gris en el cañadón de las Pinturas.

Familia tehuelche, ya mestizada, en su choza cerca del lago Cardiel.



Figura parecida a un animal, dibujada sobre pórfido gris.

Impresiones de manos y otras figuras, entre las cuales se distingue un animal con patas muy largas.



Deposé

Cañadón del río Pinturas. Pinturas rupestres de los tehuelche.

Fot. A.M. De Agostini



El misionero salesiano padre Víctor Rotici, conversando con un indígena.

El cacique Mulato rodeado de salesianos y amigos. El segundo, comenzando por la izquierda, es monseñor José Fagnano.



Monseñor Juan Cagliero con Ceferino Namuncurá, hijo del famoso cacique Manuel.



Monseñor José Fagnano, fundador de las misiones salesianas de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego.

Pbro. José M. Beauvoir, capellán militar del ejército argentino.

CAPÍTULO XX

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA PATAGONIA

Amerigo Vespucci. Hernando de Magallanes. Juan Ladrillero. Sarmiento de Gamboa. Corsarios ingleses. John Narborough. Exploraciones de los misioneros jesuitas: Mascardi, Gutiérrez, Quiroga, Strobel, Cardiel, Falkner. Fundación de las primeras colonias españolas. Antonio Viedma. Primera expedición a la cordillera. Alejandro Malaspina. Fitz Roy y Darwin. Expediciones italianas de las naves *Magenta*, *Vettor Pisani* y *Caracciolo*. Bartolomé Bossi. Expediciones hidrográficas chilenas de las naves *Magallanes* y *Chacabuco*, Enrique Simpson. Juan Latorre. Óscar Viel. Ramón Serrano Montaner. H.G. Gardiner. Jorge Musters. Lorenzo Mascarello. Antonio Oneto. Santiago Bove y la expedición ítalo-argentina a Tierra del Fuego. Expediciones argentinas de Francisco Moreno, Ramón Lista, Carlos Moyano y Jorge Fontana. Tomás Rogers. Hermann Eberhard. Exploraciones de las comisiones chilenas y argentinas para la delimitación de las fronteras. Don Bosco y su sueño profético sobre la Patagonia. Juan Steffen. Luis Riso Patrón. F. Pietrobelli. Clemente Onelli. Expediciones científicas de: Carlos Ameghino, A. Mercerat, Carlos Bursmeister, Otto Nordenskjöld, S. Roth, J. B. Hatcher, Rodolfo Hauthal, C. Sköttsberg, T.G. Halle y P.D. Quensel, Guido Bonarelli. Expediciones alemanas: Reichert y Hicken. Witte, Kühn y Kölliker. Gustavo Fester. Esteban Zuck y Hans Teufel. Expedición italiana Conde Bonacossa. Expediciones al San Valentín de F. Reichert, A. Heim, H. Hess. Expedición al monte Fitz Roy de H. Zechner, M. Bertone y N. Gianolini. Ascensión al monte Pollone de H. Zechner, R. Dangl, R. Matiz y C. Lanstchner. Expedición de N. Gianolini en el interior de la cordillera.

El descubrimiento del Nuevo Continente, realizado por Cristóbal Colón en 1492 no había quietado en los españoles y portugueses el ansia de alcanzar las Indias Orientales, cuyas riquezas habían provocado tanta codicia, sino por el contrario, la había vuelto más viva, porque esperaban encontrar, a través de la nueva tierra, un estrecho que los llevara fácilmente a la meta apetecida.

A esta finalidad tendían, en efecto, las contadas expediciones que siguieron de inmediato al gran descubrimiento, organizadas, ora en España ora en Portugal, y entre las cuales se destacan, por la extensión de los viajes y la importancia de los

descubrimientos realizados, las que llevó a cabo el navegante florentino Amerigo Vespucci¹⁸.

Dos son los viajes cumplidos por este ilustre navegante florentino, como resulta de las tres cartas –los únicos verdaderos documentos auténticos– que él envió a Lorenzo de Pier de Medici¹⁹.

En el primer viaje (1499), realizado por cuenta de España, pasó el ecuador por occidente, descubrió y remontó el río Amazonas por varias decenas de millas, estudiando la naturaleza continental de las tierras y precediendo en cinco o seis meses (julio-agosto de 1499) a Pinzón (20 de enero de 1500) y a Lepe (14 de febrero de 1500) en el descubrimiento de Brasil; descubrió la corriente de la Guayana, aplicó por primera vez el sistema de conjunciones de los planetas con la luna para la determinación de las longitudes y fue el primero en concebir el proyecto de alcanzar el país de las especias, pasando por occidente:

“Ir por el camino de poniente a encontrar tierras que encuentran los portugueses navegando por levante”.

En el segundo viaje (1501), realizado por cuenta de Portugal, tocó nuevamente la costa de Brasil y del cabo San Roque y prosiguió decididamente hacia el sur, siempre costeano la tierra firme²⁰ y alcanzó los 50° de latitud sur, alcanzando el

¹⁸ La figura de Amerigo Vespucci o Américo Vespucio, objeto –durante cuatro siglos– de las más apasionadas discusiones y de los juicios más diversos, los que van desde la exaltación entusiasta a la denigración más encarnizada y vulgar, continuaría expuesta a la duda y al escarnio de la crítica partidaria, si un apasionado y profundo cultor italiano de estudios colombinos, el Dr. Alberto Magnaghi, a base de una nueva valoración de las fuentes, no hubiese reivindicado, con agudo y sereno examen de los documentos, la honradez, la doctrina y los descubrimientos de este ilustre navegante florentino que, por sus méritos y sus altas dotes, es digno de ser colocado por encima de los pilotos y navegantes de aquel tiempo.

Sus notables cualidades de navegante y cartógrafo le fueron reconocidas por el mismo gobierno español, que determinó, con un decreto real, las atribuciones y los poderes de un oficio que había sido creado precisamente para él, el 22 de marzo de 1508 –el de Piloto Mayor– y cuya misión era la de examinar y preparar a los pilotos, dirigir la construcción de los mapas hidrográficos oficiales y controlar las más importantes cuestiones de ultramar, poniéndolo así a la cabeza de todo el movimiento marítimo colonial de España. Cfr. Alberto Magnaghi, *Amerigo Vespucci, Studio critico con speciale riguardo a una nuova valutazione delle fonti, accompagnato dai documenti non ancora pubblicati del Codice Vaglianti*, (Riccardiano, 1910), Roma, 1926, pp. 7-18.

¹⁹ El *Mundus Novus* y la carta a Soderini, que eran considerados como los documentos más importantes de los viajes de Vespucci, son en cambio, como lo demuestra acabadamente Magnaghi en su examen crítico de las fuentes, verdaderas falsificaciones en las que nada tuvo que ver Vespucci y, más que gloria, le causaron los daños que sufrió su fama.

²⁰ No es improbable que Vespucci, costeano el continente sudamericano en busca del ansiado paso, haya penetrado en el Plata. Está confirmado por una tradición que se conserva en los mapas del siglo XVI; así en un mapamundi de un anónimo del siglo XVI de la Biblioteca Comunal de Palermo (XL:X:17) se lee: “Questo Rio della Plata, cioè fiume d’Argento fu scoperto da Amerigo Vespucci, fiorentino, l’anno 1501”; y en dos mapas de los Atlas Lafreri, uno de Fernando Bertelli de 1560 (Lafreri de la Marucelliana) y otro de Tramezzini de 1554 (Biblioteca Nacional de Florencia, Lafreri N° 4) el mar, frente al Plata, es llamado *mare americanum*. Un testimonio análogo se encuentra también en un



La carabela *Victoria*, la primera nave que hizo el viaje alrededor del mundo (De un dibujo antiguo).

Indios patagones trocando objetos con un militar francés. De la *Historia de un viaje a las Malvinas (1763-1764)* del benedictino Don Permetty.

puerto de San Julián. Nadie había tocado hasta entonces una latitud tan austral, y si no consiguió dar con el paso que buscaba pudo tener indicio positivo de su existencia por la constante inflexión de la costa y por el progresivo adelgazarse de la masa continental que le hacía deducir como próximo su término*.

Los mapas de sus viajes²¹, diseñados por él, mientras trazaban una huella profunda en la historia de la cartografía, proporcionaron también a los pilotos posteriores, en virtud de las atribuciones mismas que tenía Vespucci como piloto mayor y director de la oficina hidrográfica de la Casa de Contratación –de la cual fue fundador– elementos importantísimos para navegar y dirigirse al extremo sur del continente americano.

De estos conocimientos supo valerse Juan Díaz de Solís, quien, sucediendo a Vespucci en el cargo de piloto mayor, emprendió el viaje que había sido largamente proyectado y preparado por su predecesor.

Solís zarpó del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, haciendo rumbo hacia el puerto de Santa Cruz de Tenerife, y de allí, a la costa de Brasil, que reconoció hasta el 35º, penetrando en el río de la Plata a principios de 1516. Se internó en él para explorarlo y visitó algunos parajes de la costa, pero, al desembarcar en una isla (Martín García) con ocho compañeros, fue asesinado alevosamente por los indios charrúas, finalizando así aquel viaje que tendía a reconocer las costas más australes del continente y a descubrir el anhelado paso a las Indias Orientales.

Le tocó al portugués Hernando de Magallanes el ambicionado honor de este descubrimiento. Este renombrado piloto, favorecido por el rey de España, don Carlos de Austria, en el proyecto de alcanzar las islas de las especias, siguiendo las mismas huellas de Vespucci y de Solís, salió de San Lúcar el 20 de septiembre de 1519 con cinco buques y 265 hombres, y el 10 de enero de 1520 descubrió el cabo Santa María, entrando en las aguas del río de la Plata, que reconoció como río después de algunas exploraciones.

El 3 de febrero reanudó el viaje hacia el sur, reconociendo prolijamente la costa, sus cabos y ensenadas; en el 42º30' descubrió una gran bahía, a la cual dio el nombre de San Matías.

Salido de ésta y siguiendo la costa, el 31 de marzo llegó al puerto de San Julián, donde decidió pasar el invierno, y ordenó por eso que se regularan y disminuyeran las raciones.

Esta decisión, conjuntamente con otras dificultades, causadas por la esterilidad del país y la rigidez del clima, provocó el descontento entre la tripulación, ya agu-

documento publicado por J. Toribio Medina (Juan Díaz de Solís, Santiago de Chile, 1897, p. 191): "*Hunc argenteum fluvium primus Americus Vesputius intravit anno 1501, invenitque in eo insulas gemmiferas et innumerabiles argenti fodinas*". (Cfr. A. Magnaghi, *op. cit.*, p. 187).

* Ciertamente Américo Vespuccio fue un precursor de Hernando de Magallanes, navegante que tuvo acceso a la información geográfica obtenida por el florentino en su viaje con naves de Portugal en 1501 (N.E.).

²¹ Estos mapas eran ávidamente buscados por los portugueses: "Se tuvo aviso que Portugueses cum deseo de navegar por el océano perteneciente a la corona de Castilla, con multa importunidad pedían cartas a Américo Vespucci" (Herrera, Dec. I-VIII, cap. 12).

dizado por antiguos rencores entre españoles y portugueses, y los capitanes de tres buques se rebelaron. Magallanes, sin desorientarse en tan dura prueba, logró, con un ardid, adueñarse de las naves y sofocó la revuelta, condenando a la pena capital a una parte de los revoltosos y dejando abandonados en tierra, entre los patagones, al capitán Juan de Cartagena y al clérigo portugués Pedro Sánchez de Reina, “con sendas taleguitas de bizcochos, e sendas botellas de vino”²².

Mientras tanto, la carabela *Santiago*, al mando del piloto Juan Serrano, que Magallanes había enviado al sur en busca del paso, el 3 de mayo descubrió la embocadura de un hermoso río que denominó Santa Cruz, por ser aquel día de la invención de la Santa Cruz²³. Pocos días después (22 de mayo), un recio temporal del este hizo dar en la costa a la nave, salvándose todo su cargamento y su tripulación, la que regresó por tierra al puerto de San Julián con gran trabajo y sufrimientos.

Durante su estada en San Julián, Magallanes tuvo varios encuentros amistosos con los habitantes del país, a los que, por la gran huella que dejaban sus calzados, hechos con pieles de guanaco, llamó Patagones*.

El 24 de agosto, con su escuadra reducida a cuatro buques solamente, salió de San Julián e hizo ruta hacia el sur, dirigiéndose al río Santa Cruz, donde ancló el 26 del mismo mes.

En este puerto se quedó hasta el 18 de octubre, en que nuevamente reanudó la navegación hacia el sur en busca del paso. El día 21, encontrándose a cinco leguas de la costa, divisó una punta de tierra baja, que llamó de las Vírgenes, por ser aquél el día de Santa Úrsula y de las once mil vírgenes, y al sur de la misma, una abertura que se insinuaba hacia el poniente. Magallanes envió dos de sus buques a reconocerla, y al tener la certeza de que se trataba de un verdadero paso entre dos mares, por las pequeñas mareas observadas y por la fuerza de las corrientes, el 1 de noviembre penetró en el estrecho, que llamó de Todos los Santos, pero que la posteridad bautizó con el nombre de su descubridor²⁴.

Mientras tanto, la nave *San Antonio*, la mayor de la expedición, enviada a practicar un reconocimiento en un canal lateral, se amotinó, y aprisionando al capitán

²² P. P. Pastells, *El descubrimiento del estrecho de Magallanes*, Madrid, 1920, tomo I, pp. 69-73.

²³ Cfr. P. Groussac, “Toponymie historique de côtes de la Patagonie”, en *Anales de la Biblioteca*, tomo VIII, Buenos Aires, 1912, p. 386.

* Téngase presente lo señalado precedentemente en la nota de la página inicial del capítulo XIX (N.E.).

²⁴ Pigafetta, en la narración que hace del viaje de Magallanes, escribe que este navegante “ya sabía que tenía que hacer su navegación por un estrecho muy escondido, como vio en la Tesorería del rey de Portugal, en un mapa hecho por aquel excelentísimo hombre Martín de Bohemia”. Cfr. Antonio Pigafetta, *Il primo viaggio intorno al mondo*, Milán, Alpes, 1918, p. 102. Éste es un error de Pigafetta repetido por Las Casas y por Herrera. En efecto, de la conocida obra de Ravenstein resulta que no sólo él no tomó parte de ningún viaje a América, sino que ni siquiera participó del viaje de Diego Cao a las costas de África, como pretende una leyenda de su Globo. Además, Luciano Pereira da Silva, en su obra *A arte de navegar dos portugueses desde o Infante a D. Joao de Castro*, Rio de Janeiro, 1925, demuestra que la ciencia náutica portuguesa no debe absolutamente nada a Behaim, al contrario de lo que se ha creído durante largo tiempo. (Véase Magnaghi, *op. cit.*, p. 205). Si Magallanes poseía algún mapa para guiarse en aquel viaje no podía sino ser el de Vespucci, el único navegante que habría penetrado, hasta entonces, en aquellas elevadas latitudes.

Álvaro de la Mesquita, sobrino del general almirante, volvió ruta hacia España, entrando en el río de Sevilla el 6 de mayo de 1521²⁵. Magallanes, a pesar de este nuevo percance que lo privaba de su mayor cantidad de víveres, decidió, con férrea voluntad, proseguir el viaje y, después de 22 días, llegó a cabo Deseado, y el 27 de noviembre entró en el gran océano al que, por estar casualmente en calma, llamó Pacífico.

Prosiguiendo el viaje hacia el noroeste para alejarse de aquella región fría y revuelta, Magallanes alcanzó las islas Molucas y luego las Filipinas, en una de las cuales pereció luchando en un sangriento encuentro con los nativos.

La *Victoria*, al mando de Juan Sebastián de Elcano, fue la única nave que pudo regresar con 18 personas a España (el 7 de noviembre de 1522), siendo así la primera en hacer el viaje de circunnavegación del globo²⁶.

Las riquezas de las nuevas islas descubiertas y las copiosas ganancias que el comercio con ellas prometía, indujo a España a organizar una segunda expedición, con el fin de reconocer el estrecho y de conquistar las Molucas, a la que esperaba el más desastroso fin. Esta expedición, puesta bajo el mando de Fray García Jofré de Loaysa, estaba compuesta por 7 buques y 450 hombres y tenía como segundo jefe al ya famoso Sebastián de Elcano, afortunado compañero de Magallanes.

La escuadra salió del puerto de La Coruña el 24 de junio de 1525 y en los primeros días de diciembre llegó, sin grandes inconvenientes, a las costas patagónicas. El 29 de diciembre una gran tormenta dispersó la escuadra y Elcano, después de buscar por tres días la nave capitana, recaló en el puerto de Santa Cruz para esperarla. Mas, por haberse opuesto los capitanes de las cuatro naves, que estaban

²⁵ Existen pruebas no despreciables para establecer que la *San Antonio*, en su rápida fuga a España, haya descubierto las islas Malvinas. El hecho está comprobado por el mapa de Diego de Ribero de 1529 y por otros mapas de la época, en los cuales están dibujadas las islas de Sansón, las que, por la posición que ocupan, no pueden ser otras que las islas después denominadas Malvinas. Cfr. Capitán Héctor R. Ratto, *Hombres de mar en la historia argentina*, Buenos Aires, 1936, pp. 23-39). Según las recientes investigaciones del doctor Enrique Ruiz Guiñazú, que ha realizado un estudio detallado sobre el progresivo desarrollo de la representación cartográfica de la costa patagónica, fruto de las expediciones náuticas del siglo XVI, la primera y más antigua carta que representa el archipiélago de las Malvinas y la costa oriental de la República Argentina, sería la de Reinel de Top Kapu Sarayi de Estambul, descubierta por el geógrafo francés Marcel Destombes, cuyo dibujo puede fijarse entre el 1522 y el 1524. Enrique Ruiz Guiñazú, *Proas de España en el mar magallánico*, Buenos Aires, ediciones Peuser, 1945.

²⁶ El caballero Antonio Pigafetta de Vicenza, que participó en el viaje de Magallanes y fue uno de los 18 sobrevivientes que regresaron a España, dando la vuelta al globo, escribió un informe muy detallado del viaje que, si no se destaca por su exactitud científica, tiene el mérito de ser el más completo, y contiene preciosas noticias y descripciones de la naturaleza de los lugares, de las costumbres y usos de los habitantes, y de las vicisitudes del viaje, de modo que constituye un documento de alto valor histórico y una prueba irrefutable del gran descubrimiento de Magallanes. A la expedición de Magallanes estaban también incorporados otros dos italianos de mérito: Juan Bautista Punzoroli de Sestri, como maestre, encargado de la marcha o derrotero, y León Pancaldo, el cual ocupó el puesto de piloto mayor y fue el autor del precioso *Roteiro* de Magallanes. Cfr. Enrique de Gandía, *León Pancaldo y la primera expedición genovesa al Río de la Plata*, Buenos Aires, Ateneo Popular de la Boca, 1937, pp. 37-40. Otros veinte expertos tripulantes italianos estaban distribuidos en las cinco naves que componían la escuadrilla de Magallanes.

junto con él, tuvo que seguir viaje hacia el sur y solamente el 23 de enero de 1526 la nave capitana y la *San Gabriel* pudieron reunirse con los demás buques cerca de la boca de un río que fue denominado de Santo Alifonso²⁷, nombre del santo de aquel día, como era costumbre entre los españoles de bautizar las nuevas tierras y accidentes geográficos que iban descubriendo. Finalmente, embocado el estrecho, la escuadra, sorprendida por violentísimas tormentas, perdió tres naves y necesitó cuatro meses para cumplir la travesía que Magallanes había efectuado en 27 días. Al salir del Pacífico, una nueva tempestad sorprendió y disgregó a las naves restantes; una de ellas logró llegar hasta Méjico y las otras tres a las Molucas por caminos diferentes. Loaysa murió durante el viaje a causa de una epidemia y cinco días más tarde falleció también Elcano, que le había sucedido en el mando.

La expedición del portugués Simón de Alcazaba, que siguió poco después, tuvo una suerte aún peor. Autorizado por el rey de España para conquistar y poblar la extremidad austral de América, preparó dos buques, embarcando en ellos a 250 hombres, entre tripulantes y pasajeros, y el 21 de septiembre de 1534 salió de Guadalquivir con rumbo al estrecho de Magallanes.

Alcazaba embocó el estrecho el 17 de enero de 1535, pero después de haber recorrido una tercera parte del mismo, fue obligado por la tripulación, atemorizada por la violencia de las tormentas y la dureza del clima, a desandar lo andado. El 26 de febrero, siguiendo la costa patagónica, llegó al cabo Santo Domingo, que llamó Puerto de los Leones. Allí, valiéndose del nombramiento recibido de Carlos V, de gobernador de una extensión de 200 leguas, a elegir en la parte austral del continente descubierto, se hizo reconocer como tal y nombró a su capitanes y subalternos, tomando oficialmente posesión de aquellas tierras. Organizó luego una expedición de 223 hombres para explorar el interior, aunque después de algunos días, no pudiendo resistir las fatigas del viaje, por causa de la edad y de los achaques, regresó a la costa con 30 hombres. Los capitanes y los demás hombres prosiguieron el viaje, teniendo como guía al piloto de la nave *San Pedro*, Rodrigo de Islas. Cruzaron el río Senguer (actualmente río Chico) y el río Chubut, y tras recorrer más de 100 leguas del interior, en 22 días, habiéndoseles agotado los víveres, debieron regresar a los buques, no sin antes haber sufrido muchísimo por el hambre y por otros percances. Al llegar al puerto, algunos de los capitanes se sublevaron, y aprovechando la oscuridad de la noche, sorprendieron a Alcazaba y lo asesinaron con el piloto y con otros. Los revoltosos se dividieron más tarde entre sí y a su vez fueron hechos prisioneros y ajusticiados por un grupo de los mejores elementos, quienes se impusieron, guiados por el contramaestre del buque insignia y por Juan Mori, elegido después comandante. La escasez de víveres, la prisión de

²⁷ En las relaciones que nos dejaron los cronistas del viaje de Magallanes no se encuentra ningún dato por el cual se pueda deducir que el río Gallegos haya sido descubierto por el piloto Vasco Gallego y denominado así por Magallanes para honrar a su descubridor. Consta, en vez, que fue la expedición de Loaysa la que reconoció este río y lo bautizó río de Santo Alifonso. Con este nombre ya figura en la carta de Diego de Ribero de 1529. En las cartas del Depósito Hidrográfico de Madrid este río está indicado con el nombre de Gallegos. Cfr. M. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, tomo V, p. 23. El nombre de San Alifonso fue abandonado definitivamente.

Carta de Diego de Ribero (1529).

Mori a su regreso a España y otros contratiempos hacen de éste uno de los más tristes episodios de las expediciones del estrecho.

En los años siguientes, las exploraciones de los navegantes se dirigen a los canales patagónicos y a la embocadura occidental del estrecho de Magallanes, impulsados por los gobiernos de la colonia española, a los cuales interesaba particularmente el dominio sobre aquellas tierras.

Precisamente con la intención de explorar la parte austral de Chile y el estrecho de Magallanes, que después de su descubrimiento había quedado envuelto en el misterio, a pesar de que ya España había enviado algunas expediciones, el célebre piloto Juan Ladrillero, por orden del gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, salió del puerto de Valdivia el 17 de noviembre de 1557 con dos buques: el *San Luis*, mandado por él, y el *San Sebastián*, al mando de su segundo, Francisco Cortés de Ojea, para llevar a cabo aquella difícil empresa.

La segunda de estas naves, separada poco después del buque insignia durante una violenta tormenta, siguió navegando sola en el laberinto de canales, reconociendo todas las ensenadas que se abrían a oriente, siempre en la afanosa búsqueda del estrecho²⁸. La primera gran ensenada que exploró, descrita detalladamente en el diario de viaje, fue la de Eyre, así llamada y visitada, tres siglos después, por la famosa comisión hidrográfica inglesa al mando de Philip Parker King, el 28 de febrero de 1830.

Cuatro días (19-22 de diciembre de 1557) empleó Ojea para reconocer, en todo su largo, este vasto seno y el fiordo Falcón, obstaculizado en su avance por un gran número de témpanos que el cronista llama “grandes islas de nieve flotantes” y que provocaron el más profundo estupor entre los navegantes.

Prosiguiendo su navegación al sur, fueron sorprendidos por violentas y sucesivas tormentas, de las cuales a duras penas pudieron salir a salvo sobre el navío desmantelado. Con todos los cables rotos, las velas a pedazos, los árboles deshechos, sin anclas, encontrándose el navío en condiciones que no podía seguir navegando, lo desarmaron, y con la madera y los clavos construyeron un bergantín con el cual les fue posible llegar, después de muchos sufrimientos, a Valdivia.

En cambio, Ladrillero efectuó extensos reconocimientos en las costas orientales del archipiélago de la Madre de Dios, penetró en el canal Concepción, y prosiguiendo su viaje de exploración y descubrimiento, se internó en el gran seno Eyre, en el corazón de la alta cordillera.

No encontrando un paso en el seno Eyre, volvió sobre su camino, y penetró en el canal Messier, que describe en su diario de viaje con mucha precisión. Del canal Messier bajó nuevamente hasta el paso Nelson, y creyendo encontrar aquí la boca del Estrecho, se internó en el que va en dirección noreste. Recorrió los canales San Esteban y Sarmiento, y luego, siguiendo la ruta sur, cruzó el paso conocido en la actualidad con el nombre de Collingwood, entre el continente y la isla Newton, y vino a embocar naturalmente los canales que se insinúan hacia el poniente, en un

²⁸ La expedición quedó dividida, de esa forma, en dos partes, y cada una de ellas dejó un informe detallado del viaje.

laberinto de pequeñas sendas, hasta alcanzar el canal de las Montañas y los senos Obstrucción y Desengaño, en la región de Última Esperanza. Cuando se dio cuenta de que aquellos canales no tenían salida al Atlántico, volvió sobre sus pasos, y dirigiendo la ruta nuevamente al sur, recorrió los canales Smyth, que lo llevaron finalmente al estrecho de Magallanes.

Luego de explorar minuciosamente esta primera parte del estrecho, se detuvo durante 4 meses (desde el 22 de marzo hasta el 22 de julio) en un puerto que llamó Nuestra Señora de los Remedios (tal vez la bahía de Souwy del canal Sea Shell), donde sofocó una revuelta y ahorcó en el árbol maestro a su cabecilla, el portugués Sebastián Hernández.

Reanudada la navegación el 23 de julio hacia oriente, reconoció prolijamente todas las sinuosidades y contornos del estrecho, y el 9 de agosto de 1558, habiendo llegado a la vista de la boca oriental del mismo cerca de la punta San Gregorio, tomó posesión de aquél y de las tierras lindantes, en nombre del rey de España, del virrey de Perú y del gobernador de Chile.

Desde este puerto regresó a Valdivia para informar sobre sus descubrimientos. Cuando llegó lo acompañaban solamente cuatro marineros, ya que todos los demás habían fallecido a causa de las privaciones y las fatigas del viaje.

Las descripciones que nos ha dejado Ladrillero en su diario de viaje sobre la hidrografía, orografía y climatología de la región recorrida, como también sobre las costumbres de los indígenas encontrados en su camino, son de una minuciosidad y exactitud que rara vez se encuentran en los exploradores del siglo XVI. Sólo tres siglos después, cuando eminentes exploradores y navegantes recorrieron en su interior este laberinto de canales, se pudo constatar la exactitud de las observaciones hechas por este hábil piloto.

Siguieron otras expediciones organizadas por el virrey de Perú y el gobernador de Chile, pero de éstas no queda más memoria que la de los sufrimientos y naufragios, sin que se llegara a alcanzar ninguno de los objetivos propuestos. Se hizo entonces un gran silencio en torno a las regiones del sur, a las cuales los marineros tenían un profundo horror, y los desastres ocurridos daban motivo para creer que el estrecho se hubiese cerrado por alguna convulsión terrestre, como lo afirma el mismo Ercilla en su *Araucana*²⁹.

Pronto debían despertar de este letargo los españoles de Chile y Perú por las correrías del célebre corsario inglés Francisco Drake, el terror de los españoles, quien habiendo salido de Plymouth el 13 de diciembre de 1577, entró en el puerto

²⁹ Por falta de Piloto, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna Isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca la ha cerrado.

(El Estrecho, *Araucana*, parte I, canto I, oct. 9).



AMERICA MERIDIONALE

Carta particolare che comincia con il capo S. Andrea e finisce con il capo Matas d'America...
 La longitudine comincia da l'Isola di Rio d'Atores.
 D'America Carta XXI



ERRA SALVATICA



Corrente per l'Australia

SOLE NO. MERIDIONALE

Venti Variabili

Var. S. Dr. Maestro



Labels on the map include: C. della Baia, B. di Anagada, Terra Bassa, Terra di Fradde, Terra di Vaska, Terra di Piana, C. della Terra di Piana, Bassa Lunga, Le Grotte Sono Canusime, Le Grotte Sicure, B. in Fondo, C. della Bassa, Soglia Pericolosa, Terra Bassa con Soglia Bitar, C. Rotonda, P. di Liones o buon Porto, B. di Camerones, R. di Camerones o Gambars, Bocca del Fiume, Costa de Camerones, Terra Piana, C. Matas, B. Matas, La Punta, C. S. Andrea, B. S. Andrea, Terra di S. Maria in Guerra, and C. S. Andrea.

Litoral argentino de la Patagonia (38°-46°). Carta grabada por Antonio F. Lucini y publicada en Florencia en 1647 por *Sir* Richard Dudley en su célebre atlas *Dell'Arcaico del Mare*, dedicado a Ferdinando II, Gran duque de Toscana.

de San Julián el 20 de junio de 1578. Allí Drake condenó a muerte al segundo jefe de la escuadra, Tomás Doughtie, que había intentado amotinar a la tripulación para regresar a Inglaterra, denominando Isla de la Justicia al lugar de la ejecución.

En San Julián, Drake tuvo también un combate con los patagones, siendo muertos por las flechas de los salvajes dos de sus marineros.

El 20 de agosto Drake penetró en el estrecho y, después de haberlo cruzado con toda facilidad, en sólo 17 días se lanzó hacia el norte, cayendo sobre los puertos del Pacífico y saqueándolos. Regresó a Inglaterra el 3 de noviembre de 1580, cargando inmensos tesoros, a los tres años de su partida y con la gloria de haber cumplido la segunda vuelta alrededor del mundo.

Alarmado el virrey de Perú por las depredaciones de toda clase llevadas a cabo por Drake y con la intención de destruir las colonias que creía que aquél había fundado en el estrecho, hizo preparar dos navíos que puso a las órdenes del renombrado piloto Pedro Sarmiento de Gamboa. Esta primera expedición de Sarmiento salió de Callao el 15 de octubre de 1579 y, desde los 49° de latitud, comenzó la exploración de la intrincada red de canales y del enjambre de islas de la Patagonia occidental.

Penetró en un canal dirigido al sureste al que llamó golfo de la Trinidad; luego de anclar en el puerto del Rosario, envió una embarcación a reconocer dicho canal, que doblaba al suroeste, saliendo otra vez al mar océano, uniéndose con otro más extenso, a quien Sarmiento dio el nombre de Concepción.

Grandes trabajos costó el relevamiento de este gran archipiélago, que resultó estar formado por 85 islas, entre grandes y pequeñas, de las cuales tomaron posesión y trazaron un primer mapa.

Desde puerto Bermejo, en la costa norte del canal Concepción, Sarmiento envió por dos veces algunas embarcaciones menores, para buscar en las tierras que se encuentran al oeste un paso al Magallanes. En el primer viaje, del cual participó él también, navegando al sur del canal Concepción, llegaron hasta el canal Blas, pero al encontrarlo cerrado, después de trece días tomaron el camino de regreso, pasando por el canal Santa Clara, hoy Rayo o González. En otro viaje se dirigieron al sureste por un canal (tal vez el Sarmiento), internándose hasta los 52° sin encontrar un paso hacia el oeste, y por eso regresaron a bordo por el mismo. Al constatar que en aquel lugar no había paso para el estrecho, Sarmiento decidió salir al mar por el sur del cabo Santa Lucía; después de angustias inenarrables, en que el bergantín corrió peligro de naufragar, entró por fin en el estrecho el 23 de enero de 1580 por el cabo que él llamó Espíritu Santo, y que hoy es conocido con el nombre de Pilar.

Ancló en el puerto Misericordia (hoy Mercy) en la extremidad noroeste de la isla Desolación, luego en la Candelaria (hoy Tuesday), un poco más al este, donde quedó 15 días, rehusándose a acceder al pedido de los pilotos de tomar la vía de regreso. Reanudado el viaje a lo largo del estrecho, se dedicó a un estudio prolijo de la costa, de los fenómenos naturales y de los indígenas, dando a cada lugar un nombre apropiado.

El 25 de marzo salió del estrecho con rumbo a España, adonde llegó el 15 de agosto, llevando consigo la mejor descripción que se había hecho hasta entonces del estrecho de Magallanes.

El rey de España, Felipe II, alentado por las halagüeñas declaraciones de Sarmiento, quien afirmaba

“ser tan fácil como necesario fortificar por ambas costas la primera estrechura y poblar el estrecho más adelante”,

ordenó que se equipara una poderosa escuadra de 23 navíos, que puso bajo el mando de Diego Flores de Valdés y de Sarmiento*.

La escuadra salió de Sevilla el 25 de septiembre de 1581, pero fue desdichada desde los primeros días, a causa de las tormentas, defecciones y repetidos naufragios. Por fin, después de dos años y medio, cinco buques pudieron embocar el estrecho, y a pesar de las tempestades, 300 personas bajaron a tierra y fundaron, el 5 de febrero de 1584, la ciudad Nombre de Jesús, en un valle próximo al cabo Vírgenes.

En ese intervalo tres naves huyeron a España, quedando Sarmiento únicamente con la *María*, la cual prosiguió a punta Santa Ana, donde debía fundarse una nueva colonia; Sarmiento continuó el viaje por tierra con 100 arcabuceros.

El viaje fue por demás penoso, a causa de las dificultades del camino, la falta de víveres y los ataques de los indígenas; pero finalmente, cuando los soldados, ya cerca de la meta, agotados por la fatiga y el hambre, estaban por amotinarse, la vista del buque *María*, que iba en su ayuda, tranquilizó los ánimos. Reunidos con el buque en el lugar indicado, Sarmiento fundó con las formalidades acostumbradas, el 25 de marzo de 1584, la segunda colonia, que llamó Ciudad del Rey Don Felipe, y que luego se conoció con el nombre de Puerto del Hambre.

Habiéndose embarcado nuevamente para ir a visitar a la nueva colonia, que estaba ocupada en fortificar el estrecho, una furiosa tormenta lo obligó a salir al Atlántico; pero, como la tormenta duró más de 20 días, fue obligado a regresar a la costa de Brasil, donde la *María* naufragó.

Desde allí Sarmiento trató de enviar socorro a sus dos colonias, pero no le fue posible. Entonces decidió volver a España, pero en las costas de Brasil fue tomado prisionero por corsarios ingleses, que lo llevaron a Inglaterra. Solamente cuatro años después, tras mil peripecias y sufrimientos, pudo regresar a España para pedir ayuda al rey Felipe. Pero era demasiado tarde: las dos colonias del estrecho habían dejado de existir, víctimas del hambre. En este tiempo, otro audaz corsario inglés, Tomás Cavendish o Candish, estimulado por la fama y las riquezas que había adquirido Drake en sus viajes, armó, a su costa, tres navíos y el 21 de julio de 1586 salió de Plymouth en dirección a las Indias Occidentales con el propósito de destruir y saquear las colonias españolas del Pacífico.

* En realidad Pedro Sarmiento fue un tercerón en el viaje, habiendo sido injustamente preterido en la decisión real por el incompetente Diego Flores de Valdés en el mando de la expedición pobladora y por el almirante Diego de la Ribera, en la dirección de la flota. Su autoridad sólo debía comenzar una vez que se encontraran en el estrecho de Magallanes (en la tierra firme del mismo), en calidad de gobernador y capitán general del Reino de Jesús, que así se habría de denominar la nueva provincia hispana en el sur de América (N.E.).

Litoral argentino de la Patagonia (46°-52°). Carta del atlas *Dell'Arcaico del Mare*, grabada por Antonio F. Lucini, Florencia, 1647.

Mientras costeaba la Patagonia con la intención de saquear los buques españoles que creía cargados de tesoros, ancló en una bahía al norte de San Julián, que él llamó Deseado, por el nombre que llevaba uno de los navíos, *Desire*, y allí tuvo un choque con los patagones.

Prosiguiendo hacia el sur, el 6 de enero de 1587, penetró en el estrecho, y reconociendo la costa septentrional, recogió junto a la colonia Nombre de Jesús fundada por Sarmiento de Gamboa, a un español llamado Tomás Hernández, de quien supo el triste fin de los habitantes de aquella colonia que de 300, se había reducido, a causa de las enfermedades y los sufrimientos, a 15 hombres y 3 mujeres*. En vez de ayudarlos, Cavendish, volviendo al buque y en vista de que el tiempo era favorable, prosiguió el viaje por el estrecho, ancló en la segunda colonia del Rey Don Felipe, que llamó Puerto del Hambre, se abasteció de agua y madera, valiéndose de las ruinas de aquella desdichada población, y “esperó para tomar su artillería, ya que no había esperado para salvar a sus míseros habitantes”³⁰. Luego de salir del estrecho y soportar fuertes tormentas en el Pacífico, se dirigió a la costa de Chile, para saquear aquellas poblaciones, y después de algunas felices tentativas regresó a Inglaterra en 1588 por el cabo de Buena Esperanza.

En un segundo viaje (1591) Cavendish perdió la vida; le sucedió en el mando John Davis, quien visitó dos veces Puerto Deseado y exploró dos veces el río del mismo nombre en una extensión de 20 millas, teniendo encuentros amistosos con los Patagones, que eran unos mil.

En septiembre de 1699, John Narborough reinició los viajes de los ingleses a las tierras magallánicas para estudiar la hidrografía, el clima, las producciones, la naturaleza y las costumbres de los indígenas, haciéndoles muchos regalos en la esperanza de obtener a cambio el oro que los europeos creían tan abundante en Chile. El 21 de febrero de 1670 se encontraba frente a las costas patagónicas, y, luego de practicar algunos reconocimientos cerca del cabo Blanco, bahía de los Desvelos, bahía Spring e isla de los Pingüinos, ancló en Puerto Deseado, del cual tomó posesión, con toda la solemnidad de costumbre, en nombre del rey de Gran Bretaña. Allí construyó luego un fortín, sobre el cual enarboló la bandera de su patria y trató de abrir relaciones de comercio con los indios patagones, pero con resultado negativo, siéndole de mayor ventaja la caza de los lobos de mar y de los pingüinos, de los cuales recogió cien mil huevos.

Avanzando hacia el sur, el 2 de abril llegó a puerto San Julián, donde pasó el invierno. A pesar del frío, juntamente con un grupo de oficiales, entre los cuales un tal Mr. Wood, segundo comandante, que dejó su nombre a un monte que se levanta cerca del puerto, siguió estudiando el clima, las producciones del país y sus habitantes. Al llegar la primavera, salió para el estrecho con un tiempo favorable y dio nombre a la punta norte y al cabo Fairweather (buen tiempo) en la latitud 51°, 34', cerca de la embocadura del río Gallegos.

* El avistamiento y encuentro recíproco de españoles e ingleses tuvieron lugar en algún punto de la costa continental situada entre la primera angostura del estrecho y el cabo Posesión (N.E.).

³⁰ *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata “Santa María de la Cabeza”*, Madrid, 1788, p. 243.

Hasta esa época los estudios y exploraciones que habían efectuado las expediciones dirigidas al estrecho se limitaban únicamente al litoral de la costa patagónica, pero el interior permanecía aún totalmente ignorado, ya que jamás se había adentrado alguien en aquellas llanuras inmensas, con la excepción de las breves excursiones de Alcazaba y Davis, a las que ya nos hemos referido*.

Debía ser un misionero italiano, el padre Nicolás Mascardi, jesuita, nacido en Roma el 30 de septiembre de 1625, el primero en cruzar la Patagonia de un extremo al otro, desde la cordillera al Atlántico, del lago Nahuel Huapí al estrecho de Magallanes, levantando el velo misterioso que hacía siglos la encubría.

La poética leyenda de la Ciudad de los Césares, el país dorado de los españoles, que se creía existía al interior de esta región, fue el aliciente poderoso que indujo al padre Mascardi a dejar Chiloé, centro principal de las misiones jesuíticas, y emprender largos y peligrosos viajes a través de la cordillera y en las pampas desconocidas de la Patagonia para averiguar qué había de verdad en aquel antiguo y atrayente mito y dedicarse al mismo tiempo a la conversión de los indígenas³¹.

Le brindaron la oportunidad algunos indígenas puelche, hechos prisioneros por los españoles y por él puestos en libertad. Esos indígenas le dieron noticias sobre la Ciudad de los Césares, que no era otra cosa que los restos de las colonias españolas fundadas por Pedro Sarmiento en el estrecho de Magallanes y sobre las cuales circulaban los cuentos más fantásticos. Los indígenas le prometieron facilitarle el camino hasta que pudiese llegar³².

* Inexplicablemente, en esta síntesis histórica el padre De Agostini no recogió la información acerca de lo acontecido durante el trayecto de John Narborough por el estrecho de Magallanes en sus viajes de venida y regreso (1670-71), durante los que se realizaron numerosas observaciones y trabajos de tal importancia que le han ganado a la expedición inglesa en cuestión el reconocimiento como la primera de carácter propiamente científico en la historia magallánica (N.E.).

³¹ La Ciudad Encantada de los Césares, creada por el espíritu romántico de los conquistadores españoles, no satisfechos de tantas riquezas acumuladas en los templos y palacios de los incas, constituyó para muchos de estos ilusos la quimera fantástica de las riquezas que los impulsaba a buscar afanosamente una población misteriosa, que todos describían, pero que nadie había logrado descubrir. Las más insulsas y extravagantes afirmaciones acerca de la existencia de la misteriosa ciudad y de sus riquezas fabulosas, divulgadas y creídas como verdaderas, fueron recopiladas en 1782 en nueve tomos por el fiscal de Chile por orden del gobierno español, que preparaba su definitiva conquista. Algunos opinaban que esa ciudad habría sido fundada por los españoles, que habían logrado huir de Osorno y de las otras ciudades destruidas por los araucanos en 1599, y otros, que había sido fundada por los restos de las tripulaciones de los navíos naufragados en el estrecho de Magallanes. Los geógrafos colocaban la ciudad encantada en un valle de la cordillera nevada, entre los 45° y 50° de latitud austral, pero había también quienes la creían más al norte, sobre las orillas del lago Nahuel Huapí o entre los indios Chiquitos, en tanto que otros la buscaban sobre la costa del Atlántico. La descripción que hacían de la ciudad y de la región limítrofe era de lo más seductora. Estaba ubicada en el centro de un lago pintoresco. Tenía los muros con fosos circundantes y una sola entrada, protegida por un puente levadizo y por artillería. Sus edificios eran suntuosos, casi todos de piedra trabajada, con techo a la manera de España. Ninguna cosa igualaba la magnificencia de los templos, recubiertos de plata maciza, y de este mismo metal eran las ollas, cuchillos y hasta los arados. Para formarse una idea de sus riquezas, basta saber que los habitantes descansaban en sillones de oro. Véase Pedro de Angelis, *Colección y documentos, derroteros y viajes a la Ciudad de los Césares*, Buenos Aires, 1910, vol. I, p. 353.

³² Entre estos prisioneros había algunos caciques y personas destacadas y una india muy noble a quien llamaban la Reina, por ser esposa del cacique principal que vivía en los confines del estrecho de



Mapa de la Patagonia y Tierra del Fuego, del padre P. M. Coronelli (1688).

En 1670, acompañado por los mismos puelche y poyas, ya neófitos, cruzó la cordillera y llegó a las orillas meridionales del lago Nahuel Huapí, donde fundó una pequeña misión, que consistía en una capillita y una pobre cabaña, y se dedicó de inmediato a la predicación en idioma poya, convirtiendo a muchos indígenas.

Establecida así su misión en Nahuel Huapí, el padre Mascardi emprendió en el curso del mismo año un largo viaje a las laderas orientales de la cordillera, para conducir a sus propias tierras a los indígenas por él libertados. Parece que en el curso de este viaje llegó al estrecho de Magallanes. Al año siguiente, 1671, recorrió las mismas tierras, y cruzando la cordillera muy al sur, tocó las costas del Pacífico. En 1672 emprendió un tercer viaje, acompañado por un gran séquito de caciques e indígenas y alcanzó las costas del Atlántico, logrando descubrir, con gran desengaño para él, las habitaciones desiertas de los ingleses que eran las mismas que había construido la expedición de Narborough, en el puerto de San Julián.

No encontrando en aquellas costas a los españoles que buscaba, regresó del océano a las laderas de la cordillera nevada, cruzando las vastas llanuras patagónicas, donde vivían numerosos salvajes, empleando en esta apostólica misión cuatro meses y medio bautizando un gran número de indígenas. Hacia fines de la primavera de 1673, el Padre Mascardi emprendía una cuarta expedición hacia el sur, decidido a no volver antes de haber descubierto la Ciudad de los Césares, o comprobar, por lo menos, que no existía.

Acompañado por el cacique Manqueunai, su buen amigo, que le hacía de guía, el incansable apóstol llegó a los 47° de latitud, pero, acometido aquí por una multitud de indios infieles, fue bárbaramente asesinado con su guía, herido de muerte por tres flechas que le atravesaron el pecho.

Su muerte prematura no permitió que sus viajes fuesen convenientemente descritos y recordados; por ello las noticias que acerca de los mismos nos dejó su biógrafo, el padre Rosales, son un poco contradictorias y vagas, de modo que no proporcionaron aquella contribución a los conocimientos geográficos del interior de la Patagonia, que era dado esperar después de viajes de exploración y misión tan largos e importantes, en los cuales el historiador chileno Barros Arana dice haber “algo de prodigioso”.

Mientras tanto, el gobierno colonial español de Buenos Aires, preocupado por el futuro de las masas de infieles que poblaban las extensas regiones del sur, hasta el estrecho de Magallanes, y a fin de tener noticias más exactas de las posiciones geográficas de los puertos de la Patagonia y de la configuración de la costa, organizó algunos viajes de exploración con la finalidad principal de fundar una misión jesuítica en San Julián, para convertir a los infieles.

Éste era precisamente el intento de la expedición que partió a bordo de la *San Antonio* al mando de don Joaquín Olivares e integrada por los misioneros jesuitas José Quiroga, Mateo Strobel y José Cardiel, que en 1754 fue costeano todo el litoral patagónico hasta Gallegos. El padre Cardiel, desde el puerto San Julián,

Magallanes. Véase Amunátegui, C. c. tomo III, p. 83, en Francisco Fonck, *Viajes de fray Francisco Menéndez a Nahuel Huapí*, p. 35.

efectuó con una escolta de 34 soldados y marineros, una excursión por el interior, recorriendo 25 leguas a pie, sin poder encontrar a los indígenas, que él buscaba vivamente para dar comienzo a su misión.

El padre Quiroga, ilustre astrónomo de aquel tiempo, se dedicó atentamente al estudio de la costa patagónica y particularmente de sus puertos: Deseado, San Julián, San Gregorio, y cabo de Matas, fijando con precisión la posición astronómica de los lugares, determinando y rectificando la latitud y longitud y recogiendo noticias y descripciones muy precisas sobre la navegación, condiciones meteorológicas, movimiento de las mareas, etc., que sirvieron para disipar algunos prejuicios y falsedades esparcidos por diversas publicaciones de aquella época.

En 1747, otro misionero jesuita, el padre Tomás Falkner, inglés nacido en Manchester en 1707, por invitación del gobernador de Buenos Aires, el general José Andonaegui, que deseaba evangelizar a los indios aucas al sureste de la provincia de Buenos Aires, fundó en la sierra del Volcán, en las proximidades de Bahía Blanca, la misión de la Virgen de Luján, desde donde irradió, durante 20 años, su magnífica actividad de misionero y hombre de ciencia por toda la Patagonia septentrional y la pampa.

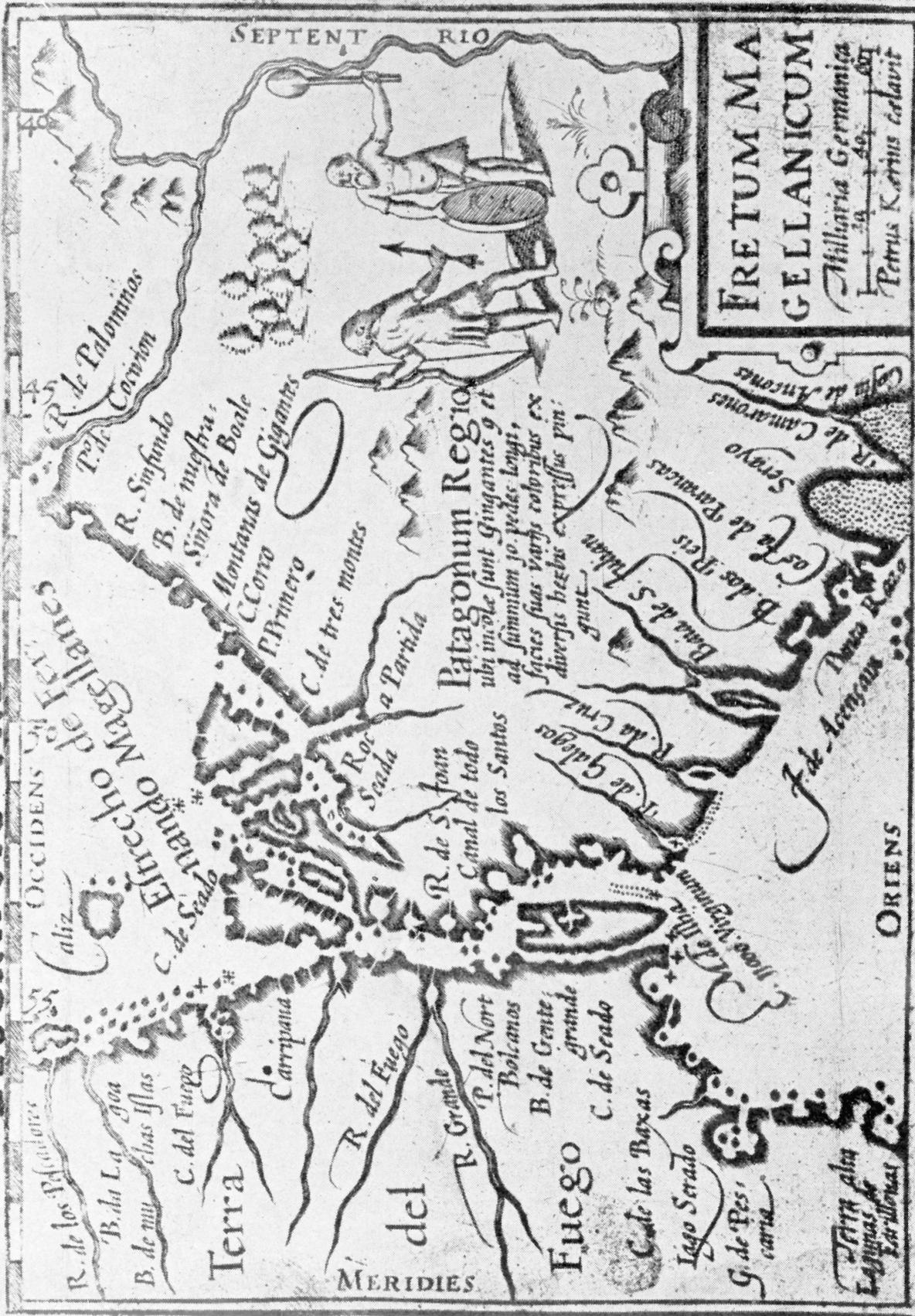
En estos viajes no sólo desplegó todo su celo de misionero en beneficio espiritual de los indígenas, visitándolos en sus chozas, instruyéndolos, bautizándolos, sino que se dedicó con pasión al estudio físico de la naturaleza, de la constitución del terreno, de la profundidad y origen de los principales ríos y lagos, de la flora, la fauna y el clima. Aprendió la lengua de los Moluche, un dialecto araucano, y con esta facilidad de conversar con los indios, supo granjearse su amistad y pudo recoger datos etnográficos muy preciosos acerca de las diversas razas, que en aquel entonces poblaban la Patagonia y la pampa oriental. Fruto de estos estudios y observaciones suyas y de sus hermanos misioneros, fue una obra muy apreciable, *Descripción de la Patagonia*, publicada en el año 1774 en Inglaterra, la que suscitó enorme interés en aquel país y en toda Europa.

La Patagonia fue revelada de esta forma, a todo el mundo, no ya como una región estéril, habitada por indígenas gigantes y feroces, sino como una región que, si bien contenía terrenos áridos y desérticos en el litoral, encerraba en cambio grandes ríos navegables, valles fertilísimos, zonas de buenos pastoreos, inmensos bosques en la cordillera, lagos y montes encantadores cubiertos de nieves eternas, indígenas hospitalarios y afectuosos: la Patagonia, debidamente poblada, podía transformarse en una región productiva y rica.

La constante emulación que reinaba entre las naciones europeas en el siglo XVIII, para conocer nuevos países y llevar a cabo nuevos descubrimientos, indujo a Inglaterra a una expedición de carácter científico que, teniendo como finalidad un viaje de circunnavegación por el hemisferio meridional, fuera, al mismo tiempo, de descubrimiento y de conquista.

Fue ésta la expedición del comodoro John Byron, que salió de Inglaterra el 24 de junio de 1764 al mando de los navíos *Dolphine* y *Tamar*, con la misión secreta de tomar posesión de las islas Falkland y de proseguir luego por el estrecho de Magallanes su viaje alrededor del mundo.

DESCRIPITIO Freti MAGELLANICI.



La Patagonia austral y Tierra del Fuego, según un mapa de P. Berti. Amsterdam, 1606.

El 21 de noviembre del mismo año J. Byron tocó la costa patagónica y penetró en Puerto Deseado, donde permaneció anclado hasta el 5 de diciembre. Efectuó algunas excursiones al interior, para estudiar aquellas tierras, de las cuales describió las condiciones físicas, la fauna y la vegetación. Luego, viajando por el sur, fue buscando en vano la imaginaria isla Pepsy, de la cual hablaba un diario de antiguos capitanes filibusteros, y el 21 de diciembre penetró en la boca oriental del estrecho de Magallanes.

Al pasar el cabo de las Vírgenes, los ingleses avistaron desde sus buques un número considerable de hombres a caballo, que desde la orilla agitaban una especie de bandera blanca, haciéndoles señas de bajar a tierra.

Byron, impulsado por la curiosidad de conocer a aquellos indígenas, sobre cuya gigantesca estatura se había escrito tanto, hizo arrojar a la mar su bote y se embarcó con algunos oficiales y un destacamento de soldados bien armados. Cuando llegaron a poca distancia de la playa vieron que aquel grupo de indígenas estaba compuesto por unos 500 hombres, algunos de a pie y gran parte a caballo: había también numerosas mujeres y niños. El encuentro fue de lo más amistoso y Byron pudo hacerse entender por medio de señas y gestos, por aquellos pobres indígenas salvajes, a quienes regaló collares de vidrio, cintas, cuchillos y otras baratijas, que fueron recibidas con grandes manifestaciones de alegría.

Después de que el padre Falkner hubo revelado con su libro los secretos de la Patagonia no sólo a sus connacionales sino también a los españoles, éstos se decidieron de inmediato a tomar posesión de ella, estableciéndose allí sólidamente, recorriendo puertos y fundando pueblos sobre la costa del Atlántico, hasta el estrecho de Magallanes, antes de que Inglaterra llegara a apoderarse de dichas tierras³³.

Así tuvieron origen nuevas expediciones colonizadoras a las costas patagónicas, organizadas por el gobierno español, las cuales, aunque no lograron un resultado práctico inmediato, ofrecieron, sin embargo, datos útiles para el futuro progreso de aquellas regiones. La más importante y provechosa de éstas fue la de don Antonio Viedma.

Salió de Montevideo el 13 de enero de 1780 al mando de una flotilla de cinco navíos bien equipados y bien abastecidos de vituallas, de utensilios y de material para dar comienzo a un establecimiento. Después de tocar, en el trayecto, los puertos de San Gregorio y Santa Elena, el 1 de agosto llegó al puerto de San Julián, tomando solemne posesión en nombre de su soberano.

³³ El naufragio del buque español *Purísima Concepción*, ocurrido en la costa oriental de Tierra del Fuego el 9 de enero de 1765, y el regreso de los 197 náufragos a Buenos Aires en la goleta *Nuestra Real capitana San José y las Ánimas del Buen Suceso*, construida con los restos del primero, y las dolorosas noticias de los sufrimientos producidos por la falta de centros poblados en aquellos parajes, parece que influyeron poderosamente sobre las autoridades de la Metrópoli para apresurar el establecimiento de colonias en el litoral patagónico. Es así como se efectúan las expediciones del teniente de fragata don Manuel Pando en el bergantín *San Francisco de Paula* (1768); del capitán de fragata don Domingo Perler en el bergantín español *Andaluz* (1767-1768); del teniente de navío don Francisco Gil y Lemos (1768-1769) comandante de la fragata *Santa Rosa* y del piloto don José Goicochea en el bergantín *San Francisco de Paula* (1770). Véase Héctor R. Ratto, *Actividades marítimas en la Patagonia durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1930.

Las excelentes cualidades del puerto y la bondad de los terrenos y de las aguas indujeron a Viedma a establecer allí una colonia, y escribió al virrey para obtener la autorización correspondiente. El 14 de abril prosiguió hacia el sur para reconocer el río Santa Cruz, pero, sorprendido por una tempestad, fue obligado a retroceder y fondear en Puerto Deseado, donde decidió pasar el invierno. El rigor del frío y la escasez de víveres agotaron las fuerzas hasta de los más robustos, y numerosos marineros y colonos fallecieron a causa del escorbuto. El 12 de noviembre llegó la nave *Carmen*, con víveres y nuevo personal, sacándolos de sus angustias y trayendo la orden del virrey de fundar la nueva población de San Julián.

Don Antonio Viedma salió con rumbo a este puerto el 21 de noviembre, para dar comienzo a la fundación de la nueva colonia de Floridablanca, con la construcción de las viviendas y de un fortín.

Aquel invierno fue excesivamente rígido, y muchos sucumbieron atacados por el escorbuto, por el frío intenso y por la falta de alimentos. Al llegar la primavera, la población se reanimó un poco gracias al arribo de buques con vituallas. Don Antonio Viedma pensó entonces en emprender por tierra el reconocimiento del río Santa Cruz, en el cual, según las referencias de los indígenas, abundaba la madera de construcción. Salió de San Julián el 7 de noviembre de 1782 con algunos de los suyos y con un grupo de indígenas Patagones y su cacique. Siguiendo la dirección suroeste, el 16 de noviembre cruzaron el río Chico y al día siguiente, después de 14 leguas de marcha, llegaron a un río mucho más notable, llamado Chalia por los indios y que, según ellos, tenía origen en otro lago situado en la región cordillerana y era tributario del río Santa Cruz.

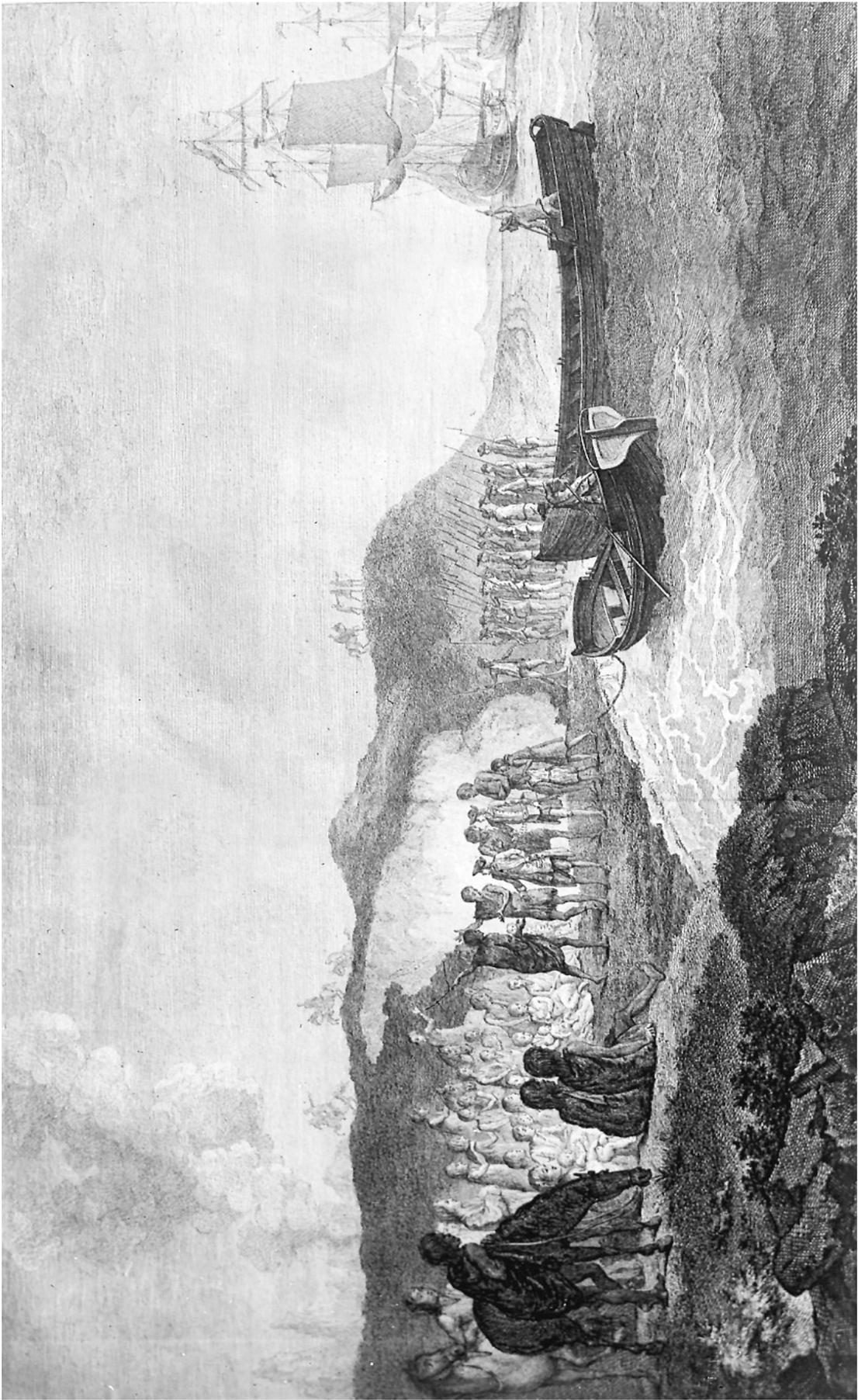
Estimándolo demasiado profundo para vadearlo, siguieron su curso, hasta que encontraron un paso en el lugar llamado por los indios Quesanejes (hoy Piedra Clavada). Después de recorrer 16 leguas, llegaron al “gran lago”, desde donde, según los indios, salía el río Santa Cruz, y acamparon en sus orillas en un punto llamado Copar.

Viedma costó por ocho leguas la orilla norte de este lago, que hoy merecidamente lleva el nombre de su descubridor, adentrándose en dirección noroeste, donde aparecían manchones de árboles; pero al llegar allí, no encontró sino arbutos retorcidos, útiles únicamente para leña de quemar³⁴.

Los ríos, que iban creciendo por el deshielo de las nieves, obligaron a Viedma a regresar enseguida, lo que se efectuó rápidamente y sin incidente alguno. Llegó a San Julián el 3 de diciembre, después de casi un mes de ausencia, durante el cual los patagones prestaron a Viedma una ayuda tan amistosa como indispensable.

España, siempre preocupada por consolidar su poder en sus colonias y convencida de la necesidad de efectuar una expedición científica que ratificara los

³⁴ En los siguientes términos describe Viedma el aspecto de la cordillera que se yergue imponente hacia occidente del lago y señala la configuración particular de las dos cumbres predominantes que corresponden hoy día al monte Fitz Roy y monte Torre: “En el fondo de esta ensenada (del lago) hay dos piedras en forma de dos torres, sin nieve, una más alta que la otra, y cuyas puntas, muy agudas, superan en altura a todas las otras montañas cercanas, y los indígenas las llaman Chaltel”. Véase Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1910, tomo v: Diario de Viedma, p. 483.



Encuentro amistoso del comodoro John Byron y sus tropas con los indios patagones.

descubrimientos ya hechos en las tierras australes de América, preparó una expedición científica que confió al ilustre almirante italiano Alejandro Malaspina. Éste salió de Cádiz el 30 de julio de 1789 y a fines de ese año la escuadra exploradora, formada por las naves *La Descubierta* y *La Atrevida*, fondeó en las costas patagónicas, comenzando un estudio prolijo de aquellos puertos, desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes, haciendo relevamientos y estudios hidrográficos y naturalistas de suma importancia y recogiendo preciosas noticias sobre la vida y las costumbres de los Patagones.

Después de un largo intervalo en los viajes a esta región, debido a las guerras napoleónicas y a la independencia americana, la marina británica comenzó en 1826 con los buques *Beagle* y *Adventure*, al mando del capitán Philip Parker King, un nuevo y largo período de exploraciones científicas al archipiélago de Tierra del Fuego y a las costas y canales patagónicos, seguidas desde 1832 hasta 1836 por el célebre capitán Roberto Fitz Roy, a quien se unió en 1831 el naturalista Carlos Darwin.

En estos viajes fueron estudiadas hidrográficamente y relevadas todas las costas orientales de la Patagonia, desde la bahía Blas hasta el estrecho de Magallanes, y las occidentales de los canales que se extienden hasta el cabo Tres Montes, a lo largo del Pacífico.

Fueron también visitados y relevados los canales y fiordos internos, y particularmente el que denominaron Eyre, donde observaron glaciares muy extensos que bajaban de elevadas cadenas de montañas interiores cubiertas de nieve y donde vieron flotar sobre las aguas un gran número de témpanos.

En abril de 1834 el comandante Fitz Roy inició, juntamente con Darwin, la exploración del río Santa Cruz, sobre la vertiente del Atlántico, embarcando en tres chalupas a 5 oficiales y 18 marineros.

La navegación a lo largo del río fue muy fatigosa, viéndose obligados en muchos puntos a arrastrar la embarcación por la orilla. Después de haber recorrido 245 millas desde la embocadura, debido a la escasez de víveres y en vista de que la cordillera de los Andes distaba unas 30 millas, decidieron regresar. Bajaban velozmente el río, y el 18 de mayo, después de 21 días de expedición, alcanzaron el buque *Beagle*.

Fitz Roy denominó llanura del Desengaño la depresión lacustre del lago Argentino, avistada desde lejos y juzgada una llanura; dio también los nombres de Stokes, Hobler y Castillo a tres elevaciones.

Darwin, en esta excursión por el interior inexplorado de la Patagonia, recogió datos preciosos sobre la flora, fauna y estructura geológica del terreno; pero sus desalentadoras apreciaciones sobre su productividad, expresadas con las palabras “sobre esta tierra pesa la maldición de la esterilidad”, arrojaron siniestra luz sobre las posibilidades económicas de la región. Viajeros posteriores pudieron quitar este falso concepto de la esterilidad del suelo e inducir a los colonos a ocupar esas tierras llevando a las mismas la industria del pastoreo, que hoy, solamente en el territorio de Santa Cruz, cuenta con siete millones de cabezas*.

* Esta dotación ovina correspondió efectivamente a la del período álgido de la explotación ovejera en el territorio santacruceño, como en toda la Patagonia, cantidad que pasó a reducirse sensiblemente a

El almirantazgo británico, a fin de precisar aún más los conocimientos y los estudios hidrográficos realizados por Parker King y Fitz Roy en las tierras australes de la Patagonia, envió al estrecho de Magallanes la corbeta *Nassau* a las órdenes del capitán Ricardo C. Mayne, quien desde 1866 hasta 1869 efectuó minuciosas exploraciones y estudios en el estrecho de Magallanes y en los canales occidentales hasta el golfo Penas. Reconoció los canales Smyth, Mayne, Grau, Sarmiento, Concepción, Wide (Ancho), paso del Indio y Messier. Pasando luego más al norte, prosiguió los estudios en el golfo San Esteban, en las costas de la península de Taitao y en el archipiélago de los Chonos. A esta expedición estaba también incorporado el naturalista Roberto O. Cunningham, que publicó una obra interesante sobre la fauna y la flora del estrecho de Magallanes y de los canales patagónicos.

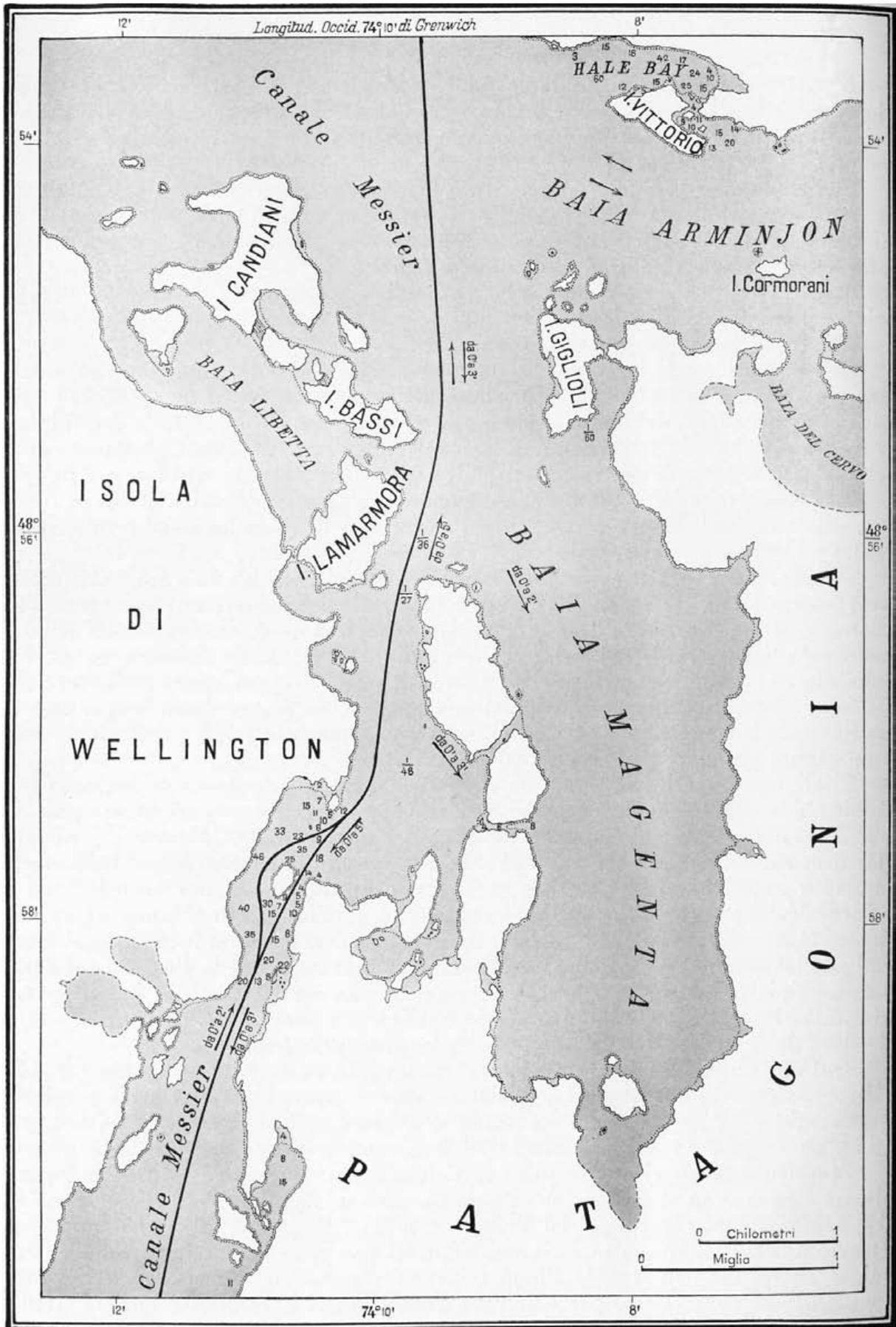
Fruto de estos viajes fue un gran número de relevamientos hidrográficos de los puertos, fondeaderos, canales e islas y nuevas observaciones y estudios que, recogidos en un volumen, formaron una buena guía hidrográfica de toda esta región, obra que fue más tarde traducida al español, para uso de la Marina chilena.

También la Marina italiana quiso participar del movimiento científico de los otros países y cooperar en el reconocimiento de aquellas lejanas regiones. Inició la serie de estas exploraciones científicas, en 1866, la corbeta *Magenta*, al mando del capitán de navío Arminjon, que en su viaje alrededor del mundo se detuvo en los canales patagónicos, cumpliendo un plan detallado, con numerosos sondajes de la Angostura Inglesa y sus adyacencias. Tomó parte en esta expedición el naturalista Enrique Giglioli, quien efectuó importantes estudios e investigaciones sobre la flora y la fauna, publicándolos luego en un volumen que contiene la relación del viaje. El *Magenta* fue el primer buque de gran tonelaje que pasó por el golfo de Penas desde el estrecho de Magallanes, a través de los canales patagónicos.

En 1882 el Ministerio de la Marina de Italia dispuso que la corbeta *Vettor Pisani* cumpliera un viaje alrededor del mundo con la finalidad principal de efectuar estudios hidrográficos y de la flora marítima de las regiones que iba a cruzar. El comando de la nave fue confiado al capitán J. Palumbo, quien partió de Venecia el 26 de marzo de 1882 y llegó al estrecho de Magallanes el 28 de octubre del mismo año. Fondeó en los puertos de Churruca, Fortescue y Angosto en la isla Desolación, donde comenzó sus estudios hidrográficos, efectuando sondajes, y luego prosiguió por los canales occidentales, donde tuvo numerosos encuentros con los indígenas alacalufe, dejando interesantes descripciones sobre su vida y costumbres. Reconoció numerosos puertos donde ancló; navegó a través de los canales Indian, Reach y Messier, fondeando en Eden Harbour; penetró en el golfo de Penas, y después de haber pasado la península de Taitao, embocó el canal Darwin para cumplir allí reconocimientos y estudios hidrográficos de los canales Darwin y Moraleda, casi por completo desconocidos en su interior.

En sólo 13 días, bajo la dirección de los tenientes de navío E. Serra, C. Schiaffino, C. Chierchia y C. Marcacci, unieron el canal Moraleda con el Pacífico, cerca

contar del tercio final del siglo XX debido principalmente a los abusos del sobrepastoreo al cabo de un siglo de actividad. Hoy esa dotación se estima en menos de tres millones de cabezas (N.E.).



Plano de la Angostura Inglesa, levantado por la R. corbeta italiana *Magenta*, noviembre, 1867.

de 40 millas, con una hermosa y detallada red de triángulos; fue explorado un canal interior llamado Carrera Cucchi, se determinaron muchos puntos astronómicos y se ejecutaron dos planos de los puertos Italiano y Laguna con numerosos sondeos³⁵.

El teniente de navío C. Chierchia pudo también efectuar proficuas investigaciones zoológicas, enriqueciendo su colección con numerosas especies de vertebrados acuáticos³⁶.

Casi simultáneamente con el buque *Vettor Pisani*, exploraba los mismos canales patagónicos la corbeta italiana *Caracciolo*, que después del mes de mayo de 1882 penetró en el estrecho de Magallanes, haciendo escala en Punta Arenas y ancló en bahía Borja, Playa Parda Cove y Scholl Bay (junio de 1882). Prosiguió el viaje al norte, penetrando en los canales patagónicos, donde se detuvo para ejecutar el relevamiento del plan de anclaje de la bahía Caracciolo en el West Channel, ubicado en la costa septentrional del canal Concepción.

Un navegante italiano que adquirió en esta época una cierta nombradía por sus viajes y sus descubrimientos en los canales patagónicos fue el comandante Bartolomé Bossi.

Salió de Montevideo el 19 de enero de 1873 sobre la nave *Charrúa*, de su propiedad, y se dirigió a Valparaíso pasando por el estrecho de Magallanes, canales Smyth, Sarmiento, Inocentes, Concepción, Wide y Messier, llegando a destino el 15 de febrero de 1873. Las relaciones que publicó de este viaje y otro efectuado posteriormente en las costas del Pacífico, contienen descripciones geográficas, hidrográficas y etnográficas de interés y utilidad por las indicaciones de un buen número de islas, bajos, rocas, etc., todavía desconocidas y peligrosas para la navegación. Entre los descubrimientos hechos merece mención el del puerto Charrúa, en la costa norte del golfo Trinidad, al sureste del istmo que une la península Corso con la isla Mornington.

El gobierno alemán, con la intención de promover el comercio en la costa occidental de América del Sur, acogiendo el pedido de la compañía de navegación Kosmos, envió en 1883 el crucero *Albatros*, al mando del capitán Pludemann. Durante dos años esta expedición efectuó estudios y descubrimientos geográficos de importancia, muy útiles para la navegación.

Los primeros reconocimientos que efectuó la Marina chilena en sus costas australes se remontan al año 1843, cuando la goleta *Ancud*, al mando del capitán don Juan Williams, en viaje al estrecho de Magallanes, para tomar posesión del mismo, efectuó los primeros reconocimientos de los canales patagónicos y de los principales puertos y anclajes.

Pero los trabajos hidrográficos propiamente dichos no fueron comenzados sino hasta 1870, cuando el gobierno chileno, con la intención de dar impulso a la

³⁵ Véase *Rivista Marittima*, diciembre de 1885, *Lavori idrografici compiuti dalla R. Corvetta Vettor Pisani*, pp. 375-395.

³⁶ Véase *Rivista Marittima*, octubre de 1885, *Collezioni per studi di scienze naturali fatte nel viaggio intorno al mondo dalla Corvetta Vettor Pisani*, pp. 5-16.

colonización de la región magallánica y de facilitar sus vías de acceso, preparó la corbeta *Chacabuco* para un viaje de estudio y exploración a los mares australes, confiando su mando a uno de los más ilustres jefes de la marina, el capitán de fragata don Enrique M. Simpson y a un escogido grupo de oficiales. De 1870 a 1874 la *Chacabuco* cumplió cuatro importantes viajes de exploración y de estudio a los archipiélagos de los Chonos y Guaitecas, al canal Moraleda, al mar interior de la península Taitao y al seno y valle del río Aysén, descubriendo un paso a la Argentina a través de la cordillera.

En una segunda expedición (1874-1875), el capitán Simpson prosiguió sus trabajos hidrográficos en los canales patagónicos y en el estrecho de Magallanes hasta Punta Arenas, efectuando numerosos sondeos, estudiando los mejores anclajes y explorando las costas. Hizo también un viaje al río Santa Cruz, en el Atlántico, y de regreso al estrecho, visitó la isla Dawson y prosiguió su viaje de estudio por los canales occidentales.

Las exploraciones hidrográficas chilenas en los canales patagónicos fueron proseguidas de 1877 a 1879 por la corbeta *Magallanes*, al mando del capitán Juan Latorre, a quien se unió en 1878 la *Chacabuco*, al mando del capitán Óscar Viel. En 1885 el capitán Ramón Serrano Montaner reanudó el estudio de las costas australes embarcándose en la escampavía *Toro* con el guardiamarina don Roberto Maldonado y el naturalista chileno Adolfo Hirth³⁷.

Mientras se iban activando las exploraciones hidrográficas en los canales occidentales, proseguían en determinados períodos, en la vertiente oriental de la Patagonia, los viajes de reconocimiento al interior.

En octubre de 1867 el comandante Luis Piedrabuena, de la Armada Argentina, que desde 1859 había ocupado la isla Pavón, organizó una expedición para conocer los orígenes del río Santa Cruz.

La expedición, compuesta por los señores Mac Dougall, Petersen y J. Hansen bajo el mando de H.G. Gardiner, se dirigió a caballo hacia la cordillera, siguiendo la orilla derecha del río hasta sus orígenes, donde descubrió un gran lago denominado La Laguna del Río, al que el perito Francisco Moreno, 10 años más tarde, bautizó con el nombre de Argentino.

Los miembros de la expedición prosiguieron a lo largo de la costa meridional del lago por un buen trecho y alcanzaron después de 33 días de viaje el brazo sur del mismo lago, desde donde emprendieron el regreso empleando solamente 16 días³⁸.

³⁷ En las correrías de aventureros y corsarios que llegaron a las costas patagónicas atraídos por la ilusión de riquezas y de conquistas, la historia registra un extraño tipo de francés, un tal Aurelio Antonio Tounens, quien en 1860 tuvo la osadía de proclamarse Rey de la Araucanía y Patagonia bajo el nombre de Orellie-Antoine 1º. Las veleidades conquistadoras de este audaz iluso que, por algún tiempo, mantuvo en zozobra al gobierno chileno, fueron descritas en páginas amenas por el escritor chileno Armando Braun Menéndez. Véase Armando Braun Menéndez, *Pequeña historia patagónica*, Buenos Aires, 1936.

³⁸ Véase *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo 1 y *El Capitán Luis Piedrabuena*, Biblioteca del Oficial de Marina, Buenos Aires, 1933, vol. XVIII, pp. 257-67.

CANALI PATAGONICI - CILE

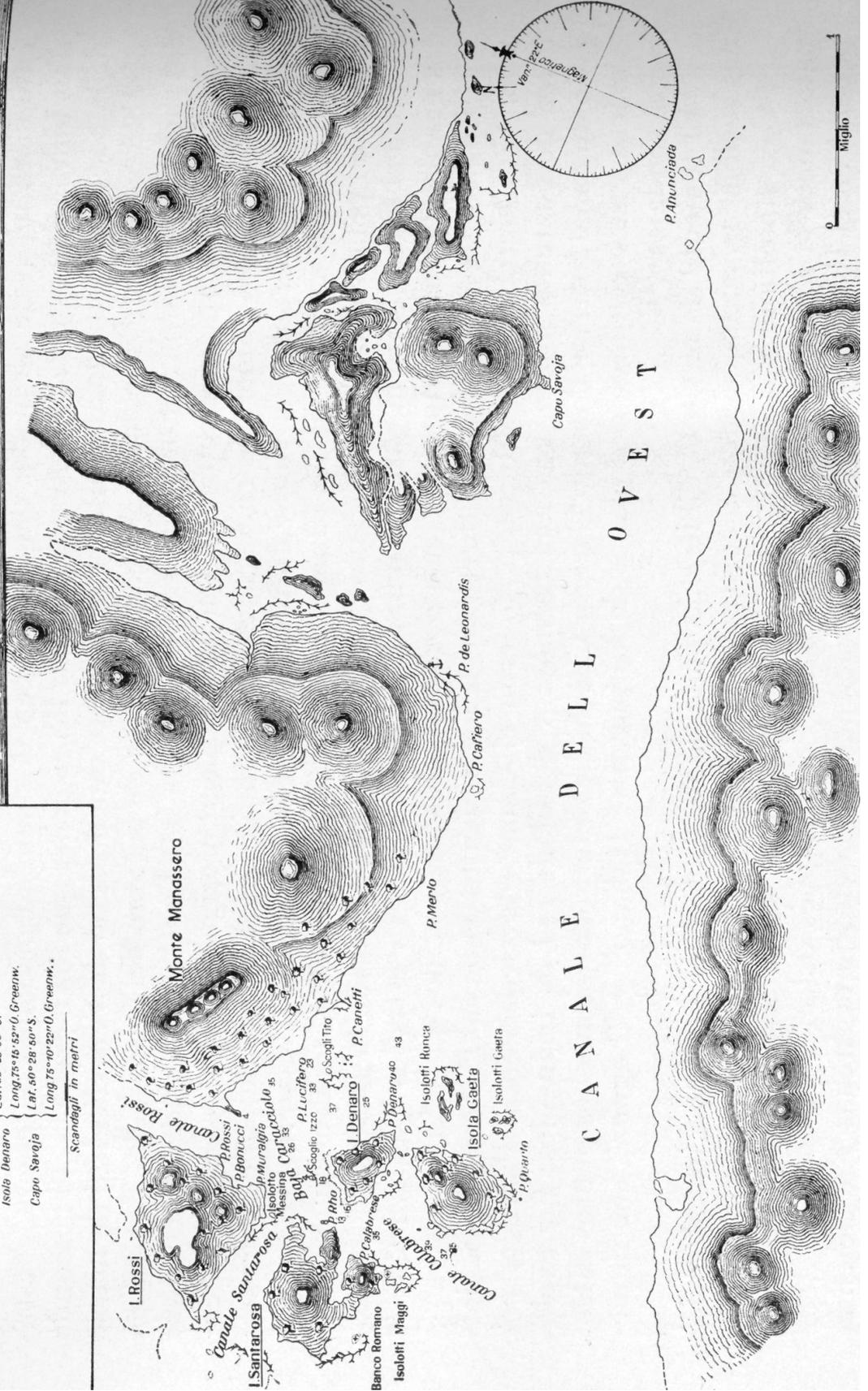
CANALE DELL'OVEST

BAJA "CARACCIOLO"

Isola Denaro { Lat. 50° 28' 00" S.
 Long. 75° 15' 52" O. Greenw.
 Capo Savoia { Lat. 50° 28' 50" S.
 Long. 75° 10' 22" O. Greenw.,.

Scandagli in metri

Veduta di Baja Caracciolo governando sopra l'isolotto Ronca da Est.



Plano del anclaje de la bahía Caracciolo en el West Channel, levantado por la corbeta italiana *Caracciolo*,
junio, 1882.

El mismo lago fue nuevamente visitado el 26 de noviembre de 1873 por el subteniente don Valentín Feilberg, que remontó el río Santa Cruz en una chalupa tripulada por cuatro marineros.

Un viaje que debía aportar una contribución preciosa al conocimiento geográfico de la Patagonia y proporcionar noticias seguras sobre la vida y las costumbres de los indios tehuelche fue el de Jorge Carlos Musters, capitán retirado de la marina británica, que en 1869 efectuó la travesía de la Patagonia de sur a norte, desde Punta Arenas hasta patagones, con una tribu de indios tehuelche.

Partió de Punta Arenas el 19 de abril de 1869 en compañía de un destacamento de soldados, que iban en busca de algunos desertores que se habían fugado de aquella colonia hacia la costa argentina, y llegó a Santa Cruz, donde pasó casi todo el invierno en la isla Pavón, en la estancia de don Luis Piedrabuena*.

Allí entabló relaciones con las tribus tehuelche de los caciques Casimiro y Orkeke, acampados en las cercanías de Santa Cruz, obteniendo el consentimiento para acompañarlos en un largo viaje que debían emprender hasta Carmen de Patagones, a orillas del río Negro. El 7 de agosto abandonó juntamente con ellos la isla Pavón, y remontando el valle del río Chico hasta cerca de sus orígenes, prosiguió hacia el norte, a lo largo de las laderas occidentales de los Andes Patagónicos. Tocó los orígenes del río Senguer, luego los del río Chubut, y pasó por los valles y colonias hoy denominadas 16 de Octubre, Esquel, Leleque, Ñorquinco, donde los tehuelche tuvieron su primer contacto con los indios Araucanos y Manzanares, capitaneados por los caciques Quintumal y Foyel.

Prosiguió con éstos el camino hacia el norte, siguiendo el valle bañado por el río Chubut, y doblando luego al noroeste, alcanzó una llanura llamada en lengua araucana Geylum (tal vez hoy Pilcaniyeu), algunas leguas al este del lago Nahuel Huapí.

Desde Geylum prosiguió al noroeste, vadeó el río Limay y penetró en la región montañosa de los indios manzaneros, donde vivían las tribus del renombrado cacique Saihueque, con quienes los tehuelche efectuaron el intercambio de sus mantas de guanaco, boleadoras, pieles con adornos de plata, mandiles, ponchos y otros tejidos.

De regreso a Geylum, prosiguiendo con los tehuelche el camino hacia levante, cruzó en forma horizontal la inmensa extensión pampeana y llegó a Carmen de Patagones a fines de mayo de 1870, después de más de un año de vida aventurera con las tribus tehuelche y araucana.

Las descripciones que nos dejó Musters en su libro *At home with the Patagonians*, contribuyeron eficazmente al conocimiento de las costumbres de los indígenas Tehuelche y Araucanos y aportaron nueva luz a la geografía de la Patagonia.

En ese intervalo el tráfico marítimo comercial en las costas patagónicas recibió un gran incremento por obra de un seleccionado grupo de marinos genoveses, que

* Aquí hay una corrección de De Agostini que sugiere, en lugar del término 'estancia', el de 'casa de comercio'. Pero en definitiva no lo reemplaza (N.E.).

desde Diano Marina trajeron a los mares tempestuosos de la Patagonia su arrojo y su pericia, adquiriendo gran prestigio y reputación.

Abrió el ciclo de estas atrevidas navegaciones Lorenzo Mascarello, de Diano Marina, que llegó a la boca del riachuelo Buenos Aires en 1843, y sobre un patacho, velero de un solo árbol, inició en 1845 un servicio de pasajeros, carga y correspondencia de Buenos Aires a Carmen de Patagones.

A este audaz lobo de mar siguieron más tarde –de 1879 a 1900– los capitanes Luis Costa, Manuel Delpiano, Antonio Basso y Mario Arletti, cuñado de Lorenzo Mascarello, todos de Diano Marina. El capitán Arletti llegó a Chubut en 1890 e inició la navegación por el litoral de la Patagonia. Más tarde se estableció en Punta Arenas, dedicándose diez años a la caza de las focas en las tempestuosas costas del cabo de Hornos. Fue luego capitán del vapor *Amadeo* de la casa Menéndez Behety, mostrándose valiente y audaz hombre de mar³⁹.

Un hijo de Lorenzo Mascarello, el teniente de navío Jose María Mascarello, nacido en 1860 en Carmen de Patagones, fue un distinguido oficial de la Marina argentina. De 1884 a 1906, año de su prematuro fallecimiento, se dedicó con infatigable actividad a la navegación en las costas de la Patagonia y Tierra del Fuego, prestando grandes servicios a aquellas incipientes poblaciones. En los cuatro años (1894-1898) en que el transporte *Azopardo*, que estaba bajo su mando, fue destinado al servicio de la Comisión de Fronteras con Chile, recorrió en compañía del perito Dr. Francisco Pascacio Moreno, los rincones más remotos de los canales patagónicos y de Tierra del Fuego, cooperando en distintos trabajos y ejecutando relevamientos topográficos del lago Fagnano, seno del Almirantazgo, seno de Última Esperanza y río Grande⁴⁰.

En el grupo de audaces genoveses que contribuyeron eficazmente a la colonización de la Patagonia, se distinguió el capitán Antonio Onetto, nacido en Recco (Genova) el 15 de abril de 1826, el cual desde 1870 hasta 1885 trabajó sin descanso para el progreso de aquella región y se puede considerar como el verdadero fundador de Puerto Deseado. Fue también el organizador de la primera Sociedad de Navegación entre Italia y La Plata.

Matemático distinguido y cultor incansable de las ciencias naturales, fue miembro activo del Instituto Geográfico Argentino y de la Sociedad Meteorológica Italiana dirigida por el padre Denza, de quien gozaba de su estima y amistad.

Recorrió de un extremo a otro el territorio de Santa Cruz y en parte el de Chubut, con encargos de confianza del Gobierno argentino, efectuando importantes y largos viajes de exploración y de estudio en los valles del río Chubut, en los lagos Musters y Colgué Huapi, en el río Senguer y por último en los ríos Chico y Chalía. En 1877 pasó al territorio de Santa Cruz con la intención de fundar una colonia en Puerto Deseado, proyecto que pudo realizar sólo siete años más tarde,

³⁹ Véase Carlos Borgialli, “Los propulsores de la marina mercante en la costa sur”, en revista *Argentina Austral*, N° 84, Buenos Aires, año 1936.

⁴⁰ Carlos Borgialli, “El teniente del navío José María Mascarello, su vida y su obra”, en revista *Argentina Austral*, N° 53, Buenos Aires, 1933.

cuando, autorizado por el Gobierno de Avellaneda, contrataba el primer núcleo de colonos, llevándolos desde Buenos Aires a Deseado, en los vapores *Loire* y *Scotia*, donde desembarcaron el 15 de julio de 1884.

Creado aquel centro de civilización en pleno desierto, durante un período de escepticismo acerca de las posibilidades colonizadoras de aquellas regiones, el capitán Onetto, minado por los años y por los duros sufrimientos, se extinguía en Puerto Deseado el 22 de junio de 1885, apenas once meses después de haber empezado su inolvidable y benéfica obra. Un monte, de mayor elevación, en la colonia Sarmiento, lleva hoy día el nombre de este valeroso y benemérito pionero, precursor de la Patagonia austral.

Por iniciativa del Dr. Estanislao Zeballos, el Instituto Geográfico Argentino dio su patrocinio a un proyecto de exploración a las tierras australes presentado por el teniente de la Real Marina Italiana, Santiago Bove, que hizo posible en los años 1881-82 una expedición científica a Tierra del Fuego, que, por los resultados obtenidos, debía marcar huellas indelebles en los viajes de exploración al sur argentino.

Compañían la expedición, además del teniente de navío Santiago Bove, jefe científico, hombres de ciencia italianos como los Dres. Domingo Lovisato, geólogo; Carlos Spegazzini, botánico; Decio Vinciguerra, zoólogo; teniente Juan Roncagli, geógrafo y pintor.

La expedición salió de Buenos Aires el 18 de diciembre de 1881 en la corbeta *Cabo de Hornos*, al mando del valiente capitán Luis Piedrabuena, y el 6 de enero entró en el puerto de Santa Cruz, donde permaneció 18 días.

En este período los miembros de la expedición realizaron numerosas excursiones a los alrededores y a lo largo del río Santa Cruz, hasta las islas Pavón y Los Leones, recogiendo un precioso material de estudios y observaciones sobre geología, fauna, flora, hidrografía y climatología de la región.

El 4 de febrero la *Cabo de Hornos* prosiguió viaje hacia la isla de los Estados, donde la expedición comenzó sus exploraciones y estudios en toda la isla, prosiguiéndolos, después de algunos meses, en los canales de Tierra del Fuego.

En mayo de 1882 el teniente Roncagli, llevando como guía a un tal José Montes, cumplió viaje por tierra de Punta Arenas a Gallegos, estudiando la naturaleza del suelo, la configuración orográfica, la vegetación y particularmente la distribución de los pastos útiles para la cría de ganados.

Los resultados de los trabajos científicos de la expedición fueron publicados por el Instituto Geográfico Argentino, en 1883, en un volumen titulado *Informes Preliminares*, por Santiago Bove.

Una poderosa contribución al conocimiento de la Patagonia, especialmente andina, fue aportada por los viajes cumplidos por Francisco Perito Moreno, geógrafo y explorador argentino de grandes méritos, que tuvo un papel preponderante como perito en la cuestión de límites entre Chile y Argentina.

Después de algunas excursiones preliminares a la cordillera de los Andes y a la costa patagónica, en 1876 cumplió un importante viaje de exploración a la región precordillerana y de los lagos, de la cual dejó un informe interesante en su libro *Viaje a la Patagonia Austral*.

En los primeros días de enero de 1877, en compañía del subteniente de la Marina argentina, Carlos M. Moyano, remontó en una pequeña embarcación, tripulada por cinco marinos, el río Santa Cruz, y después de un mes de arduos trabajos, llegó al lago que denominó Argentino.

Deseando alcanzar algunas de las ensenadas que se prolongan a occidente, entre elevadas cadenas de montañas, el 18 de febrero, Moreno abandonó el campamento y penetró a vela en el grandioso lago, pero al llegar a la mitad se vio obligado a retroceder por causa de la fuerte marejada y a desembarcar en la costa sur, cerca de punta Walichu o Gualichu, donde descubrió un cementerio tehuelche.

Se embarcó nuevamente con la intención de ir a la costa norte, pero durante la noche fue sorprendido por un fuerte temporal que arrastró la embarcación hacia la costa, cerca de la embocadura del río Leona, donde logró ponerse a salvo, perdiendo casi todas las provisiones.

Guiado por una tribu tehuelche, Moreno prosiguió a caballo hacia el norte, siguiendo un cañadón a levante del lago Viedma, hasta que, llegando al valle del río Shehuen, dobló hacia el noroeste y tocó las orillas de un grandioso lago que llamó San Martín. Desde este lago, la expedición emprendió el camino de regreso, visitando las costas orientales del lago Viedma.

Prosiguiendo hacia el sur, el 6 de marzo Moreno tocó nuevamente las orillas del lago Argentino, y renunciando a navegar por el lago, siempre tempestuoso, prosiguió por tierra sus reconocimientos hacia occidente, a caballo, a lo largo de la costa sur, hasta alcanzar una punta de tierra a la que llamó Bandera, en la extremidad occidental del lago, donde éste se quiebra en dos brazos, penetrando en la alta cordillera.

Las denominaciones Avellaneda, Buenos Aires, Frías, Moyano y Mayo, aplicadas a los montes próximos al lago, se deben a Moreno, que indicó su posición en un mapa topográfico trazado por él. De regreso a la desembocadura del río Santa Cruz, el 16 de mayo emprendió el descenso por el río y en sólo 23 horas y media de navegación, llevado por el empuje veloz de las aguas, recorrió el camino que en la subida le había costado un mes de ímprobo trabajo y de innumerables dificultades.

A fines de 1877 el teniente Juan Tomás Rogers, chileno, en compañía del guardiamarina Luis Contreras y del naturalista Enrique Ibar Sierra, del cañonero chileno *Magallanes*, efectuó un viaje de exploración al lago Argentino.

Salieron del seno Skyring el 11 de noviembre, y cruzando hacia el este la laguna Blanca, se dirigieron hacia el río Gallegos, que atravesaron el 26 del mismo mes. El 10 de diciembre tocaron las orillas del lago Argentino, acompañados por el baqueano Santiago Zamora, chileno, muy práctico en esos parajes; pero cuando se disponían a dirigirse hacia el norte para reconocer el río Leona, debieron regresar rápidamente a Punta Arenas, llamados por el comandante J.J. Latorre, por haberse amotinado allí la guarnición.

En enero de 1879 el señor Rogers, acompañado por el guardiamarina Víctor M. Donoso, volvió a intentar la empresa, cumpliendo un segundo viaje hacia la región recorrida el año anterior. Se internó por el lado sudoeste del lago Argentino,

y, costeando la península que llamó Magallanes, logró señalar la dependencia del lago Argentino con los brazos del sudoeste.

Al regreso reconoció los ríos Vizcachas, Baguales y Chinas, regresando a Punta Arenas el 30 de marzo.

Don Ramón Lista efectuó también importantes viajes a la zona austral de la Patagonia, desde la costa del Atlántico hasta los lagos precordilleranos.

En 1878, en compañía del capitán Carlos Moyano, reconoció los orígenes del río Chico, descubriendo dos afluentes, el río Belgrano y el brazo nordeste, hoy denominado río Lista, y llegó hasta una laguna que llamó Moyano, hoy Sterea, y al torrente Engaño, actualmente conocido con el nombre de Ñires.

En el verano de 1890 siguió el curso del río Santa Cruz con la embarcación a vapor *Andina* y penetró en el lago Argentino y de aquí, por el río Leona, alcanzó la cuenca del lago Viedma, que reconoció en su vertiente austral hasta el brazo extremo de suroeste. Así como Moreno fue el primero en navegar por el lago Argentino, Lista tuvo el mérito de haber llevado la primera embarcación al lago Viedma. Al regresar del lago Argentino se dirigió a la región de Última Esperanza, explorando el lago Toro o Maravilla y el río de las Chinas.

Las noticias y las descripciones geográficas que nos dejó Lista acerca de las regiones recorridas, expuestas en dos relaciones acompañadas por un mapa de los orígenes del río Chico, contribuyeron a aumentar el conocimiento geográfico de una parte de la Patagonia, en aquel entonces muy escaso e imperfecto. A esta descripción geográfica, Lista agregó un somero estudio sobre la geografía, fauna y flora de la región, además de interesantes datos etnográficos sobre los indios tehuelche.

Pero entre los exploradores de la Patagonia, el que aportó mayor contribución a los conocimientos geográficos de la región, fue sin duda alguna el capitán Carlos Moyano, oficial de la Marina argentina. En los viajes que realizó casi sin interrupción de 1876 a 1884, recorrió y exploró la mayor parte de la Patagonia y, con sus numerosos e importantes relevamientos topográficos y mediciones astronómicas, proporcionó a los cartógrafos los primeros elementos para compilar el mapa geográfico de la Patagonia, que hasta entonces aparecía dibujado en blanco.

Moyano fue compañero precioso de Moreno en el viaje de exploración realizado en 1877 a los lagos Argentino, San Martín y Viedma, y de Ramón Lista en 1878, en el reconocimiento del curso del río Chico hasta sus fuentes y del río Santa Cruz, del que dejó un primer mapa detallado.

Hacia fines de 1879 organizó una expedición para buscar un paso a través de la cordillera al norte del lago San Martín, pareciéndole probable poder, siguiendo la cuenca hidrográfica del río Chaliá, afluente del Santa Cruz, alcanzar fácilmente las aguas del Pacífico a través de alguna depresión de los Andes.

El 14 de diciembre, acompañado por el señor Marcelino Mouret, por un asistente y un indígena, se encaminó hacia la cordillera siguiendo el camino de los indígenas a lo largo del río Chaliá, y el 8 de enero de 1880 volvió a ver el hermosísimo y solitario panorama del lago San Martín, que había descubierto dos años antes con Moreno. En una primera excursión, desde la cumbre de una montaña,

descubrió un largo brazo del lago que denominó Chacabuco. En los días siguientes, volviéndose más difícil y áspero el camino, no le fue posible proseguir su viaje hacia el oeste en busca del tan deseado paso, y debió regresar a Santa Cruz.

Pero el más importante viaje de exploración efectuado por el capitán Moyano fue el del Chubut, realizado en el verano de 1881. El 1 de octubre de 1881 partió de Santa Cruz, acompañado por don Cipriano García, argentino, ya compañero de expedición de Moreno y de Lista, de los señores D.A. Guillaume y D.F. Poivre, franceses, habitantes de Santa Cruz, de los marinos J. Pinto y L. González y de dos indios, conocedores del camino.

La expedición recorrió el valle del río Chico, dirigiéndose al noroeste, por el mismo camino seguido por Musters en 1869, hasta alcanzar los primeros contrafuertes de la cordillera.

Dobló luego al norte y, costeando siempre la vertiente oriental de la cordillera, cruzó los ríos Olnie y Ghío (hoy Caracoles en los mapas argentinos), descubrió el lago Ghío, encerrado en un austero y salvaje paisaje de rocas desnudas y de colores sumamente variados. Prosiguiendo siempre hacia el norte por el camino de los indígenas, cruzó los ríos Eke y Charcamac (Ecker y Charcana de los mapas actuales), y algo más al norte descubrió un gran lago rodeado de montañas, muy parecido al San Martín, al que dio el nombre de Buenos Aires⁴¹.

Doblando su ruta al noreste, cruzó el río Deseado, el Aurkeguenguel y se dirigió al Chubut, tocando la gran espiral de los ríos Senguer y Chubut, que considera un verdadero oasis de la Patagonia septentrional, por la riqueza de los pastos, la abundancia de las aguas, la fertilidad de los valles y la exuberancia de los bosques.

Sus descripciones sobre las condiciones físicas de la región recorrida, sobre la flora, fauna y clima, y sobre las posibilidades de comunicación entre el Chubut y el extremo sur de la Patagonia, ilustraron con datos positivos las riquezas naturales del terreno y abrieron una nueva y segura vía a la colonización de la Patagonia.

El 2 de noviembre de 1883 emprendió su último y no menos importante viaje de exploración a las fuentes de los ríos Gallegos, Coyle y Santa Cruz, logrando explorar toda la zona comprendida entre la costa del mar y la cordillera, desde el grado 50 al 52 de latitud sur.

En este viaje llegó muy cerca de los canales patagónicos y del fiordo Última Esperanza, que divisó desde la cumbre de una colina.

Prosiguiendo hacia el norte, para conocer los orígenes del río Coyle, reconoció los lagos Toro (Maravilla) y Sarmiento y más arriba, en las proximidades del macizo Paine, otros dos lagos que hoy se conocen con los nombres de Pehue* y Grey, en el último de los cuales vio numerosos hielos flotantes sobre las aguas, que se originaban en los glaciares ubicados más hacia el interior⁴².

⁴¹ En el gran mapa de América meridional, de don Luis de la Cruz Cano de Olmedilla, publicado en Madrid en 1775, ya figura este lago con el nombre de Chelenco y de él se deriva en dirección al Pacífico, el río Caucaos Bravos, que corresponde al actual río Baker.

* Actualmente el nombre del lago es Pehoé y no Pehue como indica De Agostini (N.E.).

⁴² Desde una elevación, Moyano contempló extático los inmensos heleros que bajaban de la cordillera interior, sobre los cuales descollaban algunos cándidos picachos de forma cónica, y henchido de

Efectuada la exploración de esta zona cordillerana, siguió viaje con rumbo al lago Argentino, reconociendo su extremidad suroeste y luego bajó hacia la costa del Atlántico, regresando a Santa Cruz el 8 de febrero de 1884.

Con este viaje, la mitad de la Patagonia quedaba explorada y se solucionaban algunos problemas de enorme interés geográfico sobre la configuración orográfica de la región y sobre las posibilidades de una colonización de estas inmensas regiones que hasta aquella época eran juzgadas estériles e inhospitalarias.

El 14 de octubre de 1885, el primer gobernador de Chubut, coronel Luis Jorge Fontana, partió de Rawson en un viaje de exploración hasta la cordillera. Lo acompañaban 30 personas, entre ellas los colonos Tomás y Mayo Evans y el agrimensor Katterfeld. La expedición recorrió a caballo el valle de río Chubut hasta los orígenes de los brazos superiores del sur, y después de comprobar la existencia de dos grandes ríos que se dirigían al oeste a través de la alta cordillera, y de visitar el valle que llamó del 16 de Octubre y fundar el pueblo de Esquel, continuó viaje al sur, descubriendo los dos lagos, La Plata y Fontana, que dan origen al río Senguer. Bajó luego a lo largo de este río, explorando los lagos Colhué Huapi y Musters; de allí hizo una excursión a la costa del mar, que alcanzó en rada Tilly (cerca del lugar donde surge hoy Comodoro Rivadavia) para regresar al lago Colhué Huapi (que él llamó Musters); y siguiendo por el valle del río Chico alcanzó el punto de partida en enero de 1886.

El coronel Fontana efectuó en 1888 otro viaje al interior de la Patagonia, descubriendo otros lagos de la cuenca hidrográfica superior del río Futaleufú.

Para dilucidar la cuestión del *divortium aquarum* planteada entre Chile y Argentina, en las proximidades del paralelo 52, el Gobierno chileno encargó en 1884 al capitán Ramón Serrano Montaner que efectuara un viaje de exploración a la región de Última Esperanza. Acompañado por varios ingenieros y oficiales del ejército, realizó un estudio muy completo sobre la región, relevando el seno de Última Esperanza y los lagos Balmaceda, Pinto y Toro y el gran valle recorrido por el emisario del lago Toro o Maravilla, al que dio el nombre de río Serrano.

En junio de 1892 el capitán Hermann Eberhard, alemán, deseando averiguar si en la región de Última Esperanza había terrenos aptos para el pastoreo, emprendió en una chalupa con cuatro marineros, desde la bahía Istmus, adonde había sido llevado en vapor desde Punta Arenas, un viaje de exploración a los canales de Última Esperanza, alcanzando hacia mitad de julio una hermosísima bahía, que denominó puerto Consuelo. Satisfecho por el ameno aspecto de la región y las buenas condiciones del terreno, volvió allí al año siguiente, fundando una estancia e importando los primeros animales lanares, señalando así el comienzo y el próspero desarrollo de la industria pastoril en la región de Última Esperanza. Al mismo

conmover entusiasmo escribe: “Dichoso el mortal que un día recorrerá aquellas llanuras que hasta hoy, mientras escribo estas páginas, ejercen sobre mi imaginación la atracción más poderosa que yo haya jamás experimentado por lo desconocido, quizás porque en el momento en que la vi pasó por mi mente el recuerdo de las fantásticas descripciones del polo Antártico de Edgardo Poe”. Véase Carlos Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, p. 166.

se deben las denominaciones de sierra Arturo Prat y Dorotea, dados a los montes que se levantan al norte del fiordo de Última Esperanza.

La cuestión de límites entre Chile y la Argentina significó una nueva y poderosa contribución al conocimiento de la región cordillerana.

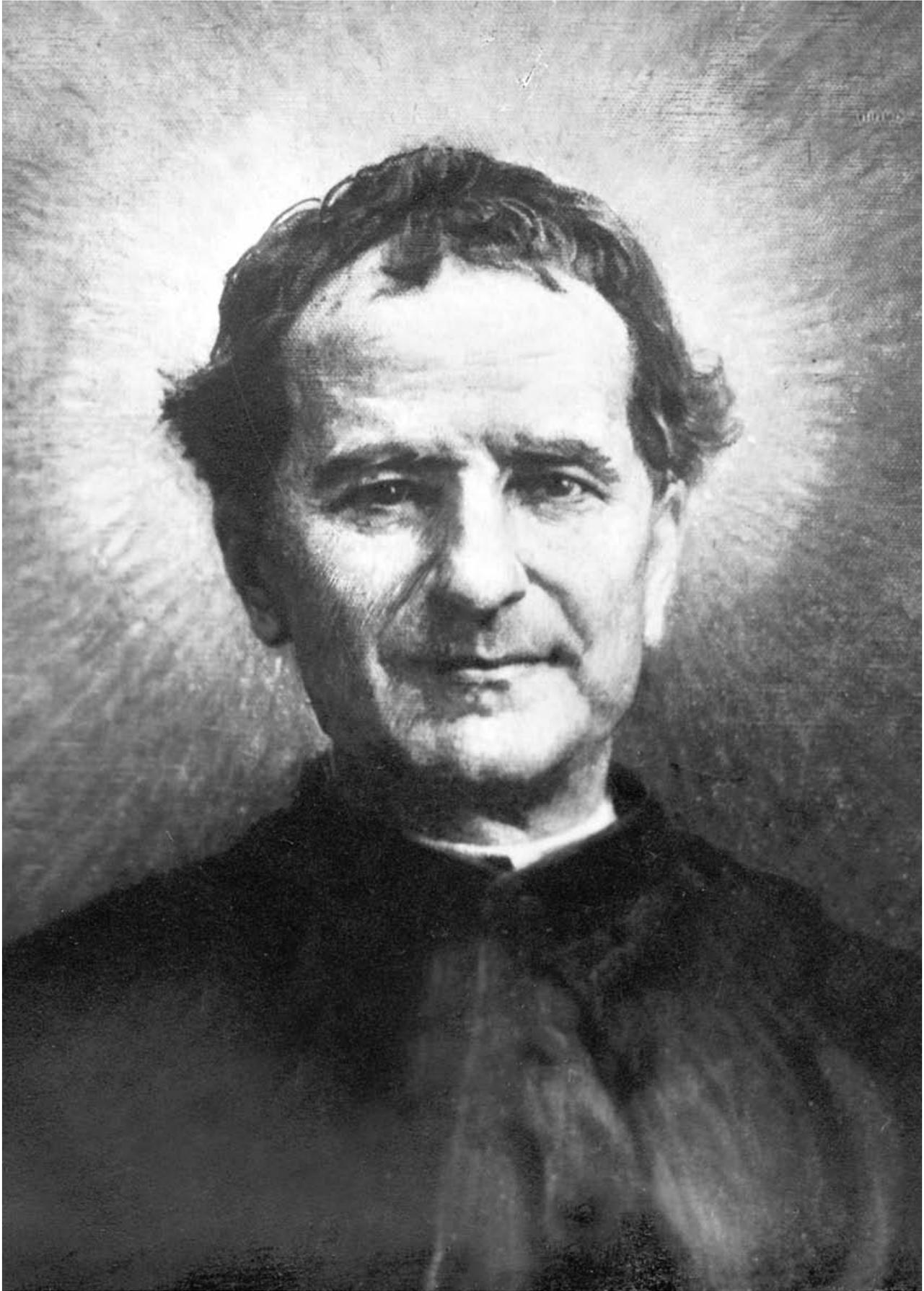
Según el tratado de límites firmado en 1881 entre Chile y Argentina, se estableció en términos genéricos que la frontera debía seguir la línea de las aguas (*divortium aquarum*) de los Andes hasta el paralelo 52. Pero cuando en 1892 los peritos elegidos por ambas naciones trataron de fijar los límites sobre el terreno, surgieron las primeras divergencias ocasionadas por la compleja y diferente configuración orográfica de la cordillera, que, al sur del paralelo 41°, no ofrece la misma continuidad de altura y la coincidencia de las líneas orográficas con las hidrográficas, sino que está interrumpida por numerosos valles transversales recorridos por ríos de opuestas direcciones.

Las soluciones que proponían las dos partes eran diametralmente opuestas. El perito chileno quería sobre todo que se tuviese en cuenta la línea que divide las aguas continentales, mientras que el argentino declaraba que la frontera debía seguir las altas cumbres de la cordillera. Para resolver en forma adecuada el conflicto, era necesario conocer la configuración y la estructura de la cordillera y de sus valles, y por ello los gobiernos respectivos crearon sendas comisiones de límites, formadas por ingenieros y geógrafos con la misión de efectuar relevamientos topográficos de toda la cordillera y de los valles adyacentes.

Estas comisiones comenzaron los trabajos en 1894, con gran actividad, llevándolos a término en 1900, contribuyendo grandemente al conocimiento de la cordillera Patagónica, de sus valles y de sus lagos, hasta entonces envueltos en el más oscuro misterio. Las investigaciones realizadas por las comisiones técnicas llegaron a la conclusión de que los términos del Tratado de 1881 eran inaplicables a las condiciones geográficas del terreno, porque resultaba imposible conciliar las líneas orográficas con las hidrográficas. Para solucionar tan grave divergencia, las dos naciones, en base a una cláusula ya determinada en 1896, eligieron como árbitro al rey de Inglaterra, quien fijó en 1902 la línea demarcatoria adoptando una vía intermedia entre las exigencias extremas y poniendo fin en esta forma a la cuestión.

Hasta esta época se había creído que la cordillera de los Andes era una única y homogénea cadena de montes que corría paralela al Pacífico, y así aparecía burdamente dibujada en los mapas de aquel tiempo. Pero después de los viajes de estudio realizados por los geógrafos y exploradores enviados por los gobiernos de Argentina y de Chile, se descubrió que estaba partida formando numerosos grupos o nudos de montañas con direcciones y caracteres geológicos distintos, y que, en algunos puntos, estaba seccionada transversalmente por inmensas y profundas depresiones hidrográficas en forma de senos, valles y cuencas lacustres.

Estos descubrimientos concordaban perfectamente con las afirmaciones de un humilde sacerdote italiano, DON BOSCO, ignorado en el mundo geográfico, quien ya desde 1883 declaró con impresionante seguridad que:



San Juan Bosco, fundador de la Obra Salesiana y de las Misiones en la Patagonia.

“Los geógrafos se engañan al creer que la Cordillera de América sea un muro que divide aquella gran parte del mundo; aquellas larguísimas cadenas de altas montañas forman numerosos senos y valles de 1.000 y más kilómetros”.

Las descripciones que él mismo hizo de la configuración orográfica, fauna, flora y etnografía de la Patagonia, no figuraban en ningún texto de geografía de aquella época.

Estas revelaciones geográficas causaron tanto interés en sus oyentes que en 1883, encontrándose de paso en Lyon, se vio obligado a pronunciar una conferencia en la sede de la Sociedad Geográfica. Esta institución, como testimonio de agradecimiento y admiración, le confirió una medalla de oro, que hizo acuñar expresamente para él. ¿Cómo pudo Don Bosco adquirir conocimientos tan exactos de tierras tan lejanas, cuando todavía ningún explorador había penetrado en aquellas regiones cordilleranas y cuando los mismos gobiernos de la Argentina y Chile estaban en litigio precisamente por causa de este desconocimiento? Todo esto se debe a los sueños o visiones sobrenaturales con que Dios se dignó muchas veces ilustrar a éste, su siervo predilecto.

El más importante de estos sueños es del 30 de agosto de 1883, y en él se le ofreció una visión detallada de toda la América meridional. El sueño, relatado el 4 de septiembre a los salesianos en una reunión del Capítulo General, fue escrito de inmediato por el salesiano P. Lemoyne, y Don Bosco lo volvió a leer en todo su texto agregando algunos párrafos y haciendo algunas modificaciones. He aquí un resumen del mismo. Un jovencito de sobrehumana belleza le presentó una cinta que iba desarrollando y sobre la cual estaban marcados los grados de latitud. Don Bosco contemplaba un panorama inmenso que él dominaba como a vuelo de pájaro, a medida que se acercaba al sur.

“Mi mirada –dice Don Bosco– adquiriría un poder maravilloso. Veía bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos, y tan grandes que yo no me los hubiera podido imaginar así en regiones tan alejadas de su desembocadura. No sólo la Cordillera, aun cuando me encontraba lejos de ella, sino hasta las cadenas de montañas, aisladas en aquellas llanuras interminables, eran perfectamente observadas por mí, pudiendo discernir hasta sus más pequeños accidentes. Tenía bajo mis ojos las riquezas incomparables de estos países que deben ser aún descubiertas. Veía numerosas minas de metales preciosos, canteras inagotables de carbón, depósitos de petróleo tan abundantes cual nunca hasta hoy se han encontrado en otros lugares... Lo que mayormente me sorprendió fue ver en distintos lugares cómo las cordilleras, retirándose, formaban valles cuya existencia ni siquiera sospechan los geógrafos actuales; pues se imaginan que en aquellos lugares las faldas de la montaña son como una especie de pared derecha”.

Al final del largo viaje, que describe con interesantes detalles, el joven desplegó ante él un mapa en el cual estaba señalada con exactitud maravillosa toda la América del Sur. Además, añade el santo:

“allí estaba representado todo lo que fue, lo que es y lo que será de aquellas regiones, sin confusión, con una claridad tal, que yo veía todo de un solo golpe”⁴³.

Las exploraciones realizadas por los ingenieros Fischer, Steffen, Stange, Krüger, Riso Patrón, Pietrograndi, R. Mitchel, L. Bolados, Barrios y M. Vicuña, de la Comisión Chilena de Límites, y P. Arneberg, E. Frey, Guglielminetti, Y. Kastrupp, Y. Kolowsky, G. Lange, Y. Moreteau, C. Onelli, L. von Platten, C. Sackmann, A. Schiorbeck, E. Soot, Y. Waag, E. Wolff y C. Zwilmeyer de la Comisión Argentina, aportaron una contribución muy valiosa al conocimiento topográfico y geográfico de la cordillera⁴⁴.

El Dr. Hans Steffen fue, sin duda alguna, el explorador más inteligente y tenaz de la Patagonia occidental. En las siete expediciones que llevó a cabo, logró identificar el curso de la mayoría de los ríos patagónicos que desembocan en el Pacífico. Reconoció las grandes depresiones hidrográficas del río Puelo, Manso, Aysén, Cisnes, Huemules, siendo particularmente importante la exploración del fiordo y del río Baker con las ramificaciones interiores de los ríos Bravo y Pascua. Sus escritos y sus mapas revelan a un observador profundo y a un geógrafo concienzudo y científicamente preparado.

En este período cooperaba eficazmente a la exploración y conocimiento de la cordillera Patagónica el ingeniero Luis Riso Patrón, el más eminente geógrafo de Chile. En el verano 1899-1900, como Jefe de la Segunda Subcomisión de Límites, tuvo a su cargo el levantamiento de la región andina que rodea el lago San Martín, comprendida entre los 48° y los 49°20' de latitud sur.

En 1902 vuelve a las mismas regiones acompañando a *Sir* Thomas Holdich y ayudantes, enviados del rey de Inglaterra para reconocer las tierras en litigio entre Chile y Argentina. La expedición salió del seno de Última Esperanza y recorrió en un largo y fatigoso viaje a caballo todas las regiones escasamente conocidas del macizo Paine, de los lagos Toro, Sarmiento, Argentino, Viedma, San Martín, Cochrane-Pueyrredón y Buenos Aires, para desembocar nuevamente en el Pacífico en el estuario del Aysén. Acompañaban al señor Riso Patrón en este viaje los ingenieros Carlos Sosa Bruna, Carlos Aguirre Luco y Alejandro Moreno. El informe del señor Riso Patrón sobre este viaje fue publicado en 1905 en su libro *La Cordillera de los Andes entre las latitudes 46° y 50° sur*.

⁴³ Al llegar aproximadamente, a los 47 grados de latitud sur, la cinta que el jovencito desenvolvía presentaba un nudo del cual salían otras cintas menores con dirección al Oriente, Occidente y Mediodía. Parece que el nudo puesto a los 47 grados quisiese indicar el centro más importante de esta región austral desde donde los salesianos irradiaban su actividad hacia los puntos mencionados. Don Bosco describe, como en un lejano futuro, una gran población allí establecida (hoy día respondería a Comodoro Rivadavia) con sus edificios, escuelas, iglesias y florecientes colegios salesianos para jóvenes y artesanos adultos. No cabe duda de que este sueño de 1883 se ha realizado ya en gran parte.

⁴⁴ Los datos reunidos por la Comisión Argentina se hallan consignados en la voluminosa exposición titulada *Frontera Argentino-Chilena* (1901), obra fundamental para el conocimiento de la cordillera Patagónica. En lo que concierne a las exploraciones encomendadas por el gobierno chileno, pueden consultarse las obras de Steffen, Luis Riso Patrón y Álvaro Donoso.

Nombrado en 1907 director de la Oficina de Tierras, alcanzó a realizar la construcción del mapa de Chile a la escala de 1:500.000, el cual contiene en síntesis todo el material geodésico y topográfico reunido por las comisiones de límites durante 10 años y más de labor, y representa, para aquella época, uno de los mejores trabajos cartográficos ejecutados en Sudamérica.

En 1924 publicó el *Diccionario Geográfico de Chile*, una obra de gran mérito y erudición, la cual contiene 28.215 nombres geográficos chilenos rigurosamente seleccionados y sintetizados⁴⁵.

Simultáneamente con los viajes de exploración que realizaron las comisiones de límites, se efectuaron en la vertiente oriental de la cordillera Patagónica austral otras expediciones particulares con finalidades exclusivamente científicas.

El geólogo alemán G. Steinmann recorrió en 1882 la región próxima a Última Esperanza llegando hasta el estrecho de Magallanes.

Carlos Ameghino, de 1887 a 1890, efectuó cuatro viajes a los territorios de Santa Cruz y Chubut llevado por sus investigaciones y estudios paleontológicos. Recorrió ambas orillas del río Santa Cruz, llegando hasta el lago Argentino; luego pasó al puerto de San Julián, explorando los ríos Chubut, Senguer y Chico. En estos viajes, como en otros realizados posteriormente (hasta 1902), este incansable investigador reunió una colección extraordinariamente abundante y variada de vertebrados e invertebrados fósiles, que fueron objeto de estudio por parte de su hermano Florentino, los primeros, de Von Yhering y de otros especialistas, los segundos. En este mismo período A. Mercerat recorría e ilustraba geológicamente la Patagonia austral.

Clemente Onelli, italiano, naturalista y viajero del Museo de La Plata, efectuó numerosos viajes a la cordillera de los Andes, desde el Alto Neuquén hasta el estrecho de Magallanes, internándose en muchos puntos inexplorados de la cordillera, en calidad de ingeniero de la Comisión de Límites entre Chile y la Argentina. En 1894 siguió el curso del río Santa Cruz y navegó por el lago Argentino hasta el extremo de su brazo meridional. Su libro *Trepanando los Andes*, en el cual relata con sensibilidad de artista sus azarosos viajes a lo largo de la cordillera de los Andes, desde el cerro Lanín al estrecho de Magallanes, contiene descripciones poéticas donde el paisaje andino con sus bosques vírgenes, sus cerros nevados, sus landas interminables y los últimos restos de tribus salvajes, descuella en toda su maravillosa grandeza y seducción.

Una poderosa contribución a la colonización y al progreso de la Patagonia central fue en ese mismo tiempo la del italiano Francisco Pietrobelli, quien en 1898 fundó en el Chubut la floreciente colonia Sarmiento y abrió al tráfico marítimo la rada Tilly, hoy Comodoro Rivadavia.

Con un tesón y un empuje realmente admirables, haciendo frente a dificultades y privaciones sin número, efectuó un largo viaje de exploración al interior aún deshabitado de la Patagonia, desde la costa hasta la cordillera, en busca de terrenos

⁴⁵ Cfr. Manuel Abascal Brunet, *Don Luis Riso Patrón*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1942.

aptos para la colonización. Salió de Trelew el 7 de enero de 1897 con un carro y un solo compañero y, siguiendo el curso del río Chubut, penetró en las inmensas soledades de la pampa, donde no existían caminos ni habitantes, con excepción de algunas tribus de indígenas Tehuelche y Araucanos, y se dirigió hacia la cordillera, cruzando ríos, valles y montañas, bajo el azote del viento patagónico y de las tormentas de nieve.

El 31 de enero visitó en Tecka la tribu del cacique araucano Saihueque y luego, acompañado por el cacique tehuelche Kankel, prosiguió a caballo hacia la cordillera, cruzando los feraces valles del río Foyel y del río Manso y, por el paso Rosales, penetró en territorio chileno en el valle Coz-Coz, donde asistió a una imponente asamblea de caciques araucanos y a las fiestas tradicionales del Camaruco, de las cuales participaron tres mil indígenas araucanos.

De regreso a Tecka, prosiguió con su carro hacia el sur, hasta el lago Fontana y los valles próximos al río Aysén. De allí dobló a levante, efectuando el regreso al Atlántico a lo largo del río Senguer, que lo condujo a la región de los lagos Colhué-Huapi y Musters, en cuyos fértiles valles encontró finalmente un lugar apto para la fundación de la colonia Ideal, llamada luego General Sarmiento. El 9 de septiembre de 1897 regresó a Rawson, después de ocho meses de durísimo viaje.

Un año después se establecieron las primeras familias en la nueva colonia, y Pietrobelli, con actividad incansable, dio comienzo a otras expediciones y exploraciones, para trazar un camino que comunicara la colonia con la rada Tilly, en el golfo San Jorge, destinado a la exportación de los productos y al necesario aprovisionamiento de la colonia. Después de duros viajes, en el transcurso de los cuales estuvo a punto de perder la vida extraviado en el desierto durante cinco días, logró trazar el camino, y los primeros productos comenzaron a bajar a la costa del mar, donde edificó un primer galpón (10 de enero de 1900) y plantó un tronco de incienso en el punto más elevado de punta Rojas, para indicar a los buques argentinos el lugar más abrigado y apropiado para el desembarco. Poco después llegaron a la rada Tilly, procedentes de Buenos Aires, algunos colonos y comerciantes que, habiendo obtenido del gobierno la facultad de ocupar terrenos en aquellos parajes, construyeron allí viviendas y negocios, dando comienzo en esta forma a un activo centro de población que debía desarrollarse en breve tiempo, y luego con el hallazgo del petróleo, transformarse en la ciudad actual de Comodoro Rivadavia⁴⁶.

Las vicisitudes de estos viajes azarosos fueron descritas por Pietrobelli en un libro suyo: *Esplorazioni e colonizzazioni della Patagonia Centrale*, en que se hallan también importantes noticias sobre las costumbres de los tehuelche.

En los años 1891 y 1892 el naturalista alemán del Museo de La Plata Carlos V. Burmeister, hijo del sabio que en 1880 había acompañado a R. Lista desde el río

⁴⁶ La fecunda y progresista labor realizada por este esforzado italiano, fundador de Comodoro Rivadavia, se recuerda aún hoy con agradecido cariño por los habitantes de la Patagonia, que reconocen y aprecian las penurias sufridas por Pietrobelli para llevar a cabo sus ideales de colonización en aquellas tierras hasta entonces deshabitadas. Véase C. Borgialli, "El nacimiento de la ciudad de Comodoro Rivadavia fue el resultado de grandes sacrificios", en revista *Argentina Austral*, año VII. N° 76.

Negro hasta Santa Cruz, recorrió en dos expediciones la parte sur de Santa Cruz, el valle del río Shuen, y los lagos San Martín, Viedma y la orilla boreal del lago Argentino hasta el cerro Castillo.

Importantes viajes de estudio a la Patagonia Austral y a Tierra del Fuego, que duraron dos años, fueron iniciados en 1895 por Otto Nordenskjöld con los Sres. Dusén, botánico; Ohlin, zoólogo; y Akerman, ayudante. Hacia fines de 1896 se trasladó al seno de Última Esperanza, visitó la gruta de Eberhard llamada también del Mylodon, descubierta, hacía poco, por el capitán Eberhard; pasó a los lagos Sarmiento y Paine, descubriendo el lago que lleva su nombre, y remontó el curso del río homónimo hasta encontrar el último lago y ventisquero, donde tiene sus orígenes el río Paine, al que llamó Dickson. En esta excursión intentó penetrar en la cordillera para alcanzar el seno Peel, pero se lo impidió un gran helero profundamente agrietado que baja sobre el lago.

Por encargo de la Universidad de Princeton (Nueva Jersey) el Dr. J.B. Hatcher, del Museo Carnegie, visitó en 1896 la Patagonia austral con el fin de estudiar esta región bajo el aspecto geológico, paleontológico y ornitológico. Comenzó sus investigaciones el invierno de aquel mismo año en las cercanías de Gallegos, en colaboración con los señores Petersen y Colburn, haciendo excursiones hasta la cordillera, donde descubrió, a septentrión del lago San Martín, un gran río, que llamó Mayer, en honor del gobernador de Santa Cruz, general Edelmiro Mayer. En un segundo viaje a Gallegos y a Santa Cruz, desde donde siguió por el río Chico hacia la cordillera, visitó el lago Pueyrredón, el río Ghio, etc., región que luego fue campo de nuevas exploraciones y búsquedas en un tercer viaje suyo realizado en 1899⁴⁷.

Desde 1896 a 1898, los geólogos del Museo de La Plata: Santiago Roth, Leo Werhli y Carlos Burckhart, efectuaron cuatro viajes de estudio a las principales cuencas hidrográficas de la Patagonia norte y a la cordillera de Neuquén y Mendoza, trazando de estas zonas perfiles geológicos de notable importancia.

En 1899, el joven Erland Nordenskjöld, acompañado por el Dr. Óscar Borge, visitó la región de Última Esperanza, y la cueva del Mylodon y, por los restos fósiles que encontró allí, llegó a la conclusión de que este gravígrado llamado antes *Neomylodon* pertenece al género *Glossotherium*.

Rodolfo Hauthal, del Museo de La Plata, efectuó en el mismo año, por encargo del gobierno argentino, nuevos estudios sobre la cordillera Patagónica meridional y especialmente sobre la región entre Última Esperanza y el lago Argentino, de la cual realizó un levantamiento geológico; sobre los glaciares del lago Argentino, etc. En estos viajes visitó el macizo del Paine y las otras cadenas orientales hasta el lago Belgrano, buscando en vano un paso que le llevara del lago Argentino al Peel Inlet, sobre el Pacífico.

En 1908 una expedición sueca dirigida por C. Sköttsberg, acompañado por Thore G. Halle, botánico, y P.D. Quensel, geólogo, recorrió, en dos veranos con-

⁴⁷ Los resultados de estos viajes fueron publicados en ocho tomos ampliamente ilustrados, bajo la dirección de M. Guillermo B. Scott de la Universidad de Princeton, bajo el título *Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia*, 1896-1899.

secutivos, gran parte de la región precordillerana y de los lagos, extendida desde Última Esperanza hasta el lago San Martín, realizando importantes descubrimientos geológicos. En uno de estos viajes se internó en el brazo noroeste del lago Argentino, alcanzando las márgenes de un gran helero, que llamó Upsala.

A fin de verificar la existencia y la importancia de los yacimientos carboníferos existentes en las proximidades del lago San Martín, la Dirección de Minas de Buenos Aires envió hacia fines de 1917 a los geólogos Guido Bonarelli, italiano, y José Nágera, para que efectuaran investigaciones científicas referentes a la calidad y rendimiento del mineral y estudiaran la formación geológica de la región. Fruto de esta expedición fue un estudio que contiene nuevos e importantes resultados sobre la serie estratigráfica del Jurásico y del Cretáceo que se extiende al margen preandino de la Patagonia austral, entre el lago San Martín y el lago Pueyrredón.

Con las expediciones hasta aquí mencionadas, la cordillera Patagónica, así como casi todos sus valles, habían sido explorados y puestos de manifiesto en toda su extensión. Pero quedaban ignoradas las dos zonas glaciales entre el 46° y 52° 10', las cuales, por estar formadas por elevadísimas cadenas de montes revestidos de nieves perennes y por glaciares inmensos, no pudieron ser cruzadas ni por el oeste ni por el este.

Las comisiones de límites efectuaron sus trabajos topográficos solamente en la zona marginal oriental, que es la más accesible, reconociendo desde lejos algunas cumbres, que emergían por su elevación, y trazando sobre las mismas la línea de deslinde.

Solamente en 1914 se pudo llevar a efecto una primera expedición para penetrar en esos vastos campos de hielo, que se creían inaccesibles. Ésta se efectuó bajo los auspicios de la Comisión de la Flora Argentina y organizada por el Dr. Federico Reichert y el Dr. Cristóbal Hicken, y en ella participaron también el Prof. Hauman-Merck y el pintor J. Joergensen. Su finalidad era subir el glaciar Moreno y efectuar el cruce de la cordillera, alcanzando el seno San Andrés, en los canales del Pacífico. El 15 de febrero de 1914 los miembros de la expedición desembarcaron en la extremidad sur del canal de los Témpanos, cerca del frente del glaciar Moreno, donde establecieron un primer campamento. De aquí iniciaron sus excursiones al interior, estableciendo otros tres campamentos a lo largo de la margen izquierda del glaciar Moreno. El 27 de febrero, con tiempo magnífico, el Sr. Reichert con Hauman y el chileno Rojas, siguiendo el curso del glaciar, alcanzaron, después de 15 horas de camino, un portezuelo glacial sobre el *divortium* interoceánico (1.350 m), desde donde divisaron hacia el noroeste una depresión surcada por un amplio brazo del ventisquero, que conducía directamente al valle del fiordo San Andrés. Por causa de una repentina tempestad que oscureció el horizonte se vieron obligados a regresar, sin haber podido avistar las aguas del Pacífico⁴⁸.

Dos años después (enero de 1916) una segunda expedición organizada por la Sociedad Científica Alemana de Buenos Aires, y de la cual participaban los señores Lutz Witte, Franz Kühn y Alfredo Kölliker, se dirigió al lago Viedma y, de aquí

⁴⁸ Véase *Patagonia*, 1917, vol. 1, pp. 127-228.

al valle Túnel, y exploró aquel trecho de cordillera que corre entre el monte Fitz Roy y el cerro Huemul (2.700 m). Este último monte fue escalado por primera vez por los componentes de la expedición el 23 de febrero.

Desde el valle Túnel, Kölliker y Witte, con los dos compañeros, Silbermann y Diener, penetraron por una veintena de kilómetros en el curso superior del glaciar Viedma, cruzándolo oblicuamente en dirección nornoroeste. El 9 de marzo alcanzaron el *divortium aquarum* y desde el vértice de un monte (1.700 m) descubrieron al norte una vasta cuenca glacial desde donde irradiaban en direcciones opuestas cuatro grandes ventisqueros, llamados por ellos Paso de los Cuatro Glaciares*. Su intención era llegar hasta los canales del Pacífico, pero el persistente mal tiempo los obligó a regresar.

A esta expedición se debe un primer esbozo topográfico de la región cordillerana del occidente del lago Viedma y nuevas denominaciones de montañas y sierras, como el cordón Mariano Moreno, que limita a poniente el glaciar Viedma y el cordón Adela, a oriente del mismo, con los montes Solo, Grande, Doblado, etcétera.

En enero de 1921 los señores Reichert y Hicken, en compañía de los señores Fritzsche y Gusinde, efectuaron una expedición al sector cordillerano inexplorado, al norte del seno Baker, entre los paralelos 46°30' y 47°30', a fin de alcanzar el monte San Valentín (4.050 m), el macizo más elevado de la cordillera Patagónica. Salieron de Puerto Montt el 7 de enero de 1921 a bordo de la escampavía chilena *Elicura*, y el 12 del mismo mes desembarcaron en punta Leopardo, en la entrada del río Témpanos al oriente de la península de Taitao. Prosiguieron en chalupa hasta el glaciar San Rafael, donde fueron transportados en ocho días todos los equipos, estableciendo un campamento base sobre la playa, cerca del delta de un torrente glacial, que separa el helero de la tierra firme.

Los exploradores siguieron luego la margen norte del glaciar por unos quince kilómetros, estableciendo dos primeros campamentos y dedicándose a estudios glaciológicos, geológicos y topográficos.

El Dr. Reichert, desde la segunda estación, dejando a los compañeros, prosiguió hacia el interior, acompañado por el peón chileno Llan Llan, logrando llegar, en tres campamentos sucesivos, hasta sólo seis kilómetros del macizo San Valentín.

El 11 de febrero, con un día hermosísimo y desde una cumbre prominente de 1.140 m pudo observar en toda su imponente belleza el San Valentín y fijar el esquema orográfico de toda aquella vertiente.

Pero, empeorando el tiempo, la expedición tuvo que volver sobre sus pasos, y el 27 de febrero se embarcó de nuevo en el vapor *Elicura* para regresar a Puerto Montt, adonde llegó el 2 de marzo.

* Actualmente este paso es conocido como el Paso de los Cinco Glaciares. En la versión italiana de 1949 de este libro, también dice de los cuatro glaciares; sin embargo, en el mapa que acompaña aquella edición se le denomina nuevamente de los cinco glaciares. Véase capítulo XIII de este libro (N.E.).

Una nueva expedición fue efectuada por el Dr. Reichert, en enero de 1933, al interior de las cadenas de montes situados a occidente del brazo sur del lago San Martín, en compañía del Dr. Neumayer, del Dr. Donat, de la señora Ilse von Rentzell y del peón chileno Manuel Aguilar. En este viaje los expedicionarios siguieron la margen derecha del glaciar O'Higgins y exploraron la cadena de montes que delimita por el sur este helero, que ellos denominaron Gea en honor de la sociedad homónima de Buenos Aires, bajo cuyos auspicios se llevó a cabo la expedición. Penetraron luego por un buen trecho en el inmenso campo de hielo que recubre el interior, al cual dieron el nombre de Hicken.

En enero de 1937 los alpinistas bávaros Esteban Zuck y Hans Teufel, visitaron la región de Última Esperanza y escalaron la cumbre más oriental de la cadena Paine, de 2.460 m, denominada por ellos Almirante Nieto.

El Dr. Gustavo Fester realizó, en 1931 y 1937, reconocimientos y ascensiones en el grupo del Paine y en la cordillera Prat, en la región de Última Esperanza, donde fue acompañado por el Dr. Jakob.

En el mismo verano, una expedición italiana organizada y dirigida por el Conde Aldo Bonacossa y formada por los alpinistas del C.A.A.I. Héctor Castiglione, Juan Bautista Gilberti y Leo Dubosc, se trasladó al cerro Fitz Roy para reconocer la región cordillerana y efectuar algunas ascensiones a las cumbres más importantes. Fue su primera meta la ascensión del Fitz Roy, por su vertiente oriental. Desde el vértice de un glaciar que baja al valle del río Blanco, Castiglione, Gilberti y Dubosc escalaron la cúspide terminal del monte, formada por placas verticales de granitos y por despeñados barrancos de hielo y alcanzaron la pared meridional a 2.750 m, donde la ascensión se detuvo, a causa de la imposibilidad de superar las placas verticales y acantiladas, carentes de asideros, que llevaran a la cumbre. En los días siguientes, los mismos alpinistas lograron alcanzar, bajo el azote de la tormenta, la cumbre glacial del monte Doblado a 2.840 m.

Durante el verano 1939-1940, el geólogo suizo Arnold Heim, efectuó una expedición a la región occidental del lago Buenos Aires en compañía del guía Hermann Hess. Visitó principalmente el valle del río León, adonde habíase dirigido anteriormente una expedición del Dr. Reichert⁴⁹ y por primera vez fue atravesado el lago León con un bote plegadizo de lona, corriendo serios peligros a causa de los fuertes temporales.

Los resultados científicos obtenidos fueron muy satisfactorios, pues se alcanzó a explorar los glaciares y montes que se extienden entre dicho lago y el monte San Valentín, e ilustrar su constitución geológica.

Algunas semanas más tarde, otra expedición, encabezada por el Dr. Reichert, saliendo del istmo de Ofqui, remontó el glaciar San Rafael y llegó al pie del macizo San Valentín. Según las observaciones del mismo, las dificultades de acceso al cerro San Valentín son menores por el lado occidental, aunque el mal tiempo constantemente reinante dificulta grandemente toda tentativa de ascensión.

⁴⁹ Cfr. Reichert, "Contribución a la exploración de la cordillera patagónica en la latitud del cerro San Valentín", en *Anuario del Club Andino de Osorno*, Chile, año 1939, p. 22.

Otra tentativa de escalar la cumbre del San Valentín, subiendo por el glaciar San Rafael, fue realizada en el verano 1941-1942 por el guía Germán Hess acompañado por los señores Jorge Mani, Hoffman y Alig. El 18 de enero de 1942, saliendo del cuarto campamento después de haber realizado un largo recorrido en el ventisquero, en parte muy agrietado, alcanzaron la altura de 3.000 m, cerca de una depresión, desde donde regresaron.

Después de seis años de interrupción, por causa de la guerra, el doctor Arnold Heim organizaba una nueva expedición al monte San Valentín y en noviembre de 1945 llegaba al lago Buenos Aires acompañado por el guía Germán Hess y por los andinistas H. Schmoll, A. Vallmitjana y G. Studer. Siguiendo el itinerario del viaje anterior, cruzaron en bote el lago León y establecieron el primer campamento en la margen opuesta del lago, a 50 m sobre el mismo. Desde allí penetraron en la zona de los grandes glaciares, cercanos al San Valentín, estableciendo otros tres campamentos en el interior, de los cuales el cuarto, a 2.000 m. Los exploradores, desde este campamento, en una tentativa de ascensión, penetraron 4 km hacia el interior, pero fueron rechazados por una violenta tempestad de nieve. Además, realizaron una ascensión en esquíes al monte Tronco, de 2.400 m; pero, persistiendo el mal tiempo y escaseando los víveres, tuvieron que volver sobre sus pasos.

Una segunda tentativa de escalar el Fitz Roy fue llevada a cabo en los meses de enero y febrero de 1948 por los andinistas Juan Zechner, Mario Bertone y Néstor Gianolini.

Subieron por el valle Fitz Roy y desde un campamento situado al término del mismo, efectuaron algunas tentativas por las paredes occidentales, deteniéndose a la altura de 2.700 m.

Por esta misma vertiente occidental se renovaron en el verano siguiente (1949) otros ensayos de escalada por una expedición compuesta de los andinistas Juan Zechner, Rodolfo Dangi, Roberto Matzi y Cuzzi Lantschner. Intentaron otras rutas subiendo empinadas canaletas que parecían conducir a la cumbre, pero todo esfuerzo resultó vano frente a las verticales y lisas paredes del monte, que presentaban dificultades insuperables.

Abandonados estos intentos, los expedicionarios alcanzaron la cumbre del cercano monte Pollone de 2.400 m, que se levanta poco más a occidente de aquél, subiendo por un glaciar muy agrietado, que reviste su vertiente austral*.

En el verano el señor H. Gianolini acompañado por el señor John Mercer, inglés, siguiendo el valle Eléctrico, penetraba en los campos de hielo que se ex-

* La primera ascensión hasta la cumbre del Fitz Roy se realizaría recién en 1952 –casi veinte años más tarde que las primeras exploraciones efectuadas en la zona precisamente por el padre De Agostini– por los franceses Lionel Terray y Guido Magnone, que eran parte de una expedición más numerosa. El día 2 de febrero de aquel año, el gran macizo se deja por primera vez conquistar. Luego, la cima será nuevamente conquistada en 1965, esta vez por los argentinos José Luis Fonrouge y Carlos Comesaña. El 16 de enero llegan a la cumbre siguiendo la llamada *supercanaleta*, un surco de 1.800 m de largo, situado en la vertiente oeste del Fitz Roy. La ascensión se realiza además sin usar cuerdas previamente fijadas. Después de esto y hasta hoy se sucederán innumerables tentativas de ascensión estableciéndose variadas rutas de escalada. Véase “El Fitz Roy”, en *Cuadernos Patagónicos*, N° 4, Milano, TECHINT, 1991 (N.E.).

tienden al oeste de los montes Marconi y Gorra Blanca. Traspuesto el Paso de los Cinco Glaciares alcanzó la cabecera oriental del glaciar Pío XI desde donde se vio obligado a regresar, sorprendido por el mal tiempo*.

*Entre 1949, época en que el padre De Agostini revisaba la nueva edición de esta obra, y el principio del siglo XXI, los estudios científicos en la Patagonia se han completado con las contribuciones hechas por los ingleses John Mercer, glaciólogo, Eric Shipton, el último de los grandes exploradores andinos, y Martín Holdgate, botánico, con el patrocinio de la Royal Society y el British Museum, y del geólogo Chalmers Clapperton, con el auspicio de la Universidad de Aberdeen, entre otros investigadores. Significativos han resultado igualmente los estudios y trabajos científicos chilenos y argentinos conducidos por Edmundo Pisano, Osvaldo Boelcke y Fidel Roig, incluyendo, otra vez, a británicos como David Moore, de los que la mejor expresión científica fue la Transecta Botánica de la Patagonia Austral, desarrollada a lo largo de varias campañas entre 1977 y 1980. En la realidad el trabajo de relevamiento científico no ha cesado a pesar de su aperiodicidad. Cabe destacar como hecho relevante en la materia la presencia y actividad del Instituto de la Patagonia desde 1969 en adelante, lo que ha dado continuidad y sistematicidad a los estudios e investigaciones, que asumieron un nuevo respaldo al incorporarse en 1984 dicha entidad a la Universidad de Magallanes, principalmente en los campos de las ciencias naturales (Botánica, Zoología, Glaciología, Climatología, Ecología, Geología y Paleontología) y humanas (Historia, Arqueología, Antropología Física, Demografía) (N.E.).



REPRODUCCION PERMISIDA

PATAGONIA AUSTRAL (CHILE - ARGENTINA)

ALBERTO M. DE AGUIRRE S.R.L. ANTOÑO BARRAL

ESCALA 1:2000000



BIBLIOGRAFÍA

- AMEGHINO, CARLOS, “Exploraciones geológicas en la Patagonia”, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo XI, enero-febrero de 1890.
- AMEGHINO, FLORENTINO, “L’age des formations sedimentaires de Patagonie”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomos 51 al 54, Buenos Aires, 1903.
- AMEGHINO, FLORENTINO, “Les formations sedimentaires de Crétacé supérieur et du Tertiaire de Patagonie”, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XV, 1906 (con bibliografía completa).
- Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA)*, Buenos Aires. 1923-1948,
- Anales de la Universidad de Santiago de Chile.*
- Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, Santiago de Chile, 1875 a 1928.
- Argentina Austral*, revista mensual de la Sociedad An. Imp. y Exp. de la Patagonia, Buenos Aires, 1929 a 1944.
- Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 1879 a 1911, 25 tomos.
- BONARELLI, G. y NÁGERA, J., *Observaciones geológicas en las inmediaciones del lago San Martín*, Buenos Aires, Dirección de Minas y Geología, Bol. 27B, 1921.
- BORGATELLO, PBRO. MAGGIORINO S.S., *Patagonia Meridionale e Terra del Fuoco*, Torino, 1924.
- BOVE, GIÁCOMO, *Expedición austral Argentina. Informes preliminares*, Buenos Aires, 1883.
- BRAUN MENÉNDEZ, ARMANDO, *Pequeña historia patagónica*, Buenos Aires, 1936.
- BRUEGGEN, J., *Texto de Geología*, Santiago de Chile, 1929.
- BRUEGGEN, J., “Zur glazialgeologie der chilenischen Anden”, in *Geolog. Rundschau*, vol. XX, 1929.

- BURSMEISTER, CARLOS, *Relación de un viaje al territorio el Chubut*, en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo III, 1888.
- BURSMEISTER, CARLOS, *Memoria sobre el territorio de Santa Cruz*, Ministerio de Agricultura, Dirección de Agricultura y Ganadería, Buenos Aires, 1901.
- CALDENIUS, C. – *Las glaciaciones cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego*, en Geografiska Annalen, Stockholm, 1932 y publicación N° 95 de la Dirección de Minas y Geología, Buenos Aires, 1932.
- CARBAJAL, D. LINO – *La Patagonia*, 4 tomos, San Benigno Canavese (Turín), 1899, 1890.
- *Por el Alto Neuquén, Ascensión al Pico Domuyo*, Buenos Aires, 1906.
- Club Andino Bariloche – *Memorias 1931-1944*.
- CONCI, IVO – *Estudio de algunas rocas magmáticas del lago Argentino y del cerro Fitz Roy (lago Viedma) coleccionadas por el doctor Feruglio y el Padre De Agostini*, Revista Minera, tomo VII (1935), Buenos Aires, 1936.
- DARWIN, CHARLES ROBERT – *Journal of researches into the natural history of the countries visited during the voyage of the "Beagle" round the world*, London, 1845, 2 vols.
- Ed. Castellana: *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S. M. "Beagle"*, 2 vols., Madrid.
- DE AGOSTINI, A. M., *Mis viajes a la Tierra del Fuego*, Milán, 1929.
- DE AGOSTINI, A. M., *El cerro Lanín y sus alrededores*, Buenos Aires, 1941.
- DE AGOSTINI, A. M., *La Naturaleza en la Patagonia septentrional - Lagos Nahuel Huapi y Esmeralda*, Turín, 1934.
- DE AGOSTINI, A. M., *Mi primera expedición al interior de la cordillera patagónica meridional, verano 1930-1931*, en Solar, Buenos Aires, 1931.
- DE AGOSTINI, A. M., *Prima spedizione nella Cordigliera patagonica meridionale (Estate 1930-1931)*, en Boll. Soc. Geogr. Ital., ser. VI. Vol. VIII, Nov. 1931, Roma.
- DE AGOSTINI, A. M., *Seconda spedizione nella Cordigliera patagonica meridionale, ibid.*, vol. IX, Nov. 1932.
- DE AGOSTINI, A. M., *La prima traversata della Cordigliera patagonica dal lago Argentino al fiordo Falcón*, en Le vie d'Italia e del Mondo (Riv. del Touring Club Ital.), año I, 5, mayo 1933, Milano.
- DE AGOSTINI, A. M., *Última Esperanza, ibid.*, febrero 1935, XIII.
- DE AGOSTINI, A. M., *Viaggi di esplorazione alla Cordigliera patagonica meridionale (1933-1938)*, en Boll. R. Soc. Geogr. Ital, ser, VII. Vol. IV, I, Roma, 1939.
- DE AGOSTINI, A. M., *Aspetti geomorfologici della Cordigliera patagonica australe*, Atti R. Accad. Scienze di Torino, vol. 74, 1938-39.

- DONOSO, ÁLVARO, *Demarcación de la frontera en la parte sur del territorio*, Santiago, 1906.
- ESPINOSA, ANTONIO, *La conquista del desierto*, Buenos Aires, 1939.
- FERUGLIO, EGIDIO, *La glaciación actual, las fases glaciales cuaternarias e i loro rapporti coi terrazzi marini della Patagonia*, en Bolletino del Comitato Glaciologico Italiano, N° 13, Torino, 1933.
- FERUGLIO, EGIDIO, *I terrazzi marini della Patagonia*, en Gioranale di Geología (Annali del R. Museo Geologico di Bologna), vol. VIII bis, 1933.
- FERUGLIO, EGIDIO, *I ghiacciai della Patagonia*, en L'Universo (Riv. dell'Istituto Geogr. Militar Ital.), XV, 10, Firenze, 1934.
- FERUGLIO, EGIDIO, *Paleontographia patagónica*, en Memorie dell'Istituto Geologico della R. Università di Padova, vols. XI-XIII, 1937.
- FERUGLIO, EGIDIO, *Variaciones el frente del glaciar Moreno (lago Argentino)*, en Anales de la Soc. Arg. de Estudios Geogr. GAEA, tomo VI, 1938.
- FERUGLIO, EGIDIO, *Estudios geológicos y glaciológicos en la región del lago Argentino (Patagonia)*, en publicación en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, tomo XXXVI, Córdoba, 1944.
- FERUGLIO, EGIDIO, *Descripción geológica de la Patagonia y Tierra del Fuego*, en publicación en la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Buenos Aires.
- FERUGLIO, EGIDIO, *El Cretáceo superior del lago San Martín y de las regiones adyacentes*, en Physis (Rev. de la Soc. Arg. de Ciencias Naturales), tomo XII, 1938.
- FERUGLIO, EGIDIO, *Mapa geológico de la Patagonia al sur del paralelo 42° y Tierra del Fuego* (escala 1:2 millones), publicado por la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, 1940.
- FESTER, GUSTAVO A. *Algunas observaciones de un viaje a la Patagonia*, en Revista Minera, tomo III, Buenos Aires, 1931.
- FESTER, GUSTAVO A. *Observaciones en la cordillera austral*, *Ibid.* IX, 4, 1938.
- FESTER, GUSTAVO A. *La cordillera Payne*, en Anales de la Soc. Cient. Argent., tomo CXXVI, 1938.
- FITZ ROY, ROBERTO, *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. Adventure y Beagle en los años 1826-1836*, 4 vols. de la Biblioteca Oficial de Marina, Buenos Aires, 1938.
- FONTANA, JORGE LUIS, *Viaje de exploración en la Patagonia austral*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo VII, 1886.
- FONK, FRANCISCO, *Diarios de Fray Francisco Menéndez a la cordillera*, 2 tomos, Valparaíso, 1896.
- FONK, FRANCISCO, *Frontera Argentino-Chilena en la cordillera de los Andes*, Exposición Argentina (con láminas y mapas), Londres, 1901.

- FURLONG, GUILLERMO, S. J., *Entre los Tehuelches de la Patagonia*, Buenos Aires, 1943.
- GALLOIS, L., *Les Andes de Patagonie*, en *Annales de Géographie*, tomo 10, París, 1901.
- GERTH, H., *Geologie Südamerikas*, 2 vols., Berlín, 1935.
- GIGLIOLI, ENRICO, *Viaggio intorno al globo della Reale Pirocorvetta italiana "Magenta"*, Milano, 1875.
- GROEBER, P., *Origen de los valles transversales de la cordillera patagónica*, en *Anales de la Soc. Arg. Est. Geogr. GAEA*, tomo II, N° 3, 1927.
- HAUMAN, LUCIEN, *Etude phytogéographique de la Patagonie*, en *Bulletin de la Soc. Royal de Botanique de Belgique*, LVIII, Bruxelles, 1926.
- HAUTHAL, R., *Gletscherstudien aus der argentinischen Kordillere*, *Globus*, vol. 71, 1895.
- HAUTHAL, R., *Erforschung der Glacierscheinungen Südpatagoniens*, *ibid.*, vol. 75, 1899.
- HAUTHAL, R., *Gletscherbilder aus der argentinischen Kordillere*, *Zeitschrift d. Deutsch. u. Oester. Alpenvereins*, vol. 35, Innsbruck, 1904.
- HICKEN, C., KÜHN, F. REICHERT, F., TOMSEN, A. y WITTE, L., *Patagonia*, 2 vols. (editados por la Sociedad Científica Alemana), Buenos Aires, 1917.
- IHERING, HERMANN VON, *Les mollusques fossiles du Tertiaire et du Crétacé supérieur de l'Argentine*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XIV, 1907.
- KEIDEL, JUAN, *Sobre el desarrollo paleogeográfico de las grandes unidades geológicas de la Argentina*, en *An. Soc. Arg. Est. Geogr. GAEA*, tomo I, 4, 1925.
- KING, P. P., *Narrative of the surveying voyages of H. M. S. Adventure and Beagle*, 1926-36.
- KRUGER, P., *Die Patagonischen Anden Zwischen dem 42 und 44. Grade südl Breite*, en *Petermanns Geogr. Mitteil*, Erg-Helf 164, Jena, 1909.
- KÜHN, FRANZ, *Fundamentos de Fisiografía argentina*, Buenos Aires, 1922.
- LISTA, RAMÓN, *Mis descubrimientos y exploraciones en la Patagonia*, Buenos Aires, 1880.
- MOLDES, JOSE M., *La tierra de los Tehuelches*, Buenos Aires, 1937.
- MORENO, FRANCISCO P., *Viaje a la Patagonia austral*, Buenos Aires, 1879.
- MORENO, FRANCISCO P., *Explorations in Patagonia*, en *Geographical Journal*, vol XIV, London, 1899.
- MORENO, FRANCISCO P., *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*, en *Revista del Museo de la Plata*, tomo VIII, 1898.
- MOYANO, CARLOS, *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires, 1931.

- MUELLO, ALBERTO CARLOS, *Geografía económica de Santa Cruz*, Buenos Aires, 1928.
- NORDENSKJÖLD, OTTO, *Über die Posttertiären Ablagerungen der Magellansländer - Geological map of the Magellan territories with explanatory notes*, Svenska Expeditionen till Magellansländerna, vol. I, Stockholm, 1898-99.
- OUTES, FÉLIX F., *La edad de la piedra en la Patagonia*, Buenos Aires, 1905.
- PIATNITZKY, ALEJANDRO, *Observaciones geológicas en el oeste de Santa Cruz (Patagonia)*, Boletín de Informaciones Petroleras, N° 165, pp. 45-85, Buenos Aires, 1938.
- PIEDRABUENA, EL CAPITÁN LUIS, *Su centenario* (Homenaje del Centro Naval a su Memoria), Buenos Aires, 1933.
- PIETROBELLI, FRANCESCO, *Esplorazioni e colonizzazioni della Patagonia centrale*, Venezia, 1911.
- QUENSEL, P. D., *Geologisch-petrographische Studien in der patagonischen cordillera*, en Bull. of the Geol. Inst. of Upsala, Vol. XI, Upsala, 1911.
- QUENSEL, P. D., *On the influence of the ice age on the continental watershed of Patagonia*, *ibid.*, vol. IX, 1910.
- RATTO, HÉCTOR, *Exploraciones y actividades marítimas españolas en el litoral patagónico argentino durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1900.
- Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia 1896-1899*. vol. 8 (1903 en adelante), con muchos trabajos de Hatcher, Ortmann, Stanton, Scott, Sinclair, Dusén y otros, sobre geografía, geología, paleontología y botánica, Stuttgart y Princeton.
- Revista Chilena de Historia y Geografía*, del año 1911 al 1944, Santiago de Chile.
- RISO PATRÓN, LUIS, *La cordillera de los Andes entre las latitudes 46° y 50° S*, Santiago, 1907.
- ROTHKUGEL, MAX, *Los bosques patagónicos*, Buenos Aires, 1943.
- SKOTTSBERG, CARL, *Botanische Ergebnisse der Schwedischen Expedition nach Patagonien und dem Feuerlande 1907-1909*, Kungl Svenska Vetenskapsakademien Handlingar, XLVI, Upsala y Stockholm, 1910.
- SAROBE, GENERAL JOSÉ M., *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, 1943.
- STEFFEN, HANS, *Viajes de exploración y estudio en la Patagonia occidental*, 2 tomos, Santiago de Chile, 1909-1910.
- STEFFEN, HANS, *Westpatagonien*, Berlín, 1919.
- SPEGAZZINI, CARLOS, *Plantae Patagoniae australis*, en Revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, año III, La Plata, junio-julio de 1897.
- SPEGAZZINI, CARLOS, *Nova addenda ad Floram patagonicam*, en Anales de la Soc. Científica Argentina, tomo XLVII, p. 44 y ss., Buenos Aires 1901.

- VOLPI, C. A. y GRANDI, A. L., *El ventisquero Moreno*, La Ingeniería, tomo XLIV, pp. 54-63, Buenos Aires, 1940.
- WILCKENS, OTTO, *Erläuterung zu Hauthals geologischer Skizze des Gebieles zwischen dem Lago Argentino und dem Seno de la Última Esperanza*, Berichten der Naturforsch. Gesellschaft zu Freiburg i. Br., vol. xv, 1905.
- WILLIS, BAILEY, *El norte de la Patagonia. Naturaleza y riquezas*, Ministerio de Obras Públicas, Com. de Est. Hidrol. de la Dirección General de Ferrocarriles, con atlas, 1911-1914.
- WICHMANN, R., *Investigaciones hidrogeológicas en Puerto Deseado y sus alrededores, etc.* An. Minist. Agric., Sección Geología, tomo XII, 4, Buenos Aires, 1919.
- WICHMANN, R., *Observaciones geológicas en el gran bajo de San Julián y sus alrededores*, en Boletín 30B de la Dirección de Minas y Geología, 1922.
- WINDHAUSEN, ANSELMO, *Líneas generales de la constitución geológica de la región situada al Oeste del Golfo de San Jorge*, en Boletín Acad. Nac. Ciencias de Córdoba, tomo XXVII, Buenos Aires, 1924.
- WINDHAUSEN, ANSELMO, *Geología argentina*, 2 tomos, Buenos Aires, J. Peuser, 1929-31. (Contiene la bibliografía casi completa hasta el año 1930).
- ZUFFARDI, P., *Descripción de algunas rocas de la región de los lagos Argentino y Viedma*, en publicación en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

APÉNDICE I

OBRA LITERARIA, CARTOGRÁFICA Y FILMOGRÁFICA DEL PADRE DE AGOSTINI

LITERATURA

*a) Inédita**

Mis viajes por la Tierra del Fuego (conferencia sin fecha).

L'ultimo lembo della Terra Ignota (conferenza radiofonica per Gli italiani all'estero).

Conferencia sin título, dictada el 1 de septiembre de 1944, al parecer en Buenos Aires.

Treinta años de exploración en la cordillera de la Tierra del Fuego y de la Patagonia Austral (conferencia sin fecha).

Spedizioni del P. De Agostini SS. Nella cordillera Patagonica meridionale (conferencia o artículo sin fecha).

Esplorazioni del P. Alberto M. De Agostini S.S nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Cuarta ascensión al monte Olivia por la pared NO (nota sin fecha).

Los glaciares de la Patagonia y la Tierra del Fuego (conferencia o artículo sin fecha).

Vette e ghiacciai della Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Tierra del Fuego. Realización de A.M. De Agostini, salesiano (guión expositivo para acompañar la exhibición de la película documental del mismo nombre, sin fecha).

Expedición italiana a los montes Sarmiento e Italia (1955-56) (artículo sin fecha).

* Estos documentos se encuentran, con otros papeles, en el Archivo De Agostini del museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas (N.E.).

Vent'anni di esplorazione nella cordillera patagonica Australe (conferencia sin fecha).

Trent'anni di esplorazione nelle Ande della Patagonia e Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Trent'anni di esplorazione nella Cordigliera della Terra del Fuoco e della Patagonia Australe (conferencia sin fecha).

Trent'anni di esplorazione nella Patagonia e Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Le Ande Australe della Patagonia e la nostra scalata ai Monti Sarmiento e Italia nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

I miei viaggi nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Conferencia sin nombre y sin fecha dictada antes de la presentación de la película *Terre Magellaniche*.

Struttura e bellezza della Cordigliera Patagonica e Fueghina (conferencia sin fecha).

Conferencia sin nombre y sin fecha, acompañada de diapositivas, con un recorrido desde el volcán Lanín a la Tierra del Fuego.

Conferencia sin nombre y sin fecha sobre la cordillera patagónico-fueguina.

La scalata dei monti Sarmiento e Italia (conferencia sin fecha).

Ejemplar desarmado de *Andes Patagónicos* (edición de 1945), corregido a mano por el propio autor (errores ortográficos, gramaticales y de estilo), y a máquina (revisión y aportación de nuevos antecedentes).

Nel regno del Lanin (borrador mecanografiado de libro, once capítulos, sin fecha).

b) *Impresa*

Artículos*

1. "Un'escursione a 'Última Esperanza'" (carta dirigida a Don Albera fechada en Punta Arenas el 15 de mayo de 1917). Publicada en el *Boletín Salesiano* 41 (1917).
2. "Un coloso Alpino nella Terra del Fuoco, il monte Sarmiento", en *La Terra e la Vita* 1, Roma, Soc. Geog. Italiana (1922)
3. "La costa del capo Horn", *Idem.* (1922)

* Estos datos han sido tomados de los archivos del museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile, y complementados con los aportados en el apartado *Alberto Maria De Agostini, Scritti Sulle Terre Magellaniche*, en *Ai Limiti del Mondo, Alberto De Agostini in Patagonia e Terra del Fuoco*, pp. 283-285, Edición del Museo Nacional de la Montaña Duca degli Abruzzi, Club Alpino Italiano-Sección Turín, Turín 1999.

4. “I miei viaggi nella Terra del Fuoco”, conferencia dictada en el Congreso Geográfico en Florencia el 30 de marzo de 1921. *ATTI dell VIII Congresso Geografico Italiano*. Tirada aparte hecha por el Instituto de Edizioni Artistiche/Fratelli Alinari, Firenze. 18 págs. Texto, 11 láminas fotográficas y un mapa (1922).
5. “Turismo argentino nella Terra del Fuoco”, en *La vita d'Italia e dell'America Latina*, Milán (1924).
6. “Un popolo che sta per scomparire: I fueghini”, *Idem.* (1924).
7. “Attraverso la Svizzera Sud-Americana”, *Idem.* (1924).
8. “Le Misió Salesiana tra gli indigeni della Terra del Fuoco”, en *Revista illustrata dell'Esplorazione Missionaria Vaticana* (1925).
9. “La foresta subantartica e magellanica”, en *La vita d'Italia e dell'America Latina*, Milán (1927).
10. “La Cordigliera Patagonica Australe nelle resenti esplorazioni e nelle mie impressione di viaggio”, en *Atti del X Congresso Geografico Italiano*, Milán (1927).
11. “I miei viaggi nella Cordigliera della Terra del Fuoco”, en *Atti del XII Congresso Internazionale degli Americanisti*, Roma (1928).
12. “Prima Spedizione nella Cordigliera Patagonica Meridionale”, en *Bollettino Soc. Geografica Italiana*, Roma (1931).
13. “Escursione apostolica in Patagonia”, en *Bollettino Salesiano* 55 (1931).
14. “Seconda Spedizione nella Cordigliera Patagonica Meridionale”, *Idem* (1932).
15. “I miei viaggi nella Cordigliera Patagonica Meridionale”, en *Nuova Antologia* (1932).
16. “L'Isola Nera (Diario di un Viaggio alla Terra del Fuoco)”, Tirada aparte hecha por la Societa Anonima “La Nuova Antologia”, Roma, julio 1933.
17. “Escursione alla missione della Candelaria, Terra del Fuoco”, *Boletín Salesiano* 57 (1933).
18. “La prima traversata della Cordigliera Patagonica. Dal lago Argentino al fiordo Falcon”. Revista *Le vie d'Italia e del mondo*. Italia, mayo de 1933.
19. “Il fascino delle vette patagoniche”, en *Giovane Montagna*, Torino (1933)
20. “Nel regno delle foche. La costa Policarpo nella Terra del Fuoco”. Revista *La vie d'Italia e del mondo*, Italia, junio de 1934.
21. “Contributo dei Missionari alla Geografia”, en *Vita e Pensiero*, Milán (1934).
22. “Última Esperanza nella Patagonia cilena”, Revista *La vie d'Italia e del Mondo*, febrero de 1935.

23. “Crepuscolo di una razza nel glaciale squallore della Terra del Fuoco”, en *La Gazeta del Popolo*, Torino, 22 de agosto (1936).
24. “Fascino dell’immensa Patagonia”, en el *Corriere della Sera*, Milán, febrero (1936).
25. “Prodigi del lavoro italiano nella steppa sconfinata”, *Idem.* 17 de mayo (1936).
26. “Fattoria in una valle della Cordigliera”, *Idem.* 12 de julio (1936).
27. “Un Cervino d’oltremare: il m. Fitz Roy”, *Idem.* 13 de agosto (1936).
28. “La valle del rio Eléctrico”, *Idem.* 26 de septiembre (1936).
29. “Nelle tempestuose solitudini delle Ande”, *Idem.* 26 de diciembre (1936).
30. “Nelle solitudini della Cordigliera: una contesa tra due statu e la visione di un Santo”, *Idem.* 21 de octubre (1936).
31. “Lettera a Don Cojazzi”, en *Revista dei Giovani*, Torino (1936).
32. “Esplorazione aerea sulle Ande della Patagonia”, *Idem.* 26 de noviembre (1937).
33. “Tra inviole solitudini degli sterminati ghiacciai delle Ande”, *Idem.* 27 de noviembre (1937)
34. “El nuevo Parque Nacional *Los Glaciares*”, en *Revista Geográfica Americana*, Bs. Aires (1937).
35. “Aspetti geomorfologici della Cordigliera Patagonica Australe”, en *Atti della Reale Academia delle Scienze di Torino* (1938-39).
36. “Viaggio d’esplorazione sulla Cordigliera Patagonica meridionale. *Bolletino Salesiano* 64 (1940).
37. “Viaggi d’esplorazione alla Cordigliera Patagonica meridionale”, en *Atti della Reale Academia d’Italia*, Roma (1940).
38. “Lettera a Don P. Ricaldone”, *Bolletino Salesiano* 66 (1942).39. “Los glaciares de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego”, *Acta del X Congreso Científico de Chile* (1944).
39. “Primera ascensión a la cumbre del cerro S. Lorenzo, in *Memoriam*”, Club Andino Bariloche (1944).
40. “Le Ande Patagoniche”, en *Revista mensile del Club Andino Italiano*, Torino (1947).
41. “Esplorazione e prima ascensione del massiccio San Lorenzo (Patagonia Australe)”, *Bolletino Soc. Geografica Italiana*, Roma (1948).
42. “Tra Gli italiani in Ushuaia”, *Revista La vie del Mondo*, Milano (1951).
43. “Un Cervino invitto nelle Ande Patagoniche”, *La vie d’Italia e del mondo*, Italia, marzo de 1951.
44. “I ghiacciai della Terra del Fuoco”, *Revista La vie del mondo*, junio de 1952.

45. “Carbone e petrolio nelle terre magellaniche”, Revista *La vie del mondo*, julio de 1954.
46. “Nella Cordigliera Patagonica Australe”, en *Alpinismo italiano nel mondo*, CAI-TCI, Milán (1954).
47. “Rio Negro, la terra promessa argentina”, Revista *L’Universe*, Florencia (1955).
48. “La scalata dei monti Sarmiento e Italia”, *Idem.* (1957).
49. “La scalata dei monti Sarmiento e Italia”, *Revista mensile del Club Alpino Italiano* (1957).
50. “Cuarta ascensión al monte Olivia”, Anuario Club Andino Bariloche (1957).
51. “Don Bosco geografo”, *Bolletino Salesiano* 84 (1960).

Libros

1. *La naturaleza en los Andes de la Patagonia austral.*
2. *Última esperanza* (Chile). 20 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.
3. *Tierra del Fuego (Chile)*, 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.
4. *Tierra del Fuego (República Argentina)*, 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.
5. *Lago Nahuel-Huapí (República Argentina)*. 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.
6. *I Miei Viaggi Nella Terra Del Fuoco*, Cartografia Fratelli De Agostini, Torino, 1924.
7. *Zehn Jahre in Feuerland*, Brockhaus, Leipzig, 1924 (Edición alemana).
8. *Tiz Esztendos Tüzföldör*, Lampel, Budapest, 1925 (Edición húngara).
9. *Mis viajes a la Tierra Del Fuego*. Editorial Prof. G. De Agostini. Milán, 1929.
10. *La Natura Nelle Ande Della Patagonia Settentrionale. Laghi Nahuelhuapi-Esmeralda*, Cartografia Fratelli De Agostini. Torino, 1934.
11. *Andes patagónicos*. Editorial SEI. Buenos Aires, 1941.
12. *Andes patagónicos* (Segunda edición aumentada y corregida). Edición del autor. Buenos Aires, 1945.
13. *Paisajes magallánicos*. Edición del autor. Buenos Aires, 1945.
14. *Guía turística de los lagos australes argentinos y Tierra del Fuego*, Buenos Aires, 1945.
15. *Viaje a la región del Baker*. Buenos Aires, 1945.
16. *Guía turística de Magallanes y canales fueguinos*. Buenos Aires, 1945.
17. *Nahuel Huapí*. Edición del autor. Buenos Aires, 1949.

18. *El cerro Lanín y sus lagos*. Edición del autor. Buenos Aires, 1949.
19. *Ande Patagoniche*. Societa Cartografica Giovanni De Agostini Anonima Editrice. Milano, 1949.
20. *Trent 'Anni Nella Terra del Fuoco*. Societa Editrice Internazionale. Torino, 1955.
21. *Esfinges de hielo*. ILTE. Torino, 1959.
22. *Magallanes y canales fueguinos*. Scuola Grafica Salesiana. Torino, 1960.

CARTOGRAFÍA

a) *Inédita*

1. (*Plano de la zona andina del sector occidental del Lago Argentino*). Croquis sin fecha. Escala 1:100.000. Formato 68 x 49 cm. Firmado por el autor.
2. (*Plano de la zona andina del sector noroccidental del lago Viedma*). Croquis sin fecha. Escala 1:150.000. Formato 68 x 49 cm. Firmado por el autor.

b) *Impresa*

- 1.- *Itinerario del P. Alberto De Agostini Nella Terra Del Fuoco*. 1922. Escala 1:1.250.000. Formato 25,4 x 20,4 cm. Incluido en la Conferencia "I miei viaggi nella Terra del Fuoco", Istituto de Edizioni Artistiche-Fratelli Alinari Firenze 1922.
- 2.- *Terra del Fuoco secondo le esplorazioni e gli studi effettuati da Alberto M. De Agostini 1910-18*. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cm. Impreso en colores. Cartografía Fratelli De Agostini Rivoli-Torinese. Incluido en el libro *I mei viaggi nella Terra del Fuoco*. Torino, 1924.
3. *Terra del Fuoco. Alberto M. De Agostini*. Sin fecha. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cm. Impreso en colores. Societá Editrice Internazionale - Torino. No muestra límite político en la zona del canal Beagle e islas orientales.
- 4.- *Tierra del Fuego según las exploraciones y los estudios efectuados por Alberto M. De Agostini 1910-1918*. Cartografía Fratelli De Agostini, Rivoli-Torinese. Escala: 1: 1.000.000. Impreso en colores. Formato 79,8 x 49,2 cm. Impreso en colores. Torino, 1923. No muestra límite político en la zona del canal Beagle e islas orientales. (Entelado).
- 5.- *Il Ghiacciaio Pio Xi e Seno Eyre Rilevato Disegnato da Alberto M. De Agostini*. 1928. Escala 1:1.000.000. Formato 24,5 x 17,8. Impreso en colores. Incluido en la edición italiana de *Andes Patagónicas*. Milán, 1949.
- 6.- *Tierra del Fuego*. 1929. Escala 1:1.000.000. Formato 79,5 x 49,2 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Mis viajes a Tierra del Fuego*. Milán, 1929.

7. *Tierra del Fuego. Alberto M. De Agostini.* Sin fecha. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cm. Impreso en colores. Cartografía del Prof. G. De Agostini, Milano. Incluye recuadro del sector de los fiordos De Agostini y Contralmirante Martínez, Escala 1:250.000; y el límite internacional en la zona del canal Beagle según la doble interpretación chileno-argentina. (Entelado).
- 8.- *Patagonia Australe.* 1941. Escala 1:1.000.000. Formato 76,5 x 54,5 cm. Impreso en colores. Torino, 1941.
- 9.- *Patagonia Austral (Chile-Argentina).* 1945. Escala 1:2.000.000. Formato: 40 x 48,5 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Andes Patagónicos*, edición de 1945. Buenos Aires.
- 10.- *Región cordillerana limítrofe al monte San Lorenzo.* Escala 1: 500.000. Formato 41,5 x 24,3 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Andes Patagónicos*, edición de 1945. Buenos Aires.
- 11.- *Guía turística de los lagos australes argentinos.* 1945. Sin escala. Formato 17,5 x 25,1 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro homónimo del mismo autor. Buenos Aires, 1945.
- 12.- *Última Esperanza.* 1945. Escala 1: 500.000. Formato 19,5 x 24,5 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Paisajes magallánicos.* Buenos Aires, 1945.
- 13.- *Zona central de Magallanes.* 1945. Escala 1: 2.000.000. Formato 19,3 x 23,5 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Paisajes magallánicos.* Buenos Aires, 1945.
- 14.- *Zona cordiglierana a Occidente del Lago Argentino.* Escala 1: 150.000. Formato 23 x 29 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche.* Milano, 1949.
- 15.- *Zona Cordiglierana a Nord-Ovest del monte Fitz Roy.* Escala 1:200.000. Formato 28 x 35,8 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche.* Milano, 1949.
- 16.- *Il monte San Lorenzo e regione dei laghi Belgrano e Nansen.* Escala 1:200.000. Formato 30 x 39,5 cm, impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche.* Milano, 1949.
- 17.- *Tierra del Fuego.* Escala 1: 2.250.000. Formato 29,7 x 20,2 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de hielo.* Torino, 1959.
- 18.- *Monte Sarmiento.* Escala gráfica. Formato 27,7 x 19,5 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de Hielo.* Torino, 1959.
- 19.- *Monte Italia.* Escala gráfica. Formato 27,8 x 19,7 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de Hielo.* Torino, 1959.
- 20.- *Última Esperanza.* Escala 1:500.000. Formato 19,2 x 24,4 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Magallanes y Canales Fueguinos.* Torino, 1960.

- 21.- *Tierra del Fuego*. Escala 1:2.000.000. Formato 19,1 x 24 cm. Impreso en colores. Incluido en el libro *Magallanes y Canales Fueguinos*. Torino, 1960.

FILMOGRAFÍA

- 1.- *Tierra del Fuego* 1928.
- 2.- *Terre magellaniche* 1933*.

* La película *Tierra del Fuego* (*Terra del Fuoco*) fue estrenada en Punta Arenas el 16 de noviembre de 1928 en el Teatro Municipal. Todo hace suponer que ésta finalmente se encuentra contenida en *Terre Magellaniche* (Tierras Magallánicas) que agrega escenas de los Andes Patagónicos y que se estrena en 1933 simultáneamente en Torino (Italia) y Punta Arenas (Chile).

APÉNDICE II

VIAJES DE EXPLORACIÓN Y DE ESTUDIO DEL PADRE A.M. DE AGOSTINI*

1º EN LA TIERRA DEL FUEGO

Febrero – marzo de 1910

- Primer viaje de Punta Arenas a Ushuaia pasando por la isla Dawson y a través de los canales fueguinos.
- Exploración de la cadena Martial al noreste de Ushuaia.
- Primera ascensión a la cumbre del monte Martial –1.400 m– con el salesiano coadjutor Ernesto Radatto.

Abril de 1910

- Exploraciones de los montes que se levantan al sur del canal Gabriel y de la bahía Fitton. Viaje en el cúter *Tiradentes* de siete toneladas de arqueo, desde Punta Arenas a la bahía Fitton pasando por la isla Dawson (Misión San Rafael).
- Intento de ascensión de los montes Biella y Aosta (1.600 m).

Enero – marzo de 1911

- Excursión por el valle Lapataia partiendo desde Ushuaia.
- Travesía del lago Roca en una pequeña lancha que remolcaba en una balsa los troncos de los árboles sacados del bosque por un grupo de leñadores acampados en un rancho cercano a la unión del río Roca con el río Lapataia. Ascensiones a los montes circundantes y excursiones al interior del valle.

Febrero – marzo de 1912

- Viaje desde Ushuaia a la bahía Yendegaia en el cúter *Garibaldi* piloteado por el capitán Beban.

*Traducción del documento mecanografiado original italiano, que se encuentra en los archivos del museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile, por Patricio Álvarez Rabié (N.E.).

- Excursión al interior del valle hasta cerca de los glaciares.
- Exploración de la costa occidental de Tierra del Fuego hasta el falso cabo de Hornos en el cúter *Garibaldi*.
- Primer viaje a la isla de los Estados en el vapor *Piedrabuena*.

Enero – marzo de 1913

- Expedición al monte Sarmiento con el doctor G.B. de Gasperi y los guías Agostino y Abele Pession en el cúter *Júpiter*.
- Exploración de la vertiente sur-occidental del Sarmiento y de los glaciares que revisten las bases.
- Exploración al fiordo Negri.
- Descubrimiento y reconocimiento del lago Spegazzini.
- Descubrimiento del fiordo De Agostini y Contralmirante Martínez.
- Intentos de ascensión a los montes Buckland y al monte Sella.
- Exploración y levantamiento de los fiordos Negri, De Agostini y Martínez.
- Viaje al seno del Almirantazgo.
- Exploración y levantamiento del glaciar Marinelli y de la cordillera Darwin.
- Primera travesía de la sierra Valdivieso, desde el seno del Almirantazgo a Ushuaia.
- Primera ascensión al monte Olivia (1.370 m), 12 de marzo de 1913.

Diciembre de 1913 – febrero de 1914

- Segunda expedición al monte Sarmiento con los guías Guglielmo Guglielminetti y Eugenio Piana de la Valsecia.
- Ascensión al monte Conway de 1.120 m, 2ª ascensión.
- Ascensión al Corno Nero de 670 m.
- Intento de escalada al monte Sarmiento, se alcanza la cota 1.875.
- Exploración del fiordo De Agostini y del monte Buckland.
- Exploración de los fiordos Parry y Cuevas en el seno del Almirantazgo.
- Exploración del monte y del glaciar Luigi de Savoia y de la vertiente norte de la cordillera Darwin.

Marzo – abril de 1914

- Exploración y travesía de la sierra Valdivieso y Alvear, que se elevan entre el canal Beagle y el lago Fagnano, partiendo de Ushuaia.
- Ascensión al monte Carvajal – 1.200 m.

Enero – abril de 1915

- Exploración a la vertiente sur de la cordillera Darwin, desde el canal Darwin – Glaciar Italia.
- Ascensión al monte Belvedere – 1.270 m.
- Intento de escalada al monte Italia – 1.400 m.
- Viaje a las islas Hermite en el vapor *Explorador* – Viaje al cabo de Hornos.

Noviembre de 1928

- Viaje a la isla Negra (28 de noviembre al 7 de diciembre) – Exploración de los canales Santa Bárbara y González.

- Viaje a través de los canales patagónicos desde el estrecho de Magallanes hasta Angostura Inglesa (7 de diciembre de 1928 - 1 de enero 1929).

Abril de 1932

- Viaje desde Río Grande a Caleta Policarpo en una nave de cabotaje.
- Excursión a caballo hasta bahía Thetis y regreso a caballo desde Caleta Policarpo a Río Grande (Cfr. “Nel regno delle foche. La costa Policarpo nella Terra del Fuoco”, in *Le Vie del Mondo*, junio de 1934, n. 6)*.

Noviembre de 1955 – marzo de 1956**

- Expedición científico-andinista a Tierra del Fuego partiendo desde Punta Arenas. Participan De Agostini, Giuseppe Morandini, de la Universidad de Padova como jefe científico-técnico de la expedición; el ingeniero Arvedo Decima, geólogo, y el doctor Luigi Sperti, fisiólogo. Para el personal andinista, los guías de Valtournanche: Luigi Carrel, Camillo Pellicier, Luigi Barmase, Clemente Maffei de Pinzolo y Carlo Mauri de Lecco, además del operador cinematográfico Raffaldi. El 7 de marzo, luego de dos intentos fallidos por expediciones anteriores (1912-13) de De Agostini, se consigue la ascensión a la cumbre este de la vertiente sur del monte Sarmiento por parte de Maffei y Mauri.
- El 10 de marzo, Carrel, Pellicier y Barmasse ascienden el monte Italia.
- Retorno a Punta Arenas por Ushuaia y Porvenir.

2º EN LA PATAGONIA AUSTRAL

Diciembre de 1916 – enero de 1917

- Primer viaje a la región de Última Esperanza – Excursión al fiordo Última Esperanza y monte Balmaceda.
- Viajes a los lagos Maravilla, Grey, Sarmiento, Azul y al macizo Paine y a la sierra de los Baguales (Véase De Agostini, “Una escursione a Última Esperanza”, in *Bollettino Salesiano*, 1 de septiembre de 1917.)
- Otra larga excursión a esta misma región fue completada entre enero y febrero de 1929.

Diciembre de 1928

- Viaje por los canales patagónicos en la goleta *Renato*.
- Por el estrecho de Magallanes (de regreso de la isla Negra).
- Reconocimiento del seno Eyre y del fiordo Falcón y los glaciares Ratti (Pío XI) y Torino.

* En ésta y las demás referencias bibliográficas acudir a las ediciones italianas, que son las referidas en el original (N.E.).

** Esta información referida a las escaladas de los montes Sarmiento e Italia no se encuentra en el original. Dado el profundo significado de dicha conquista hemos decidido incorporarla a esta cronología. Por demás, su omisión en el original nos permite pensar que esta reseña fue hecha antes de 1956 (N.E.).

- Ascensión a varias cimas con marineros de a bordo. Encuentro con indígenas alacalufe en la bahía Edén.
- Excursión hasta Angostura Inglesa.
- Regreso a Punta Arenas por la misma vía el 1 de enero de 1929.

Diciembre de 1930 – marzo de 1931

- Expedición a los Andes por el lago Argentino con el doctor Feruglio y los guías Evaristo Croux y León Bron de Courmayeur.
- Exploración de los glaciares Spegazzini, Onelli, Upsala.
- Exploración del tramo de cordillera que se eleva a occidente del brazo norte del lago Argentino.
- Travesía del altiplano Italia descubierto el 6 de febrero de 1931 por el padre De Agostini acompañado por el geólogo doctor Feruglio y por los guías valdostanos Croux y Bron durante la primera travesía de la cordillera Patagónica desde el lago Argentino al fiordo Falcón, en el Pacífico, en cuyo fondo se eleva la blanca cadena de los montes Roma.
- Primera ascensión al monte Mayo (2.438 m).
- Primera ascensión al monte Torino.
- Descubrimiento y primera travesía del altiplano glacial llamado Italia.
- Primera travesía de la cordillera andina desde el límite entre Argentina y Chile a través del altiplano Italia, desde el lago Argentino hasta el fiordo Falcón en el Pacífico.
- Exploración de la vertiente suroeste del monte Fitz Roy y del valle terminal homónimo con los glaciares que descienden del cerro Torre y del cordón Adela.
- Exploración de la vertiente noroeste del Fitz Roy y del valle terminal homónimo con los glaciares que descienden al valle del río Blanco.
- Ascensión a la cima del monte Mirador en la vertiente suroriental del Fitz Roy.

Diciembre de 1931 – enero de 1932

- Exploración y estudio de la zona cordillerana que se eleva al oeste del lago Viedma y noroeste del Fitz Roy.
- Expedición efectuada en compañía de los guías Mario Derriard de Courmayeur y de dos porteadores chilenos.
- Exploración de los glaciares Viedma y Moyano y del tramo de cordillera por nosotros denominado Moyano hacia el oeste del lago Viedma (Véase mapa entre pp. 154 y 155 de *Ande Patagoniche*, 1949).
- Dos ascensiones a cimas (1.800 - 2.000 m) en los montes más elevados del cordón Moyano.
- Exploración a la vertiente noreste del Fitz Roy a lo largo del valle del río de las Vueltas y río Eléctrico.
- Primera ascensión al monte Eléctrico (2.100 m) situado en la vertiente este del Fitz Roy.
- Estudio y levantamiento de los glaciares y de los montes que se extienden al norte del Fitz Roy entre el lago Viedma y el San Martín.

Diciembre 1935 – febrero 1936

- Expedición al Fitz Roy y a las cadenas de montes y glaciares al noreste del mismo en compañía del salesiano Carlo Cassera y de los guías Carrel y Pellicier de Valtournanche.
- Exploración del macizo Fitz Roy por la vertiente noroeste y del tramo cordillerano comprendido entre el lago Viedma y el San Martín.
- Estudios sobre la configuración orográfica de los macizos Marconi y Gorra Blanca y de los glaciares que descienden de éstos.
- Excursión al interior del altiplano glacial al oeste del monte Gorra Blanca. Descubrimiento del Paso de los cinco glaciares.
- Exploración de los valles Cóndor y Milodón, tributarios del valle que sube el río de las Vueltas.
- Tres ascensiones sobre cimas de 2.000 m en los montes al norte del Fitz Roy (Véase mapas entre pp. 188-189 de *Ande Patagoniche*).

Diciembre de 1936 – febrero de 1937

- Expediciones a los montes que se elevan al sur y al oeste del lago San Martín en compañía de los jóvenes alpinistas italianos Carlo Cassera y Amedeo Zampieri.
- Exploración de las cadenas de montes y glaciares que descienden en el brazo occidental del lago San Martín.
- Ascensión a la cima del monte Milanésio situado en la cabecera de una cadena de montañas (2.010 m) que se eleva al sureste del lago y glaciar Chico.
- Exploración de la Laguna del Desierto y del valle del río de las Vueltas hasta sus orígenes.

Diciembre de 1937 – enero de 1938

- Expedición al glaciar Upsala (lago Argentino) en compañía de los guías Giuseppe Oberto de Macugnaga y del señor Carlo Cassera.
- Reconocimiento de la parte superior del glaciar Upsala y de los montes y glaciares tributarios hasta unos 35 km de su frente en el lago Argentino.
- Exploración y bosquejo del monte Don Bosco.

Febrero – marzo de 1937

- Exploración del macizo San Lorenzo con Cassera y porteadores chilenos.
- Excursión a lo largo del valle del río Lácteo hasta sus orígenes.
- Exploración de la vertiente sureste del San Lorenzo.
- Travesía del glaciar que desciende de la vertiente sureste del San Lorenzo hasta sus orígenes.

Enero – febrero de 1940

- Exploración de la vertiente noreste del San Lorenzo remontando los valles de los ríos Platten y Tranquilo.
- Exploración de los contrafuertes septentrionales del San Lorenzo y de los glaciares que revisten la vertiente norte y de la cual se origina el río Tranquilo.
- Ascensión a una cima de estos contrafuertes.

Febrero – marzo de 1941

- Exploración del valle del río del Salto con Zampieri, Cassera y baqueanos chilenos.
- Varias ascensiones a cimas de 2.000 m.
- Exploración de la vertiente occidental del San Lorenzo y de un vasto glaciar que desciende de esta vertiente hasta el río del Salto.
- Reconocimientos de los montes llamados Ortúzar y Cochrane que se alcanzan en las cercanías del San Lorenzo.
- Viaje a la región del Baker a través de los valles del río del Salto y del río Cochrane hasta el lago Bertrand.
- Travesía del lago Buenos Aires.

Febrero – marzo de 1942

- Segundo viaje a la región del Baker con los jóvenes Zampieri y Caluge remontando desde el lago Pueyrredón los valles de los ríos Platten, Tranquilo, del Salto y Cochrane.
- Excursión al río y lago Colonia.
- Travesía del valle Chacabuco hasta Cañadón Verde.

Noviembre – diciembre de 1943

- Ascensión al monte San Lorenzo (3.700 m) con el guía suizo Alejandro Heim y el alpinista austriaco Heriberto Schmoll.

3º EN LA PATAGONIA SEPTENTRIONAL
(RÍO NEGRO, NEUQUÉN)

Enero – febrero de 1918

- Primer viaje a la región del Nahuel Huapí entrando desde Puerto Varas (Lago Llanquihue).
- Visitas a los más importantes lagos andinos, chilenos y argentinos, que se extienden a los lados de la cordillera dominada por el cerro Tronador, entre los cuales dominan los lagos Todos los Santos (Esmeralda) y Nahuel-Huapí.

Enero – febrero de 1919

- Segundo viaje a la misma región prolongando las excursiones más al norte hasta Junín de los Andes.
- Primera excursión al lago Huechulafquén y al volcán Lanín.

Diciembre de 1929 – abril de 1930

- Excursión apostólica y de estudio a lo largo de la cordillera de los Andes, desde Junín de los Andes hasta Esquel (véase “Escursione apostolica in Patagonia”, in *Bollettino Salesiano*, 1 de Noviembre de 1931).

Diciembre de 1952 – enero, marzo de 1953

- Viaje a través del territorio del río Negro y el Neuquén.

- Excursiones a los lagos Nahuel-Huapí, Espejo, Lácar, Lolog, Huechulafquén, Paimum (véase A. De Agostini, “La Terra Promessa Argentina”, in *L’Universe*, año xxxiv, N° 4, Florencia, julio-agosto de 1954).

Enero – marzo de 1955

- Segundo viaje en el mismo territorio del río Negro y el Neuquén partiendo de Viedma – Visita Zapala – Bariloche – Junín de los Andes.
- Excursiones a los lagos Lolog, Corhué, Huechulafquén, Guillén.
- Viajes a los baños de Copahue y a Chosmalal – Visita a las poblaciones de Conesa, Choele-Choel, Villa Regina, Cipolletti y Neuquén (véase “Río Negro, la Terra Promessa Argentina”, in *L’Universe*, año xxxv, N° 4, Florencia, julio-agosto de 1954).

Enero - marzo de 1956

- Último viaje a la Tierra del Fuego, acompañando a la expedición italiana dirigida por el profesor G. Morandini, en cuyo transcurso se escaló por primera vez el afamado monte Sarmiento (guías Clemente Maffei y Carlo Mauri). Expedición inspirada por el padre De Agostini.

Noviembre – diciembre de 1957

- Último viaje a la Patagonia austral (Última Esperanza), acompañando a la expedición italiana dirigida por Guido Monzino, durante la cual se conquistó por primera vez la cumbre principal del Paine Grande (Jean Bich, Leonardo Carrel) y la cima de la Torre Norte. En esta oportunidad, el padre De Agostini hizo sus últimas tomas fotográficas del célebre macizo del Paine y él mismo posó para su fotografía de despedida del territorio que hacía cuatro décadas se le había metido en el alma (véase p. xiii de este libro).

APÉNDICE III

MEMORIA TOPONÍMICA DEL PADRE A.M. DE AGOSTINI

FIORDO DE AGOSTINI

Ubicado en la parte central de la península Brecnock, en la vertiente septentrional de la cordillera Darwin (Andes fueguinos), isla grande de Tierra del Fuego, y al que se accede desde la belleza de sus formas litorales, con montañas nevadas revestidas de bosques en sus partes bajas, y sus glaciares, fue descubierto para el conocimiento geográfico por el explorador salesiano en 1913, quien lo denominó Pigafetta, en recuerdo del supernumerario y cronista de la expedición de Hernando de Magallanes. En 1914 el comandante de la escampavía *Porvenir*, de la Armada de Chile, lo rebautizó De Agostini en homenaje al explorador, topónimo reconocido y homologado de inmediato por el Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile.

PARQUE NACIONAL ALBERTO M. DE AGOSTINI

Situado en la zona centro occidental de Tierra del Fuego, e incluye una parte de su archipiélago meridional, abarca una superficie de 1.460.000 hectáreas. Esta superficie se corresponde con los distritos naturalmente más atractivos por el bellissimo y variado conjunto de canales y fiordos, glaciares, campos nevados y la cordillera Darwin, con una vida natural variada y rica. Allí, precisamente, fue donde el padre De Agostini inició sus trabajos exploratorios en 1912 y allí les puso término casi medio siglo después.

Este parque nacional fue creado en 1965 a propuesta del intendente de Magallanes Mateo Martinic B., por decreto supremo 80 de 5 de enero de 1965 del Ministerio de Agricultura, complementado por los decretos supremos 330 de 22 de junio de 1967, 364 de 22 de junio de 1969 y 136 de 24 de abril de 1985, todos de la misma secretaría de Estado, disposiciones que permitieron ampliar la superficie original de 790.000 hectáreas, correspondientes únicamente a la península Brecnock a partir del meridiano 69° oeste, con la anexión de las islas Capitán Aracena

y Clarence, por el norte, y Stewart, Londonderry y la mitad de Hoste, y otras menores adyacentes, por el sur, hasta alcanzar la cabida actual.

TORRE DE AGOSTINI

Se denomina así a la cima o torre sur del conjunto orográfico de las afamadas Torres del Paine (en el parque nacional homónimo, provincia de Última Esperanza), que tiene una altura de 2.850 m. Fue bautizada por la expedición andinística italiana que en febrero de 1963 fue la segunda en alcanzar la cumbre y que estuvo integrada por A. Aste, V. Aldo, N. Muschio, J. Aiazzi y C. Casati.

CAMPAMENTO DE AGOSTINI

Campamento ubicado a los pies de la ladera norte del monte San Lorenzo, en el valle del arroyo San Lorenzo, provincia Capitán Prat, zona de Cochrane, Chile, utilizado por el padre De Agostini y su expedición en la exitosa ascensión de conquista a la cumbre del monte de 1943. La cabaña aún permanece allí.

CAMPAMENTO DE AGOSTINI

Campamento sin servicios que se encuentra dentro del circuito de *trekking* alrededor de la cadena de los montes Torre y Fitz Roy, Parque nacional *Los Glaciares*, sector de El Chaltén, Argentina. Se accede a él desde El Chaltén en unas tres horas de caminata siguiendo el valle del río Fitz Roy en cuya boscosa orilla se emplaza el campamento. A diez minutos más de caminata, ya en la propia cuenca terminal del valle, se llega a la laguna Torre, donde desagua un glaciar que baja desde las faldas del cordón Adela. Desde allí se tiene una excelente vista del hermoso cerro Torre y siguiendo la morrena lateral de la derecha de la laguna hasta el mirador Maestri, se puede ver el frente del glaciar en toda su extensión. Desde el desagüe de la laguna, nacimiento del río Fitz Roy, luego de una tirolesa, se inician las ascensiones a las cumbres del sector o las caminatas sobre el hielo.

ÍNDICE

Presentación	v
ALBERTO M. DE AGOSTINI. Centenario de su llegada a Magallanes, <i>por Mateo Martinic B.</i>	ix
CAPÍTULO XII. EN LOS DOMINIOS DEL FITZ ROY: Un cervino de ultramar. El valle del río Fitz Roy. Bosques destruidos por los incendios. En el valle del río Blanco. La laguna del Desierto. El bandido Ascencio Brunel. Formidable desbordamiento. Acampados a orillas del río Blanco.	3
CAPÍTULO XIII. EN EL VALLE DEL RÍO ELÉCTRICO: El valle del río Eléctrico. En el bosque. Descanso en el campamento. Tempestades y ciclones. Primeras excursiones. Glaciar y cadena Marconi. El Gorra Blanca. En las blancas soledades de hielo. Monte Pollone y torre Pier Giorgio. En el valle Cóndor. El monte Cagliero. Regreso a Santa Cruz.	29
CAPÍTULO XIV. EN LA CUENCA DEL LAGO SAN MARTÍN: En las orillas orientales del lago San Martín. El zorrino. Navegando a bordo de la <i>Fructuosa</i> . A merced de la tempestad. Un vivac improvisado. Canales, montañas y bosques. El huaso Ovando. En la estancia Los Ventisqueros. Acampados en el valle del Diablo. Excursión a la laguna del Desierto. Con el araucano Sepúlveda. Ascensión al monte Milanésio. Regreso a la Tercera Viedma. Un segundo viaje al lago San Martín. En la estancia La Ramona. El valle Santa Lucía. Belleza y majestad de Los Mellizos. Rodeo de vacunos. Hacia el glaciar O'Higgins. Regreso a Santa Cruz.	69
CAPÍTULO XV. EL MONTE SAN LORENZO: Posición y aspecto del San Lorenzo. En el valle del río Lácteo. Belleza del monte Hermoso. Excursión al San Lorenzo. La doma de potros. En el valle de Las Pinturas. Viaje a los lagos Posadas y Pueyrredón. Caminos imposibles. Tesoneros trabajos de mejoramiento realizados por	

- una mujer italiana. En el valle del río Platten. Junto a los glaciares septentrionales del San Lorenzo. En el valle del río Tranquilo. Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo. Regreso. 127
- CAPÍTULO XVI. EN EL VALLE DEL RÍO DEL SALTO: Retorno al lago Pueyrredón. A través del valle del río Tranquilo. Huésped del colono Elorriaga. Cría y exportación del ganado vacuno. Campamento en el valle del río del Salto. Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo. Posibilidad de escalar el macizo. Excursión a la cuenca terminal del río del Salto. Laguna encantadora. Grandiosa salvajidad de la naturaleza. Regreso a la estancia de Elorriaga. 171
- CAPÍTULO XVII. VIAJE A LA REGIÓN DEL BAKER: Exploraciones de Steffen y Michell. La Sociedad Explotadora del Baker. Su triste epílogo. Nuevas tentativas de colonización. Aislamiento y pobreza de los colonos. Mis viajes a través de los valles de los ríos del Salto y Cochrane. En el valle del Baker. Huésped del colono Cruces. Hacia el lago Bertrand. Travesía del lago Buenos Aires. Excursión al San Lorenzo. En el valle del río Colonia. Su desbordamiento. Actividad colonizadora del araucano Ayapán. Un singular ermitaño. Al lago Colonia. Regreso a través del valle Chacabuco. 205
- CAPÍTULO XVIII. ASCENSIÓN AL MONTE SAN LORENZO: Organización de la expedición. Hacia el lago Pueyrredón. Un contratiempo imprevisto. En camión por el río Platten. En el desfiladero del río Tranquilo. El campamento base al pie del San Lorenzo. Primeras excursiones. Segundo campamento entre los hielos a 2.320 m. Majestad de la cadena Cochrane. Primera tentativa de ascensión. La visita de don Bernardo. Vientos huracanados. Otra vez en el segundo campamento. Trepando el murallón de hielo. Seis horas entre la neblina. En la cumbre. El regreso. 249
- CAPÍTULO XIX. LOS PATAGONES O TEHUELCHES: Origen del vocablo patagón. Área de dispersión. Idioma y estatura de los tehuelche. Caracteres físicos. Vestidos y adornos. Armas. Toldos y menaje. Alimentos. Matrimonio. Bailes y fiestas. Rito fúnebre. Religión. El Gualichu y el brujo. Vida social. Misiones y misioneros salesianos. Próxima extinción de los tehuelche. 309
- CAPÍTULO XX. RESEÑA HISTÓRICA DE LOS VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA PATAGONIA: Amerigo Vespucci. Hernando de Magallanes. Juan Ladrillero. Sarmiento de Gamboa. Corsarios ingleses. John Narborough. Exploraciones de los misioneros jesuitas: Mascardi, Gutiérrez, Quiroga, Strobel, Cardiel, Falkner. Fundación de las primeras colonias españolas. Antonio Viedma. Primera expedición a la cordillera. Alejandro Malaspina. Fitz Roy y Darwin.

Expediciones italianas de las naves <i>Magenta</i> , <i>Vettor Pisani</i> y <i>Carracciolo</i> . Bartolomé Bossi. Expediciones hidrográficas chilenas de las naves <i>Magallanes</i> y <i>Chacabuco</i> . Enrique Simpson. Juan Latorre. Óscar Viel. Ramón Serrano Montaner. H.G. Gardiner. Jorge Musters. Lorenzo Mascarello. Antonio Onetto. Santiago Bove y la expedición ítalo-argentina a Tierra del Fuego. Expediciones argentinas de Francisco Moreno, Ramón Lista, Carlos Moyano y Jorge Fontana. Tomás Rogers. Hermann Eberhart. Exploraciones de las comisiones chilenas y argentinas para la delimitación de las fronteras. Don Bosco y su sueño profético sobre la Patagonia. Juan Steffen. Luis Riso Patrón. F. Pietrobelli. Clemente Onelli. Expediciones científicas de: Carlos Ameghino, A. Mercerat, Carlos Bursmeister, Otto Nordenskjöld, S. Roth, J.B. Hatcher, Rodolfo Hauthal, C. Sköttsberg, T.G. Halle y P.D. Quensel, Guido Bonarelli. Expediciones alemanas: Reichert y Hicken. Witte, Kühn y Kölliker. Gustavo Fester. Esteban Zuck y Hans Teufel. Expedición italiana Conde Bonacossa. Expediciones al San Valentín de F. Reichert, A. Heim, H. Hess. Expedición al monte Fitz Roy de H. Zechner, M. Bertone y N. Gianolini. Ascensión al monte Pollone de H. Zechner, R. Dangel, R. Matiz y C. Lanstchner. Expedición de N. Gianolini en el interior de la cordillera.	353
BIBLIOGRAFÍA	413
APÉNDICE I. Obra literaria, cartográfica y filmográfica del padre A.M. de Agostini	419
APÉNDICE II. Viajes de exploración y de estudio del padre A.M. de Agostini	427
APÉNDICE III. Memoria toponímica del padre A.M. de Agostini.	435



El texto de Alberto M. de Agostini ofrece las alternativas de los viajes que el explorador realizó por la Patagonia durante más de cuatro décadas, durante las cuales investigó y registro muy acuciosamente las características físicas del territorio patagón. En él se encuentran también sus registros antropológicos sobre la cultura de las etnias originales que le tocó conocer. Ilustrado con abundantes fotografías, con el tiempo ha devenido en un verdadero clásico. A través de él se aprecia y valora la imponente naturaleza del extremo austral de América, pero también el carácter multifacético del quehacer de su autor.

Hoy, la Congregación Salesiana de Chile, el Museo Salesiano de Punta Arenas, Edebé Editorial Don Bosco y la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reeditan el texto *Andes Patagónicos* con las ampliaciones y revisiones que el propio de Agostini realizó.



FACULTAD DE HISTORIA,
GEOGRAFÍA Y CIENCIA POLÍTICA



Congregación Salesiana



Biblioteca Nacional
de Chile